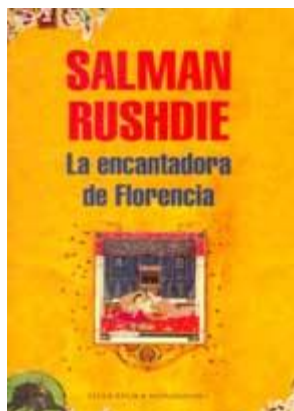


SALMAN RUSHDIE

La encantadora de Florencia



libros Tauro

www.LibrosTauro.com.ar

La encantadora de Florencia

SALMAN RUSHDIE

Traducción de Carlos Milla Soler

Para Bill Buford

*No era su caminar cosa mortal,
sino de forma angélica; y sonaba
su voz como no suena voz humana*

*A un celestial espíritu miraba,
a un sol vivo*

FRANCESCO PETRARCA

*Si hay aquí un conocedor de lenguas, traedlo;
hay un forastero en la ciudad
y tiene muchas cosas que decir*

MIRZA GHALIB

I

EN LA POSTRERA LUZ DEL DÍA, EL LAGO RESPLANDECIENTE

En la postrera luz del día, el lago resplandeciente al pie de la ciudad—palacio parecía un mar de oro fundido. Un viajero que pasara por allí al ponerse el sol —ese viajero, que pasaba por allí, ahora, por el camino a orillas del lago— acaso creyera estar acercándose al trono de un monarca tan fabulosamente rico que podía permitirse verter parte de sus tesoros en una gigantesca hondonada para encandilar y sobrecoger a sus invitados. Y a pesar de su gran tamaño, el lago de oro debía de ser solo una gota extraída del mar de una fortuna mayor... ¡la imaginación del viajero no empezaba siquiera a abarcar la magnitud de ese océano madre! Y no había guardián alguno en la orilla del agua dorada. ¿Tan generoso era, pues, el rey que permitía a todos sus súbditos, y quizá incluso a los forasteros y visitantes como el propio viajero, extraer del lago esa merced líquida sin impedimento alguno? Ese sería ciertamente un príncipe entre los hombres, un verdadero Preste Juan, cuyo reino perdido de cantares y fábulas contenía prodigios imposibles. ¿Quizá (infería el viajero) la fuente de la eterna juventud se hallaba dentro de las murallas de la ciudad, o quizá incluso estaba a un paso de allí la legendaria puerta del Paraíso en la Tierra? Pero entonces el sol se escondió tras el horizonte, y el oro se sumergió bajo la superficie del agua y se perdió. Sirenas y serpientes lo guardarían hasta que despuntase el alba. Entretanto, el agua sería el único tesoro al alcance de la mano, dádiva que el viajero sediento aceptó agradecido.

El forastero viajaba en una carreta tirada por un buey, pero en lugar de ir sentado en los bastos almohadones del interior permanecía de pie como un dios, sujeto, tan campante, al adral de rejilla. La marcha de una carreta de dos ruedas distaba mucho de la estabilidad, sumándose a las veleidades del camino las sacudidas y el continuo zarandeo al ritmo de las pezuñas del animal. Un hombre de pie podía fácilmente caerse y partirse el cuello. Así y todo, el viajero iba de pie, en apariencia despreocupado y contento. Hacía ya rato que el carretero había desistido de darle voces, al principio tomando al forastero por

necio: si quería morir en el camino, allá él; en este reino, nadie se compadecería. Con todo y con eso, el desdén del carretero no tardó en dar paso a una remisa admiración. Aquel hombre bien podía ser un necio, cabía decir incluso, si a eso fuéramos, que tenía la cara en exceso hermosa de un necio y, como un necio, vestía de manera poco apropiada —un ropón de cuero hecho de rombos multicolores, ¡con semejante calor!—, pero mantenía un equilibrio impecable, muy digno de verse. El buey avanzaba con paso cansino, las ruedas de la carreta tropezaban en baches y piedras, y aun así aquel hombre, allí de pie, apenas oscilaba y, de algún modo, conseguía lucir un porte airoso. Un necio airoso, pensó el carretero, o acaso no fuera necio en absoluto. Quizá fuera un hombre a quien tomar en cuenta. Si algún defecto tenía, era el de la ostentación, el de pretender no ser solo él mismo, sino también una interpretación de sí mismo, y, pensó el carretero, por estos pagos todo el mundo es un poco así, o sea que tal vez este hombre no nos sea tan ajeno después de todo. Cuando el pasajero mencionó su sed, el carretero, sin más ni más, fue a la orilla del lago a recoger agua en una vasija, una calabaza vaciada y barnizada, con la que dar de beber a aquel individuo, y se la acercó para que la cogiese, como si fuera un aristócrata merecedor del servicio.

—Os quedáis ahí como un gran señor y yo salto y vuelo a vuestras órdenes —dijo el carretero con expresión ceñuda—. No sé por qué os trato tan bien. ¿Quién os da derecho a mandarme? Es más, ¿qué sois? Un noble no, eso se cae de su peso, o no iríais en esta carreta. Así y todo, os dais aires. Debéis de ser, pues, un tunante.

El otro echó un largo trago de la calabaza. El agua le resbaló por las comisuras de los labios y quedó suspendida de su mentón afeitado como una barba líquida. Al final, devolvió la calabaza vacía, exhaló un suspiro de satisfacción y se enjugó la barba.

—¿Qué soy? —preguntó como si hablara para sí pero empleando la lengua del propio carretero—. Soy un hombre con un secreto, eso soy: un secreto reservado para los oídos del emperador.

El carretero salió de dudas: el individuo sí era, al fin y a la postre, un necio. No había necesidad de tratarlo con respeto.

—Guardaos vuestro secreto —dijo—. Los secretos son para los niños, y para los espías.

El forastero se apeó de la carreta frente al caravasar, donde concluían y se iniciaban todos los viajes. Era de una estatura sorprendente y cargaba un maletín.

—Y para los brujos —dijo al carretero—. Y también para los amantes. Y los reyes.

En el caravasar todo era trasiego y bullicio. Unos animales recibían atención —los caballos, los camellos, los bueyes, los asnos, las cabras—, mientras que otros, los animales indómitos, corrían a sus anchas: monos chillones, perros que no hacían compañía a ser humano alguno. Estridentes cotorras estallaban en el cielo como fuegos de artificio verdes. Los herreros se ocupaban de lo suyo, y también los carpinteros, y en las cererías de las cuatro esquinas de la enorme plaza había hombres planeando sus viajes, aprovisionándose de víveres, velas, aceite, jabón y cuerda. Culíes con turbante, camisola roja y *dhoti* corrían sin cesar de acá para allá con fardos en la cabeza de tamaño y peso inconcebibles. Se veía, en conjunto, mucha carga y descarga de género. Allí encontraba uno cama para la noche a buen precio; eran camas de cuerdas y armazón de madera, con colchones de erizado pelo de caballo, dispuestas en filas marciales sobre las azoteas de los edificios de una sola planta que circundaban el enorme patio del caravasar, camas donde un hombre podía yacer y alzar la vista al firmamento y creerse divino. Más allá, al oeste, se extendían los rumorosos campamentos de los tercios del emperador, que acababan de regresar de las guerras. El ejército no estaba autorizado a entrar en el recinto palaciego, sino que debía quedarse allí, al pie del cerro real. Un ejército ocioso, recién llegado de la batalla, tenía que tratarse con cautela. El forastero pensó en la antigua Roma. Un emperador no confiaba en más soldados que los de su guardia pretoriana. El viajero sabía que para la cuestión de la confianza debía buscar una razón convincente. Si no, su muerte sería rápida.

No lejos del caravasar, una torre tachonada de colmillos de elefante señalaba el camino hacia la puerta de acceso a los palacios. Todos los elefantes eran propiedad del emperador, y este, engastando los dientes en una torre, demostraba su poder. ¡Andaos con cuidado!, anunciaba la torre. Estáis entrando en los dominios del Rey de los Elefantes, un soberano tan rico en paquidermos que puede despilfarrar las protuberancias dentales de un millar de bestias solo para decorarme. En la exhibición de poderío de la torre, el viajero reconoció la misma ostentuosidad que ardía sobre su propia frente como una llama, o una señal del Demonio; pero el artífice de la torre había transformado en fuerza esa cualidad que, en el viajero, se veía a menudo como flaqueza. ¿Es el poder la única justificación para una personalidad extrovertida?, se preguntó el viajero, y no supo qué contestarse, pero no pudo menos de esperar que la belleza proporcionase otro pretexto equivalente, ya que él era sin duda hermoso, y sabía que su buena presencia tenía poder por sí misma.

Más allá de la torre de los dientes se alzaba un gran pozo y, por encima de este, una amalgama de maquinaria hidráulica de una complejidad incomprensible que suministraba agua al palacio de múltiples cúpulas sito en lo

alto del cerro. «Sin agua, nada somos —pensó el viajero—. Hasta un emperador, privado de agua, se vería pronto reducido a polvo. El agua es el auténtico monarca y todos somos sus esclavos.» En su ciudad, Florencia, conoció una vez a un hombre capaz de hacer desaparecer el agua. El sortilego llenaba una jarra hasta el borde, musitaba un conjuro, daba la vuelta a la jarra, y esta, en lugar de líquido, derramaba telas, una lluvia de pañuelos de seda de colores. Era un truco, naturalmente, y el viajero, antes de concluir el día, le sonsacó el secreto a aquel individuo y lo ocultó entre sus propios misterios. Era un hombre con muchos secretos, pero solo uno digno de un rey.

El camino hacia la muralla de la ciudad ascendía rápidamente por la ladera, y el viajero, al ascender con él, vio las dimensiones del lugar al que había llegado. Era a todas luces una de las grandes urbes del mundo, mayor, se le antojó, que Florencia o Venecia o Roma, mayor que cualquiera de las ciudades que había visto. Una vez visitó Londres, y también era una metrópoli menor que esta. Al declinar la luz, la ciudad parecía crecer. Densos barrios se acurrucaban en torno a las murallas, los almucines llamaban desde sus minaretes, y a lo lejos vio las luces de extensas haciendas. En el crepúsculo empezaban a arder las fogatas, como señales de alerta. En la bóveda negra del firmamento respondía el fuego de las estrellas. «Como si la tierra y el cielo fueran ejércitos aprestándose para la batalla —pensó—. Como si sus campamentos descansaran en silencio por la noche y esperaran la guerra del día venidero.» Y en todos aquellos laberintos de calles y en todas aquellas casas de los poderosos, más allá, en las llanuras, nadie había oído jamás su nombre, nadie prestaría fe a la historia que tenía que contar. Aun así, tenía que contarla. Había cruzado el mundo entero para hacerlo, y lo haría.

Caminaba a grandes pasos y atraía muchas miradas de curiosidad, tanto por su estatura como por su cabello amarillo, flotando este, largo y sin duda sucio, en torno a su cara como el agua dorada del lago. Dejando atrás la torre de los dientes, la cuesta subía hacia una puerta de piedra coronada por dos elefantes en bajorrelieve encarados. Del otro lado de esa puerta, que estaba abierta, llegaban los sonidos de seres humanos que jugaban, comían, bebían, se embriagaban. Había soldados de guardia en la puerta de Hatyapul, pero mantenían una actitud relajada. Las auténticas barreras estaban más adelante. Aquel era un espacio público, un lugar para el encuentro, las adquisiciones y el placer. Los hombres pasaban apresuradamente junto al viajero, impulsados por su apetito y su sed. Entre las puertas exterior e interior, a ambos lados de la calle adoquinada, había hosterías, figones, tenderetes de comida y voceadores de toda índole. Se desarrollaba allí el eterno negocio de la compra y la venta. Telas, utensilios, adornos, armas, ron. El mercado principal se hallaba pasada la

puerta sur, más pequeña. Los vecinos de la ciudad compraban allí y evitaban este lugar, concebido para los recién llegados ignorantes que desconocían el precio real de las cosas. Este era el mercado de los estafadores, el mercado de los ladrones, ruidoso, caro, vil. Pero los viajeros cansados, ajenos al trazado de la ciudad, y reacios en cualquier caso a rodear toda la muralla exterior hasta el bazar más grande y equitativo, sin mucho más donde elegir, tenían que tratar con los mercaderes junto a la puerta de los elefantes. Sus necesidades eran simples y perentorias.

Pollos vivos, alborotados por el miedo, colgados cabeza abajo, aleteando, con las patas atadas, esperaban la cazuela. Para los vegetarianos había otros guisos más silenciosos; las hortalizas no chillaban. ¿Y aquello que el viajero oía en el viento eran voces femeninas, ululantes, provocadoras, tentadoras, riéndose de hombres invisibles? ¿Eran esas las mujeres cuyo aroma percibía en la brisa vespertina? Esa noche, en todo caso, era ya tarde para ir en busca del emperador. El viajero llevaba dinero en el bolsillo y había recorrido un camino largo y tortuoso. Esa era su táctica: avanzaba hacia el objetivo indirectamente, con muchos rodeos y desvíos. Desde el desembarco en Surat, había viajado hasta Agra vía Burhanpur, Handia, Sironj, Narwar, Gwalior y Dholpur, y de Agra hasta aquí, la nueva capital. Ahora deseaba la cama más cómoda posible, y una mujer, preferiblemente sin bigote, y por último cierta dosis de abandono, la huida de sí mismo, que nunca puede hallarse en los brazos de una mujer, sino solo mediante un buen trago de una bebida fuerte.

Más tarde, una vez satisfechos sus deseos, durmió en un perfumado burdel, roncando sonoramente al lado de una ramera insomne, y soñó. Era capaz de soñar en siete lenguas: italiano, español, árabe, persa, ruso, inglés y portugués. Había adquirido las lenguas del mismo modo que los marineros adquirían las enfermedades; las lenguas eran su gonorrea, su sífilis, su escorbuto, su paludismo, su peste. Tan pronto como concilió el sueño, medio mundo empezó a balbucear en su cerebro, contando prodigiosos relatos de viajeros. En este mundo a medio descubrir, cada día traía consigo noticias de nuevos encantamientos. La ensoñadora poesía de lo cotidiano, visionaria y reveladora, aún no había sido aplastada por la estrecha y prosaica realidad. Siendo él mismo narrador de relatos, se había sentido impulsado a abandonar su casa por historias asombrosas, y por una en concreto, una historia que lo enriquecería o le costaría la vida.

A BORDO DEL BARCO PIRATA DEL MILORD ESCOCÉS

A bordo del barco pirata del milord escocés, el *Scáthach*, así llamado por una legendaria diosa guerrera de Skye, un buque cuya tripulación había robado y saqueado como si tal cosa durante muchos años de una punta a otra de la costa española del Caribe pero navegaba ahora rumbo a la India por razones de Estado, el lánguido polizón florentino se libró de ser arrojado sin miramientos al río Blanco en el África meridional porque sacó una culebra de la oreja del sobresaltado contramaestre y la lanzó por la borda. Lo habían descubierto bajo una litera en el castillo de proa siete días después de doblar el cabo de las Agujas, en el extremo del continente africano, vestido con jubón y calzas de color mostaza y envuelto en una larga capa arlequinada de retazos —vivos rombos de cuero—, abrazado a un pequeño maletín y durmiendo a pierna suelta, con estentóreos ronquidos, sin hacer el menor esfuerzo por ocultarse. Se lo veía más que dispuesto a dejarse descubrir y pasmosamente seguro de sus gracias, sus dotes de persuasión y su encanto. Al fin y al cabo, dichas cualidades lo habían llevado ya muy lejos. Y en efecto resultó ser todo un mago. Transformó monedas de oro en humo y después otra vez el humo amarillo en oro. Una jarra de agua dulce, al volverla del revés, dejó escapar un diluvio de pañuelos de seda. Con un par de pases de su elegante mano, multiplicó panes y peces, cosa que, aun siendo a buen seguro una blasfemia, los famélicos marineros le perdonaron sin mayor problema. Apresurándose a hacer la señal de la cruz, para protegerse de la posible cólera de Jesucristo al ver su puesto usurpado por este nuevo obrador de milagros, engulleron aquella comida inesperadamente pródiga, si bien más que cuestionable desde el punto de vista teológico.

Hasta el mismísimo milord escocés, George Louis Hauksbank, lord Hauksbank de Ídem —o dicho de otro modo, conforme al uso escocés, Hauksbank de Hauksbank, un noble que no debía confundirse con otros Hauksbank menores, más innobles, de lugares inferiores— sucumbió en un santiamén al encanto del intruso arlequín cuando este fue conducido a su camarote para someterlo a juicio. A la sazón, el joven tunante se hacía llamar

«Uccello».

—Uccello di Firenze, hechicero y erudito, a vuestro servicio —dijo en perfecto inglés, e hizo una inclinación de cabeza amplia y profunda, con desenvoltura casi aristocrática.

Lord Hauksbank sonrió y olisqueó su pañuelo perfumado.

—Cosa que me habría creído, mago —contestó—, si no conociese al pintor Paolo de ese mismo nombre y lugar, que creó en el Duomo de vuestra ciudad un fresco *trompe-l'oeil* en honor de un antepasado mío, sir John Hauksbank, conocido como Giovanni Milano, mercenario, en otro tiempo general de Florencia, vencedor de la batalla de Polpetto; y si ese pintor, por desgracia, no llevase ya muerto muchos años.

El joven tunante emitió un descarado chasquido de disconformidad con la lengua.

—Como es obvio, yo no soy el difunto artista —afirmó, adoptando una pose afectada—. He elegido este *pseudonimo di viaggio* porque en mi idioma equivale a la palabra «pájaro», y los pájaros son los mayores viajeros.

En este punto sacó un halcón encapuchado del pecho, un guante de cetrería del aire vacío, y entregó lo uno y lo otro al atónito lord.

—Un halcón para mi señor de Hauksbank —dijo con perfecta formalidad, y a continuación, en cuanto lord Hauksbank tuvo el guante calzado y el ave en la mano, él, Uccello, chasqueó los dedos como una mujer retirando su amor, con lo cual, para manifiesta desilusión del milord escocés, ambos se esfumaron, el ave con su guante y el guante con su ave—. Y también —prosiguió el mago, volviendo al tema de su nombre— porque en mi ciudad esta palabra a modo de velo, este pájaro oculto, es un eufemismo para aludir con delicadeza al órgano sexual masculino, y yo me enorgullezco del que poseo pero no tengo el mal gusto de exhibirlo.

—¡Ja, ja! —exclamó lord Hauksbank de Ídem, recobrando la compostura con admirable presteza—. Siendo así, ya tenemos algo en común.

Era un milord muy viajado, el tal Hauksbank de Ídem, y más viejo de lo que aparentaba. Tenía la mirada viva y la tez clara, pero había cumplido ya los cuarenta años y siete más como mínimo. Su destreza con la espada era sobradamente conocida y poseía la fuerza de un toro blanco y había remontado en balsa el río Amarillo hasta su nacimiento en el lago Kar Qu, donde comió pene de tigre en su jugo en una escudilla dorada, y había cazado el rinoceronte blanco en el cráter del Ngorongoro y escalado los doscientos ochenta y cuatro picos de los Munros escoceses, desde el Ben Nevis hasta la Cumbre Inaccesible del Sgurr Dearg, en la isla de Skye, tierra natal de Scáthach la Terrible. Mucho tiempo atrás, en el castillo de Hauksbank, riñó con su esposa, una mujer

menuda e irascible de melena roja rizada y mandíbula semejante a un cascanueces holandés y, dejándola en las Tierras Altas al cuidado de sus ovejas negras, se fue a buscar fortuna como su antepasado antes que él y capitaneó un barco al servicio de Drake cuando los piratas robaban el oro español de las Américas en el Caribe. La recompensa de su agradecida reina había sido esta misión en la que se hallaba actualmente embarcado; debía ir al «Hindustán», donde disponía de entera libertad para acumular y conservar cualquier fortuna que encontrara, ya fuera en forma de piedras preciosas, opio u oro, a condición de que entregara al rey una carta personal de Gloriana y volviera a casa con la respuesta del «mogul».

—En Italia decimos mogor —explicó el joven prestigeador.

—En las lenguas impronunciabiles del propio país —repuso lord Hauksbank—, ¿quién sabe cómo retorcerán, enredarán y desfigurarán la palabra?

Un libro selló su amistad: el *Canzoniere* de Petrarca, del que, como siempre, descansaba una edición junto al codo del milord escocés en una mesilla de *pietra dura*.

—¡Ah, el gran Petrarca! —exclamó Uccello—. Ese sí es un verdadero mago.

Y adoptando la pose oratoria de un senador romano, empezó a declamar:

*Benedetto giorno, et 'l mese, et l'anno,
et la stagione, e 'l tempo, et l'ora, e 'l punto,
e 'l bel paese, e 'l loco ov'io fui giunto
da' duo begli occhí che legato m'ànno...*

Y lord Hauksbank tomó el hilo del soneto en su idioma:

*... y el dulce afán primero que sentía
cuando me ataba Amor, y aquel tirante
arco, y sus flechas, y, en mi pecho amante,
las profundas heridas que me abría.*

—Todo aquel que ame este poema como yo deberá ser mi señor —dijo Uccello inclinando la cabeza.

—Y todo aquel que sienta lo mismo que yo por estas palabras deberá beber conmigo —contestó el escocés—. Habéis girado la llave que abre mi corazón. Ahora debo compartir con vos un secreto que jamás divulgaréis. Acompañadme.

En sus aposentos, dentro de una pequeña caja de madera oculta tras un panel corredizo, lord Hauksbank de Ídem guardaba una colección de estimados «objetos de valor», hermosas piezas sin las que un hombre en continuo viaje podría perder el norte, ya que el mucho viajar, como bien sabía lord Hauksbank, el mucho encontrarse novedades y rarezas, podía aflojar las amarras del alma.

—Estas cosas no son mías —dijo a su nuevo amigo florentino—, pero me recuerdan quién soy. Las custodio durante un tiempo, y cuando ese tiempo termine, las dejaré marchar.

Sacó de la caja varias piedras preciosas de imponente tamaño y transparencia, que dejó a un lado con un gesto de desdén, y después un lingote de oro español con el que cualquier hombre que lo hallase habría vivido a cuerpo de rey durante el resto de sus días —«No es nada, nada», musitó—, y solo entonces llegó a sus auténticos tesoros, cada uno de ellos cuidadosamente envuelto en paños y enterrado entre rebujos de papel y jirones de tela: el pañuelo de seda de una diosa pagana de la antigua Sogdia, obsequiado a un héroe olvidado como prenda de su amor; una exquisita talla en barba de ballena que representaba la caza de un ciervo; un guardapelo que contenía un retrato de Su Majestad la Reina; un libro hexagonal encuadernado en piel procedente de Tierra Santa, en cuyas diminutas páginas, en una letra minúscula adornada con extraordinarias ilustraciones, estaba el texto íntegro del Corán; un busto de piedra macedonio con la nariz rota, supuestamente el retrato de Alejandro Magno; uno de los «sellos» crípticos de la civilización del valle del Indo, encontrado en Egipto, con la imagen de un buey y una serie de jeroglíficos cuyo significado no se había descifrado, objeto cuya finalidad nadie conocía; una piedra china plana y pulida con un hexagrama escarlata del *I Ching* y marcas naturales de color oscuro semejantes a una cordillera al anochecer; un huevo de porcelana pintado; una cabeza reducida por los habitantes de la selva amazónica; y un diccionario de la lengua perdida del istmo de Panamá, cuyos hablantes se habían extinguido todos menos una anciana que ya no podía pronunciar bien las palabras porque se le habían caído los dientes.

Lord Hauksbank de Ídem abrió un armario de valiosa cristalería que milagrosamente había superado incólume la travesía de muchos océanos, sacó un par de copas idénticas, abombadas, de cristal de Murano opalescente, y sirvió una generosa cantidad de coñac en cada una. El polizón se acercó y levantó la suya. Lord Hauksbank respiró hondo y después bebió.

—Sois de Florencia y, por tanto, conocéis ya la majestad del soberano supremo, el yo humano individual, y los anhelos que este intenta saciar, el afán de belleza, de valor... y de amor —dijo. El hombre que se hacía llamar Uccello

se dispuso a contestar, pero Hauksbank alzó una mano—. Dejadme expresar mi parecer —prosiguió—, pues hay asuntos que tratar de los que vuestros eminentes filósofos nada saben. El yo, aun siendo de la realeza, pasa hambre como un menesteroso. Aun nutriéndose por un momento con la contemplación de maravillas tan bien guardadas como estas, sigue pobre, famélico y sediento. Y es un rey en peligro, un soberano siempre a merced de un sinfín de insurgentes, del miedo, por ejemplo, y de la angustia, del aislamiento y la perplejidad, de un extraño orgullo indescriptible y una vergüenza muda y atroz. El yo vive acosado por los secretos, secretos que lo corroen sin cesar, secretos que harán trizas su reino y dejarán su cetro roto en el polvo.

»Como veo que os desconcierto —añadió con un suspiro—, no me andaré con circunloquios. El secreto que jamás divulgaréis a nadie no está oculto en una caja. Aquí lo tenéis, a la vista, y la vista no engaña.

El florentino, que intuía desde hacía rato la verdad sobre los deseos ocultos de lord Hauksbank, expresó, muy serio, el debido respeto por el bulto y la circunferencia del miembro moteado, con un ligero olor a hinojo, que descansaba ante él sobre la mesa de su señoría, como un salchichón *definocchiona* en espera de ser cortado en rodajas.

—Si abandonaseis el mar y os vinieseis a vivir a mi ciudad —dijo el florentino—, se acabarían vuestras tribulaciones, ya que entre los jóvenes galanes de San Lorenzo encontraríais fácilmente los placeres masculinos que buscáis. Yo personalmente, sintiéndolo mucho...

—Bebed —ordenó el milord escocés, poniéndose de mil colores, a la vez que enfundaba—. No se hable más del tema.

En sus ojos se advertía un brillo que su acompañante habría preferido no ver en sus ojos. Tenía la mano más cerca del puño de la espada de lo que su acompañante habría deseado. Su sonrisa era la mueca de una bestia.

Siguió un largo y solitario silencio durante el que el polizón comprendió que su suerte pendía de un hilo. A continuación, Hauksbank apuró la copa y dejó escapar una patibularia risotada llena de desasosiego.

—Bien, señor mío —exclamó—, ya conocéis mi secreto, y ahora debéis contarme el vuestro, pues ciertamente encerráis un misterio que yo, necio de mí, he tomado por el mío propio, y ahora debéis revelármelo sin recovecos.

El hombre que se hacía llamar Uccello di Firenze intentó cambiar de tema.

—¿No me honraréis, mi señor, con el relato de la captura del preciado galeón *Cacafuego*? ¿Y no estabais...? Sí, por fuerza estabais con Drake en Valparaíso, y en Nombre de Dios, donde él resultó herido.

Hauksbank arrojó su copa contra una pared y desenvainó la espada.

—Granuja —exclamó—, contestad a las claras o morid. El polizón eligió las palabras con cuidado.

—Mi señor, estoy aquí, ahora lo comprendo, para ofrecerme a vos como factótum. Es cierto, no obstante —se apresuró a añadir cuando la punta de la hoja le tocó la garganta—, que tengo asimismo otro objetivo ulterior. A decir verdad, soy lo que podría llamarse un hombre embarcado en una búsqueda, más aun, una búsqueda secreta, pero debo advertiros que sobre mi secreto pesa una maldición, impuesta por la hechicera más poderosa de estos tiempos. Solo un hombre puede oír mi secreto y sobrevivir, y lamentaría ser el responsable de vuestra muerte.

Lord Hauksbank de Ídem volvió a reírse, pero esta vez no fue una risa patibularia, sino una risa de cielo que clarea y sol que asoma.

—Me divertís, pajarillo. ¿Os creéis que temo la maldición de vuestra bruja de rostro verde? He bailado con el Barón Samedi en el Día de Difuntos y sobrevivido a sus aullidos de vudú. Si no me lo contáis todo de inmediato, lo tomaré a mal.

—Allá vos —empezó el polizón—. Érase una vez un príncipe aventurero llamado Argalia, llamado también Arcalia, un gran guerrero poseedor de armas hechizadas, en cuyo séquito había cuatro gigantes aterradores, y lo acompañaba una mujer, Angelica...

—Alto —atajó lord Hauksbank de Ídem, llevándose las manos a la frente—. Me dais dolor de cabeza. —Luego, al cabo de un momento—: Adelante.

—...Angelica, una princesa, de la sangre real de Gengis Kan y Tamerlán...

—Alto. No, seguid.

—... la más hermosa...

—Alto.

Tras lo cual, lord Hauksbank cayó al suelo inconsciente.

* * *

El viajero, casi abochornado por la facilidad con que había vertido el láudano en la copa de su anfitrión, devolvió cautelosamente a su escondrijo la pequeña caja de madera con los tesoros, se puso el ropón multicolor y, a toda prisa, salió a la cubierta en busca de ayuda. Había ganado el ropón a las cartas, en una mano de *scarabocion* contra un atónito mercader de diamantes veneciano que no podía creer que un simple florentino fuese al Rialto y derrotase a los lugareños en su propio juego. El mercader, un judío con barba y tirabuzones llamado Shalaj Cormorano, había encargado el ropón especialmente para él en

la sastrería más célebre de Venecia, conocida como Il Moro Invidioso por el retrato de un árabe de ojos verdes en el letrero encima de la puerta, y como prenda, era el sueño de un ocultista, su forro una catacumba de bolsillos secretos y pliegues camuflados en los que un mercader de diamantes podía guardar su valioso género, y un buscavidas como Uccello di Firenze podía esconder toda clase de trucos.

—Aprisa, amigos, aprisa —llamó el viajero con una convincente exhibición de inquietud—. Su señoría nos necesita.

Si entre aquella empedernida tripulación de corsarios convertidos en diplomáticos había muchos cínicos suspicaces que, escamados por el repentino colapso de su jefe, empezaban a tener un concepto del recién llegado contraproducente para su buena salud, se vieron en parte tranquilizados ante la manifiesta preocupación de Uccello di Firenze por el bienestar de lord Hauksbank. Ayudó a trasladar al hombre sin conocimiento a su camastro, lo desvistió, le puso el pijama como buenamente pudo, le aplicó compresas calientes y frías en la frente, y se negó a dormir o comer hasta que mejorase la salud del milord escocés. El médico del barco declaró que el polizón era una ayuda inestimable, y la tripulación, al oírlo, volvió a sus puestos con reniegos y gestos de indiferencia.

Cuando se encontraron a solas con el hombre inconsciente, el médico confesó a Uccello su desconcierto por lo mucho que se resistía el aristócrata a despertar del súbito coma.

—Por lo que yo veo, a este hombre no le pasa nada, alabado sea Dios, solo que no se despierta —dijo—, y en este mundo sin amor puede que sea más sensato soñar que despertar.

El médico, un tal Hawkins «Alabado Sea Dios», era un hombre sencillo y fogueado, un matasanos de buen corazón y limitados conocimientos médicos más acostumbrado a extraer balas españolas de los cuerpos de sus compañeros de tripulación y coser tajos de alfanje después de combates cuerpo a cuerpo contra los españoles que a curar misteriosas enfermedades del sueño salidas de la nada, como un polizón o un castigo divino. Hawkins había perdido un ojo en Valparaíso y media pierna en Nombre de Dios, y cada noche, acompañándose de una especie de violín gitano, entonaba lastimeros fados portugueses en honor de una doncella asomada a un balcón del barrio de la Ribeira de Oporto. Alabado Sea Dios lloraba a lágrima viva mientras cantaba, y Uccello comprendió que el buen médico se imaginaba a sí mismo engañado y evocaba, para atormentarse, imágenes de su amada ebria de oporto en la cama con hombres que aún conservaban el cuerpo incólume, pescadores que apestaban a sus escamosas presas, lascivos monjes franciscanos, los fantasmas

de los primeros navegantes y hombres vivos de toda clase y color, italianos e ingleses, chinos y judíos. «Un hombre bajo el hechizo del amor —pensó el polizón— es un hombre fácil de confundir y embaucar.»

Cuando el *Scáthach* bordeó el Cuerno de África y la isla de Socotora, y mientras se aprovisionaba en Mascate y dejaba luego a babor el litoral persa e, impulsado por el monzón, enfilaba en dirección sudeste hacia el abrigo portugués de Diu en la costa meridional del lugar que el doctor Hawkins llamaba «Guzerat», lord Hauksbank de Ídem dormía plácidamente, «un sueño tan sereno», según Hawkins, impotente, «que, alabado sea Dios, tiene con toda seguridad la conciencia tranquila y al menos su alma, por tanto, goza de buena salud, lista para reunirse con su Hacedor en cualquier momento». «Dios no lo quiera», decía el polizón. «Alabado sea Dios, esperemos que no se lo lleve todavía», concordaba el otro de inmediato. Durante la larga vigilia junto al lecho, Uccello preguntó con frecuencia al médico por su amada portuguesa. Hawkins no se hacía mucho de rogar para explayarse sobre el terna. El polizón escuchó pacientemente las loas a los ojos, los labios, los senos, las caderas, el vientre, el trasero, los pies de la dama. Conoció las ternezas secretas que ella empleaba en el acto del amor, ternezas ya no tan secretas, y oyó sus promesas de fidelidad y su juramento de unión eterna en susurros.

—Ay, pero es una mujer falsa, falsa —afirmó el médico entre sollozos.

—¿Lo sabéis a ciencia cierta? —inquirió el viajero.

Alabado Sea Dios, lloroso, negó con la cabeza y dijo:

—Ha pasado mucho tiempo y ahora soy solo medio hombre, así que debo suponer lo peor.

Y Uccello le devolvió la alegría con persuasivas palabras.

—¡Pues alabemos a Dios, Alabado Sea Dios, porque lloráis sin motivo! Ella es fiel, estoy seguro, y os espera, no me cabe la menor duda; y si tenéis una pierna de menos, ella tendrá amor de sobra que prodigaros, el amor asignado antes a esa pierna puede adjudicarse ahora a otras partes; y si os falta un ojo, el otro se solazará doblemente con aquella que se ha mantenido fiel y os ama como vos la amáis a ella. ¡Basta ya! ¡Alabado sea Dios! Cantad alborozado y no lloréis más.

Así despedía cada noche a Hawkins Alabado Sea Dios, asegurándole que la tripulación quedaría desolada si no oía sus canciones, y cada noche, cuando se encontraba a solas con el milord inconsciente, y después de una corta espera, registraba de arriba abajo los aposentos del capitán, buscando todos sus secretos. «Un hombre que construye un camarote con una cavidad oculta ha construido un camarote con al menos dos o tres», concluyó, y para cuando avistaron el puerto de Diu, ya había dejado a lord Hauksbank tan desplumado

como un pollo, había descubierto los siete compartimentos secretos tras los paneles de las paredes, y todas las alhajas contenidas en todas las cajas de madera estaban a buen recaudo en sus nuevas moradas en el ropón de Shalaj Cormorano, y también los siete lingotes de oro, y aún así el ropón parecía ligero como una pluma, porque el Moro de Venecia de ojos verdes conocía el secreto para dar una apariencia de ingravidez a la prenda mágica fueran cuales fuesen los objetos ocultos en el interior. En cuanto a los otros «objetos de valor», no interesaron al ladrón. Los dejó anidar donde estaban, para que en su momento salieran del cascarón cuantos polluelos tuvieran que nacer. Pero ni siquiera después del monumental robo quedó contento Uccello, ya que el mayor tesoro de todos se le había escapado. Apenas podía disimular su agitación. El azar había puesto al alcance de su mano una gran oportunidad, y no debía perderla. Pero ¿dónde estaba aquello? Había buscado en todos los rincones de los aposentos del capitán, y todavía continuaba oculto. ¡Maldición! ¿Estaba acaso aquel tesoro bajo un encantamiento? ¿Se había vuelto invisible, para así eludirlo?

Después de la breve escala en Diu, el *Scáthach* zarpó sin pérdida de tiempo con rumbo a Surat, ciudad (objeto en fecha reciente de una visita punitiva del emperador Akbar en persona) en la que lord Hauksbank tenía planeado emprender su periplo por tierra hacia la corte del «mogul». Y la noche que llegaron a Surat (en ruinas, humeante aún por la cólera del emperador), mientras Hawkins Alabado Sea Dios cantaba con toda su alma y la tripulación, ebria de ron, celebraba el acabamiento de la larga travesía, el buscador bajo cubierta encontró por fin aquello tras lo que andaba: el octavo panel secreto, uno más que el número mágico siete, uno más de lo que habría esperado casi cualquier ladrón. Detrás de esa puerta final se hallaba lo que perseguía. Y después de esa última hazaña se sumó a la jarana en cubierta y cantó y bebió con mayor entusiasmo que ningún otro hombre a bordo. Puesto que poseía el don de permanecer en vela cuando nadie era ya capaz de mantener los ojos abiertos, llegó la hora, de madrugada, en que pudo escabullirse a bordo de un bote, remar hasta tierra y desaparecer, como un fantasma, en la India. Mucho antes de que Hawkins Alabado Sea Dios diera la voz de alarma, después de hallar a lord Hauksbank de Ídem con los labios azules en su postrer camastro marino y liberado para siempre de los tormentos de su *anhelante finocchiona*, Uccello di Firenze se había marchado, dejando a sus espaldas solo ese nombre, como la piel abandonada de una serpiente. En el pecho del viajero anónimo se hallaba el mayor tesoro entre todos los tesoros, la carta de Isabel Tudor, de su puño y con su sello personal, la misiva de la reina de Inglaterra al emperador de la India, que sería su ábrete sésamo, su salvoconducto, al mundo de la corte

mogol. Ahora era el embajador de Inglaterra.

AL ALBA LOS INQUIETANTES PALACIOS DE ARENISCA

Al alba los inquietantes palacios de arenisca de la nueva «ciudad de la victoria» de Akbar el Grande parecían de humo rojo. La mayoría de las ciudades empiezan a dar la impresión de ser eternas casi tan pronto como nacen, pero Sikri parecería siempre un espejismo. Cuando el sol alcanzaba su cenit, el gran mazo del calor meridiano batía los adoquines, ensordeciendo el oído humano a todo sonido, haciendo temblar el aire como un antílope asustado, y debilitando la frontera entre la cordura y el delirio, entre lo que eran figuraciones y lo que era realidad.

Incluso el emperador se dejaba llevar por la fantasía. Las reinas flotaban en sus palacios como espectros; las sultanas de Rajputana y Turquía jugaban al corre que te pillo. Uno de estos personajes regios en realidad no existía. Era una esposa imaginaria, soñada por Akbar tal como los niños propensos a la soledad sueñan con amigos imaginarios, y pese a la presencia de muchas consortes vivas, aunque flotantes, el emperador opinaba que las reinas reales eran los fantasmas y la amada inexistente la real. Le puso un nombre, Jodha, y nadie osó contradecirlo. En la intimidad del serrallo, en los pasillos con sedas del palacio de Jodha, crecían su influencia y su poder. Tansen compuso cantos para ella y en el obrador—escritorio se celebraba su belleza en retratos y versos. La retrató el mismísimo maestro Abdús Samad el Persa, pintándola a partir del recuerdo de un sueño, sin haberla mirado jamás a la cara, y cuando el emperador vio su obra, aplaudió ante la belleza que resplandecía en la lámina. «La habéis captado tal cual es», exclamó, y Abdús Samad se relajó y dejó de sentirse como si no tuviera la cabeza bien sujeta al cuello; y después de exhibirse esta obra visionaria del maestro del taller del emperador, toda la corte supo que Jodha era real, y los más excelsos cortesanos, los *Navratna* o Nueve Astros, reconocieron todos no solo su existencia, sino también su belleza, su sabiduría, la gracia de sus movimientos y la dulzura de su voz. ¡Akbar y Jodhabai! ¡Oh, oh! Fue la historia de amor de la época.

Por fin se dio por terminada la construcción de la ciudad, a tiempo para

el cuadragésimo cumpleaños del emperador. Tardaron doce calurosos años en edificarla, pero durante mucho tiempo habían creado en Akbar la impresión de que se levantaba sin esfuerzo, año tras año, como por ensalmo. El ministro de obras públicas prohibía toda actividad durante las estancias del emperador en la nueva capital imperial. Cuando el emperador se instalaba allí, las herramientas de los albañiles guardaban silencio, los carpinteros no martillaban, los pintores, los taraceadores, los tapiceros y los tallistas de celosías se perdían de vista. Entonces todo, se decía, era placer amortiguado. Solo se consentían los sonidos propios del deleite. Los cascabeles en los tobillos de las bailarinas reverberaban con dulce eco; las fuentes tintineaban, y la armoniosa música del genio Tansen impregnaba la brisa. Susurraban poemas al oído del emperador, y los jueves, en el patio del parchís, se jugaba lánguidamente, con jóvenes esclavas a modo de piezas vivas en el tablero pintado en el suelo. Por las tardes, detrás de las cortinas corridas, bajo los *punkabs* deslizantes del techo, había unas horas de calma para el amor. El sensual silencio se imponía en la ciudad tanto por la omnipotencia del monarca como por el calor del día.

Ninguna ciudad es toda palacios. La verdadera ciudad, construida no solo de piedra sino también de madera y adobe y bosta y ladrillo, anidaba al pie del descomunal basamento rojo de piedra sobre el que se asentaban las residencias reales. Sus barrios se distribuían tanto por razas como por oficios. Aquí estaba la calle de los plateros, ahí las armerías con sus puertas recalentadas y su estruendo metálico, y allí, siguiendo por aquel estrecho pasaje, la zona de los brazaletes y la ropa. Al este se hallaba la colonia hindú y, más allá, ciñéndose a las murallas de la ciudad, el barrio persa, y más allá la sección de los turaníes, y más allá, en las inmediaciones de la colosal puerta de la Mezquita del Viernes, las viviendas de los musulmanes nacidos en la India. En los aledaños, salpicaban los campos las villas de los nobles, el obrador de arte y escritorio cuya fama se había difundido ya por todo el país, y un pabellón de música, y otro para la danza. En casi todas estas Sikris menores había poco tiempo para la indolencia, y cuando el emperador volvía de las guerras, el silencio impuesto se percibía, en la ciudad de adobe, como una asfixia. Había que amordazar a los pollos en el momento del sacrificio por miedo a perturbar el descanso del rey de reyes. Una carreta que chirriase podía costarle una tanda de latigazos al carretero, y si gritaba por los azotes, la pena podía ser aún más severa. Las parturientas reprimían sus chillidos y el espectáculo de mimo que se desarrollaba en el mercado era cosa de locos. «Cuando el rey está aquí, enloquecemos todos —decían las gentes, y como había espías y traidores por doquier, se apresuraban a añadir—: de alegría.» La ciudad de adobe veneraba a su emperador, insistía en ello, insistía sin palabras, ya que las palabras se tejían

con ese género prohibido: el sonido. Cuando el emperador partía rumbo a una de sus campañas —sus batallas interminables (aunque siempre victoriosas) contra los ejércitos de Gujarat y Rajastán, de Kabul y Cachemira—, la prisión del silencio abría sus puertas, y de repente se oían toques de trompeta, y vítores, y la gente podía decirse todo lo que se había visto obligada a callar durante meses y meses. «Te quiero...» «Mi madre ha muerto...» «Tu sopa sabe bien...» «Si no me pagas el dinero que me debes, te romperé los codos...» «Cariño mío, también yo te quiero...» Todo.

Por fortuna para la ciudad de adobe, los asuntos militares se llevaban a Akbar lejos de allí muy a menudo; a decir verdad, había pasado lejos de allí la mayor parte del tiempo, y en sus ausencias la barahúnda de los pobres en su hacinamiento, unida al jaleo de los obreros de la construcción ya sin freno alguno, perturbaban a diario a las reinas impotentes. Las reinas se acostaban juntas y gemían, y lo que hacían para distraerse, el entretenimiento que se proporcionaban mutuamente, tras los velos de sus aposentos, no se describirá aquí. Solo la reina imaginaria permaneció pura, y fue ella quien habló a Akbar de las privaciones que sufría el pueblo por el exagerado celo de los funcionarios, deseosos de hacerle a él más grata la estancia en casa. En cuanto el emperador se enteró, dio contraorden, sustituyó al ministro de obras públicas por un individuo menos severo, e insistió en cabalgar por las calles de sus oprimidos súbditos voceando: «¡Alborotad tanto como gustéis, pueblo mío! El ruido es vida, y el exceso de ruido es señal de que la vida es buena. Ya tendremos tiempo de guardar silencio cuando estemos muertos y libres de todo mal». La ciudad prorrumpió en jubiloso clamor. Aquel día quedó claro que un rey distinto ocupaba el trono, y que nada en el mundo seguiría igual.

* * *

Por fin llegó la paz al país, pero el rey nunca tenía el espíritu en calma. El rey acababa de regresar de su última campaña; había aplastado la sublevación de Surat, pero en su cabeza, durante los largos días de marcha y guerra, había lidiado con enigmas tanto lingüísticos y filosóficos como militares. El emperador AbulFath Jalaluddin Muhammad, rey de reyes, conocido desde la infancia como Akbar, que significa «el grande», y más tarde, pese a la tautología inherente, como Akbar el Grande, el grande grande, grande en su grandeza, doblemente grande, tan grande que la repetición en su título no solo era apropiada sino incluso necesaria a fin de expresar la esplendidez de su esplendor: el Gran Mogol, el emperador absoluto, polvoriento, cansado del combate, victorioso, reflexivo, incipientemente metido en carnes, desen-

cantado, bigotudo, amante de la poesía, libidinoso, que parecía en todos los sentidos demasiado magnífico, demasiado universal y, en suma, demasiado de todo para ser un solo individuo humano; y durante el largo y tedioso viaje de regreso, en el que lo acompañaban las cabezas de sus enemigos derrotados meciéndose dentro de tinajas herméticamente cerradas, esta arrolladora avalancha de soberano, este tragamundos, este monstruo multicéfalo que hacía referencia a sí mismo en primera persona del plural, empezó a meditar acerca de las inquietantes posibilidades de la primera persona del singular, el «yo».

Los interminables días del lento avance ecuestre propiciaron muchas y lánguidas lucubraciones en un hombre de temperamento especulativo, y el emperador, mientras cabalgaba, meditó acerca de asuntos tales como la mutabilidad del universo, el tamaño de las estrellas, los pechos de sus esposas y la naturaleza de Dios. Y aquel día en particular también acerca de esta cuestión gramatical del sujeto y sus Tres Personas, la primera, la segunda y la tercera, los singulares y los plurales del alma. Él, Akbar, nunca se había referido a sí mismo como «yo», ni siquiera en privado, ni siquiera en un arranque de ira o en sueños. Él era —¿qué otra cosa podía ser?— «nosotros». Era la definición, la encarnación de Nosotros. Había nacido en la pluralidad. Cuando decía «nosotros», se presentaba a sí mismo con total naturalidad y sincero convencimiento como la encarnación de todos sus súbditos, de todas sus ciudades y territorios y ríos y montañas y lagos, así como de todos los animales y plantas y árboles dentro de sus fronteras, y también de los pájaros que volaban por el cielo y los mosquitos urticantes en el crepúsculo y los monstruos sin nombre en sus guaridas subterráneas, royendo lentamente las raíces de las cosas; se presentaba a sí mismo como la suma de todas sus victorias, como el receptáculo de las personalidades, las aptitudes, las historias y quizá incluso las almas de sus adversarios decapitados o simplemente pacificados; y, además, se presentaba a sí mismo como el apogeo del pasado y el presente de su pueblo, y el motor de su futuro.

Ese «nosotros» era lo que llevaba implícito ser rey; pero sin duda también los hombres corrientes, se permitió pensar, en interés de la justicia, y para propiciar el debate, se consideraban de vez en cuando plurales.

¿Se equivocaban? ¿O se equivocaba él? (¡Oh, pensamiento traicionero!) Acaso esta idea del sujeto como comunidad era lo que llevaba implícito ser un ser en el mundo, cualquier ser, siendo tal ser, a fin de cuentas, inevitablemente un ser entre otros seres, una parte del ser de todas las cosas. Quizá la pluralidad no era una prerrogativa exclusivamente regia, quizá no era, a fin de cuentas, su derecho divino. Uno podía aducir además que, como a buen seguro las meditaciones del monarca se reflejaban, de forma menos exaltada y sutil, en las

cavilaciones de sus súbditos, era por tanto inevitable que los hombres y mujeres a quienes gobernaba se concibieran también a sí mismos como «nosotros». Se consideraban, quizá, entidades en plural, compuestas de ellos mismos más sus hijos, madres, tías, amos, correligionarios, compañeros de trabajo, clanes y amigos. También ellos se consideraban múltiples yos, uno que era el padre de sus hijos, otro que era el hijo de sus padres; sabían que no eran los mismos en presencia de sus amos que en casa con sus mujeres. En pocas palabras, todos eran sacos de yos, llenos a rebosar de pluralidad, al igual que él. ¿No existía, pues, una diferencia esencial entre gobernantes y gobernados? Y llegados a este punto, la duda original volvió a plantearse adoptando una forma nueva y alarmante: si sus súbditos de múltiples yos conseguían verse a sí mismos en el singular más que en plural, ¿podía ser también él un «yo»? ¿Podía haber un «yo» que fuera simplemente uno mismo? ¿Existían tales «yoes» desnudos y solitarios bajo los superpoblados «nosotros» de este mundo?

Fue esta una duda que lo atemorizó mientras regresaba a casa, valeroso, invicto y, admitámoslo, ya un poco fondón, a lomos de su caballo blanco; y cuando se le metió en la cabeza por la noche, no le fue fácil conciliar el sueño. ¿Qué debía decir cuando viese de nuevo a su Jodha? Si decía sin más «He vuelto» o «Aquí estoy», ¿sería ella capaz a su vez de dirigirse a él con la segunda persona del singular, ese *tú*, reservado a los niños, los amantes y los dioses? ¿Y qué significaría eso? ¿Que era como un hijo para Jodha, o divino, o sencillamente el amante con quien también ella había soñado, a quien había dado vida en sus sueños con el mismo fervor con que él se la había dado a ella? ¿Podría ser esa breve palabra, ese *tú*, la más excitante del idioma? «Yo», ensayó con voz queda. «Aquí estoy "yo". "Yo" te quiero. Ven a "mí".»

Un último hecho de armas interrumpió sus meditaciones en el camino de regreso a casa. Otro principito sublevado que aplastar. Un rodeo por la península de Kathiawar para someter al rana de Cooch Naheen, un joven de boca grande y bigote más grande aún (el emperador se jactaba de su propio bigote, y no tomaba a bien la competencia), un señor feudal absurdamente proclive a hablar de libertad. Libertad para quién, y de qué, renegó el emperador en sus adentros. La libertad era una fantasía infantil, un juego de mujeres. Ningún hombre era libre jamás. Su ejército avanzó entre los árboles blancos del bosque de Gir como una plaga que se acercara en silencio, y la triste y pequeña fortaleza de Cooch Naheen, viendo la proximidad de la muerte en las rumorosas copas de los árboles, destruyó sus propias torres, izó la bandera de rendición e imploró misericordia vilmente. Con frecuencia, en lugar

de ajusticiar a sus adversarios vencidos, el emperador se casaba con una de sus hijas y daba un empleo al suegro derrotado. Mejor un miembro nuevo en la familia que un cadáver en descomposición. Sin embargo esta vez, colérico, arrancó al insolente rana el bigote del agraciado rostro y rebanó al frágil soñador en pedazos de vivo color encarnado; lo ejecutó él mismo, con su propia espada, tal como habría hecho su abuelo, y después se retiró a sus aposentos para temblar y lamentarse.

El emperador tenía los ojos rasgados y grandes y contemplaba el infinito como lo haría una damisela fantasiosa, o un marino en busca de tierra. Tenía los labios carnosos y fruncidos en un mohín de mujer. Pero, a pesar de estos rasgos femeniles, era un poderoso ejemplar de hombre, fuerte y corpulento. De niño había matado a una tigresa con sus propias manos y luego, trastornado por su acción, había renunciado para siempre a comer carne y se había hecho vegetariano. Un vegetariano musulmán, un guerrero que solo deseaba la paz, un rey filósofo: un contrasentido. Así era el soberano más grande que el reino había conocido.

En la melancolía posterior a la batalla, al caer la tarde sobre los muertos vacíos, bajo la fortaleza en ruinas diluida en sangre, oyendo el canto de un ruiseñor en una pequeña cascada —bulbul, bul-bul, cantaba—, el emperador, en su tienda de brocado, tomaba vino con agua y deploraba su cruenta genealogía. El no quería ser como sus sanguinarios antecesores, pese a haber sido sus antecesores los hombres más grandes de la historia. Los nombres de un pasado de depredación le pesaban como un lastre, los nombres de los que el suyo descendía en un torrente de sangre humana: su abuelo Babur, el caudillo de Fergana que había conquistado, pero siempre despreciado, este nuevo territorio, esta «India» de excesiva riqueza y demasiados dioses, Babur, la máquina de guerra con un imprevisto don para la certera elección de palabras, y antes de Babur, los príncipes homicidas de Transoxiana y Mongolia, y por encima de todos el poderoso Temüjin —Gengis, Genguis, Cingiz, Chinguis Kan— gracias al cual él, Akbar, tenía que aceptar el nombre de «mogol», tenía que ser el «mongol» que no era, o que no se sentía. Se sentía... indostaní. Su horda no era ni Dorada ni Azul ni Blanca. La propia palabra «horda» ofendía sus sutiles oídos, le parecía inmunda, ordinaria. No quería hordas. No quería derramar plata fundida en los ojos de sus enemigos derrotados ni colocarlos bajo la tarima sobre la que él cenaba hasta que morían aplastados. Estaba cansado de la guerra. Recordó la insistencia de su mentor de la infancia, un emir persa, en que para estar uno en paz consigo mismo debía estar en paz con los demás. *Sulh-i-kul*, paz completa. Ningún kan podía entender una idea así. Él no quería un kanato. Quería un país.

No era solo Temüjin. Akbar descendía también en línea directa de las entrañas del hombre que se llamaba Acero. En la lengua de sus antepasados, «acero» se decía *timur*. Timur-e-Lang, «el cojo de acero». Timur, que destruyó Damasco y Bagdad, que dejó Delhi en ruinas, perseguido por cincuenta mil fantasmas. Akbar habría preferido no ser descendiente de Timur. Había dejado de hablar la lengua de Timur, el chagatai, así llamada en honor de un hijo de Gengis Kan, y adoptado, en su lugar, primero el persa y después el habla mestiza y bastarda del ejército en marcha, el urdú, el idioma de los campamentos, en el que media docena de lenguas entendidas a medias barbotaban y silbaban y producían, para sorpresa de todos, un sonido nuevo y hermoso: un idioma de poetas nacido de boca de los soldados.

El rana de Cooch Naheen, joven, esbelto y moreno, se había arrodillado a los pies de Akbar, su rostro lampiño y sangrante, en espera del golpe final.

—La historia se repite —dijo—. Vuestro abuelo mató a mi abuelo hace setenta años.

—Nuestro abuelo —contestó el emperador, usando el plural mayestático según la costumbre, pues no era momento para andar experimentando con el singular: aquel miserable no merecía el privilegio de presenciarlo— era un bárbaro con lengua de poeta. Nosotros, en cambio, somos un poeta con la historia de un bárbaro y la destreza de un bárbaro en la guerra, cosa que detestamos. Eso demuestra que la historia no se repite, sino que avanza, y que el Hombre es capaz de cambiar.

—Extraño comentario, viniendo de un verdugo —dijo el joven rana en un susurro—, pero de nada sirve discutir con la Muerte.

—Os ha llegado la hora —anunció el emperador—. Así pues, antes de irnos, decidnos con sinceridad qué clase de paraíso esperáis descubrir al cruzar el velo.

El rana alzó el rostro mutilado y miró al emperador a los ojos.

—En el paraíso, las palabras «veneración» y «discusión» significan lo mismo —declaró—. El Todopoderoso no es un tirano. En la Casa de Dios, todas las voces son libres de decir lo que les plazca, y en eso consiste su devoción.

Era un joven irritante, muy convencido de su propia autoridad moral, de eso no había duda, pero Akbar, pese a su indignación, se conmovió.

—Tenéis nuestra promesa —dijo el emperador— de que construiremos esa casa de culto aquí en la tierra.

Acto seguido, con un grito —*Allahu Akbar*, «Dios es grande» o, muy posiblemente, «Akbar es Dios»— cortó la cabeza impertinente, didáctica y de pronto, en resumidas cuentas, innecesaria de aquel mequetrefe ampuloso.

En las horas posteriores a la ejecución del rana, el emperador se sintió poseído del familiar demonio de la soledad. Cada vez que un hombre le hablaba como a un igual se salía de sus casillas, y eso era un defecto, Akbar era muy consciente de ello: la ira de un rey era siempre un defecto, un rey airado era como un dios que cometía errores. Y se daba en él otra contradicción. No era solo un filósofo bárbaro y un asesino llorón, sino también un egotista adicto a la obsecuencia y la adulación que, así y todo, anhelaba un mundo distinto, un mundo en el que poder encontrar precisamente a ese hombre que fuera su igual, a quien poder acoger como a su hermano, con quien poder hablar con entera libertad, enseñando y aprendiendo, dando placer y recibéndolo, un mundo en el que poder renunciar al regodeo de la conquista a cambio de los goces más sutiles y sin embargo más exigentes de la disertación. ¿Existía un mundo así? ¿Por qué camino se llegaba a él? ¿Había un hombre así en el mundo, o acababa de ejecutarlo? ¿Y si el rana del bigote era el único? ¿Acababa de sacrificar al único hombre en la tierra a quien acaso hubiera podido amar? Los pensamientos del emperador se volvieron cada vez más sentimentales y turbios por el vino, empañándosele la vista con lágrimas de embriaguez.

¿Cómo podía convertirse en el hombre que quería ser? ¿En el *akbar*, el grande? ¿Cómo?

No tenía a nadie con quien hablar. Había echado de la tienda a Bhakti Ram Jain, su criado personal, sordo como una tapia, para beber en paz. Un criado personal que no oía las divagaciones de su amo era una bendición, pero Bhakti Ram Jain había aprendido ya a leerle los labios, lo que le quitaba gran parte de su valor, reduciéndolo a un entrometido como cualquier otro. «El rey está loco.» Eso decían: todo el mundo lo decía. Sus soldados, su pueblo, sus esposas. Probablemente Bhakti Ram Jain lo decía también. No se lo decían a la cara, porque era un gigante de hombre y un guerrero poderoso como un héroe salido de un antiguo relato, y era además el rey de reyes, y si a alguien así le venía en gana estar un poco ido de la cabeza, ¿quiénes eran ellos para discutirsele? Pero el rey no estaba loco. El rey no se conformaba con ser. Pugnaba por devenir.

Muy bien. Cumpliría su promesa al principito muerto de Kathiawar. En el centro de su ciudad de la victoria, erigiría una casa de culto, un espacio para el debate donde todos podrían decir a todos los demás cualquier cosa sobre cualquier tema, incluida la inexistencia de Dios y la abolición de los reyes. Akbar aprendería lecciones de humildad en esa casa. No, ahora estaba siendo

injusto consigo mismo. No, no «aprendería». Más bien se recordaría, y recuperaría, la humildad que anidaba en lo más hondo de su corazón. Ese Akbar humilde era acaso su mejor yo, creado por las circunstancias de su niñez en el exilio, revestido ahora de grandeza adulta pero, aun así, todavía presente; un yo nacido no de la victoria, sino de la derrota. En la actualidad todo eran victorias, pero el emperador sabía bien qué era la derrota. La derrota era su padre. Se llamaba Humayún.

Le desagradaba pensar en su padre. Su padre, que fumaba demasiado opio, perdió su imperio y no lo recuperó hasta que fingió convertirse en chíí (y se desprendió del diamante Koh-i-noor) para que el rey de Persia le proporcionase un ejército con el que combatir, y luego murió al caer por la escalera de una biblioteca casi inmediatamente después de recuperar el trono. Akbar no conoció a su padre. Él nació en Sind, tras la derrota de Humayún en Chausa, cuando Sher Shah Suri se convirtió en el rey que Humayún debería haber sido pero no fue capaz de ser, y entonces el emperador huyó a Persia a toda prisa, abandonando a su hijo. A su hijo de catorce meses. Que fue hallado y criado por el hermano y enemigo de su padre, el tío Askari de Kandahar, el brutal tío Askari, que habría matado a Akbar él mismo de haber podido acercarse lo suficiente, cosa que no ocurrió porque su esposa siempre se interpuso.

Akbar vivió, porque su tía así lo quiso.

Y en Kandahar le enseñaron a sobrevivir, a luchar y matar y cazar, y aprendió otras muchas cosas más sin necesidad de que se las enseñaran, tales como cuidar de sí mismo y medir sus palabras y no decir lo que no debía, lo que podía llevarlo a la muerte. Y aprendió la dignidad de lo que se ha perdido, y a perder, y cómo purificaba el alma aceptar la derrota, y a dejarse ir, a no caer en la trampa de aferrarse demasiado a lo que se desea, y aprendió lo que era el abandono en general, y en particular la carencia de padre, las carencias de los padres, las carencias de los huérfanos, y las mejores tácticas de defensa de quienes padecían carencias ante quienes no las padecían: la introspección, la prevención, la astucia, la humildad y una buena visión periférica. Las muchas lecciones de la carencia. La carencia a partir de la que era posible el crecimiento.

Con todo y con eso, había cosas que a nadie se le ocurrió enseñarle, y que nunca aprendería.

—Somos el emperador de la India, Bhakti Ram Jain, pero no sabemos escribir nuestro condenado nombre —gritó a su criado al amanecer mientras el anciano lo ayudaba con sus abluciones.

—Oh, sí, la más bendita de las entidades, padre de muchos hijos, marido

de muchas esposas, monarca del mundo, abarcador de la tierra —dijo Bhakti Ram Jain, entregándole una toalla.

Ese momento del día, la hora de la recepción matutina del rey, era también la hora de la adulación imperial. Bhakti Ram Jain ostentaba orgullosamente el rango de Adulador Imperial de Primera Categoría y era un maestro de ese recargado estilo de la vieja escuela conocido como la lisonja acumulativa. Solo un hombre con una memoria excelente para las fórmulas barrocas del encomio excesivo era capaz de lisonjear acumulativamente, habida cuenta de las repeticiones requeridas y la necesaria precisión de las secuencias. Bhakti Ram Jain tenía una memoria infalible. Podía lisonjear durante horas.

El emperador vio su propia cara mirarlo ceñudo desde la palangana de agua caliente y lo interpretó como un mal augurio.

—Somos el rey de reyes, Bhakti Ram Jain, pero no sabemos leer nuestras propias leyes. ¿Qué dices a eso?

—Oh, sí, el más justo de los jueces, padre de muchos hijos, marido de muchas esposas, monarca del mundo, abarcador de la tierra, soberano de todo lo que es, unificador de todos los seres —dijo Bhakti Ram Jain entrando en calor por momentos.

—Somos el Resplandor Supremo, la Estrella de la India y el Sol de la Gloria —dijo el emperador, que también sabía lo suyo sobre la adulación—, pero nos criaron en ese cagadero de ciudad donde los hombres joden a las mujeres para hacer niños pero joden a los muchachos para hacerlos hombres... nos criaron para estar atentos al agresor que atacaba por detrás tanto como al guerrero que venía de frente.

—Oh, sí, luz cegadora, padre de muchos hijos, marido de muchas esposas, monarca del mundo, abarcador de la tierra, soberano de todo lo que es, unificador de todos los seres, Resplandor Supremo, Estrella de la India y Sol de la Gloria —dijo Bhakti Ram Jain, quien, sordo y todo, no perdía detalle.

—¿Es así corno debe criarse un rey, Bhakti Ram Jain? —bramó el emperador, volcando la palangana en su ira—. Analfabeto, vigilándose el culo, salvaje... ¿así debe ser un príncipe?

—Oh, sí, sabio entre los sabios, padre de muchos hijos, marido de muchas esposas, monarca del mundo, abarcador de la tierra, soberano de todo lo que es, unificador de todos los seres, Resplandor Supremo, Estrella de la India y Sol de la Gloria, señor de almas humanas, forjador del destino de vuestro pueblo —dijo Bhakti Ram Jain.

—Finges que no sabes leer las palabras en nuestros labios —vociferó el emperador.

—Oh, sí, el más perspicaz de los videntes, padre de muchos...

—Eres un chivo al que habría que degollar para comernos su carne.

—Oh, sí, el más misericorde de los dioses, padre...

—Tu madre jodió a un cerdo para hacerte.

—Oh, sí, el más elocuente entre los elocuentes, pa...

—Déjalo —atajó el emperador—. Ya nos sentimos mejor. Márchate.

Puedes vivir.

Y HELA AQUÍ UNA VEZ MÁS, FLAMEANDO SUS SEDAS

Y hela aquí una vez más, flameando sus sedas de vivos colores como estandartes en las ventanas rojas de los palacios, hela aquí, la ciudad de Sikri, rielando en el calor como una visión inducida por el opio. Aquí por fin, entre los presumidos pavos reales y las bailarinas, estaba en casa. Si el mundo arrasado por la guerra era una áspera verdad, Sikri era una hermosa mentira. El emperador volvía a casa como un fumador regresa a su pipa. Era el Hechicero. En este lugar crearía como por ensalmo un mundo nuevo, un mundo más allá de la religión, la región, el rango y la tribu. Aquí estaban las mujeres más bellas del mundo, y todas eran esposas suyas. Aquí se congregaban los hombres de mayor talento en el reino, entre ellos los Nueve Astros, los nueve más brillantes de los más brillantes, y con su ayuda no había nada que él no pudiera conseguir. Con su ayuda, ejercería su magia en todo el país, y en el futuro, y en toda la eternidad. Un emperador era un brujo de lo real, y con semejantes cómplices su brujería no podía fallar. Las canciones de Tansen podían desellar el universo y dejar entrar la divinidad en el mundo cotidiano. Los poemas de Faizi abrían en el corazón y la cabeza ventanas a través de las que podían verse la luz y la oscuridad. Con la labor de gobierno del rajá Man Singh y las grandes dotes para las finanzas del rajá Todar Mal, la marcha del imperio estaba en las mejores manos. Y también contaba con Birbal, el mejor de los nueve que eran los mejores entre los mejores. Su primer ministro, y primer amigo.

El primer ministro, y la mente más aguda de la época, lo recibió en el Hiran Minar, la torre de los colmillos de elefante. Al emperador se le despertó el espíritu de travesura.

—Birbal —dijo Akbar mientras desmontaba del caballo—, ¿nos contestaréis a una pregunta? Hace tiempo que queremos hacéroslo.

El primer ministro, de inteligencia y sabiduría legendarias, inclinó humildemente la cabeza.

—Como deseáis, *Jahanpanah*, Refugio del Mundo.

—Veamos, pues —dijo Akbar—, ¿qué fue primero, el huevo o la gallina?

—La gallina —contestó Birbal en el acto.

Akbar se sorprendió.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —quiso saber.

—*Huẓoor* contestó Birbal—. Yo solo he prometido responder a una pregunta.

El primer ministro y el emperador, en el adarve de la muralla, contemplaban el vuelo circular de los cuervos.

—Birbal —prosiguió Akbar, pensativo—, ¿cuántos cuervos calculáis que habrá en nuestro reino?

—*Jahanpanah* —respondió Birbal—, hay exactamente novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve.

Akbar quedó desconcertado.

—Imaginad que los hacemos contar —dijo—, y hay más, ¿qué pasaría entonces?

—Significaría —contestó Birbal— que sus amigos del reino vecino han venido de visita.

—¿Y si hay menos?

—Será que algunos de los nuestros se han ido a ver el ancho inundo.

Un gran lingüista esperaba en la corté de Akbar, llegado de un lejano país occidental: un sacerdote jesuita capaz de conversar y debatir con fluidez en docenas de lenguas. Desafió al emperador a descubrir su lengua materna. Mientras el emperador rumiaba el enigma, su primer ministro circundó al sacerdote y de repente le asestó un violento puntapié en el trasero. El sacerdote ensartó varios juramentos, no en portugués, sino en italiano.

—Observaréis, *Jahanpanah* —dijo Birbal—, que, llegado el momento de proferir improperios, un hombre elige siempre su lengua materna.

—Si fuerais ateo, Birbal —planteó el emperador a su primer ministro a modo de reto—, ¿qué diríais a los verdaderos creyentes de todas las grandes religiones del mundo?

Aunque Birbal era un devoto brahmán de Trivikrampur, respondió sin vacilar:

—Les diría que, en mi opinión, también todos ellos son ateos; yo solo creo en un dios menos que cada uno de ellos.

—¿Y eso? —preguntó el emperador.

—Todos los verdaderos creyentes tienen buenas razones para no creer en ningún dios excepto el propio —adujo Birbal—, y son ellos por tanto quienes, entre todos, me dan las razones para no creer en ninguno.

El primer ministro y el emperador se encontraban en el Juabgah, el Lugar de los Sueños, contemplando la superficie quieta del Anup Talao, el estanque rectangular privado del monarca, el Estanque Sin Par, el mejor de

todos los estanques posibles, cuyas aguas, según se decía, darían aviso cuando el reino estuviese en apuros.

—Birbal —dijo Akbar—, como sabéis, nuestra reina favorita tiene la desgracia de no existir. Pese a ser la que más amamos, la que admiramos por encima de todas las demás y la que valoramos incluso más que a la perdida Koh-i-noor, vive en el mayor desconsuelo. «Entre todas vuestras esposas», dice, «incluso la arpía más fea y más avinagrada es de carne y hueso. En último extremo ni siquiera con ella podré competir.»

—*Jahanpanah* —aconsejó el primer ministro al emperador—, debéis decirle que es precisamente «en último extremo» cuando su victoria será evidente para todos, ya que en último extremo ninguna de las reinas existirá más que ella, mientras que ella habrá disfrutado de vuestro amor durante toda una vida, y su fama resonará por los siglos de los siglos. Así, en realidad, si bien es cierto que no existe, también es cierto que es la única que vive. Si no fuera de ese modo, allí, detrás de esa alta ventana, no habría nadie esperando vuestro regreso.

* * *

Las hermanas de Jodha, las otras esposas, se reconcomían de celos. ¿Cómo podía preferir el poderoso emperador la compañía de una mujer inexistente? Por lo menos, cuando él se iba, ella debería ausentarse también; no tenía por qué quedarse entre las que de verdad existían. Como la aparición que era, debía desaparecer, debía atravesar un espejo o meterse en una sombra y perderse. Negarse a hacerlo, concluyeron las reinas vivas, era la clase de desafuero que cabía esperar de un ser imaginario. ¿Cómo podían haberle inculcado buena educación si ni siquiera había tenido educación alguna? Era una fantasía sin enseñanza, y merecía la indiferencia de las demás.

Para crearla, rezongaban las esposas, el emperador había empleado las partes robadas a cada una de ellas. Decía que era la hija del príncipe de Jodhpur. ¡Falso! Esa era otra reina, y no era la hija, sino la hermana. El emperador creía asimismo que su amada ficticia era la madre de su hijo primogénito, el hijo primogénito tanto tiempo anhelado, concebido gracias a la bendición de un santo, el mismo santo junto a cuyo cuchitril en lo alto del cerro se había construido esta ciudad de la victoria. Pero no era ella la madre del príncipe Salim, como estaba dispuesta a contar, acongojada, a todo aquel que la escuchase la verdadera madre del príncipe Salim, Rajkumari Hira Kunwari, conocida como Mariam-uz-Zamani, hija del rajá Bihar Mal de Amer, del clan de Kachhwaha. Por lo tanto, la infinita belleza de la reina imaginaria

procedía de una consorte, su religión hindú de otra, y su incalculable riqueza de una tercera. Su temperamento, en cambio, era creación del propio Akbar. Ninguna mujer real era así, tan atenta, tan poco exigente, tan incondicionalmente accesible. Era una imposibilidad, una fantasía de perfección. Ellas la temían, conscientes de que, como ser imposible, era irresistible, y por eso el rey la amaba más que a ninguna otra. La odiaban por usurpar sus historias. Si hubiesen podido asesinarla, lo habrían hecho, pero hasta que el emperador se cansase de ella, o él mismo muriese, era una mujer inmortal. La idea de la muerte del emperador no era inconcebible, pero de momento las reinas no la habían concebido. Por el momento, sobrellevaban sus agravios en silencio. «El emperador está loco», renegaban en su fuero interno, pero con buen criterio se abstendían de expresarlo en voz alta. Y cuando él galopaba por esos mundos matando a gente, ellas abandonaban a su suerte a la consorte imaginaria. Nunca pronunciaban su nombre. «Jodha, Jodhabai.» Esas palabras nunca salían de sus labios. Ella vagaba sola por el recinto palaciego. Era una sombra solitaria vislumbrada a través de las celosías de piedra. Era un paño movido por la brisa. Por las noches, de pie bajo la pequeña cúpula que coronaba el Panch Mahal, oteaba el horizonte esperando el regreso del rey que la hacía real. El rey, que volvía a casa de las guerras.

* * *

Mucho antes de la inquietante llegada a Fatehpur Sikri del embustero de cabello amarillo venido de tierras extranjeras con sus historias de hechiceras y sortilegios, Jodha sabía ya que su ilustre marido debía de llevar la brujería en la sangre. Todos habían oído hablar de la nigromancia de Gengis Kan, su utilización del sacrificio animal y las hierbas ocultas, y cómo con la ayuda de las artes negras había conseguido engendrar ochocientos mil descendientes. Todos habían oído hablar de cómo Timur el Cojo había quemado el Corán y, después de conquistar la Tierra, había intentado subir a las estrellas y conquistar también el firmamento. Todos conocían la historia de cómo había salvado el emperador Babur la vida del moribundo Humayún dando vueltas alrededor de su lecho de enfermo y atrayendo la Muerte hacia sí para apartarla del muchacho, sacrificándose para que su hijo viviera. Estos pactos oscuros con la Muerte y el Demonio eran la herencia de su marido, y su propia existencia daba fe de lo poderosa que era la magia en él.

La creación de una vida real a partir de un sueño era una acción sobrehumana, era usurpar la prerrogativa de los dioses. A la sazón Sikri era un hervidero de poetas y artistas, aquellos ególatras vanidosos que se arrogaban el

poder del lenguaje y la imagen para evocar cosas hermosas a partir de la nada vacía, y sin embargo ningún poeta ni pintor, ningún músico ni escultor, había conseguido ni de lejos lo que el emperador, el Hombre Perfecto, había logrado. La corte también estaba llena de forasteros, hombres exóticos con ungüento en el pelo, mercaderes de piel curtida, sacerdotes occidentales de rostro alargado, jactándose todos ellos en lenguas feas e indeseables de la majestuosidad de sus tierras, sus dioses, sus reyes. A través de una celosía de piedra que cubría una ventana alta en la planta superior de sus aposentos, Jodha contempló el amplio patio tapiado de la Sede de la Audiencia Pública y observó a la multitud de extranjeros pavonearse y alardear. Cuando el emperador le enseñaba las pinturas que traían, imágenes de sus montañas y valles, ella se acordaba del Himalaya y Cachemira y se reía de los pálidos simulacros de belleza natural de aquellos forasteros, sus *vaals* y *aalps*, palabras truncadas para describir cosas truncadas. Sus reyes eran salvajes, y habían clavado a su dios a un árbol. ¿Qué iba a hacer ella con gente tan ridícula como esa?

Tampoco la impresionaban sus relatos. Había oído de boca del emperador la historia de un viajero acerca de un antiguo escultor griego que dio vida a una mujer y se enamoró de ella. La narración no acababa bien, y en todo caso era una fábula para niños. No podía ni compararse con la existencia real de Jodha. Al fin y al cabo, allí estaba ella. Allí estaba, sin más. Solo un hombre en todo el mundo había alcanzado tal proeza creativa mediante un simple acto de voluntad.

A Jodha no le interesaban los viajeros de otras tierras, aunque sabía la fascinación que ejercían en el emperador. Llegaban en busca de... ¿qué exactamente? Nada de provecho. Si hubiesen tenido un mínimo de sensatez, habrían visto la inutilidad de su viaje. Viajar carecía de sentido. Nos apartaba del lugar donde nuestra presencia tenía un significado, y al que conferíamos un significado consagrándole la vida, y nos transportaba a mundos de fantasía donde éramos, tanto nosotros como nuestro aspecto, francamente absurdos.

Sí: este lugar, Sikri, era para ellos un mundo de fantasía, del mismo modo que su Inglaterra y su Portugal, su Holanda y su Francia, escapaban a la comprensión de Jodha. El mundo no era todo él una sola cosa. «Nosotros somos el sueño de ellos —había dicho al emperador—, y ellos son el nuestro.» Lo amaba porque él nunca despreciaba sus opiniones, nunca las ahuyentaba con la majestad de su mano. «Pero imagina, Jodha —dijo una noche al echar los naipes en la mesa mientras jugaban una mano de *ganjifa*—, si pudiéramos despertar en los sueños de otros hombres y cambiarlos y si tuviéramos el valor de invitarlos a entrar en los nuestros. ¿Y si el mundo entero se convirtiese en un único sueño en vigilia?» Jodha no podía acusarlo de fantasioso cuando

hablaba de sueños en vigilia, pues ¿qué era ella si no?

Nunca había salido de los palacios donde nació hacía una década, donde nació ya adulta, para el hombre que no solo era su creador, sino también su amante. Esa era la verdad: Jodha era a la vez su esposa y su hija. Si abandonaba los palacios, o eso había sospechado siempre, se rompería el hechizo y dejaría de existir. Acaso lo consiguiera si él, el emperador, estuviera presente para sostenerla con la fuerza de su fe, pero ella sola no tendría la menor opción. Por fortuna, no sentía el menor deseo de marcharse. El laberinto de pasadizos entre tapias y cortinas que comunicaba los distintos edificios del complejo palaciego le proporcionaba todas las posibilidades de viajar que necesitaba. Ese era su pequeño universo. Carecía del interés de un conquistador por otros lugares. Por ella, el resto del mundo podían quedárselo los demás. Ese cuadrilátero de piedra fortificada era suyo.

Era una mujer sin pasado, al margen de la historia, o, para ser más exactos, poseía solo la historia que él había tenido a bien concederle, y que las otras reinas cuestionaban con encono. La duda acerca de su existencia independiente, de si la tenía, seguía planteándose, una y otra vez, quisiera ella o no. Si Dios daba la espalda a su creación, el Hombre, ¿dejaría el Hombre de existir sin más? Esa era la versión a gran escala de la misma duda, pero lo que molestaba a Jodha eran las versiones egoístas y a pequeña escala. ¿Tenía ella una voluntad libre del hombre que le había dado el ser por su propia voluntad? ¿Existía ella solo porque él había suspendido la incredulidad en la posibilidad de su existencia? Si él moría, ¿seguiría ella viviendo?

Jodha sintió que se le aceleraba el pulso. Algo estaba a punto de ocurrir. Se sintió fortalecida, solidificada. La abandonaron las dudas. Él regresaba.

El emperador había entrado en el complejo palaciego y ella sintió el vigor de su necesidad cada vez más cerca. Sí. Algo estaba a punto de ocurrir. Sintió en la sangre sus pisadas, lo vio dentro de sí, agrandándose conforme se aproximaba a ella. Ella era su espejo porque él la había creado así, pero también era ella misma. Sí. Ahora que el acto de la creación había concluido, ella era libre para ser la persona que él había creado, libre, como todo el mundo, dentro de los límites de lo que estaba en su esencia ser y hacer. ¡Qué fuerte era de pronto, qué llena estaba de sangre y rabia! Su poder sobre ella distaba mucho de ser absoluto. A Jodha le bastaba con ser coherente. Nunca se había sentido más coherente. Su esencia irrumpió en ella como una riada. No era servil. A él no le gustaban las mujeres serviles.

Para empezar, lo reprendería. ¿Cómo podía estar fuera tanto tiempo? En su ausencia había tenido que lidiar con muchas intrigas. Allí todo generaba desconfianza. Las mismísimas paredes rezumaban murmuraciones. Luchó

contra todo ello y mantuvo el palacio a salvo hasta el día de su regreso, derrotando las nimias e interesadas traiciones del personal doméstico, desbaratando los planes de los lagartos que espiaban suspendidos de las paredes, acallando el correteo de ratones conspiradores. Todo esto a la vez que se sentía desvanecer, a la vez que la simple lucha por la supervivencia le requería el uso de casi toda su fuerza de voluntad. Las otras reinas... no, no mencionaría a las otras reinas. Las otras reinas no existían. Existía solo ella. También ella era una bruja. Se embrujaba a sí misma. Solo había un hombre al que necesitaba hechizar, y ese hombre estaba allí. Él no acudía a las otras reinas. Iba en busca de aquello que le satisfacía. Jodha se sentía llena de él, de su deseo por ella, de ese algo que estaba a punto de ocurrir. Ella era la mayor estudiosa de sus necesidades. Lo sabía todo.

La puerta se abrió. Ella existía. Era inmortal, porque había sido creada por el amor.

El lucía un turbante dorado con escarapela y un abrigo de brocado de oro. Lucía el polvo de las tierras conquistadas como la insignia de honor de un soldado. Lucía una sonrisa insegura.

—«Yo» quería llegar antes a casa —dijo—. «Me» he retrasado.

En su manera de hablar se advertía algo torpe y experimental. ¿Qué le ocurría? Jodha decidió pasar por alto ese titubeo tan impropio de él, y actuó tal como había previsto.

—Ah, «queríais» —dijo, muy erguida, con su ropa de diario, cubriéndose la parte inferior del rostro con un pañuelo de seda—. Los hombres no saben lo que quieren. Los hombres no quieren lo que dicen que quieren. Los hombres solo quieren lo que necesitan.

Viendo que se negaba a reconocer su descenso a la primera persona, descenso que era un honor para ella, que en principio debía henchirla de júbilo, que era su último descubrimiento y su declaración de amor, él quedó confuso. Confuso, y un poco decepcionado.

—¿A cuántos hombres habéis conocido, que sabéis tanto de ellos? —preguntó él, frunciendo el entrecejo a la vez que se acercaba a ella—. ¿Habéis soñado con hombres mientras «yo» estaba ausente, o habéis encontrado hombres para complacerlos, hombres que no eran sueños? ¿Hay hombres a quienes «yo» debo matar?

Esta vez por fuerza tenía que advertir la novedad revolucionaria, erótica, del pronombre. Ahora por fuerza comprendería lo que intentaba decir.

Pues no. Ella creía saber qué lo excitaba, y solo pensaba en las palabras que debía pronunciar para hacerlo suyo.

—Las mujeres piensan en los hombres en general menos de lo que la

generalidad de los hombres imaginan. Las mujeres piensan en sus propios hombres con menos frecuencia de lo que a sus hombres les gustaría creer. Todas las mujeres necesitan a todos los hombres menos de lo que todos los hombres las necesitan a ellas. Por eso es tan importante tener sometida a una buena mujer. Si no la tenéis sometida, se escapa.

No se había vestido para recibirlo.

—Si queréis muñecas —dijo ella—, id a la casa de muñecas, donde os esperan emperifollándose y chillando y tirándose de los pelos unas a otras.

Aquí cometió un error. Había mencionado a las otras reinas. Él arrugó la frente y se le oscureció la expresión de los ojos. Jodha había dado un paso en falso. El hechizo casi se había roto. Vertió toda la fuerza de su mirada en la de él y volvió a ella. La magia resistió. Jodha alzó la voz y continuó.

No lo aduló.

—Ya parecéis un anciano —dijo—. Vuestros hijos pensarán que sois su abuelo. —No lo felicitó por sus victorias—. Si la historia hubiera seguido otros derroteros, los viejos dioses aún reinarían, los dioses a los que habéis vencido, los dioses de múltiples cabezas y extremidades, colmados de leyendas y hazañas en lugar de castigos y leyes, los dioses del ser junto a las diosas del hacer, dioses danzarines, dioses risueños, dioses de relámpagos y flautas, tantos, tantos dioses, y quizá habría sido mejor así. —Sabía que era hermosa y ahora, dejando caer el tenue velo de seda, puso en libertad la belleza que había mantenido oculta, y él quedó inerme—. Cuando un muchacho sueña con una mujer, la concibe con pechos grandes y cerebro pequeño —susurró—. Cuando un rey imagina a una esposa, sueña conmigo.

Jodha era experta en las siete clases de ungulación, es decir, el arte de usar las uñas para potenciar el acto del amor. Antes de iniciar él su largo viaje, le había hecho las Tres Marcas Profundas, que eran arañazos practicados con los tres dedos centrales de la mano derecha en la espalda, el pecho y también los testículos: algo para recordarla. Ahora que había vuelto, lo haría estremecer, le erizaría el vello, recorriéndole con las uñas, sin dejar marcas, las mejillas y el labio inferior y las tetillas. O podía marcarlo, dejándole una media luna en el cuello. Podía hundirle las uñas lentamente en la cara durante largo rato. Podía trazarle largas marcas en la cabeza y los muslos y de nuevo en las tetillas, siempre tan sensibles. Podía realizar el Salto de la Liebre, marcando las areolas en torno a los pezones sin tocar ninguna otra parte de su cuerpo, y ninguna mujer viva la igualaba en destreza con la Pata del Pavo Real, delicada maniobra: situaba el pulgar en el pezón izquierdo y con los otros cuatro dedos «caminaba» por su pecho, hincándole las largas uñas, uñas curvas como garras que había cuidado y afilado en previsión de ese preciso momento, hundiéndolas en la piel

del emperador hasta dejar marcas parecidas a las huellas de un pavo real en el barro. Sabía qué diría él mientras le hacía todo eso. Le contaría que, en la soledad de su tienda militar, cerraba los ojos e imitaba los movimientos de ella, imaginaba que sus propias uñas eran las de ella al moverse por su cuerpo, y se excitaba.

Jodha esperó a que lo dijera, pero él no lo hizo. Algo había cambiado. Se advertía en él una impaciencia, incluso una irritación, una tirantez que ella no entendía. Era como si las muchas exquisiteces del arte de la amante hubiesen perdido sus encantos y tan solo deseara poseerla y acabar cuanto antes. Jodha comprendió que él había cambiado. Y ahora todo lo demás cambiaría también.

* * *

En cuanto al emperador, nunca volvió a referirse a sí mismo en singular en presencia de otra persona. Era plural a los ojos del mundo, plural incluso a juicio de la mujer que amaba, y plural seguiría siendo. Había aprendido la lección.

SUS HIJOS, A GALOPE TENDIDO

Sus hijos, a galope tendido, apuntando sus lanzas a las estaquillas clavadas en la tierra; sus hijos, todavía a caballo, luciéndose en el juego del *chaugan*, blandiendo largos bastones con el extremo curvo y golpeando una pelota para introducirla en una meta con red; sus hijos jugando al polo de noche con una pelota luminosa; sus hijos en plena montería, iniciados en los misterios de la caza del leopardo por el maestro cazador; sus hijos participando en el «juego del amor», el *ishqbaʒi*, un pasatiempo con palomas de carreras... ¡Qué hermosos eran, sus hijos! ¡Con qué brío jugaban! Ahí estaba Salim, el príncipe heredero, a sus catorce años y ya tan diestro en el manejo del arco que las reglas del deporte se reescribían para adaptarlas a él. Ay, Murad, Daniyal, mis jinetes, pensó el emperador. ¡Cuánto los quería, y sin embargo qué zán-ganos eran! Bastaba con verles los ojos: ya estaban ebrios. Tenían once y diez años y ya estaban ebrios, ebrios empuñando las riendas del caballo, los muy necios. El emperador había dado rigurosas instrucciones al servicio, pero ellos eran príncipes de pura sangre, y ningún criado se atrevía a llevarles la contraria.

Les había puesto espías, naturalmente, y estaba por tanto informado de la adicción al opio de Salim y sus gestas nocturnas de pervertida lascivia. Quizá fuera comprensible que un joven, en el sùmmum de su potencia, desarrollase cierta afición por sodomizar mozas, pero pronto habría que susurrarle unas palabras al oído, porque las bailarinas, esas putillas, se quejaban de que, con los traseros maltrechos, los capullos de granada mortificados, les era más difícil ejecutar sus danzas.

¡Ay, ay, ay, aquellos licenciosos hijos suyos, carne de su carne, herederos de todos sus defectos y ninguna de sus virtudes! De momento la dolencia del príncipe Murad, el mal caduco, había podido mantenerse oculta al populacho, pero ¿hasta cuándo sería posible esconderla? Y Daniyal parecía no valer para nada, parecía carecer de personalidad, pese a haber heredado la buena presencia de la familia, un logro del que él no podía enorgullecerse legítimamente, y sin embargo, en su hinchada vanidad, lo hacía. ¿Era demasiado severo juzgar así a un niño de diez años? Sí, claro que lo era; pero estos no eran niños. Eran pequeños dioses, los déspotas del futuro, nacidos,

lamentablemente, para reinar. Él los quería. Ellos lo traicionarían. Eran la luz de su vida. Irían a por él mientras dormía. Esos cabronzuelos. Esperaba sus maniobras.

El rey deseaba, aquel día como todos los días, poder confiar en sus hijos. Confiaba en Birbal y Jodha y Abul Fazl y Todar Mal, pero mantenía a los muchachos bajo estrecha vigilancia. Anhelaba confiar en ellos para que fueran el firme sostén de su vejez. Su sueño era poder contar con sus seis hermosos ojos cuando los suyos se apagaran, y con sus seis fuertes brazos cuando los suyos se debilitaran, contar con que actuaran al unísono a instancias de su padre, para que él se convirtiera realmente en un dios de múltiples cabezas y extremidades. Quería confiar en ellos porque consideraba la confianza una virtud y deseaba cultivarla, pero conocía la historia de su casta, sabía que los suyos no tenían por costumbre ser dignos de confianza. Sus hijos, de mayores, llegarían a ser héroes rutilantes con magníficos bigotes y se volverían contra él, lo veía ya en sus ojos. Entre los de su estirpe, entre los Chagatai de Fergana, los hijos tenían el hábito de conspirar contra sus progenitores coronados, intentar destronarlos, encarcelarlos en sus propias fortalezas o en islas en medio de lagos, o ejecutarlos con sus propias espadas.

El bueno de Salim, ese bribón sanguinario, soñaba ya con ingeniosos métodos para matar. «Si alguien me traiciona, padre, sacrificaré un asno y ordenaré que metan al traidor dentro de la piel del animal recién desollado y la cosan. Luego lo montaré a lomos de un burro, mirando hacia atrás, y lo pasearé por las calles a mediodía, y que el sol abrasador haga su trabajo.» El sol cruel que secaría el pellejo, y así este se encogería lentamente, y así dentro, lentamente, el enemigo moriría de asfixia. ¿De dónde has sacado una idea tan repugnante?, preguntó el emperador a su hijo. «Me la he inventado —mintió el muchacho—. ¿Y quién sois vos para hablar de crueldad, padre? Yo mismo os he visto desenvainar la espada y rebanar los pies a un hombre que había robado un par de zapatos.» El emperador reconocía una verdad nada más oírlo. Si había algo tenebroso en el príncipe Salim, lo había heredado del mismísimo rey de reyes.

Salim era su hijo predilecto, y el más firme candidato a asesinarlo. Cuando él ya no estuviera, estos tres hermanos se pelearían como perros en la calle por el jugoso hueso de su poder. Cuando cerraba los ojos y escuchaba los cascos al galope durante los juegos de sus hijos, veía a Salim encabezar una revuelta contra él, y fracasar como el triste mequetrefe que era. «Lo perdonaremos, claro está, le dejaremos vivir, a nuestro hijo, tan buen jinete, tan radiante, de risa tan regia.» El emperador suspiró. No confiaba en sus hijos.

El problema del amor resultaba aún más misterioso por estas cuestiones.

El rey amaba a los tres muchachos que galopaban ante él en la *maidan*. Si tenía que morir a manos de ellos, amaría el brazo que asestara el golpe fatal. Ahora bien, no estaba dispuesto a dejarse eliminar por esos jóvenes canallas, no mientras le quedara un soplo de vida en el cuerpo. Antes los vería en el Infierno. Él era el emperador, Akbar. No permitiría que ningún hombre jugara con él.

Había confiado en el místico Chishti, cuya tumba se hallaba en el patio de la Mezquita del Viernes, pero Chishti estaba muerto. Confiaba en los perros, la música, la poesía, en un cortesano ingenioso y una esposa a la que había creado de la nada. Confiaba en la belleza, la pintura y la sabiduría de sus antepasados. En otras cosas, en cambio, empezaba a perder la confianza; por ejemplo, en la fe religiosa. Sabía que no se debía confiar en la vida, que no se debía contar con el mundo. En la puerta de su gran mezquita había hecho labrar su lema, que no era suyo, sino que pertenecía, o eso le habían contado, a Jesús el Nazareno. «El mundo es un puente. Crúzalo pero no construyas una casa sobre él.» No se creía siquiera su propio lema, se reprendió, ya que no solo había construido su propia casa, sino toda una ciudad. «Quien concibe la esperanza de una hora concibe la esperanza de la eternidad. El mundo es una hora. Lo que viene a continuación es invisible.» Es verdad, admitió en silencio, yo concibo demasiadas esperanzas. Yo espero la eternidad. No me basta con una hora. Espero la grandeza, que es más de lo que deberían desear los hombres. (Ese «yo» le sabía bien cuando lo pronunciaba para sí, le hacía sentir una mayor intimidad consigo mismo, pero seguiría siendo algo privado, un asunto resuelto.) Espero tener una larga vida, pensó, y paz, y concordia, y una buena comida por la tarde. Por encima de todas estas cosas, espero contar con un joven en quien confiar. Ese joven no será mi hijo, pero lo convertiré en algo más que un hijo. Lo convertiré en mi martillo y mi yunque. Lo convertiré en mi belleza y mi verdad. Se alzaré en la palma de mi mano y llenaré el cielo.

Ese mismo día el joven de cabello amarillo fue conducido ante su presencia envuelto en un ropón absurdamente largo hecho de rombos de cuero multicolores, y con una carta de la reina de Inglaterra en la mano.

* * *

A primera hora de la mañana Mohini, la ramera insomne del burdel de Hatyapul, despertó a su huésped extranjero. Él salió al instante del sueño y, estrechándola bruscamente entre sus brazos, hizo aparecer un cuchillo de la nada y acercó la hoja a su cuello.

—No seáis tonto —dijo ella—. Esta noche habría podido mataron un

centenar de veces, y no penséis que no lo he pensado cuando roncabais de tal modo que habríais podido despertar al emperador en su palacio.

Mohini le había ofrecido dos tarifas, una por un único acto, la otra, un poco más alta, por toda la noche.

—¿Qué sale más a cuenta? —preguntó él.

—La gente siempre dice que la tarifa por toda la noche —contestó ella muy seria—, pero la mayoría de mis visitantes son tan viejos o incapaces, o están tan borrachos o aturridos por el opio, que incluso hacerlo una sola vez queda fuera de su alcance, así que casi con toda seguridad la tarifa por uno solo os ahorrará dinero.

—Te pagaré el doble de la tarifa por toda la noche —dijo él— si me prometes quedarte toda la noche a mi lado. Hace mucho tiempo que no paso una noche entera con una mujer, y tener el cuerpo de una mujer tendido a mi lado me endulza los sueños.

—Podéis malgastar vuestro dinero si os viene en gana, no seré yo quien os lo impida —repuso ella con frialdad—, pero yo perdí la dulzura hace años.

Tan flaca era que entre las rameraas se la conocía como Esqueleto, y los clientes que podían permitírselo a menudo la contrataban junto con su antítesis, la ramera obesa llamada Colchón, con el propósito de gozar de los dos extremos que podían ofrecer las formas femeninas: primero el inflexible predominio del hueso y después la carne envolvente. Esqueleto comía como un lobo, vorazmente y deprisa, y cuanto más comía, más engordaba Colchón, hasta que se sospechó que ambas rameraas habían hecho un pacto con el Diablo, y en el Infierno sería Esqueleto la grotescamente gruesa para toda la eternidad, mientras que Colchón iría de un lado a otro acompañada de un traqueteo de huesos y los pezones de su pecho plano semejarían minúsculos tapones de madera.

Mohini era una prostituta *doli-arthi* de Hatyapul, lo cual significaba que, según las condiciones de su empleo, estaba literalmente casada con el oficio y solo podía abandonarlo en el *arthi* o andas fúnebres. Había tenido que someterse a una parodia de ceremonia nupcial, llegando, para jolgorio de la chusma callejera, en una carreta tirada por un burro en lugar del habitual *doli* o palanquín. «Disfruta del día de tu boda, Esqueleto, es el único que tendrás», gritó un gañán, pero las demás prostitutas vertieron sobre él un bacín lleno de orina caliente desde un balcón del piso de arriba, y bastó con eso para que no volviera a decir ni pío. El «novio» era el propio burdel, simbólicamente representado por la madama, Rangili Bibi, una ramera tan vieja, desdentada y bizca que era ya digna de respeto, y con tan mal genio que todos la temían, incluso los policías cuya misión era, teóricamente, cerrarle el negocio, pero no

se atrevían a actuar contra ella por sí, con un mal de ojo, los condenaba a toda una vida de mala suerte. La otra explicación, más racional, de la supervivencia del burdel era que tenía por dueño a un influyente noble de la corte, o no un noble sino un sacerdote, como sostenían con convicción las malas lenguas de la ciudad, quizá incluso uno de los místicos que oraban ininterrumpidamente en la tumba de Chishti. Pero los nobles tanto ganaban el favor como podían perderlo, igual que los sacerdotes. La mala suerte, en cambio, es para siempre: así pues, el miedo a los ojos cruzados de Rangili Bibi era al menos tan poderoso como un invisible protector santo o aristocrático.

El resentimiento de Mohini no se debía a su oficio de ramera, que era un trabajo como cualquier otro y le proporcionaba techo, sustento y ropa, sin los cuales, dijo, no sería mejor que un perro salvaje y con toda probabilidad moriría como un perro en una cuneta. Iba dirigido contra una sola mujer, su anterior ama, la señora Man Bai de Amer, de catorce años, en la actualidad vecina de Sikri, una fresca que recibía ya, en secreto, las impetuosas atenciones de su primo, el príncipe heredero Salim. La señora Man Bai tenía cien esclavas, y Mohini la Esqueleto era una de sus predilectas. Cuando el príncipe llegaba sudoroso del arduo trabajo de galopar de un lado a otro matando animales bajo un sol de justicia, Mohini encabezaba el séquito cuya tarea consistía en despojarlo de todas sus vestiduras y masajearle la pálida piel con aceites refrescantes y aromáticos. Mohini era la que elegía el perfume, sándalo o almizcle, pachuli o rosa, y Mohini era quien llevaba a cabo la privilegiada función de masajear su miembro viril en preparación para su señora. Otras esclavas lo abanicaban y le frotaban las manos y los pies, pero solo Esqueleto podía tocar el órgano regio. Eso se debía a su pericia en la elaboración de los ungüentos necesarios para avivar el deseo sexual y prolongar el ayuntamiento carnal. Preparaba las pomadas de tamarindo y cinabrio o jengibre seco y pimienta que, mezcladas con la miel de una abeja grande, proporcionaban a la mujer un placer intenso sin necesidad de grandes esfuerzos por parte del hombre, y asimismo permitían al hombre experimentar sensación de calor y una especie de palpitación constrictora que eran en extremo placenteras. A veces aplicaba las pomadas en la vagina de su señora, a veces en el miembro del príncipe, por lo común a los dos. Los resultados, afirmaban ambos, eran excelentes.

Su dominio de las drogas masculinas conocidas como «aquellas que convierten a los hombres en caballos» fue su perdición. Un día ordenó la castración de un macho cabrío e hirvió sus testes en leche, tras lo cual los salpimentó, los frió en *ghee* y por último, triturándolos, los redujo a un picadillo de delicioso sabor. El preparado debía ingerirse, no restregarse en el cuerpo, y

se lo dio a comer al príncipe en una cuchara de plata, explicando que era un remedio que le permitiría hacer el amor como un caballo, cinco, diez o incluso veinte veces sin perder el vigor. En el caso de hombres jóvenes y especialmente viriles, podía propiciar un centenar de eyaculaciones consecutivas. «Delicioso», dijo el príncipe, y comió con fruición. A la mañana siguiente salió del tocador de su querida, dejándola a las puertas de la muerte. «¡Ja, ja! —gritó a Mohini al marcharse—. ¡Qué bien me lo he pasado!»

Transcurrirían cuarenta y siete días y sus noches antes de que la señora Man Bai pudiese siquiera pensar en volver a tener trato carnal, y durante ese tiempo el príncipe, cuando la visitaba, plenamente consciente del daño causado, se comportaba de un modo contrito y a la par solícito, y no jodía con el ama sino con las esclavas, pidiendo, las más de las veces, los favores de la descarnada criatura que lo había dotado de una potencia sexual tan sobrehumana. La señora Man Bai no podía negárselo, pero en sus adentros ardía de celos. Cuando, después de la tristemente famosa noche de las ciento y una cópulas, se puso de manifiesto que la tolerancia al sexo de Mohini la Esqueleto era infinita y que el príncipe era incapaz de quebrantarla como casi había quebrantado a su querida, el destino de la esclava quedó sentenciado. Al final, los celos de la señora Man Bai eran implacables, y Mohini fue expulsada de la casa, marchándose sin nada más que sus conocimientos acerca de los preparados que enloquecían a los hombres de deseo. Grande fue su caída, del palacio al burdel, pero sus poderes hechicerescos le prestaron un buen servicio y se convirtió en la mujer más solicitada de la casa de lenocinio de Hatyapul. Sin embargo, acariciaba la esperanza de vengarse.

—Si alguna vez quiere el destino que esa pequeña arpía caiga en mis manos, la untaré con una pomada tan poderosa que hasta los chacales vendrán a joderla. La joderán los cuervos y las serpientes y los leprosos y los búfalos de agua, y al final no quedarán de ella más que unos cuantos mechones de pelo húmedos, que quemaré, y ahí se habrá acabado la historia. Pero va a casarse con el príncipe Salim, así que no me hagáis caso. Para una mujer como yo, la venganza es un lujo inasequible, como las perdices, o la infancia.

Por alguna razón, hablaba al recién llegado del cabello amarillo corno nunca había hablado a ninguno de sus clientes, quizá por su exótico aspecto, su cabello amarillo, su purificadora extranjería.

—Seguro que me habéis hechizado —dijo Mohini, inquieta—, porque nunca he consentido a ninguno de mis visitantes siquiera verme a la luz del día, y menos aún me he dignado contarle la historia de mi vida.

A los once años le había arrebatado la virginidad el hermano de su padre, y el hijo nacido de esa unión fue un monstruo que su madre se llevó y ahogó

sin enseñárselo por miedo a que, si lo veía, empezara a odiar el futuro.

—No tenía por qué preocuparse —prosiguió Mohini—, pues casualmente Dios me ha dado una disposición ecuánime y una afición por el acto sexual que ni siquiera aquel saqueador, aquel buey con la polla como un dedal, pudo alterar. Pero nunca he sido una persona afectuosa y desde la injusticia por mí padecida a manos de la señora Man Bai ha redoblado el frío en mis inmediaciones. En verano a los hombres les gusta el efecto refrescante de mi proximidad, pero en invierno no tengo tanto trabajo.

—Prepárame —dijo el hombre del cabello amarillo—. Porque hoy debo ir a la corte por un asunto importante, y tengo que dar lo mejor de mí o pereceré.

—Si podéis pagarlo —contestó ella—, conseguiré que desprendáis un olor tan deseable como el de cualquier rey.

Mohini empezó a transformar el cuerpo del forastero en una sinfonía para el olfato, y el precio, le dijo, sería de un mohúr de oro.

—Como es natural, os cobro de más —le previno, pero él se limitó a sacudir el antebrazo izquierdo, y ella ahogó una exclamación al ver las tres monedas de oro entre cuatro dedos de su mano.

—Haz un buen trabajo —dijo el hombre, y le dio las tres.

—Por tres mohúres de oro —contestó ella—, la gente creerá que sois un ángel del paraíso, si eso es lo que queréis que piense, y cuando hayáis acabado con lo que sea que tenéis que hacer, podéis poseernos a mí y a Colchón juntas, satisfaciendo vuestros más descabellados sueños durante una semana sin pago extra.

Mandó traer una bañera metálica y la llenó ella misma, mezclando agua caliente y fría en una proporción de un cubo por cada tres. A continuación, lo enjabonó completamente con un jabón de aloe, sándalo y alcanfor, «para refrescar y abrir los poros antes de daros aires reales». Luego sacó de debajo de la cama su caja mágica de fragancias, envuelta con cuidado en un paño.

—Antes de llegar a presencia del emperador tendréis que persuadir a otros muchos hombres —explicó—. Por tanto, al principio el perfume para el emperador estará oculto bajo las fragancias destinadas a complacer a personajes inferiores, que se desvanecerán cuando lleguéis a presencia imperial.

Dicho esto, puso manos a la obra, ungiéndolo de algalia y violeta, magnolia y azucena, narciso y calambac, así como gotas de otros fluidos ocultos cuyos nombres él prefirió no preguntar siquiera, fluidos extraídos de la savia de árboles turcos, chipriotas y chinos, así como cera del intestino de una ballena. Cuando hubo terminado, él estaba convencido de que olía a prostíbulo barato, que era donde estaba, al fin y al cabo, y se arrepintió de haber solicitado

ayuda a Esqueleto, pero por pura cortesía se guardó el arrepentimiento. Sacó de su pequeño maletín ropas de tal finura que Esqueleto ahogó una exclamación.

—¿Habéis asesinado a alguien para conseguirlas o resulta que vos mismo de verdad sois alguien? —preguntó admirada.

Él no contestó. En los caminos, exhibir la apariencia de una persona de fuste equivalía a atraerse las atenciones de hombres violentos; en la corte, exhibir la apariencia de un vagabundo era una idiotez de otra índole.

—Debo marcharme —dijo.

—Volved después —indicó ella—. Recordad mi ofrecimiento gratuito.

Él se vistió el inevitable ropón pese al incipiente calor de la mañana y partió dispuesto a hacer lo que tenía que hacer. Milagrosamente, los perfumes de Esqueleto lo precedieron y le allanaron el camino. En lugar de obligarle a dar media vuelta y decirle que fuera a la puerta del otro extremo de la ciudad, que guardara cola hasta recibir licencia para entrar en el Patio de la Audiencia Pública, los centinelas se desvivieron por ayudarlo, olisqueando el aire como si trajera buenas nuevas y obsequiándolo con inverosímiles sonrisas de bienvenida. El jefe del retén envió a un mensajero en busca de un adjutor real, que llegó al parecer irritado por la llamada. Cuando se acercó al visitante, se produjo un movimiento en la brisa, y un aroma totalmente nuevo impregnó el aire, un aroma cuya sutileza era demasiado delicada para las vulgares narices de los centinelas, pero indujo al adjutor a pensar de pronto en la primera muchacha que amó. Se ofreció a ir personalmente a la casa de Birbal para organizarlo todo, y regresó para comunicar que se habían concedido todos los permisos necesarios, y ahora estaba autorizado a invitar al visitante a entrar en el recinto palaciego. Inevitablemente, preguntaron al visitante cómo se llamaba, y él contestó sin titubeos.

—Podéis llamarme Mogor —dijo en un impecable persa—. Mogor dell'Amore, para serviros. Un caballero de Florencia, actualmente en misión para la reina de Inglaterra.

Lucía un sombrero de terciopelo con una pluma blanca, sujeta mediante una alhaja de color mostaza, y, destocándose, hizo una profunda reverencia que demostró a cuantos observaban (ya que había atraído a una considerable multitud, cuyos rostros sonrientes, de mirada ensoñadora, dieron fe una vez más del poder omniscio de la labor de Esqueleto) que poseía las aptitudes, la gentileza y el donaire de un cortesano.

—Señor embajador —dijo el adjutor, inclinándose a su vez—. Por aquí, si sois tan amable.

Y aún había desprendido una tercera fragancia al disiparse los aromas

anteriores, y esta llenó el aire de fantasías de deseo. Mientras atravesaba el mundo rojo de los palacios, el hombre que se hacía llamar Mogor dell'Amore advirtió la agitación detrás de las cortinas de las ventanas y de las celosías. En la oscuridad de las ventanas imaginó que distinguía un sinfín de radiantes ojos almendrados. Llegó a ver una mano enjoyada dirigirle un gesto ambiguo que acaso fuera una invitación. Había infravalorado a Esqueleto. Era, a su modo, una artista comparable a cuantos existían en esta legendaria ciudad de pintores, poetas y cantos. «Veamos qué ha reservado Esqueleto para el emperador — pensó—. Si es tan seductor como estos primeros aromas, será pan comido.» Se aferró al pergamino de la Tudor y alargó el paso conforme aumentaba su aplomo.

En el centro de la sala principal de la Casa de la Audiencia Privada se alzaba un árbol rojo de arenisca del que pendía lo que, a los ojos desavisados del visitante, semejaba un gran racimo de estilizados plátanos de piedra. Anchas «ramas» de piedra roja se extendían desde lo alto del tronco hacia los cuatro rincones de la estancia. Entre aquellas ramas colgaban palios de seda, bordados de oro y plata; y bajo los palios y los plátanos, de espaldas al grueso tronco del árbol de piedra, se hallaba el hombre más temible del mundo (con una excepción): un hombre menudo, almibarado, de intelecto y cintura enormes, amado por el emperador, odiado por rivales envidiosos, lisonjeador, adulador, devorador de treinta libras de comida al día, un hombre capaz de ordenar a sus cocineros que preparasen mil platos distintos para la cena, un hombre para quien la omnisciencia no era una fantasía sino una necesidad elemental de la vida.

Era Abul Fazl, el hombre que lo sabía todo (salvo los idiomas extranjeros y el gran número de ordinarias lenguas de la India, todas inaccesibles para él, de tal modo que constituía una rara figura monóglota en la Babel plurilingüe que era la corte). Historiador, jefe de espías, el más fulgurante de los Nueve Astros, y el segundo en la confianza del hombre más temible del mundo (sin excepciones), Abul Fazl conocía la verdadera historia de la creación del mundo, que había oído, según él, de labios de los propios ángeles, y sabía, también, cuánto forraje se permitía comer al día a los caballos de las cuadras imperiales, y la receta aprobada de biryani, y por qué los esclavos habían recibido el nuevo nombre de «discípulos», y la historia de los judíos, y el orden de las esferas celestes, y los Siete Grados del Pecado, las Nueve Escuelas, los Dieciséis Predicamentos, las Dieciocho Ciencias y las Cuarenta y dos Cosas Impuras. También estaba enterado, por medio de su red de informantes, de todo aquello que sucedía en todas las lenguas entre las murallas de Fatehpur Sikri, todos los secretos susurrados, todas las traiciones, todas las flaquezas,

todas las promiscuidades, y por tanto, intramuros, todas las personas se hallaban también a su merced, o a la merced de su pluma, que, según había dicho el rey Abdulá de Bojara, daba más pavor incluso que la espada de Akbar: exceptuando solo al hombre más temible del mundo (sin excepciones), que no tenía miedo a nadie. y que era, naturalmente, el emperador, su señor.

Abul Fazl estaba de perfil como un rey y no se volvió para mirar al recién llegado. Permaneció callado durante tanto rato que quedó claro que la intención era el insulto. El embajador de la reina Isabel entendió que esa era la primera prueba que debía superar. También él permaneció callado y en ese atroz silencio ambos llegaron a conocerse muy bien mutuamente. «Creéis que no me decís nada —pensó el viajero—, pero veo en vuestra magnificencia y descortesía, en vuestra corpulencia y severo semblante, que sois el modelo de un mundo en que el hedonismo coexiste con el recelo, la violencia (ya que el silencio es una forma de agresión violenta) va de la mano con la contemplación de la belleza, y que la debilidad de este universo de concupiscencia y afán de venganza es la vanidad. La vanidad es el encantamiento que os tiene a todos cautivos, y el conocimiento de esa vanidad es lo que a mí me permitirá alcanzar mi objetivo.»

El hombre más temible del mundo (con una excepción) habló por fin, como en respuesta a los pensamientos del otro.

—Su Excelencia —dijo con sarcasmo—, percibo que os habéis perfumado con la fragancia concebida para seducir a los reyes, y deduzco que estáis en antecedentes de nuestras costumbres; de hecho, antecedentes no os faltan. Me habéis inspirado desconfianza tan pronto como me han llegado noticias vuestras hace un momento, y ahora que os he oído, me inspiráis aún más.

Mogor dell'Amore, el del cabello amarillo, intuyó que Abul Fazl era el autor original del libro mágico de ungüentos cuyas fórmulas Mohini la Esqueleto aplicaba de manera tan experta, así que esos encantamientos olfativos no ejercían efecto alguno sobre él, y por consiguiente perdían también su influencia en todos los demás. Los guardias de estúpida sonrisa apostados en los cuatro accesos a la Casa de la Audiencia Privada volvieron de repente a la realidad; las esclavas de rostro velado que aguardaban para servir a la augusta compañía perdieron su apariencia de etéreo erotismo, y el recién llegado comprendió que era como un hombre desnudo bajo la mirada que todo lo veía del favorito del rey, y que ahora solo la verdad, o algo tan convincente como la verdad, podría salvarlo.

—Cuando el embajador del rey Felipe de España vino a visitarnos —reflexionó Abul Fazl en voz alta—, trajo todo un séquito, y elefantes cargados

de regalos, y veintiún caballos de la mejor raza árabe de obsequio, y joyas. No se presentó ni mucho menos en una carreta tirada por un buey ni pasó la noche en un lupanar con una mujer tan flaca que uno llega a dudar si de verdad es una mujer.

—Mi señor, lord Hauksbank de Ídem fue por desgracia a reunirse con Dios y sus ángeles cuando atracamos en Surat —contestó el recién llegado—. En su lecho de muerte me pidió que cumpliera con el deber encomendado a él por Su Majestad. Desdichadamente, el barco era un nido de rufianes, y no se había enfriado aún su cuerpo cuando empezaron a saquear y desvalijar sus aposentos en busca de todo aquello de valor que mi buen señor pudiera poseer. Debo decir que solo gracias a la buena fortuna escapé con vida y también con la carta de la reina, pues, sabiendo que yo era un honrado servidor de mi señor, me habrían degollado si me hubiese quedado a defender las propiedades de lord Hauksbank. Ahora temo que sus restos no reciban cristiana sepultura, pero me enorgullezco de haber llegado a vuestra gran ciudad para descargarme de su responsabilidad, que ha pasado a ser la mía.

Abul Fazl continuó con sus cavilaciones:

—La reina de Inglaterra no ha sido, creo, amiga de nuestro amigo el ilustre rey de España.

—España es un país de matones y filisteos —improvisó el otro de inmediato—, en tanto que Inglaterra es sede del arte y la belleza y de la propia Gloriana. No os dejéis cegar por los halagos de Felipe el Soso. Los iguales deben hablar entre ellos, y es Isabel de Inglaterra el verdadero reflejo de la grandeza y el estilo del emperador.

Entrando en materia, explicó que la lejana reina pelirroja no era sino el espejo occidental del propio emperador, era Akbar en forma femenina, y podía decirse que él, el Shahanshah, el rey de reyes, era una Isabel oriental, con bigote, no virginal, pero en la esencia de su grandeza eran iguales.

Abul Fazl se tensó.

—Osáis situar a mi señor a la altura de una mujer —dijo en voz baja—. Suerte tenéis de llevar en la mano ese pergamino con, veo, el sello auténtico de la corona inglesa, que me obliga a daros el salvoconducto. De lo contrario mi deseo sería recompensar tamaña insolencia arrojándoos al elefante solitario que tenemos amarrado en un jardín cercano para deshacernos de los canallas inaceptables.

—El emperador es célebre en todo el mundo por su generoso concepto de las mujeres —dijo Mogor dell'Amore—. Tengo la certeza de que, en tanto joya de Oriente, no verá como insulto que lo comparen con otra gran joya, sea cual sea su sexo.

—Los sabios nazarenos enviados a esta corte por los portugueses de Goa hablan mal de vuestra joya. —Abul Fazl hizo un gesto de indiferencia—. Dicen que va contra Dios y es una soberana endeble que sin duda pronto será aplastada. Dicen que la suya es una nación de ladrones y vos sois con toda probabilidad un espía.

—Los portugueses son piratas —afirmó Mogor dell'Amore—. Son bucaneros y granujas. Ningún hombre sensato debería confiar en sus palabras.

—El padre Acquaviva de la Compañía de Jesús es italiano como vos —replicó Abul Fazl—. Y el padre Monserrate, su compañero, es de España.

—Si han venido aquí bajo la bandera de los insidiosos portugueses —insistió el otro—, es porque se han convertido en perros piratas portugueses.

Alguien prorrumpió en carcajadas por encima de sus cabezas, como si un dios se burlara de él.

—Tened compasión, gran *munshi* —atronó una enorme voz—. Dejad vivir al joven, al menos hasta que hayamos leído el mensaje que trae.

Los palios de seda cayeron hacia los rincones de la sala y allí, encima de ellos, sentado en la copa cubierta de cojines del árbol de arenisca en la Posición de Relajación Real, y deshaciéndose en alegres risotadas, estaba Abul-Fath Jalaluddin Muhammad Akbar, el Gran Mogol en persona, mostrándose a la vista, como un loro gigante en una percha descomunal.

* * *

Había amanecido con un ánimo extrañamente inquieto, y ni siquiera las más hábiles atenciones de su amada le habían devuelto la serenidad. En plena noche, un cuervo desorientado había irrumpido, a saber cómo, en la alcoba de la reina Jodha, despertando a la pareja real con sus graznidos de terror, que el emperador, soñoliento, interpretó como un augurio del fin del mundo. Por un pavoroso instante, un ala negra le rozó la mejilla. Para cuando los criados ahuyentaron al cuervo, el emperador tenía los nervios a flor de piel. Después de eso, los malos presagios plagaron sus sueños. En cierto punto creyó ver el pico negro de ese cuervo apocalíptico hundirse en su pecho y arrancarle el corazón para devorarlo, como Hind de La Meca había devorado el corazón de Hamza, el tío del profeta, caído en el campo de batalla de Uhud. Si ese poderoso héroe pudo ser abatido por una cobarde jabalina, también él podía sucumbir en cualquier momento a una flecha lanzada desde la oscuridad, volando como vuela el cuervo, siniestra, mortífera y negra. Si un cuervo podía atravesar todas las defensas de su guardia y aletear en su cara, ¿acaso no podría hacer lo mismo un asesino?

Así, poseído de premoniciones de muerte, estaba indefenso ante el advenimiento del amor.

* * *

La llegada del tunante que se hacía pasar por embajador inglés lo había intrigado, y después de ordenar a Abul Fazl que se refocilase un rato a costa de ese individuo, empezó a animarse. Abul Fazl, en realidad el más cordial de los hombres, fingía la ferocidad mejor que cualquier otra persona en Sikri, y mientras el emperador escuchaba la diversión que tenía lugar debajo de él, oculto como estaba sobre las cabezas de los dos hombres, el interrogador y el interrogado, las nubes de la noche por fin se disiparon y cayeron en el olvido. «El charlatán se ha desenvuelto bien», pensó. Cuando tiró de los cordones con borlas que desprendían los palios de seda y reveló su presencia a los hombres de abajo, estaba del mejor de los humores, pero en absoluto preparado para la emoción que lo asaltó al cruzarse su mirada con la del visitante de cabello amarillo.

Fue amor, o esa impresión tuvo. Al emperador se le aceleró el pulso como a una jovencita enamorada, se le agitó la respiración y le subió el color a las mejillas. ¡Qué apuesto era aquel joven! ¡Qué seguro de sí mismo! ¡Qué orgulloso! Y había algo en él que escapaba a la vista: un secreto que lo hacía más interesante que un centenar de cortesanos. ¿Qué edad tendría? El emperador no sabía juzgar las caras de los *farangi*. Podría haber tenido solo veinticinco años, o ya treinta, «mayor que nuestros hijos —pensó el emperador— y demasiado mayor para ser hijo nuestro», y de inmediato se extrañó de que tal pensamiento asomara a su cabeza. ¿Sería el forastero una especie de brujo?, se preguntó. ¿Estaría hechizándolo mediante un ensalmo arcano? Pues bien, le seguiría la corriente, no había nada de malo en ello; él era demasiado astuto para que lo sorprendiera un cuchillo oculto o para beber de una copa envenenada. Se dejaría llevar por sus sentimientos para ver qué los había causado. La falta de sorpresa es el inevitable castigo de la vida en el poder; el emperador había creado complejos sistemas y maquinarias para asegurarse de que nunca lo sorprendiera nada, y sin embargo este Mogor dell'Amore lo había cogido con la guardia baja, ya fuera por azar o aposta. Solo por eso merecía conocerse más a fondo.

—Leednos la carta de la reina —ordenó Akbar, y el «embajador» hizo una reverencia absurdamente profunda, con teatrales floreos de muñeca, y cuando volvió a erguirse, el pergamino colgaba desenrollado pese a que ni Akbar ni Abul Fazl le habían visto romper el sello.

«Un prestidigitador —pensó Akbar—. Eso nos gusta.» El charlatán leyó la carta en inglés y luego la tradujo fluidamente a la lengua persa.

—«Muy invencible y muy poderoso príncipe» —escribía la reina Isabel—, «señor Zelabdim Echebar, rey de Cambaya, os saludo.»

Abul Faz! soltó una carcajada como un bufido de caballo.

—¿«Zelabdim»? —se mofó—. ¿Y quién será ese «Echebar»?

Encima de él, el emperador, regocijándose, se dio una palmada en el muslo.

—Somos nosotros —dijo entre risas—. Nosotros somos el *padishah* Echebar, señor del quimérico reino de Cambaya. Ay, pobre Inglaterra, que vives en la inopia: compadecemos a tu pueblo porque tu reina es una necia ignorante.

El lector de la carta se interrumpió para dejar que las risas se apagaran.

—Adelante, adelante. —El emperador lo instó a continuar con un gesto—. El rey «Zelabdim» lo ordena.

Más risas, y la aparición de un pañuelo para enjugar las lágrimas.

El «embajador» hizo otra reverencia, aún más exagerada que la anterior, y prosiguió; y para cuando hubo terminado, se había tejido ya un segundo hechizo.

—«En asuntos de Comercio y otras finalidades, buscamos alianzas para beneficio mutuo» —leyó—. «Ha llegado a nuestro conocimiento que Vuestra Majestad se ha declarado Infalible, y os aseguramos que no ponemos en tela de juicio la *auctoritas* de esa poderosa Afirmación. Sin embargo, hay Otro que afirma lo mismo respecto a su propia persona, y no dudéis que nosotros tenemos la certeza de que ese Otro es el Falso. Nos referimos, gran Monarca, a ese indigno sacerdote, el Obispo de Roma, el decimotercer Gregorio de la ignominiosa Secuencia, cuyas intenciones para con Oriente no os conviene pasar por alto. Si envía a sacerdotes a Cambaya, China y Japón, no es por simple santidad, os lo aseguro. Este mismo Obispo prepara en estos momentos una Guerra contra nosotros, y sus servidores católicos son presencias traicioneras en vuestra corte, porque maquinan sus futuras conquistas.

»¡Guardaos de esos lacayos de vuestro Rival! Aliaos con nosotros, y derrotaremos a todos los enemigos. Ya sé que poseo el cuerpo de una débil mujer, pero poseo el corazón y el estómago de un rey, y de un rey de Inglaterra por si fuera poco, y considero un vil desprecio que un Papa de Roma ose deshonorarme, a mí o a mis aliados. Pues no solo tengo mi propia *auctoritas*, sino también *potestas*, y esa fuerza me dará la victoria en la lucha. Y cuando todos queden aniquilados y dispersos en desbandada, os alegraréis de haber hecho

causa común con Inglaterra.»

Cuando el «embajador» concluyó la lectura, el emperador cayó en la cuenta de que se había enamorado por segunda vez en el transcurso de unos minutos, porque ahora se había adueñado de él un intenso deseo por la autora de la carta, la reina de Inglaterra.

—Abul Fazl —exclamó—, ¿no debemos casarnos con esta gran dama sin demora? ¿Esta reina virgen, la rani Zelabat Giloriana Pehlavi? Creemos que ha de ser nuestra de inmediato.

—Una idea excelente —convino el «embajador» Mogor dell'Amore—. Y aquí en este guardapelo está su retrato, que os envía con afecto, y os hechizará con su belleza, que sobrepasa incluso la belleza de sus palabras.

Con un floreio del puño de encaje de su muñeca, extrajo el dije de oro, que Abul Fazl cogió con expresión de profundo recelo. Se había apoderado de él la convicción de que estaban metiéndose en honduras, y que las repercusiones de la presencia de este tal Mogor entre ellos serían inmensas, y no necesariamente beneficiosas, pero cuando intentó prevenir a su señor contra esta nueva relación, el hombre más temible del mundo (sin excepciones) quitó importancia a sus inquietudes.

—La carta es encantadora, como lo es quien la trae —dijo Akbar—. Acompañadlo a nuestros aposentos privados mañana para que sigamos hablando.

La audiencia había terminado.

* * *

El repentino enamoramiento del emperador Zelabdin Eche—bar, prendado de su imagen especular femenina, la reina Zelabat Giloriana I, dio pie a una sucesión de cartas de amor llevadas a Inglaterra por acreditados mensajeros reales, y jamás contestadas. Estas cartas rapsódicas tenían el sello personal del emperador y eran de una intensidad emocional y una explicitud sexual insólitas en la Europa (y el Asia) de la época. Buena parte de dicha correspondencia no llegó a su destinataria porque los mensajeros eran atacados en el camino, y desde Kabul a Calais estas efusiones interceptadas proporcionaron gran diversión a los nobles y príncipes, que se deleitaban con las descabelladas misivas del emperador de la India, donde declaraba un afecto imperecedero por una mujer a la que ni siquiera conocía, a la par que exponía sus megalómanas fantasías de crear un imperio global conjunto que uniría los hemisferios este y oeste. Las cartas que sí llegaron al palacio de Whitehall fueron consideradas falsificaciones, u obra de un demente con seudónimo, y

sus portadores recibieron un trato desdeñoso, acabando muchos de ellos en prisión a modo de triste recompensa por un viaje largo y peligroso. Al cabo de un tiempo simplemente les negaron la entrada, y aquellos que, a trancas y barrancas, consiguieron regresar a Fatehpur Sikri solo tenían palabras de rencor. «Esa reina es virgen porque ningún hombre desearía yacer con un pez así de frío», informaron, y transcurrido un año y un día, el amor de Akbar se esfumó tan deprisa y misteriosamente como había nacido, quizá a causa de la revuelta de sus reinas, que por una vez se unieron a espaldas de su amada inexistente para amenazar con retirarle sus favores a menos que dejara de mandar extravagantes cartas a esa inglesa cuyo silencio, después de suscitar el interés del emperador con sus propios halagos iniciales, demostraba la insinceridad de su carácter y la locura de tratar de comprender a un personaje tan ajeno y poco atractivo, máxime cuando había tantas damas afectuosas y deseables mucho más a mano.

Cerca del final de su largo reinado, muchos años después de los tiempos del charlatán Mogor dell'Amore, el anciano emperador recordó con nostalgia aquel raro asunto de la carta de la reina de Inglaterra y pidió que se la enseñaran otra vez. Cuando se la llevaron y se la tradujo un intérprete distinto, gran parte del texto original había desaparecido. El documento conservado, como se descubrió, no incluía alusión alguna a su infalibilidad ni a la del papa, ni solicitaba una alianza contra enemigos comunes. De hecho, no era más que una simple petición de buenas condiciones comerciales para los mercaderes ingleses, acompañada de unas cuantas expresiones de respeto formularias. Cuando el emperador conoció la verdad, comprendió de nuevo lo audaz que era el hechicero con quien se había topado aquella lejana mañana después del sueño del cuervo. Sin embargo, para entonces, saberlo ya no le servía de nada, salvo para recordarle lo que nunca debería haber olvidado: que la brujería no requiere pociones, espíritus familiares ni varitas mágicas. Con un pico de oro, el uso del lenguaje permite encantamientos de sobra.

CUANDO SE DESENVAINA LA ESPADA DE LA LENGUA

«Cuando se desenvaina la espada de la lengua —pensó el emperador—, abre cortes más profundos que la hoja más afilada.» Si necesitaba prueba de ello, la encontraría en la guerra de los filósofos que se desarrollaba a diario en ese mismo lugar: el Pabellón del Nuevo Culto, una tienda de campaña bordada y recubierta de espejuelos. Reinaba allí un barullo continuo, el ruido de los mejores pensadores del reino acuchillándose atrocemente unos a otros mediante la palabra. Akbar, cumpliendo el juramento hecho el día que descuartizó al insolente rana de Cooch Naheen, había creado una sala de debate en la que la veneración de lo divino se reimaginaba como un combate de lucha intelectual en el que ninguna llave estaba prohibida. Había invitado a Mogor dell'Amore a acompañarlo al pabellón para vanagloriarse de su nuevo invento, imbuir al recién llegado de la espléndida originalidad y el progresismo de la corte mogol y, no por casualidad, demostrar a los jesuitas enviados por Portugal que no eran los únicos occidentales con acceso al oído del emperador.

Dentro del pabellón los participantes, reclinados en alfombras y almohadones, se agrupaban en dos bandos, los Bebedores de Agua y los Aficionados al Vino, unos frente a otros en una nave vacía excepto por los asientos del emperador y su huésped. El bando *manqul*, que incluía a los pensadores religiosos y los místicos, solo bebía agua, en tanto que sus adversarios, los *ma'qul*, celebraban la filosofía pura y las ciencias y se pasaban el día entero remojándose el gaznate con vino. Ese día estaban allí Abul Faz' y el rajá Birbal, ambos sentados como de costumbre entre los amigos del vino. También había acudido el príncipe Salim, una hosca presencia adolescente sentada junto al puritano líder Badauni, pro agua, un hombre flaco como una espiga —uno de esos jóvenes que parecían haber nacido viejos— que detestaba a Abul Fazl, más viejo que él, y era a su vez sinceramente despreciado por esta ilustre personalidad esférica. Entre ellos, la controversia estallaba en términos tan descomedidos («¡Gordo lisonjeador!», «¡Termita tediosa!») que el emperador acabó por preguntarse cómo tamaña discordia podía llegar a conducir a la armonía que buscaba; ¿era la libertad realmente el camino hacia la

unidad, o era el caos su resultado inevitable?

Akbar había decidido que ese templo revolucionario no sería un edificio permanente. La controversia en sí misma —y no una deidad, por grande que fuera su poder y múltiples sus extremidades— sería allí el único dios. Pero la razón era una divinidad mortal, un dios que moría, y aun si renacía posteriormente, volvía a morir de manera inevitable. Las ideas eran como las mareas del océano o las fases de la luna; cobraban vida, crecían a su debido tiempo y después, al girar la gran rueda, menguaban, se oscurecían y se esfumaban. Eran moradas pasajeras, como las tiendas de campaña, y una tienda era la sede que les correspondía. Los fabricantes de tiendas de campaña mogoles, verdaderos genios en lo suyo, creaban casas abatibles de gran complejidad y belleza. Cuando el ejército marchaba, lo acompañaba un segundo ejército de dos mil quinientos hombres (por no hablar ya de los elefantes y los camellos) que levantaban y desmontaban la pequeña ciudad de tiendas de campaña en la que residían el rey y sus hombres. Estos pabellones, pagodas y palacios portátiles incluso habían servido de inspiración a los mamposteros de Sikri, pero una tienda seguía siendo una tienda, un objeto de lona, tela y madera que representaba bien la transitoriedad de las cosas de la mente. Un día, al cabo de cien años, cuando ni siquiera su gran imperio existiese ya —¡sí!, ¡en aquel lugar estaba dispuesto a prever incluso la destrucción de su propia creación!—, sus descendientes verían la tienda desmontada y desaparecida toda su gloria.

—Solo cuando aceptemos las verdades de la muerte —declaró el emperador—, empezaremos a aprender las verdades de estar vivo.

—Una paradoja, mi señor —respondió Mogor dell'Amore con descaro—, es un embrollo que permite a un hombre aparentar inteligencia mientras se ata el cerebro como una gallina destinada a la cazuela. «¡En la muerte reside el sentido de la vida!» «¡La riqueza de un hombre engendra la pobreza de su alma!» Y así la violencia puede convertirse en delicadeza, y la fealdad en belleza, y cualquier cosa en su contrario. Esto es ciertamente una sala de espejos, llena de ilusiones e inversiones. Uno puede revolcarse en el cenagal de la paradoja hasta su último día sin concebir un solo pensamiento lúcido digno de ese nombre.

El emperador sintió crecer dentro de sí la misma rabia fiera que lo había impulsado a arrancarle el ofensivo bigote al rana de Cooch Naheen. ¿Acaso lo engañaba el oído? ¿Con qué derecho ese granuja extranjero...? ¿Cómo se atrevía...? El emperador tomó conciencia de que su rostro había enrojecido, de que había empezado a escupir y farfullar de ira. La concurrencia se sumió en un mudo terror, puesto que Akbar, en un raptó de cólera, era capaz de cualquier cosa; podía echar el cielo abajo con sus propias manos o arrancar la

lengua a todos aquellos que lo hubieran oído para cerciorarse de que jamás hablarían de lo que habían presenciado, o podía sorber el alma de alguien y ahogarla en un cuenco lleno de su propia sangre borboteante.

Fue el príncipe Salim, instado por Badauni, quien rompió el escandalizado silencio.

—¿Sois consciente de que podríais morir por lo que acabáis de decirle al rey? —preguntó al intruso del extraño ropón de demasiado abrigo.

Mogor dell'Amore se quedó (aunque quizá solo en apariencia) impertérrito.

—Si puedo morir por algo así en esta ciudad —repuso—, no es una ciudad digna de vivir en ella. Además, tenía entendido que en esta tienda reinaba la razón, y no el rey.

El silencio se espesó como leche cuajada. El rostro de Akbar se encapotó. Súbitamente la tempestad amainó y el emperador se echó a reír. Dio una palmada en la espalda a Mogor dell'Amore y movió la cabeza en un vigoroso gesto de asentimiento.

—Señores, un forastero nos ha dado una gran lección. Uno debe salirse de un círculo para ver que es redondo.

Esta vez le tocó al príncipe sentir la rabia de la reprensión pública, pero se sentó sin rechistar. Abul Fazl, viendo la expresión de Badauni, su contrincante, empezó a albergar sentimientos cálidos hacia el extranjero de cabello amarillo que había fascinado tan inesperadamente al rey. En cuanto al recién llegado, comprendió que le había salido bien la jugada, pero a la vez la proeza le había valido un poderoso enemigo, tanto más peligroso porque era un adolescente inmaduro y, a la vista estaba, irascible. «Esqueleto es odiada por la dama del príncipe y ahora el príncipe me odia a mí —pensó—. Esta no es una disputa en la que tengamos las de ganar.» Con todo, no permitió que se manifestara su aprensión, y cuando el rajá Birbal le ofreció una copa de buen vino tinto, la aceptó con las reverencias y los floreos más exuberantes de que era capaz.

El emperador pensaba también en su hijo. ¡Qué alegría le había deparado su nacimiento! Pero quizá, finalmente, no había sido buena idea dejarlo en manos de los místicos, los seguidores y sucesores del jeque Salim Chishti, cuyo nombre había puesto al príncipe. El muchacho, al crecer, se había convertido en una maraña de contradicciones, un amante de la delicadeza y el esmero de la jardinería, pero también de la indolencia del opio, un sexualista entre los puritanos, un amante de los placeres que reproducía las palabras de los pensadores más intransigentes y se burlaba de los predilectos de Akbar diciendo: «No busquéis la luz en los ojos del ciego». No era esa su línea natural,

desde luego. El muchacho era un mina de imitación, un títere capaz de dejarse utilizar contra su padre por cualquiera que moviese los hilos.

Mientras que por otro lado, y en contraste, había que ver a ese forastero tan aficionado a la controversia que había osado arrojar una pulla racionalista al rostro asombrado del emperador y, lo que era peor, hacerlo en público. Acaso ese fuera un hombre con quien un rey pudiese hablar de maneras que la carne de su carne no entendería, y que le aburrirían. Cuando mató al rana de Cooch Naheen, se preguntó si habría asesinado al único hombre capaz de comprenderlo y al que acaso hubiese podido amar. Ahora el destino, como en respuesta a su dolor, le había ofrecido tal vez a un segundo confidente, quizá incluso una versión mejorada del otro, ya que este no era un simple conversador, sino también un aventurero. Un hombre de razón que, en nombre de la razón, asumía riesgos nada razonables. Un individuo paradójico que menospreciaba la paradoja. El tunante no era menos contradictorio que el príncipe Salim —ni menos contradictorio acaso que cualquier hombre vivo—, pero las suyas eran contradicciones con las que el emperador podía disfrutar. ¿Podía abrir su pecho a este Mogor y contarle cosas que nunca había dicho, ni siquiera a Bhakti Ram Jain, el adulador sordo, ni a Birbal el ingenioso, ni al omniscio Abul Fazl? ¿Era este por fin su confesor?

Pues eran tantas las cosas de las que deseaba hablar, cosas que ni siquiera Abul Fazl o Birbal entenderían plenamente, cosas que aún no estaba preparado para airear en el debate abierto del Pabellón del Nuevo Culto. Deseaba, sin ir más lejos, investigar por qué uno debía aferrarse a una religión por ser no la verdad, sino la fe de sus padres. ¿Acaso la fe no era fe, sino una simple costumbre de familia? Quizá no existía la religión verdadera, sino esa eterna transmisión de una generación a la siguiente. Y el error podía transmitirse con la misma facilidad que la virtud. ¿No era la fe más que un error de nuestros antepasados?

«Quizá no existía la fe verdadera.» Sí, se había permitido pensar eso. Deseaba poder contarle a alguien su sospecha de que los hombres habían creado a sus dioses y no a la inversa. Deseaba poder decir que es el hombre, y no Dios, quien ocupa el centro de las cosas. Es el hombre quien está en el núcleo y abajo y arriba, el hombre quien está delante y detrás y al lado, el hombre quien es ángel y demonio, el milagro y el pecado, el hombre y siempre el hombre, y que en adelante no tengamos más templos que aquellos consagrados a la especie humana. Esa era su ambición más inexpresable: fundar la religión del hombre. En el Pabellón del Nuevo Culto, los Vinícolas y los Aguadores se trataban recíprocamente de herejes y necios. El emperador deseaba confesar la secreta decepción que le habían causado todos los místicos

y filósofos. Deseaba dejar de lado toda controversia, borrar los siglos de herencia y reflexión, y permitir que el hombre ascendiese, desnudo como un recién nacido, al trono de los cielos. (Si el hombre había creado a dios, el hombre podía des—crearlos también. ¿O era posible que una creación escapara al poder del creador? ¿Podía un dios, una vez creado, ser indestructible? ¿Adquirían tales ficciones una autonomía respecto de la voluntad que las hacía inmortales? El emperador desconocía las respuestas, pero las preguntas en sí parecían en cierto modo respuestas.) ¿Eran capaces los extranjeros de aprehender lo que escapaba a sus compatriotas? Si él, Akbar, salía del círculo, ¿podría vivir sin su reconfortante circularidad, en la aterradora extrañeza de un nuevo pensamiento?

—Nos vamos —dijo a su huésped—. Ya hemos oído grandes pensamientos más que suficientes por hoy.

* * *

Dado que una inquietante ilusión de calma se propagó por el complejo imperial mientras rielaba a pleno sol, era necesario buscar la verdadera naturaleza del momento en las señales y augurios. Cuando se retrasaba el cargamento de hielo diario, significaba que había conflictos en las provincias. Cuando un hongo verde enturbiaba las claras aguas del Anup Talao, el Mejor de Todos los Estanques Posibles, significaba que en la corte se cocía una traición. Y cuando el rey abandonaba el palacio y se trasladaba en su palanquín al lago de Sikri, era señal de que tenía el alma atribulada. Todos estos eran presagios de agua. Estaban también los augurios de aire, fuego y tierra, pero las profecías del agua eran las más fidedignas. El agua informaba al emperador, arrastraba la verdad hasta él con sus mareas, y también lo tranquilizaba. Corría por canales estrechos y anchos cauces, en torno a los patios del recinto palaciego y a través de ellos, y refrescaba desde abajo los edificios de piedra. Cierta era que los puritanos abstemios, por ejemplo el bando *manqul* de Badauni, la habían adoptado como símbolo, pero la relación del emperador con este líquido sostén de la vida era más profunda que la de cualquier fanático religioso.

Bhakti Ram Jain llevaba al rey una palangana de agua humeante cada mañana para sus abluciones, y Akbar miraba con atención en lo más hondo del vapor, que le revelaba el mejor proceder para ese día. Cuando se bañaba en el *hammam* real, echaba atrás la cabeza y flotaba por un rato como un pez. El agua del *hammam* le susurraba en los oídos inmersos y le transmitía los pensamientos más íntimos de todos aquellos que se habían bañado en cualquier lugar a cinco

kilómetros a la redonda. El poder informativo del agua estancada era limitado; para noticias lejanas, había que sumergirse en un río. Ahora bien, la magia del *hammam* no debía infravalorarse. Era el *hammam* el que le había hablado, por ejemplo, del diario oculto del intemperante Badauni, un libro en el que este criticaba hasta tal punto las ideas y costumbres del emperador que si Akbar hubiese admitido conocer su existencia, se habría visto obligado a ejecutar a Badauni de inmediato. En cambio, mantuvo tan callado el secreto de su detractor como cualquiera de los suyos, y cada noche, mientras Badauni dormía, el emperador enviaba a su espía de mayor confianza, Omar el Ayyar, al estudio del resentido autor, para buscar y memorizar las últimas páginas de la historia secreta del reinado del emperador.

Omar el Ayyar era tan importante para Akbar como el agua, tan importante que nadie sabía de él excepto el propio emperador. Ni siquiera Birbal conocía su existencia, como tampoco la conocía Abul Fazl, el jefe de espías. Era un joven eunuco tan esbelto y lampiño de rostro y cuerpo que podía pasar por una mujer, y así, por orden de Akbar, vivía anónimamente en el cubículo del harén y fingía ser una humilde servidora de las concubinas a las que tanto se parecía. Aquella mañana, antes de que Akbar llevase a Mogor dell'Amore al Pabellón del Nuevo Culto, Omar había entrado en los aposentos de Akbar por la puerta oculta cuya existencia desconocía incluso Bhakti Ram Jain, e informó a su señor de un murmullo que había oído en el aire, una tenue brizna de rumor procedente del burdel de Hatyapul. Era que el recién llegado de cabello amarillo tenía un secreto que contar, un secreto tan asombroso que podía hacer tambalearse la propia dinastía. Sin embargo Omar no había conseguido averiguar el secreto, y se lo veía tan avergonzado de sí mismo, tan femeninamente cabizbajo, que el emperador tuvo que consolarlo durante unos minutos para impedir que rompiese a llorar y su bochorno fuese aún mayor.

Era tal el interés de Akbar por este secreto no revelado que procedió como si no le importara, y encontró muchas maneras de retrasar el momento de conocerlo. Mantenía cerca al forastero, pero se aseguraba de que nunca estuvieran solos. Paseó con él hasta los palomares para inspeccionar a las mensajeras reales, y le permitió caminar junto al palanquín imperial, al lado del portador del parasol imperial, cuando fue hasta la orilla del luminoso lago. Cierto era que tenía el alma atribulada. No solo estaba el asunto del secreto no divulgado que había cruzado el mundo para llegar hasta él, sino que además la noche anterior, mientras hacía el amor con su amada Jodha, había sentido menos excitación que de costumbre por la esposa que nunca antes le había fallado, e incluso se había planteado si, por variar, no sería preferible la compañía de alguna de las concubinas más hermosas. A lo cual se sumaba su

creciente desilusión respecto a Dios. Con todo eso tenía más que suficiente. Era hora de flotar un rato.

En un gesto de nostalgia, había conservado y restaurado cuatro de las embarcaciones preferidas de su abuelo Babur y las había destinado a la travesía del lago. El hielo de Cachemira cruzaba el agua en la embarcación mayor, el vehículo de transporte de cubierta plana llamado *Capacidad*, o *Gunjayish*, recorriendo este último tramo de su cotidiano viaje desde las cimas del Himalaya hasta las copas de la corte a bordo de la nave que en su día fue obsequio del sultán Jalaluddin a su cruel tocayo el primer rey mogol, amante de la naturaleza. Akbar, personalmente, prefería viajar en *Comodidad*, o *Asayish*, manteniendo a corta distancia el pequeño esquife correo *Farmayish* o *Mando*, para llevar órdenes y visitantes del barco a la orilla. La cuarta embarcación, la recargada *Arayish* o *Adorno*, era para los placeres románticos, usada solo de noche. Akbar condujo a Mogor dell'Amore al camarote principal de la *Asayish* y dejó escapar un leve suspiro de placer, como siempre hacía cuando las sutilezas del agua sustituían la banalidad de la tierra firme bajo sus pies.

El forastero parecía tan henchido del hijo nonato de su secreto como una mujer a punto de parir, e igual de temeroso de los peligros del acto. Para atormentar un poco más a su huésped, Akbar pidió a la tripulación del barco que se afanara alrededor con diversas acciones dictadas por el protocolo cortesano, una serie de procedimientos relacionados con los cojines, los vinos y los libros. Toda bebida debía probarse tres veces, por si estaba envenenada, antes de llegar a los labios del emperador, y si bien la práctica aburría al emperador, no se opuso. En cuanto a los libros, no obstante, Akbar había cambiado el protocolo. Según las antiguas costumbres, cualquier libro que llegase a presencia imperial debía ser leído antes por tres comentaristas distintos y declarado libre de sedición, obscenidad y mentiras. «En otras palabras —había dicho el joven rey al ascender al trono—, solo leeremos los libros más aburridos jamás escritos. Pues de eso ni hablar.» En la actualidad se permitían toda clase de libros, pero las críticas de los tres comentaristas se entregaban al emperador antes de que los abriera, debido al protocolo supremo, situado por encima de todos los demás, referente a la inconveniencia de la sorpresa real. Y en cuanto a los cojines, debían probarse por si una persona mal intencionada había escondido un cuchillo en su interior. Todo esto tuvo que soportar el emperador. Después, por fin, se permitió quedarse en compañía del extranjero sin nadie al alcance al oído.

—Mi señor —dijo Mogor dell'Amore, y su voz pareció temblar solo un poco—, hay un asunto que, si me dais licencia, desearía revelaros a vos y solo a vos.

Akbar prorrumpió en sonoras carcajadas.

—Tenemos la impresión de que si os hubiéramos hecho aguardar un poco más, habríais muerto —dijo entre risas—. Desde hace más de una hora parecéis un forúnculo que es necesario reventar.

El forastero se sonrojó.

—Vuestra Majestad lo sabe todo —contestó, inclinándose (el emperador no lo había invitado a sentarse)—. Sin embargo, me atrevo a pensar que no es posible que conozcáis el carácter de mi información, pese a que es evidente que sí conocéis su existencia.

Akbar recobró la compostura y adoptó una expresión grave. —Pues adelante, amigo mío —instó—. Oigamos lo que sea que tenéis que ofrecernos.

—Así sea, mi señor —empezó el forastero—. Érase una vez, en Turquía, un príncipe aventurero llamada Argalia o Arcalia, un gran guerrero poseedor de armas hechizadas, en cuyo séquito había cuatro gigantes aterradores, y lo acompañaba una mujer, Angelica...

Desde el esquife *Farmayish*, que avanzaba hacia el *Asayish* con Abul Fazl y una pequeña multitud de hombres a bordo, llegó un estridente grito —«¡Cuidado! ¡Salvad al emperador! ¡Cuidado!»—, y de inmediato la tripulación del barco del rey irrumpió en el camarote real y prendió a Mogor dell'Amore sin ceremonias. Tenía un brazo grueso y musculoso en torno al cuello y tres espadas apuntadas al corazón. El emperador se había puesto en pie, y también él se vio rodeado en un abrir y cerrar de ojos por hombres armados, para protegerlo de cualquier daño.

—...Angelica, la princesa de la India y Catay... —pugnó por continuar el forastero. El brazo se estrechó en torno a su tráquea—... La más hermosa —añadió, con un supremo esfuerzo, y el brazo volvió a estrecharse en su garganta; tras lo cual Mogor dell'Amore perdió el conocimiento y no dijo nada más.

EN LA OSCURIDAD DE LA MAZMORRA LAS CADENAS

En la oscuridad de la mazmorra las cadenas le pesaban como su relato inacabado. Eran tantas las cadenas que serpenteaban en torno a él que imaginó, allí a oscuras, que de algún modo se hallaba dentro de un cuerpo mayor, el cuerpo de un hombre de hierro. Todo movimiento le era imposible. La luz era una fantasía. La mazmorra había sido labrada en la roca viva del cerro, debajo de los palacios imperiales, y el aire de la celda tenía mil años de antigüedad, como quizá los tenían también las criaturas que reptaban por sus pies y entre su pelo y en su entrepierna, las cucarachas albinas, las serpientes ciegas, las ratas transparentes, los escorpiones fantasma, los piojos. Moriría sin contar su relato. La idea le resultaba insoportable y por esa misma razón se negaba a abandonarlo, entraba y salía de sus oídos, penetraba por las comisuras de sus párpados y se le adhería al velo del paladar y a los tejidos blandos bajo la lengua. Todos los hombres necesitaban oír difundidos sus relatos. Él era un hombre, pero si moría sin contar el relato sería algo menos que eso, una cucaracha albina, un piojo. La mazmorra no entendía el concepto de relato. La mazmorra era estática, eterna, negra, y un relato requería movimiento y tiempo y luz. Sintió que el relato se le escurría entre los dedos, perdía trascendencia, dejaba de existir. No tenía relato. No había relato. Él no era un hombre. Allí no había un hombre. Estaban solo la mazmorra, y la oscuridad resbaladiza.

Cuando fueron a buscarlo, ignoraba si había transcurrido un día o un siglo. No vio las manos ásperas que lo libraron de sus cadenas. Durante un rato también tuvo afectado el oído, y el habla. Le vendaron los ojos y lo llevaron desnudo a otro lugar donde lo frotaron y restregaron. Como si fuera un cadáver y estuvieran preparándolo para su entierro, pensó, un cadáver mudo incapaz de contar su historia. No había féretros en esta tierra no cristiana. Lo amortajarían y lo echarían sin nombre a una fosa. O eso, o lo quemarían. No descansaría en paz. En la muerte, como en la vida, rebosaría palabras inexpresadas y estas serían su infierno, atormentándolo toda la eternidad. Oyó un sonido. «Érase una vez.» Era su propia voz. «Érase una vez un príncipe.» Sintió que el corazón volvía a latirle, la sangre a circular. Tenía la lengua

pastosa pero se movía. El corazón atronaba como un cañón en su pecho. «Poseedor de armas hechizadas.» Volvía a tener cuerpo, y palabras. Le quitaron la venda. «Cuatro gigantes aterradores y una mujer.» Se hallaba en otra celda, pero en esta ardía una vela y un hombre montaba guardia en un rincón. «La más hermosa de las mujeres.» El relato le estaba salvando la vida.

—Ahorrad fuerzas —aconsejó el guardia—. Mañana os juzgarán por asesinato.

Tenía una pregunta e intentaba hacerla. Las palabras no cobraban forma. El guardia se compadeció de él y la contestó igualmente.

—Ignoro el nombre de quien os acusa. Pero es un forastero impío como vos, y le faltan un ojo y media pierna.

El primer juicio contra Mogor dell'Amore se desarrolló en la casa del platanero de arenisca, y los jueces eran los próceres de la corte, los Nueve Astros al completo, allí emplazados por excepcional decreto imperial: Abul Fazl, el hombre sabio y obeso; el rajá Birbal, el del vivo ingenio; el rajá Todar Mal, ministro de finanzas; el rajá Man Singh, jefe del ejército; el faquir Aziauddin, un místico idealista, y el ulema Do Piazza, un sacerdote no tan idealista ni mucho menos, que prefería la cocina a la oración y era por tanto uno de los preferidos de Abul Fazl; los grandes poetas Faizi y Abdul Rahim y el músico Tansen. El emperador se sentó en la copa del árbol como de costumbre, pero su ánimo no era el de costumbre ni remotamente. Tenía la cabeza gacha, lo que le confería el aspecto muy poco imperial de un simple mortal afectado por los padecimientos de una atroz calamidad privada. Durante largo rato permaneció en silencio, permitiendo que el juicio siguiera su curso.

La tripulación del barco pirata *Scáthach* rezongaba a un lado, apiñada detrás de la macabra figura del médico con una sola pierna y un parche en un ojo, que era su portavoz designado. Ese no era Hawkins Alabado Sea Dios tal como el reo lo recordaba, el cornudo lloroso al que había doblegado a su voluntad sin el menor esfuerzo. Este Hawkins vestía con elegancia y tenía un semblante adusto, y cuando vio entrar en el juzgado al prisionero, lo señaló y exclamó con voz vibrante:

—¡Helo ahí, el vil Uccello, que asesinó al embajador por su oro!

—Justicia! —vociferaron los marineros y, menos noblemente—: ¡Que nos devuelva el dinero!

El reo, que vestía solo un largo blusón blanco y llevaba las manos atadas a la espalda, interiorizó la agorera escena: el emperador, los nueve jueces, los acusadores y la reducida concurrencia de cortesanos menores que se apretujaban en la pequeña sala para dar fe del juicio, entre ellos, muy visibles

con su indumentaria jesuítica negra, los dos sacerdotes cristianos, el padre Rodolfo Acquaviva y el padre Antonio Monserrate, allí presentes para garantizar que los hombres de Occidente recibían justicia y, quizá, el dinero que habían ido a reclamar desde tan lejos. El reo comprendió la magnitud de su equivocación. No se le había ocurrido pensar que aquella chusma lo perseguiría una vez muerto su jefe, y en consecuencia no había intentado borrar su rastro. Un hombre alto, de cabello amarillo, de pie en una carreta tirada por un buey, con un ropón de cuero abigarrado no era una imagen común en los caminos de la India. Y ellos eran muchos y él era uno solo, y su defensa estaba condenada al fracaso.

—En este lugar —decía Abul Fazl—, responde a otro nombre.

Se autorizó al padre Acquaviva a hablar por mediación de su intérprete persa.

—Ese «Mogor dell'Amore» no es siquiera un nombre —declaró con tono condenatorio—. Significa «mogol nacido fuera del vínculo del matrimonio». Es un nombre osado y ofensivo para muchos. Al adoptarlo, da a entender su deseo de ser considerado un príncipe ilegítimo.

Estas palabras causaron consternación en la sala. El emperador agachó aún más la cabeza hasta descansar el mentón sobre el pecho. Abul Fazl se volvió hacia el reo.

—¿Cómo os llamáis? —exigió saber—. Pues estoy seguro de que eso de «Uccello» no es más que otro disfraz.

El prisionero guardó silencio. De pronto, desde arriba, el emperador rugió.

—Vuestro nombre —clamó con una voz que semejaba, en versión más estentórea, la de Hawkins Alabado Sea Dios cuando se lamentaba de las infidelidades de su amada portuguesa—. ¡Al diablo con todo esto! El nombre, *farangi*, o la vida.

El prisionero habló.

—Me llamo Vespucci —dijo quedamente—. Vespucci, Niccolò.

—Otra mentira —intervino el padre Acquaviva por mediación de su intérprete—. ¡Conque Vespucci, eh! —Soltó una sonora carcajada, una vulgar risa occidental, la risa de aquellos que se creían custodios de las risas de este mundo—. Este es sin lugar a dudas un ladrón embustero y sinvergüenza, y ahora ha robado un gran apellido florentino.

En ese momento terció el rajá Birbal.

—Señor mío —dijo al jesuita—, os agradecemos el anterior comentario, pero ahorradnos, por favor, esas exclamaciones. Nos enfrentamos aquí a un extraño caso. Un noble escocés ha muerto, eso nos consta, y todos nos

condolemos. La carta que traía para Su Majestad ha sido entregada por el reo; también eso lo sabemos, pero un mensajero no se convierte en asesino por entregar la correspondencia de un muerto. La tripulación del barco sostiene que, tras mucho investigar, localizó siete compartimentos ocultos en el camarote del capitán, y que los siete estaban vacíos. Pero ¿quién los vació? Lo ignoramos. Quizá contenían oro, o alhajas, pero tampoco puede descartarse que estuvieran ya vacíos. Hawkins, el médico del barco, ha declarado bajo juramento que, según cree ahora, el difunto milord sufrió las fatales consecuencias de un envenenamiento por láudano, pero como él mismo atendió al enfermo día y noche hasta la hora de su muerte, es posible que esté acusando a otro para enmascarar su propia culpabilidad. Los acusadores consideran al prisionero culpable de robo, y sin embargo este ha entregado escrupulosamente lo único que nos consta que se llevó: el pergamino de la reina inglesa. Y en cuanto al oro, no hay entre sus efectos el menor rastro, ni de láudano. —Dio una palmada, y un criado entró las vestiduras del prisionero, el ropón de cuero con rombos inclusive—. Hemos registrado sus prendas, así como el maletín que dejó en la casa de mala fama de Hatyapul, y hemos encontrado el tesoro oculto de un embaucador: naipes, dados, toda suerte de herramientas para el engaño, hasta un pájaro vivo, pero no una gran fortuna en oro o alhajas. ¿Qué debemos pensar, pues? Que es un ladrón ducho y ha escondido los bienes robados; que no es un ladrón, porque no había nada que robar; o que los ladrones están aquí, acusando a un hombre inocente. Esas son nuestras opciones. La superioridad numérica pesa contra él, pero si muchos lo acusan, muchos pueden ser los bribones.

El rey habló con contundencia desde lo alto.

—Alguien que miente sobre su nombre mentirá sobre otras muchas cosas —afirmó—. Dejaremos que lo decida el elefante.

De nuevo, un sonoro murmullo recorrió la sala: un zumbido de sorpresa y expectación. El rajá Birbal quedó consternado.

—*Jahanpanah* —dijo—, Refugio del Mundo, pensad una cosa: ¿recordáis la conocida fábula del pastor de cabras y el tigre?

—Tal como la recordamos —contestó Akbar—, el pastor embustero, sin más motivo que molestar a la aldea, gritó «tigre» falsamente tantas veces que cuando el tigre lo atacó de verdad, nadie acudió en su defensa.

—*Jahanpanah* —adujo Birbal—, esa es la versión de un puñado de aldeanos ignorantes. Estoy seguro de que el rey de reyes no deseará que un muchacho sea devorado por un tigre aun si es un tunante insincero y malnacido.

—Quizá no —repuso el emperador, malhumorado—, pero en esta

ocasión nos complacería verlo aplastado bajo las patas de nuestro elefante.

Birbal, viendo que el emperador se comportaba como un hombre cuya amada ha demostrado ser indigna de su amor, reunía nuevos argumentos en favor de la clemencia cuando el reo hizo una declaración tras la que ya era imposible salvarlo.

—Antes de matarme, gran emperador —dijo audazmente el extranjero—, debo advertiros que, si lo hacéis, caerá sobre vos una maldición, y vuestra capital se desmoronará, porque un poderoso mago me ha otorgado su bendición, que trae prosperidad a mis protectores, pero arroja una lluvia de desolación sobre todo aquel que me cause algún mal.

El rey lo miró como un hombre que contempla a un lento insecto que se dispone a aplastar.

—Eso, señor Uccello o Mogor o Vespucci, me parece muy interesante, porque hemos construido esta sólida ciudad en torno al santuario del jeque Salim Chishti, el mayor santo de toda la India, y su bendición nos protege a nosotros, y arroja una lluvia de desolación sobre nuestros enemigos. Nos gustaría comprobar qué poder es superior, el de vuestro mago o el de nuestro santo.

—En mi caso, fue la hechicera más poderosa de todo el mundo conocido —dijo el forastero, y al oírlo, la concurrencia no pudo contener las risas.

—Ah, una mujer —dijo el emperador—. Ciertamente aterrador. ¡Basta ya! Echad a ese canalla al elefante loco y veamos qué pueden hacer las malas artes de esa mujer.

El segundo juicio contra el individuo con tres nombres se desarrolló en el Jardín de Hiran. Había sido capricho del emperador ponerle a su elefante preferido el nombre de *hiran*, «ciervo», y tal vez por eso, después de muchos años de noble servicio, el pobre animal se trastocó y tuvo que ser recluido, porque los nombres tenían poder, y cuando no se correspondían con aquello que designaban, adquirían una fuerza malévola. Ni siquiera cuando el elefante perdió la razón (y luego la vista), el emperador consintió en sacrificarlo. Lo conservaron y cuidaron en un lugar de honor, una cuadra especial con las paredes acolchadas para impedir que se lastimase en sus arranques de ira, y de vez en cuando lo sacaban, al arbitrio del emperador, para actuar en una doble función: como juez y verdugo.

Bien estaba que a un individuo que había falseado su nombre lo juzgase un elefante conducido a la demencia por el nombre que le habían puesto caprichosamente. Hiran, el elefante loco y ciego, se encontraba en el jardín del juicio y una gruesa sogá enhebrada en el agujero de una roca enterrada en la

hierba le impedía echarse a correr sin control. Barritaba y bramaba y coceaba y en su cabeza los colmillos refulgían como espadas. La corte se reunió para presenciar cómo acababa el hombre de los tres nombres, y también se dio acceso al público, con lo que fueron muchos los que asistieron al milagro. El hombre ya no llevaba las manos atadas a la espalda, aunque el propósito de su renovada libertad no era salvarlo, sino permitirle morir con mayor dignidad que un bulto. Pero él tendió la mano hacia el elefante, y todos los presentes vieron al elefante callar y serenarse por completo, y permitir al hombre acariciarlo; todos los presentes, los de alta y baja cuna, ahogaron una exclamación cuando el elefante, con ternura, enrolló la trompa en torno al prisionero y lo levantó. Todos vieron cómo el extranjero del cabello amarillo era acomodado igual que un príncipe sobre el amplio lomo de Hiran.

El emperador Akbar observó el milagro desde el pabellón de cinco plantas conocido como Panch Mahal, con el rajá Birbal a su lado, y ambos quedaron hondamente conmovidos por el suceso.

—Somos nosotros los locos y los ciegos, y no nuestro pobre elefante —dijo Akbar a su ministro—. Arrestad enseguida a esa tripulación de granujas y traed a su víctima inocente a nuestros aposentos en cuanto se haya lavado y vestido debidamente.

—El elefante no lo ha matado, es cierto —dijo Birbal—, pero ¿significa eso que es inocente, *Jahanpanah*? ¿Habrían recorrido los marineros tan largo camino desde el mar para acusarlo si fueran ellos los culpables? ¿No habría sido más sensato por su parte coger y marcharse sin más?

—Siempre remando contra corriente, eh, Birbal —repuso Akbar—. Hasta hace un momento erais el principal defensor de ese individuo. Ahora que se lo ha exonerado, vuestras dudas se vuelven contra él. He aquí, pues, un argumento que no podréis rebatir. Con el respaldo del emperador, se multiplica el poder del juicio del elefante. Si Akbar coincide con Hiran, se multiplica la sabiduría del elefante hasta superar incluso la vuestra.

* * *

Vestido de mujer, Omar el Ayyar visitó a la tripulación del *Scáthach* en sus celdas. Bajo el velo, su cuerpo se movía con delicadeza, como el de una mujer, y los marineros quedaron atónitos ante la presencia de una dama en aquel lugar de piedra y sombras. «Ella» no les dijo su nombre ni dio explicación alguna de su presencia, limitándose a hacerles una sencilla propuesta. El emperador no tenía la certeza de que fueran culpables, dijo El Ayyar, y por consiguiente estaba dispuesto a mantener al Signor Vespucci bajo atenta vigilancia hasta que

se delatara, como tarde o temprano hacían todos los criminales. Si ellos deseaban sinceramente rendir tributo al recuerdo de su difunto señor, aceptarían la cruda perspectiva de esperar en la mazmorra hasta el día en que Vespucci se incriminase. Si se plegaban a este cruel destino, les dijo Omar, su inocencia quedaría demostrada más allá de toda duda, y el emperador perseguiría a Vespucci con todo su poder y a buen seguro acabaría con él. Pero no había forma de saber si la espera sería corta o larga, y la mazmorra era la mazmorra, eso era innegable. No había manera de endulzar la amargura de sus días.

—Aun así —declaró Omar—, el único proceder honorable es quedarse.

Pero existía otra posibilidad, prosiguió: estaba autorizado («autorizada») a organizar su «fuga». Si elegían esta vía, serían escoltados de regreso a su barco y quedarían en libertad, pero entonces ya no podría reabrirse el caso de Vespucci, puesto que su huida sería la prueba de su culpabilidad; y si alguna vez regresaban al reino, los ajusticiarían sumariamente por el asesinato de . lord Hauksbank.

—Esta es la alternativa que os ofrece el emperador en su sabiduría —declamó el eunuco, solemne y femeninamente.

La tripulación del *Scáthach* reveló casi de inmediato su escaso honor.

—Quedaos con el vil asesino —dijo Hawkins Alabado Sea Dios—, nosotros queremos volver a casa.

Omar el Ayyar reprimió un repentino sentimiento de desprecio. Los ingleses no tenían futuro en esta tierra, se dijo. Una raza que rechazaba la idea del sacrificio personal sin duda no tardaría en verse borrada de los anales del tiempo.

* * *

Para cuando el recién renombrado Niccoló Vespucci fue conducido a los aposentos del emperador, ataviado con sus propias vestiduras, y con el ropón de cuero de muchos colores colgado al desgaire sobre los hombros a modo de capa, volvía a ser el mismo de siempre y sonreía pícaramente, como un mago que ha realizado un truco imposible, por ejemplo hacer desaparecer un palacio, o atravesar una cortina de llamas y salir ileso, o enamorar a un elefante loco. Birbal y el emperador se sorprendieron de su descaro.

—¿Cómo lo habéis hecho? —preguntó el emperador—. ¿Por qué no os ha matado Hiran?

La sonrisa de Vespucci se ensanchó aún más.

—Mi señor, ha sido amor a primera vista. Vuestro elefante siempre os ha

prestado un buen servicio, y hoy sin duda ha percibido en mí, amigo y compañero vuestro tan recientemente, un soplo de un perfume familiar.

¿Es esto lo que hacemos todos?, se preguntó el emperador. Este hábito de la mentira encantadora, este continuo embellecimiento de la realidad, esta pomada aplicada a la verdad. ¿Es la bellaquería de este individuo con tres nombres solo nuestra locura en versión agrandada? ¿Es la verdad algo demasiado pobre para nosotros? ¿Hay algún hombre que no la haya embellecido alguna vez, o incluso que no la haya abandonado por completo? ¿Acaso no soy «yo» mejor que él?

Entretanto, Vespucci pensaba en la confianza. Él, que no confiaba en nadie, había confiado en una mujer, y ella lo había salvado. «Rescatado por un Esqueleto», pensó. Una historia prodigiosa, ciertamente. Sacó los tesoros de sus escondrijos, recuperando el oro su peso una vez fuera del ropón mágico, las alhajas una considerable carga en la palma de su mano, y se lo dio todo a ella. «Así me pongo a tu merced —le dijo—. Si me robas, no podré hacer nada al respecto.» Ella contestó: «No lo entendéis. Habéis adquirido un mayor poder sobre mí del que puedo derrocar». Y en efecto él no lo entendió de inmediato, y ella no sabía decir la palabra «amor», ni explicar el inesperado nacimiento de la emoción. Fue, pues, un misterio lo que impidió que quedase demostrada su culpabilidad en el robo, y cuando lo preparaban para el elefante, y le desataron las manos, y le permitieron rezar un momento para poder contar con el favor de su Hacedor cuando se reuniera con él, cayó en la cuenta de que ella también había previsto esta posibilidad, y sacó entonces de ese escondrijo que nadie se atreve a registrar la pequeña ampolla de perfume que sintetizaba a la perfección el olor corporal del propio emperador, y engañó al elefante viejo y ciego, y salvó la vida.

El emperador hablaba. Había llegado el momento esperado.

—Oíd, vos, como os llaméis —dijo Akbar—. Este juego de insinuaciones y codazos debe acabar ya, y vuestro relato debe darse a conocer por fin. Soltadlo ya, antes de que se nos pase el buen humor.

Cuando Hiran el elefante colocó al extranjero sobre su lomo como si fuera un príncipe mogol, el jinete comprendió de pronto cómo tenía que empezar la narración. Un hombre que siempre cuenta su historia con las mismas palabras se delata como embustero que ha ensayado demasiado bien su mentira. Era importante empezar por otro sitio.

—Vuestra Majestad, rey de reyes, Refugio del Mundo. Es un honor para mí informaron de que yo...

Las palabras se desvanecieron en sus labios y quedó inmóvil ante el rey como un hombre enmudecido por los dioses. Akbar se irritó.

—No os interrumpáis, hombre. Desembuchad la maldita historia de una vez por todas.

El extranjero carraspeó y empezó de nuevo.

—De que yo, mi señor, no soy otro que...

—¿Qué?

—Mi señor, me siento incapaz de decirlo.

—Pero debéis hacerlo.

—Muy bien, pero temo vuestra respuesta.

—Aun así.

—Pues sabed, mi señor, que soy, de hecho...

—¿Sí?

(Respiró hondo. Luego se lanzó.)

Vuestro pariente consanguíneo. En concreto, vuestro tío.

CUANDO LA VIDA SE COMPLICABA DEMASIADO PARA LOS HOMBRES

Cuando la vida se complicaba demasiado para los hombres de la corte mogol, acudían a las ancianas en busca de respuestas. Tan pronto como «Niccoló Vespucci», que se había presentado como «Mogor dell'Amore», anunció, para asombro de todos, su relación de parentesco, el emperador envió mensajeros a los aposentos de su madre, Hamida Bano, y su tía, Gulbadan Begum.

—Que sepamos —dijo a Birbal—, no hay ningún tío del que no tengamos constancia, y por si eso fuera poco este aspirante al título tiene diez años menos que nosotros, el cabello amarillo y, según puede verse, ni un ápice de sangre Chagatai; pero antes de dar el siguiente paso, preguntaremos a las damas, las Guardianas de las Historias, que nos lo confirmarán con toda certeza.

Akbar y su ministro se enfrascaron en un intenso coloquio en un rincón de la sala, tan ajenos al posible impostor que este tuvo la sensación de que empezaba a flaquearle el sentido de la propia existencia. ¿Estaba realmente allí, en presencia del Gran Mogol, reivindicando un lazo de sangre, o era aquello una alucinación, efecto del opio, de la que más le convendría despertar? ¿Había escapado a una muerte elefantiaca para suicidarse un rato después?

—El guerrero Argalia o Arcalia que este individuo ha mencionado —dijo Birbal a Akbar— posee un nombre que desconozco, y «Angelica» es un nombre propio del pueblo del extranjero, no del nuestro. Tampoco se nos ha informado del papel de ambos en este cuento rocambolesco, esta «fábula». Pero no descartemos a estas personas por sus nombres, ya que un nombre, como sabemos, puede cambiarse.

Al principio de su vida, el rajá Birbal era un brahmán pobre llamado Mahesh Das, y fue Akbar quien lo llevó a la corte y lo convirtió en príncipe. Mientras los dos amigos aguardaban a las grandes damas, se abandonaron a sus reminiscencias, y volvieron a ser jóvenes, y Akbar cazaba, y se había extraviado. «¡Eh, zagall! ¿Cuál de estos caminos va a Agra?», preguntó a gritos el emperador, y Birbal, otra vez una criatura de seis o siete años, contestó con toda

seriedad: «Señor, ninguno de estos caminos va a ninguna parte». «Eso es imposible», replicó Akbar, y el pequeño Birbal sonrió. «Los caminos no se mueven, así que no van a ningún sitio. Pero la gente, cuando viaja a Agra, suele ir por este.» Esta chanza llevó al niño a la corte y le procuró un nuevo nombre, y una nueva vida.

—¿Un tío? —dijo Akbar pensativamente—. ¿El hermano de nuestro padre? ¿El hermano de nuestra madre? ¿El marido de nuestra tía?

—O —añadió Birbal por mor de la imparcialidad—, yendo aún un poco más lejos, el hijo del hermano de vuestro abuelo.

Se traslucía cierto tonillo jocoso bajo la aparente gravedad de ambos, y el forastero comprendió que estaban divirtiéndose a su costa. El imperio se solazaba mientras decidía su destino. Las cosas no pintaban bien.

En la amplia zona ocupada por las residencias imperiales, una red de pasadizos con cortinas permitía a las damas de la corte desplazarse sin ser vistas por quienes no debían. En uno de estos corredores, la reina Hamida Bano y la princesa Gulbadan, reina madre y dama mayor de la corte respectivamente, se deslizaban como dos poderosas embarcaciones a lo largo de un estrecho canal, seguidas de cerca por la confidente íntima de la reina, Bibi Fatima.

—Jiu —dijo la reina (era el apodo afectuoso que daba a su cuñada, mayor que ella)—, ¿qué locura se trae ahora entre manos el pequeño Akbar? ¿Necesita más familia de la que ya tiene?

—La que ya tiene —repitió Bibi Fatima, que había contraído la mala costumbre de convertirse en el eco de su señora.

La princesa Gulbadan cabeceó.

—Sabe que el mundo aún entraña misterios, y la historia más rara puede ser verdad.

Tan inesperado fue este comentario que la reina guardó silencio y las dos mujeres y la criada flotaron hasta los aposentos del emperador sin volver a cruzar palabra.

Ese día soplaba una brisa y las afiligranadas telas que las ocultaban a la vista de los hombres tremolaban como velas inquietas. El aire agitaba asimismo sus exornadas prendas: las amplias faldas, los largos blusones, las tocas del recato con que se cubrían la cabeza y la cara. Cuanto más se acercaban a Akbar, más arreciaba el viento. «Acaso esto sea un augurio —pensó la reina—. Todas nuestras certezas se las lleva el viento y debemos vivir en el universo del misterio y la duda de Gulbadan.» Hamida Bano, una mujer imperiosa y ríspida, no se sentía atraída por la idea de la duda. En su opinión, ella sabía bien que tres y dos son cinco, había sido educada para saberlo, y era

su deber transmitir esos conocimientos a todos con la mayor claridad posible. Si el emperador había olvidado que tres y dos son cinco, su madre se disponía a recordárselo. Pero, extrañamente, Gulbadan parecía verlo de otra manera.

Desde su peregrinación a La Meca, Gulbadan estaba menos segura de las cosas que antes, o esa impresión daba. Era como si, con ese trascendental viaje, su fe en las verdades establecidas e inmutables del cosmos divino se hubiese debilitado en lugar de fortalecerse. A entender de Hamida Bano, el *hajj* de mujeres, organizado por Gulbadan y compuesto casi íntegramente por las damas más ancianas de la corte, era en sí mismo una muestra del carácter indeseablemente revolucionario del estilo monárquico de su hijo. ¿Un *hajj* de mujeres?, había preguntado Hamida Bano a su hijo cuando Gulbadan planteó el tema por primera vez. ¿Cómo podía Akbar consentir tal cosa? No, le había dicho la reina, ella no participaría bajo ningún concepto, eso por descontado. Pero su correina Salima sí había ido, y la sultana Begum, la esposa de Askari Kan, que había salvado la vida a Akbar cuando sus padres lo abandonaron y se marcharon al exilio —la sultana que había sido una madre para el pequeño Akbar, más que la propia Hamida—, y la esposa circasiana de Babur, y las primastras de Akbar, y la nieta de Gulbadan, y varias criadas y demás. ¡Tres años y medio de viaje por los lugares sagrados! En cuanto a la reina, por lo que se refería a viajar, el largo exilio persa había colmado sobradamente sus deseos, y la sola perspectiva de pasar fuera tres años y medio la horrorizaba. Si Gulbadan quería irse a La Meca, allá ella. La reina madre seguiría reinando en casa.

Huelga decir que, durante esos tres años y medio de paz y silencio sin tener que aguantar el interminable parloteo de Gulbadan, la influencia de Hamida Bano en el rey de reyes no encontró rival ni obstáculo alguno. Cuando se requería la mediación de una mujer en un casamiento o una reconciliación, ella era la única gran dama disponible. Las reinas de Akbar no eran más que muchachas, a excepción del Fantasma, claro, esa espectral suripanta que había memorizado todos los libros obscenos, y en ella no había por qué pensar más de la cuenta. Pero Gulbadan regresó, y ahora era Gulbadan la Peregrina, y se había producido un cambio en la correlación de fuerzas. Razón por la cual era aún más irritante que en la actualidad la vieja princesa hablara tan poco acerca de Dios y tanto sobre las mujeres, sus facultades desaprovechadas, su capacidad para hacer cuanto se propusieran, y la idea de que ya no debían aceptar las limitaciones impuestas por los hombres, sino organizarse ellas mismas la vida. Si podían llevar a término el *hajj*, podían escalar montañas y publicar poesía y gobernar el mundo solas. Era un escándalo, obviamente, pero al emperador le encantaba, cualquier novedad le complacía; era como si nunca

hubiese dejado atrás la infancia y se prendase de cualquier idea nueva, como si esta fuera un sonajero de plata en el cuarto de juego, no los asuntos serios de una verdadera vida adulta.

Así y todo, la princesa Gulbadan era mayor que ella, y la reina madre siempre la trataría con el debido respeto. Y sí, desde luego era imposible sentir antipatía por Gulbadan; siempre sonreía y contaba anécdotas graciosas sobre tal o cual prima chiflada, y su corazón era un corazón bueno y afectuoso, por más que tuviera la cabeza llena de todas esas ideas sobre la independencia. Los seres humanos no eran criaturas singulares, decía Hamida Bano a Gulbadan; eran plurales, sus vidas se componían de fuerzas interdependientes, y si uno se empecinaba en sacudir una rama de ese árbol, a saber qué fruta podía caerle en la cabeza. Pero Gulbadan se limitaba a sonreír y seguía en sus trece. Y todos la apreciaban. También la reina madre la apreciaba. Eso era lo más irritante. Eso, y el hecho de que Gulbadan conservaba el cuerpo de una joven, tan esbelta y flexible en la vejez como lo fuera en su juventud. El cuerpo de la reina madre había sucumbido cómoda y tradicionalmente al paso de los años, expandiéndose al mismo ritmo que el imperio de su hijo, y ahora también era una especie de continente, un reino con montañas y bosques y, por encima de todo, la capital de su mente, que no se había venido abajo ni mucho menos. Mi cuerpo es lo que debe ser el cuerpo de una vieja, pensaba Hamida Bano. Es normal. La insistencia de Gulbadan en conservar un aspecto juvenil era una prueba más de su peligrosa falta de respeto por las tradiciones.

Entraron en los aposentos del emperador por la puerta de las mujeres y, como de costumbre, se sentaron detrás del biombo de nogal con filigrana y taracea de mármol, e inevitablemente la vieja Gulbadan fue de buenas a primeras por donde no debía. No tenía que haber hablado directamente al forastero, pero enterada ya de que él conocía su lengua, insistió en ir derecha al grano.

—¡Eh, extranjero! —exclamó con voz aguda y potente—. ¡Vamos a ver! ¿Cuál es ese cuento de hadas que habéis venido a contarnos, recorriendo para ello medio mundo?

* * *

Esta era la historia tal como se la habían contado, juró el extranjero. Su madre era una princesa de auténtica sangre Chagatai, descendiente directa de Gengis Kan, miembro de la casa de Tímur, y hermana del primer emperador mogol de la India, a quien ella llamaba «el Castor». (Al oír esto, Gulbadan Begum se irguió detrás del biombo.) Él nada sabía de fechas ni de lugares;

conocía solo el relato tal como se lo habían contado, y lo repetía fielmente. Su madre se llamaba Angelica y era, insistió, una princesa mogol, y la mujer más hermosa jamás vista, y una hechicera sin par, una maestra de pociones y sortilegios cuyos poderes todos temían. Cuando era joven, su hermano, el rey Castor, fue sitiado en Samarcanda por un caudillo uzbeko, el señor de Ajenjo, quien, a cambio de que ella le fuese entregada, ofreció al Castor un salvoconducto para salir de la ciudad tras la rendición. Después, para injuriarla, el señor de Ajenjo la entregó durante un breve tiempo, a modo de obsequio, a su joven aguador Bacha Saqaw, para que la utilizara a su antojo. Al cabo de dos días, Bacha Saqaw tenía pústulas por todo el cuerpo, bubones pestíferos le colgaban de las axilas y las ingles, y cuando estos reventaron, murió. Después de eso, a nadie se le ocurrió ponerle un dedo encima a la bruja, hasta que por fin ella cedió a las torpes pretensiones amorosas de Ajenjo. Transcurrieron diez años. El señor de Ajenjo fue derrotado por el rey persa Ishmael, en la batalla de Marv, a orillas del mar Caspio. La princesa Angelica volvió a ser botín de guerra.

(Ahora también Hamida Bano sintió que se le aceleraba el pulso. Gulbadan Begum se inclinó hacia ella y le susurró una palabra al oído. La reina madre asintió, y se le arrasaron los ojos en lágrimas. Su criada Bibi Fatima lloró también, por pura solidaridad.)

El rey persa, a su vez, fue derrotado por el sultán osmanlí, u otomano...

Detrás del biombo, las mujeres ya no podían contenerse. La reina Hamida Bano no estaba menos alterada que su cuñada, mucho más alterable.

—Hijo mío, acercaos a nosotras —ordenó en voz alta.

—A nosotras —repitió Bibi Fatima, y el rey de reyes obedeció.

Gulbadan le susurró al oído, y él se quedó inmóvil. Luego se volvió hacia Birbal con expresión de sincera sorpresa.

—Las damas corroboran —informó— que una parte de esta historia ya se conocía. «Babor», o sea «Babur», es en chagatai una forma antigua de la palabra «castor», y el tal «Ajenjo» se traduce análogamente como Shiban o Shaibani Kan, y la hermana de mi abuelo Babur, famosa por ser la mayor belleza de sus tiempos, fue capturada por Shaibani tras la derrota de Babur ante ese caudillo en Samarcanda; y una década más tarde Shaibani fue vencido por el sha Ismail de Persia cerca de la ciudad de Marv, y la hermana de Babur cayó en manos persas.

—Disculpad, Jahanpanah —dijo Birbal—, pero si no me equivoco, esa fue la princesa Janzada, ¿no es así? Y la historia de la princesa Janzada es sin duda conocida. Como yo mismo he podido saber, el sha Ismail la devolvió al sha Babur en un gesto de amistad, y vivió con gran respeto en el seno de la

familia real hasta su triste fallecimiento. Es ciertamente extraordinario que este extranjero conozca su historia, pero no puede ser su descendiente. Verdad es que dio un hijo a Shaibani, pero el niño pereció el mismo día que su padre, a manos del sha persa. Queda, pues, desmentida la historia de este individuo.

Al oírlo, las damas reales gritaron a la par desde detrás del biombo:

—¡Había una segunda princesa!

—¡... cesa! —repitió la criada.

Gulbadan se apaciguó.

—Oh, radiante rey —dijo—, en la historia de nuestra familia hay un capítulo oculto.

El hombre que se había hecho llamar «Mogor dell'Amore» permaneció callado en el centro del imperio mogol mientras sus mujeres, exaltadísimas, recitaban la genealogía de su linaje.

—Permitidme que os recuerde, oh, rey omnisciente, que varias princesas nacieron de varias esposas y otras consortes —aclaró Gulbadan.

El emperador dejó escapar un leve suspiro; cuando Gulbadan empezaba a ascender por el árbol de la familia como una cotorra nerviosa, no había manera de saber en cuántas ramas necesitaría posarse brevemente antes de decidir dónde descansar. Pero esta vez su tía fue de una concisión casi desconcertante.

—Estaban Mihr Banu y Shahr Banu y la sultana Yadgar.

—Pero Agha, la madre de Yadgar, no era reina —la interrumpió la reina Hamida con altanería—. Era solo una concubina.

—...ncubina —dijo Bibi Fatima, diligente.

—Sin embargo —añadió la reina—, justo es decir que si bien Janzada aventajaba a las demás en años, no las aventajaba a todas en belleza ni mucho menos, pese a ser esta la versión oficial. Algunas hijas de las concubinas eran más guapas con diferencia.

—Oh, el más luminoso de los reyes —prosiguió Gulbadan—, debéis saber que Janzada, por desgracia, fue siempre más bien celosa.

Esta era la historia que la vieja Gulbadan había guardado en secreto durante mucho tiempo.

—La gente decía que Janzada era la guapa porque era la mayor, y no convenía contrariarla de ninguna manera. Pero la auténtica beldad era la princesa más joven, que tenía una compañera de juegos y criada también muy guapa, una esclava que era tan hermosa y tan parecida a su señora que la gente empezó a llamarla «el espejo de la princesa». Y cuando Janzada fue capturada por Shaibani, también lo fueron la pequeña princesa y Espejo, y cuando el sha Ismail liberó a Janzada y la envió a la corte de Babur, la princesa oculta y

Espejo se quedaron en Persia. Por eso se la borró de la historia de nuestra familia: prefirió la vida entre extranjeros a un lugar de honor en su propia casa.

—La Specchia —dijo de pronto el extranjero—. La palabra «espejo» es un nombre masculino, pero la convirtieron en femenino por ella. *La specchia*, la pequeña «espeja».

La historia se precipitaba tan rápidamente que se olvidó el protocolo y nadie amonestó al forastero por su intervención. Fue Gulbadan quien contó la historia con su voz acelerada y aguda. El relato de la princesa oculta y su Espejo insistía en ser contado.

Pero Hamida Bano estaba absorta en sus recuerdos. La reina volvía a ser joven y, con un recién nacido en brazos y con su marido Humayún en la hora de la derrota, huía de los hombres más peligrosos del mundo: los hermanos de él. En las tierras baldías de Kandahar hacía tanto frío que cuando servía sopa de una olla, se congelaba en el cuenco de inmediato y no podía tomarse. Un día, estaban tan famélicos que mataron un caballo y tuvieron que descuartizarlo para poder guisar los trozos de carne en el yelmo de un soldado, que era su única olla. Y entonces los atacaron, y ella tuvo que huir, y dejar a su niño atrás, su niño, abandonado a su suerte en zona de combate, su niño, para que lo criase otra mujer, la esposa de Askari, el hermano y enemigo de su marido, la sultana Begum, que hizo lo que Hamida Bano no pudo hacer por su hijo, el emperador, su hijo.

—Perdonadme —susurró («... me», dijo Bibi Fatima), pero el emperador no atendía; se adentraba ya en aguas ignotas arrastrado por la princesa Gulbadan.

—La princesa oculta no regresó con Janzada porque... sí, en efecto... estaba enamorada.

Enamorada de un extranjero, tan perdidamente enamorada que estuvo dispuesta a desafiar a su hermano el rey y despreciar su corte, que era el lugar que le correspondía, como tendrían que haberle recordado su sentido del deber y un amor superior. En su cólera, Babur el Castor expulsó a su hermana menor de la historia, decretando que su nombre debía eliminarse de los anales y que en el reino nadie volvería a pronunciarlo. La propia Janzada Begum obedeció la orden al pie de la letra a pesar del gran amor que sentía por su hermana, y poco a poco se desvaneció el recuerdo de la princesa oculta y su Espejo. Quedaron, pues, reducidas a un mero rumor, una leyenda oída a medias entre una multitud, un murmullo en el viento, y desde ese día hasta hoy nada más se había sabido de ella.

—El rey persa, a su vez, fue derrotado por el sultán osmanlí u otomano —prosiguió el extranjero—. Y al final la princesa llegó a Italia en compañía de un poderoso guerrero. Argalia y Angelica, se llamaban. Argalia portaba armas hechizadas, y en su séquito había cuatro gigantes aterradores, y a su lado

cabalgaba Angelica, la princesa de Catay y la India, la mujer más hermosa del mundo, y hechicera sin par.

—¿Cómo se llamaba en realidad? —preguntó el emperador, sin prestar atención al forastero.

La reina madre negó con la cabeza.

—Nunca llegué a saberlo.

—Se la conocía por un apodo —dijo la princesa Gulbadan— y lo tengo en la punta de la lengua, pero su verdadero nombre se ha borrado por completo de mi memoria.

—Angelica —dijo el extranjero—. Angelica, se llamaba.

A continuación, al otro lado del biombo, oyó decir a la princesa Gulbadan:

—Es una buena historia, y deberíamos averiguar cómo es que este hombre la conoce, pero hay un problema, y no sé si él podrá resolverlo a nuestra satisfacción.

Birbal lo había entendido, por supuesto.

—Es una cuestión de fechas —dijo—. De fechas, y edades de personas.

—Si hoy Janzada Begum aun viviera —continuó la princesa Gulbadan—, tendría ciento siete años. Su hermana menor, ocho años más joven que Babur, tendría quizá unos noventa y cinco. Este extranjero aquí presente, este que nos cuenta la historia de nuestro pasado escondido, no tiene más de treinta o treinta y uno. Así pues, si la princesa oculta llegó a Italia, como afirma este hombre, y si él es su hijo, como también sostiene, lo habría alumbrado aproximadamente a los sesenta y cuatro años. Si ese parto milagroso de verdad ocurrió, él sería en efecto tío de Vuestra Majestad, el hijo de la hermana de vuestro abuelo, y merecería el reconocimiento de príncipe de la casa real. Pero obviamente es imposible.

El extranjero sintió abrirse la fosa a sus pies y supo que no lo escucharían durante mucho más tiempo.

—Ya os he dicho que no sé nada de fechas ni de lugares —exclamó—, pero mi madre era hermosa, y joven. No era un carcamal sexagenario.

Detrás del biombo las mujeres callaron. El destino del forastero se decidía en ese silencio. Finalmente Gulbadan Begum volvió a hablar.

—Es un hecho que nos ha contado cosas que estaban muy profundamente enterradas. Si él no hubiera hablado, nosotras las viejas nos habríamos llevado la historia a la tumba. Merece, pues, el beneficio de cierto grado de duda.

—Pero como nos habéis demostrado —objetó el emperador—, no queda ninguna duda concebible.

—Muy al contrario —corrigió la princesa Gulbadan—. Existen dos explicaciones posibles.

—Siendo la primera —apuntó sin pensar la reina madre, la reina Hamida Bano— que la princesa oculta fuera realmente una hechicera suprema, y aprendiera los secretos de la eterna juventud, de manera que fuese aún una mujer joven de cuerpo y mente cuando dio a luz, pese a tener casi setenta años.

El emperador descargó un golpe de puño contra la pared.

—O tal vez habéis perdido todos la razón, y por eso dais crédito a tan absoluto sinsentido —bramó.

La princesa Gulbadan lo mandó callar como quien manda callar a un niño pequeño.

—No habéis oído mi segunda explicación.

—Muy bien, pues —gruñó el emperador—. Hablad, tía.

—Supongamos —dijo Gulbadan Begum con doctoral énfasis —que la historia de este hombre es cierta, y que la princesa oculta y su guerrero fueron a Italia hace mucho tiempo. También puede ser cierto, pues, que la madre de este hombre no fuera la dama real del guerrero...

—... sino la hija de la princesa —dedujo Akbar—. Pero entonces, ¿quién fue el padre?

—He ahí el quid de la historia, creo —respondió Birbal.

El emperador se volvió hacia el extranjero con un suspiro de resignada curiosidad. Su imprevisto afecto por el forastero se vio enturbiado por la aversión de todo emperador a los intrusos que saben demasiado.

—El narrador de cuentos indostaní siempre sabe cuándo pierde a su público. Porque el público sencillamente se levanta y se va, o bien le tira hortalizas, o, si el público es el rey, de vez en cuando arroja al narrador de cabeza desde lo alto de la muralla de la ciudad. Y en este caso, mi querido tío Mogor, el público es en efecto el rey.

EN ANDIJÁN LOS FAISANES ENGORDABAN TANTO

En Andiján los faisanes engordaban tanto que cuatro hombres no podían terminarse un guiso de una sola ave. Las violetas salpicaban las orillas del río Andiján, un afluente del Yaxartes o Sir Daria, y tulípanes y rosas florecían allí en primavera. Andiján, cuna de la dinastía mogol, estaba en la provincia de Fergana, «que se halla —había escrito su abuelo en su autobiografía— en el quinto clima, el límite del mundo civilizado». El emperador nunca había visto la tierra de sus antepasados, pero la conocía por el libro de Babur. Fergana se encontraba en la gran Ruta de la Seda de Asia Central, al este de Samarcanda, al norte de los imponentes picos del Hindu Kush. Se cultivaban excelentes melones y uvas para vino, y uno podía regalarse el paladar con carne de ciervo y granadas rellenas de pasta de almendras. Discurrían torrentes por doquier; las montañas cercanas tenían buenos pastos; crecían espireas de corteza roja con cuya madera se fabricaban magníficas empuñaduras de látigo y flechas, y de las minas se extraían turquesas y hierro. Se consideraba hermosas a las mujeres, pero eso, como bien sabía el emperador, era siempre opinable. Babur, el conquistador del Indostán, había nacido allí, igual que Janzada Begum, y también (aunque no quedara constancia de su nacimiento) la princesa sin nombre.

Cuando Akbar oyó por primera vez la historia de la princesa oculta, emplazó a su pintor preferido, Dashwanth, en el Lugar de los Sueños, junto al Mejor de Todos los Estanques Posibles. Cuando Akbar accedió al trono sin haber cumplido aún los catorce años, Dashwanth era un muchacho de su misma edad, en apariencia ignorante y en extremo sombrío, cuyo padre se contaba entre los portadores del palanquín del emperador. Sin embargo, en secreto era un gran dibujante, y el genio rebosaba de él a borbotones. Por las noches, cuando tenía la certeza de que nadie lo veía, pintaba grafitos en las paredes de Fatehpur Sikri: no palabras ni imágenes obscenas, sino caricaturas de los próceres de la corte, y tan cruelmente precisas que todos tomaron la firme determinación de darle caza lo antes posible y rebanarle aquellas manos satíricas. Akbar convocó en el Lugar de los Sueños a Abul Fazl y al primer

maestro del obrador de arte real, el persa Mir Sayyid Alí. «Sea quien sea, mejor será que lo encontréis antes que sus enemigos —les dijo—, porque no queremos que semejante talento se extinga bajo la espada de un noble furioso.» Abul Fazl regresó al cabo de una semana, trayendo de la oreja a un muchacho menudo, moreno y flaco. Dashwanth se retorció y protestaba ruidosamente, pero Abul Fazl lo arrastró hasta Akbar, que en ese momento jugaba al parchís humano. Mir Sayyid Alí seguía de cerca al bribonzuelo y su captor, arreglándoselas para mostrarse complacido y ceñudo a la vez. El emperador apartó la mirada por un momento de sus piezas humanas, las bonitas esclavas negras plantadas en el tablero de parchís, ordenó a Dashwanth que se incorporara de inmediato al obrador imperial y prohibió que se le causara el menor daño.

Ante tal orden, ni siquiera Maham Anaga, la malvada tía del emperador y principal nodriza, se atrevió a conspirar contra Dashwanth, a pesar de que el retrato que el muchacho había dibujado de ella y su hijo Adham no solo había sido la más cruel de todas sus obras sino también la más profética. La caricatura de Maham Anaga apareció en la fachada del burdel de Hatyapul. El artista la representó, para aprobación del común de las gentes, como una bruja riente de rostro azul, rodeada de pociones en efervescencia, mientras Adham, individuo ruin de instintos asesinos, se veía como una imagen reflejada en una enorme retorta de cristal cayendo de cabeza desde lo alto de las murallas del castillo. Seis años después, cuando Adham, en una delirante intentona de hacerse con el poder, atacó físicamente a Akbar, y el emperador lo condenó a ser arrojado de cabeza desde las murallas de la ciudad, el monarca recordó con asombro la profecía de Dashwanth. Pero Dashwanth, según dijo, no se acordaba de ese dibujo, y este se había borrado de la pared del burdel hacía mucho tiempo, con lo cual el emperador no pudo menos de poner en tela de juicio su memoria y preguntarse hasta qué punto su vida en estado de vigilia había sido contaminada por los sueños.

Dashwanth pronto se convirtió en una de las estrellas más brillantes del obrador de Mir Sayyid Alí y se forjó un nombre pintando gigantes barbudos que surcaban el aire sobre urnas encantadas, y los duendes vellosos y moteados conocidos como *devs*, y violentas tempestades en el mar, y dragones de colores azul y oro, y magos celestiales que tendían las manos desde las nubes para librar del mal a los héroes, todo ello a fin de satisfacer la imaginación desbocada y fantasiosa —la *jayal*— del joven rey. Una y otra vez pintó al legendario héroe Hamza a lomos de su caballo mágico de tres ojos venciendo a monstruos inconcebibles de toda índole, y comprendió mejor que ningún otro de los artistas participantes en el ciclo de Hamza, obra realizada en el

transcurso de catorce años, alegría y orgullo del taller, que con su pintura estaba dando forma a la autobiografía onírica del emperador, que si bien su propia mano empuñaba el pincel, era la visión del emperador lo que aparecía en los lienzos. Un emperador era la suma de sus actos, y la grandeza de Akbar, como la de su álgar ego Hamza, no solo quedaba demostrada por sus triunfos ante obstáculos descomunales —príncipes recalcitrantes, dragones auténticos, *devs* y demás—, sino que en realidad era creada por esos triunfos. El héroe en los cuadros de Dashwanth se convirtió en el espejo del emperador, y los ciento un artistas reunidos en el obrador aprendieron de él, los maestros persas Mir Sayyid y Abdús Samad inclusive. En sus obras conjuntas sobre las aventuras de Hamza y sus amigos, el Indostán mogol era inventado literalmente; la unión de los artistas prefiguraba la unidad del imperio y, quizá, propiciaba su existencia. «Juntos estamos pintando el alma del emperador —dijo Dashwanth con tristeza a sus colaboradores—. Y cuando su espíritu abandone su cuerpo, vendrá a descansar en estas pinturas, donde será inmortal.»

Pese a sus logros artísticos, el temperamento depresivo de Dashwanth nunca mejoró. Jamás contrajo matrimonio; vivió la vida célibe de un *rishi*, y con el paso de los años su ánimo se ensombreció más aun, y durante largos periodos era incapaz de trabajar, quedándose sentado en su pequeño cubículo en el obrador con la mirada fija horas y horas en un rincón vacío, como si este contuviera uno de los monstruos que con tan gran maestría había representado a lo largo de tantos años. Su comportamiento era cada vez más extraño, pero no por ello dejaron de considerarlo el mejor de los pintores indios que habían aprendido el oficio bajo la tutela de los maestros persas llegados con Humayún, el padre de Akbar, a su regreso del exilio años antes. A Dashwanth, pues, emplazó Akbar cuando se le ocurrió derogar la severa disposición de su abuelo y restituir por fin a la princesa oculta en la historia de la familia. «Devolvédsela al mundo con vuestra pintura —exhortó a Dashwanth—, ya que hay tal magia en vuestros pinceles que ella puede incluso cobrar vida, saltar de vuestras láminas y reunirse con nosotros a comer y beber vino en un festín.» La capacidad del propio emperador para dar vida se había agotado temporalmente a causa del inmenso esfuerzo de crear y luego sostener a su esposa imaginaria Jodha, y por eso en este caso no pudo actuar directamente y tuvo que confiar en el arte.

Sin pérdida de tiempo, Dashwanth empezó a pintar la vida de la tía abuela perdida de Akbar en una serie de extraordinarios folios que eclipsaban incluso las representaciones de Hamza. Toda Fergana cobró vida: la fortaleza de tres puertas de Andiján, sorbedora de agua —nueve arroyos entraban en ella pero ninguno salía—, y la montaña de doce picos por encima de la vecina po-

blación de Osh, y el inhóspito desierto donde los doce derviches se disgregaron y perdieron en un violento vendaval, y las muchas serpientes, ciervos y liebres de la región. En la primera pintura acabada, Dashwanth mostraba a la princesa oculta como una preciosa niña de cuatro años vagando con una cestita por los magníficos bosques de las montañas del Yeti Kent, recogiendo hojas y raíces de belladona, para darle brillo a sus ojos y quizá para envenenar a sus enemigos, y descubriendo asimismo grandes extensiones pobladas por la planta mítica que los lugareños llamaban *ayiq oli*, conocida también como raíz de mandrágora. La mandrágora era de la familia de la azucena rosa y se le parecía bastante por encima del suelo; pero bajo tierra sus raíces tenían forma de seres humanos y gritaban al arrancarlas como gritarían los seres humanos si los enterraran vivos. Sus poderes hechicerescos no requerían explicación, y cuantos vieron esa primera pintura comprendieron que la excepcional intuición de Dashwanth revelaba a la princesa oculta como una Iluminada nata, que sabía instintivamente qué hacer para protegerse, y también para conquistar los corazones de los hombres, lo que con mucha frecuencia venía a ser lo mismo.

La propia pintura obró cierta magia, porque en cuanto la vieja princesa Gulbadan la vio en los aposentos de Akbar, recordó el nombre de la muchacha, que desde hacía días era un lastre en la punta de su lengua y le impedía comer.

—Su madre fue la sultana Majdum Begum —dijo Gulbadan, inclinada sobre la lámina de vivos colores, hablando en voz tan baja que el emperador también tuvo que agacharse para oírla—. Majdum, sí, así se llamaba la madre, el último verdadero amor del mirza Omar Sheij. ¡Y la muchacha era Qara Kóz! ¡Sí, eso, Qara Kóz! Y Janzada la odiaba a rabiar, hasta que decidió, claro, que era mejor amarla.

Gulbadan Begum recordó las historias sobre la vanidad de Janzada Begum. Cada mañana, cuando la señora Janzada se levantaba para iniciar el día (contó al emperador), su principal dama de honor tenía órdenes de decir: «Hela aquí, Janzada Begum, ya despierta; la mujer más hermosa del mundo abre sus ojos y contempla los dominios de su belleza». Y cuando iba a presentar sus respetos a su padre, el mirza Omar Sheij, los heraldos exclamaban «Hela aquí, ya viene, vuestra hija, la mujer más hermosa del mundo, ya viene la que es soberana en belleza como vos lo sois en poder», y al entrar en el tocador de su madre, Janzada oía algo parecido de la propia reina—dragón; la kanum Qutlugh Nigar, echando fuego por los ojos y humo por la nariz, anunciaba la llegada de su primogénita: «Janzada, la mujer más hermosa del mundo, ven a mí para solaz de mis pobres ojos, ya casi apagados».

Pero entonces la sultana Majdum Begum dio a luz a la otra princesa, la menor. Desde el día de su nacimiento la apodaron Qara Köz, que quería decir Ojos Negros, por el extraordinario poder de esos luceros para hechizar a cuantos miraban. A partir de ese día, Janzada advirtió un cambio en el timbre de sus adoraciones diarias, que empezaron a contener un nivel de insinceridad más alto del que podía considerarse aceptable. En los años siguientes la pequeña fue víctima de sucesivos intentos de asesinato, en ninguno de los cuales pudo demostrarse la participación de Janzada. Una taza de leche que bebió la señora Ojos Negros contenía veneno; resultó indemne, pero su perro faldero, a quien dio los últimos sorbos, murió al instante retorciéndose de dolor. Más tarde, alguien añadió a otra bebida cierta cantidad de diamantes triturados, para infligir a la hermosa niña la atroz muerte conocida como «fuego bebedizo», pero los diamantes recorrieron su cuerpo sin dañarla y el intento de asesinato no salió a la luz hasta que una esclava de la servidumbre doméstica, al limpiar el excusado real, vio el titilar de las piedras en las heces de la princesa.

Cuando se puso de manifiesto que la señora Ojos Negros poseía facultades sobrehumanas, cesaron los intentos de asesinato, y Janzada Begum, tragándose el orgullo, decidió cambiar de táctica y empezar a mimar y agasajar a su rival infantil. La hermanastra mayor no tardó en caer bajo el hechizo de la pequeña. En la corte del mirza Omar Sheij comenzó a decirse que su hija menor era la reencarnación de la legendaria Alanquwa, la diosa solar mongol, antepasada de Temüjin o Chinguis o Gengis Kan, y que, como controlaba toda la luz, también podía someter a los espíritus de las tinieblas amenazándolos con iluminar, y por consiguiente suprimir, las sombras donde se escondían. Alanquwa era la señora de la vida y la muerte. En torno a la niña surgió un culto religioso de adoradores del sol.

No duró mucho. Su amado padre, el *padishah* o rey, pronto padeció un destino cruel. Había ido a la fortaleza de Ajsi, cerca de Andiján —ay, Ajsi, donde crecían los deliciosos melones de *mirtimurti*; Ajsi, la que Dashwanth pintó construida al borde mismo de un profundo barranco—, y mientras visitaba a sus palomas en el palomar, la tierra cedió bajo sus pies y el *padishah*, las palomas y el palomar se precipitaron al barranco y desaparecieron. Babur, hermanastro de la señora Ojos Negros, accedió al trono a la edad de doce años. Ella solo tenía cuatro. En medio de la tragedia familiar y el caos posteriores, el poder de la iluminación sobrenatural de Qara Köz cayó en el olvido. Alanquwa, la diosa solar, se retiró una vez más al lugar que le correspondía en el cielo.

La caída del mirza Omar Sheij, el bisabuelo del rey de reyes, fue

representada a lo grande por Dashwanth en una de sus mejores obras. El *padishah* aparecía cabeza abajo, recortándose su silueta contra la negrura del barranco, y las paredes de piedra se deslizaban vertiginosamente a ambos lados con los detalles de su vida y su personalidad entretejidos en la orla enrevesadamente abstracta de la imagen: un hombre bajo y gordo, locuaz y de buen carácter, un jugador de backgammon, un hombre justo, pero también un hombre que buscaba pelea, un paladín cubierto de cicatrices que sabía usar los puños y, al igual que todos sus descendientes, al igual que Babur, Humayún, Akbar y los hijos de Akbar, Salim, Daniyal y Murad, un hombre en exceso aficionado al vino y las bebidas fuertes, y a la golosina o dulce llamado *majun*, que se elaboraba a partir de la planta del cánnabis y que lo había llevado a una muerte repentina. Envuelto en la bruma del *majun*, persiguiendo a una paloma, se acercó demasiado al borde de un precipicio y abajo se fue, a ese averno en el que tanto daba si uno era bajo o gordo o de buen carácter o locuaz o justo, en el que no había compañeros de backgammon ni adversarios con quienes luchar, y donde la delirante bruma del *majun* podía envolver a un hombre toda la eternidad.

La pintura de Dashwanth ahondaba en el abismo y veía los demonios que allí aguardaban para acoger en su reino al rey. La imagen era lisa y llanamente un acto de lesa majestad, porque insinuar siquiera que el antepasado del emperador podía haber caído en el infierno era un delito merecedor de la pena de muerte, por contener la insinuación de que Su Majestad podía seguir sus pasos, pero cuando Akbar vio la pintura, se limitó a reír y decir: «El infierno se me antoja un lugar mucho más grato que todo ese aburrimiento de los ángeles al lado de Dios». Cuando el Bebedor de Agua Badauni se enteró del comentario, llegó a la conclusión de que el imperio mogol estaba condenado al desastre, porque con toda seguridad Dios no toleraría a un monarca que venía degenerando en satanista ante sus propios ojos. No obstante, el imperio sobrevivió, no por siempre jamás, pero sí bastante tiempo; y también sobrevivió Dashwanth, pero mucho menos tiempo.

Los siguientes años en la vida de la pequeña señora Ojos Negros fueron un periodo incierto y errátil, durante el cual su hermano y protector Babur galopó de aquí para allá, ganando batallas, perdiendo batallas, conquistando territorio, perdiéndolo otra vez, viéndose atacado por sus tíos, atacando a sus primos, padeciendo la reacción de sus primos, y volviendo a atacar a sus tíos, y detrás de todos estos asuntos de familia normales y corrientes, aguardaba la figura de su mayor enemigo, el incivilizado huérfano uzbeko, mercenario y azote de la casa de Tímur, Ajenjo (es decir, «Shaibani») Kan. Dashwanth representó a Qara Kóz a los cinco, seis y siete años como un ser sobrenatural

dentro de un pequeño huevo de luz a resguardo del fragor de la batalla. Babur capturó Samarcanda pero perdió Andiján, luego perdió Samarcanda y la volvió a capturar, y después la perdió de nuevo, y con ella a sus hermanas. Ajenjo Kan sitió a Babur en esa gran ciudad, y se libraron enconados combates en torno a la Puerta de Hierro, la Puerta de los Fabricantes de Agujas, la Puerta de los Blanqueadores y la Puerta Turquesa. Pero a la postre el hambre obligó a Babur a salir del asedio. Ajenjo Kan había oído la leyenda de la belleza de la hermana mayor de Babur, Janzada Begum, y mandó un mensaje diciendo que si Janzada se entregaba a él, Babur y su familia podrían marcharse en paz. Babur no tuvo más elección que aceptar, y Janzada no tuvo más elección que aceptar la elección de Babur.

Fue así como se convirtió en ofrenda expiatoria, botín humano, y peón vivo como las esclavas del patio del parchís de Akbar. Sin embargo, en esa última reunión familiar en los aposentos reales de Samarcanda, Janzada añadió su propia elección. Su mano derecha cayó sobre la muñeca izquierda de su hermana como la garra de un rocho. «Si voy —dijo—, me llevaré a la señora Ojos Negros para que me haga compañía.» Ninguno de los circunstantes supo si habló así por malevolencia o por amor, ya que las dos emociones estaban siempre presentes en el trato de Janzada con Qara Kóz. Tal como Dashwanth representó la escena, Janzada aparecía magnífica, expresando su desafío con la boca muy abierta, mientras que la señora Ojos Negros en un primer momento semejaba una niña asustada. Pero luego esos ojos oscuros lo atraían a uno hacia sí y se veía el poder que acechaba en sus profundidades. Qara Kóz también tenía la boca abierta: también ella vociferaba, lamentando su padecimiento y anunciando su fortaleza. Y también Qara Kóz tenía el brazo extendido; también tenía la mano derecha aferrada a una muñeca. Si Janzada iba a ser prisionera de Ajenjo Kan, y ella, Qara Kóz, iba a serlo de Janzada, la pequeña esclava, Espejo, lo sería de ella.

La pintura es una alegoría de los males del poder, cómo se transmiten en la cadena de los superiores a los inferiores. Los seres humanos eran agarrados, y ellos a su vez agarraban a otros. Si el poder era un grito, las vidas humanas se vivían en el eco de los gritos de los demás. El eco de los poderosos ensordecía a los desvalidos. Pero debía observarse un último detalle: Dashwanth había completado la cadena de manos. Espejo, la esclava, capturada su muñeca izquierda firmemente por su joven ama, con la mano derecha, libre, había hecho presa en la muñeca izquierda de Janzada Begum. Formaban un círculo, las tres criaturas perdidas, y el pintor, al cerrar ese círculo, daba a entender que el atenzamiento o el eco del poder también podía invertirse. La esclava podía, según y como, apresar a la dama real. En la historia el agarrón podía venir

tanto de arriba como de abajo. Los poderosos podían ser ensordecidos por los gritos de los pobres.

Conforme Dashwanth pintaba a Qara Kóz camino de la plenitud de su belleza juvenil durante el cautiverio, resultó evidente que alguna instancia superior se había apoderado de su pincel. La belleza de sus lienzos era tan intensa que Birbal, al posar la vista en ellos por primera vez, dijo premonitoriamente: «Temo por el artista, pues tan enamorado está de la mujer del pasado que le será difícil regresar al presente». La muchacha, la adolescente, la joven de luminosa belleza a la que Dashwanth dio, o más bien devolvió, la vida en aquellas obras maestras era, comprendió de pronto Akbar mientras examinaba las pinturas, casi con toda certeza, la *para ko'zum*, la belleza de ojos oscuros ensalzada por el «Príncipe de los Poetas», el supremo versificador de la lengua chagatai, Alí Shir Navai de Herat. «Teje un nido para ti en las profundidades de mis ojos. Oh, ese cuerpo esbelto tuyo, como un árbol joven que crece en el jardín de mi corazón. Al ver una gota de sudor en tu cara, podría en el acto morir.» Dashwanth, de hecho, había pintado una parte del último verso en el dibujo de la tela de las vestiduras de Qara Kóz. «Podría en el acto morir.»

Herat, llamada «la Florencia de Oriente», se rindió a Shaibani o Ajenjo Kan poco después de la captura de Samarcanda, y fue allí donde Janzada, Qara Kóz y Espejo pasaron la mayor parte de sus años en cautividad. El mundo era como un mar, decía la gente, y en el mar había una perla, y la perla era Herat. «Si estiras una pierna en Herat —dijo Navai—, a buen seguro darás un puntapié a un poeta.» ¡Oh, legendaria Herat de las mezquitas, palacios y bazares con alfombras voladoras! Sí, era un lugar prodigioso, sin duda, pensó el emperador, pero la Herat que Dashwanth pintaba, irradiada por la belleza de la princesa oculta, era una Herat que ninguna Herat existente podía igualar, una Herat de ensueño para una mujer de ensueño, de quien, como Birbal adivinó, el artista estaba perdidamente enamorado. Dashwanth pintaba día y noche, semana tras semana, ni buscando ni aceptando un día de descanso. Se quedó más flaco que de costumbre y empezaron a desorbitársele los ojos. Los otros pintores del obrador temían por su salud. «Se lo ve tan consumido —musitó Abdús Sainad a Mír Sayyid Alí—. Es como si quisiera renunciar a la tercera dimensión de la vida real y aplanarse hasta convertirse él mismo en imagen.» Este comentario, al igual que antes el de Birbal, fue una perspicaz observación, cuya veracidad pronto se puso de manifiesto.

Los compañeros de Dashwanth comenzaron a espiarlo, porque habían empezado a temer que pudiera sufrir algún daño, tan profunda era su melancolía. Lo vigilaban por turno, y no les resultaba difícil porque él solo

tenía ojos para su trabajo. Lo vieron sucumbir a la locura final del artista, lo oyeron coger sus obras y abrazarlas, susurrando: «Respirad». Pintaba lo que acabaría siendo el último cuadro de la serie llamada *Qara-Köç-Narra*, las Aventuras de la señora Ojos Negros. En esta vertiginosa composición transcontinental, Ajenjo Kan aparecía muerto en un rincón, desangrándose en el mar Caspio, que era un hervidero de monstruos con aletas. En el resto de la pintura, el vencedor de Ajenjo, el sha Ismail de Persia, recibía a las damas mogoles en Herat. El rostro del rey persa presentaba una expresión de melancolía doli da, que recordaba al emperador el característico aspecto del propio Dashwanth, y dedujo que este semblante lastimero podía ser la manera elegida por el artista para introducirse en la historia de la princesa oculta. Pero Dashwanth había ido aún más lejos.

El simple hecho era que, pese a la casi continua vigilancia de sus iguales, se las había arreglado, a saber cómo, para esfumarse. Nunca volverían a verlo, ni en la corte mogol ni en ningún lugar de Sikri ni en ningún lugar de todo el territorio indostaní. Las aguas no depositaron su cuerpo en las orillas del lago, ni se lo encontró colgado de una viga. Sencillamente había desaparecido, como si jamás hubiese existido, y todos los cuadros de la serie *Qara-Köç-Nama* se habían esfumado con él, salvo este último, en el que la señora Ojos Negros, incluso más hermosa de lo que Dashwanth había conseguido retratarla antes, se encontraba cara a cara con el hombre que sería su destino. El misterio fue resuelto inevitablemente por Birbal. Una semana y un día después de la desaparición de Dashwanth, el más sabio de los cortesanos de Akbar, que había estado escrutando la superficie de la última y única pintura que se conservaba de la princesa oculta con la esperanza de hallar alguna pista, advirtió un extraño detalle técnico en el que hasta entonces nadie había reparado. Daba la impresión de que la pintura no acababa en la orla con que Dashwanth la había encuadrado, sino que, al menos en el ángulo inferior izquierdo, seguía por un trecho debajo de ese ornado marco de cinco centímetros de anchura. El cuadro fue devuelto al obrador —el propio emperador lo acompañó, junto con Birbal y Abul Fazl—, y bajo la supervisión de los dos maestros persas, la cenefa pintada se separó cuidadosamente del cuerpo central de la obra. Cuando la sección oculta de la pintura se reveló, los espectadores prorrumpieron en exclamaciones de asombro, ya que allí, agazapado como un pequeño sapo, con un gran haz de pergaminos bajo el brazo, estaba el gran pintor Dashwanth, el artista del grafito, Dashwanth, el hijo del portador de palanquín y el ladrón de la serie *Qara-Káz-Nama*, Dashwanth, incorporado al único mundo en el que ahora creía, el mundo de la princesa oculta, a quien él había creado y quien luego lo había descreado a él. Había

realizado una hazaña increíble que era justo la opuesta a la alcanzada por el emperador cuando concibió a su reina imaginaria. En lugar de dar vida a una mujer de fantasía, Dashwanth se había convertido él mismo en un ser imaginario, impulsado (como había sido impulsado el emperador) por la arrolladora fuerza del amor. Si la frontera entre los mundos podía cruzarse en una dirección, comprendió Akbar, podía cruzarse también en la otra. Un soñador podía convertirse en su sueño.

—Añadid de nuevo la cenefa —ordenó Akbar—, y permitamos al pobre hombre disfrutar de cierta paz.

Una vez hecho esto, dejaron que la historia de Dashwanth permaneciera en el lugar donde le correspondía, los márgenes de la historia. En el centro de la escena estaban, frente a frente, la protagonista redescubierta y su nuevo amante: la princesa oculta, señora Ojos Negros o Qara Kóz o Angelica, y el sha de Persia.

II

ALLÍ DONDE UN AHORCADO DEJE SU SIMIENTE

—«Allí donde un ahorcado deje su simiente —leyó Il Machia en voz alta—, brotará la mandrágora de repente.»

Cuando Nino Argalia y su mejor amigo, Niccoló —«il Machia»—, eran niños en Sant'Andrea in Percussina, en el estado de Florencia, soñaban con poseer poderes ocultos sobre las mujeres. En algún lugar del bosque de la región, un hombre debía de haber sido ahorcado en un momento u otro, decidieron, y durante muchos meses buscaron mandrágoras en la heredad de la familia de Niccoló, el robledal de Caffagio y la arboleda de la *vallata* próxima a Santa Maria dell'Impruneta, y también en el bosque en torno al castillo de Bibbione, a cierta distancia de allí. Encontraron solo setas y una misteriosa flor oscura que les provocó un sarpullido. Llegado un punto, decidieron que el semen para la mandrágora no tenía por qué proceder de un ahorcado, y después de mucho restregarse y jadear consiguieron derramar unas cuantas gotas estériles del suyo propio en la tierra indiferente. Y un buen día, el domingo de Resurrección de su décimo año de vida, el Palazzo della Signoria amaneció adornado con una guirnalda de muertos pendulantes, ochenta hombres acusados de participar en la sofocada conjura de los Pazzi, a quienes Lorenzo de Médicis mandó colgar de las ventanas, incluido el arzobispo con todas sus galas, y dio la casualidad de que Argalia estaba en la ciudad con Il Machia y su padre Bernardo en la casa de la familia al otro lado del Ponte Vecchio, solo a tres o cuatro manzanas, y cuando vieron correr a todo el mundo, no hubo quien los frenara.

Bernardo corrió con los dos niños, sobrecogido y exaltado al mismo tiempo, igual que ellos. Era un hombre muy leído, vital, considerado, y la sangre le desagradaba, pero un arzobispo ahorcado era harina de otro costal, algo digno de verse. Los niños llevaban tazas de hojalata en previsión de algún goteo provechoso. En la Piazza se toparon con su compinche Agostino Vespucci, que hacía sonoras pedorretas y obscenos gestos masturbatorios a aquellos muertos sanguinarios a la vez que gritaba: «¡Jodeos! ¡Que se joda vuestra hija! ¡Que se joda vuestra hermana! ¡Que se joda vuestra madre y

vuestra abuela y vuestro hermano y vuestra mujer y el hermano de vuestra mujer y su madre, y la hermana de su madre también», mientras los cadáveres giraban e impregnaban la brisa con su hedor. Argalia e 11 Machia hablaron a Ago de la rima sobre la mandrágora, y él cogió una taza y fue a plantarse bajo el cipote del arzobispo. Después, en Percussina, los tres niños enterraron las dos tazas y recitaron lo que, en su imaginación, eran versos satánicos y, convencidos de que florecerían las plantas del amor, iniciaron una larga e infructífera espera.

—Lo que empieza con traidores suspendidos —dijo el emperador Akbar a Mogor dell'Amore— será un relato traicionero.

En un origen eran tres amigos, Antonino Argalia, Niccoló Machia y Ago Vespucci. Ago, el de los cabellos de oro, el más locuaz del trío, era uno entre una multitud, una barahúnda, una marimorena de Vespucci que vivían como sardinas en cuba en el hacinado barrio florentino de Ognissanti, comerciando con aceite de oliva, vino y lana al otro lado del Arno, en el *gonfalone del drago*, el barrio del dragón, y había salido deslenguado y vocinglero porque en su familia había que ser así para hacerse oír por encima del guirigay de tantos Vespucci, todos malhablados, gritándose unos a otros como boticarios o barberos en el Mercato Vecchio. El padre de Ago trabajaba de notario para Lorenzo de Médicis, así que, después de aquella Semana Santa de puñaladas y ahorcamientos, respiró de alivio al quedar en el bando vencedor. «Pero ahora el ejército del puto Papa vendrá a por nosotros porque matamos al puto cura —masculló Ago—. Y también el ejército del puto rey de Nápoles.» Al primo de Ago, el desenfrenado Amerigo o Alberico Vespucci, de veinticuatro años, no tardaron en despacharlo, en compañía de su tío Guido, con la misión de pedir ayuda para el gobierno Médicis al rey de Francia. Por la luz en los ojos de Amerigo cuando partió rumbo a París, saltaba a la vista que le interesaba más la expedición que el rey. Ago era poco viajero. «Ya sé qué seré de mayor —dijo a sus amigos en Percussina, en los bosques de mandrágora donde no había mandrágoras—. Seré un puto vendedor de ovejas o un mercader de alpiste o bien, si consigo meterme a funcionario, seré un puto tenedor de libros, un covachuelista sin futuro ni esperanza ni provecho.»

Pese a lo poco halagüeño de su futuro administrativo, Ago siempre tenía una historia que contar. Sus historias eran como las aventuras de Marco Polo, eran viajes fantásticos, y nadie se creía una sola palabra de lo que decía, pero todo el mundo quería escucharlas, en especial los cuentos rocambolescos acerca de la muchacha más hermosa en la historia de la ciudad, o posiblemente

desde la formación de la Tierra. Hacía solo dos años que Simonetta Cattaneo, que casó con Marco Vespucci, primo de Ago, conocido a sus espaldas como Marco el Cornudo o Marco el Necio de Amor, murió de tisis y sumió a toda Florencia en un duelo, porque Simonetta poseía una belleza pálida y rubia tan intensa que ningún hombre podía mirarla sin caer en un estado de adoración delicuescente, tampoco mujer alguna, y lo mismo cabía decir de la mayoría de los gatos y perros de la ciudad, y acaso también la amaran las enfermedades, razón por la cual murió antes de cumplir los veinticuatro años. Simonetta Vespucci casó con Marco, pero él tuvo que compartirla con toda la ciudad, cosa que al principio hizo con resignado buen ánimo, y que solo sirvió para demostrar la cortedad de sus alcances a los ciudadanos de esa población de gente artera y maquinadora. «Tal belleza es un recurso público —decía él con estúpida inocencia—, corno el río, o el oro del erario, o la delicada luz y el aire de Toscana» El pintor Alessandro Filipepi la retrató muchas veces, antes y después de muerta, la retrató vestida y desnuda, como la Primavera y la diosa Venus, e incluso como ella misma. Cuando posaba para él, lo llamaba «mi tonelete», porque siempre lo confundía con su hermano mayor, a quien la gente llamaba «Botticelli» («Toneletes») por su contorno bulboso. Filipepi el menor, el pintor, no se parecía en absoluto a un tonel, pero si Simonetta quería llamarlo así, por él no había inconveniente, y empezó por tanto a atender a ese nombre.

Tal era el efecto de los poderes hechicerescos de Simonetta. Convertía a los hombres en lo que a ella se le antojaba, dioses o perros falderos o toneletes o escabeles o, naturalmente, amantes. Habría podido ordenar a cualquier muchacho que muriese para demostrarle su amor y él habría obedecido gustosamente; pero era demasiado bondadosa para eso, y jamás puso sus inmensos poderes al servicio del mal. El culto a Simonetta fue en aumento hasta que la gente empezó a rezarle en secreto en la iglesia, musitando su nombre como si fuera una santa viva, y se propagaron los rumores de sus milagros: un hombre se quedó ciego ante su hermosura al cruzarse con ella por la calle; un ciego recobró la vista cuando ella, en un súbito gesto de compasión, tocó su atribulada frente con las tristes yemas de sus dedos; un niño lisiado se puso en pie y echó a andar tras ella; otro muchacho padeció una repentina parálisis al hacer gestos obscenos a sus espaldas. Tanto Lorenzo como Juliano de Médicis estaban locos por ella y celebraron unas justas en su honor —Juliano portó un estandarte con su retrato, pintado por Filipepi, que incluía la leyenda en francés *la sans pareille*, dando así a conocer que había derrotado a su hermano en la pugna por ella— y la instalaron en unas habitaciones del palacio, momento en el que hasta el cretino de Marco cayó en la cuenta de que algo no

iba bien en su matrimonio, pero le advirtieron que si protestaba, le costaría la vida. Después de eso, Marco Vespucci era ya el único hombre de la ciudad capaz de resistirse a la belleza de su esposa. «Es una ramera —decía en las tabernas que comenzó a frecuentar para ahogar la desazón de saberse un cornudo—, y para mí es tan fea como la Medusa.» Los que no sabían quién era le daban una paliza por poner en entredicho la belleza de *la sans pareille* y al final tuvo que quedarse en casa, en Ognissanti, y beber solo. Entonces Simonetta enfermó y murió, y en las calles de Florencia se dijo que la ciudad había perdido a su hechicera, que una parte del alma florentina había muerto con ella, e incluso arraigó en el acervo popular la creencia de que un día resucitaría, de que los florentinos nunca volverían a ser los de antes hasta su segundo advenimiento, cuando ella los redimiría a todos, como un segundo Salvador. «Pero no os imagináis —dijo Ago con voz sibilante en el bosque de la *vallata* lo que hizo Juliano para intentar mantenerla con vida: la convirtió en vampiro.»

Según un primo político de Simonetta, Juliano emplazó en su alcoba al mejor cazavampiros de la ciudad, un tal Domenico Salcedo, y le dio orden de encontrar a un miembro de los muertos vivientes bebedores de sangre. Al otro día, entrada ya la noche, Salcedo le llevó el vampiro a la habitación del palacio donde yacía la muchacha enferma, y el vampiro la mordió. Pero Simonetta se negó a hacer frente a una eternidad integrada en esa tribu taciturna y pálida. «Cuando se dio cuenta de que era un vampiro, se tiró desde lo alto de la torre del Palazzo Vecchio y se empaló en la pica de un centinela de la puerta. Ya os podéis imaginar lo que tuvieron que hacer para echar tierra sobre una cosa como esa.» Así, según su primo político, pereció la primera hechicera de Florencia, pereció sin la menor esperanza de regresar de entre los muertos. Marco Vespucci enloqueció de dolor. («Marco era un necio —dijo Ago con crueldad—. Si yo me hubiese casado con semejante bombón, la habría encerrado en la torre más alta, donde nadie pudiera hacerle daño.») Y Juliano de Médicis murió apuñalado por un conspirador el día de la conjura de los Pazzi, mientras Filipepi el tonelete seguía pintándola, una y otra vez, como si pintándola pudiera resucitarla.

—*Igual que Dashwanth —se maravilló el emperador.*

—*Esa bien podría ser la maldición de la especie humana —respondió Mogor—. No que seamos tan distintos unos de otros, sino que seamos tan parecidos.*

Ahora los tres niños pasaban casi todos los días en el bosque, trepando a los árboles y masturbándose por las mandrágoras y contándose historias

delirantes sobre sus familias y quejándose del futuro para esconder su miedo, porque justo después de aplastarse la conspiración de los Pazzi llegó a Florencia la peste, y enviaron a los tres amigos al campo por su seguridad. Bernardo, el padre de Niccoló, permaneció en la ciudad y contrajo el mal, y cuando se convirtió en una de las pocas personas que se contagió y sobrevivió, su hijo contó a sus amigos que fue gracias a la magia de su madre Bartolomea con la harina de maíz. «Cada vez que enfermamos nos cubre de gachas — declaró con actitud solemne, en susurros para que las lechuzas no lo oyeran—. Según la enfermedad, usa la polenta amarilla dulce normal y corriente, pero si es grave, compra la blanca de Friuli. Para algo así, seguramente añade también col rizada y tomate, y no sé qué otras cosas mágicas. Pero da resultado. Nos obliga a desnudarnos y nos echa gachas calientes a cucharones por todo el cuerpo sin miedo al pringue. Las gachas absorben la enfermedad, y listo. Por lo que se ve, ni siquiera la peste pudo con la polenta dulce de mi madre.» A partir de entonces, Argalia empezó a llamar a la familia de locos de Il Machia los «Polentini» y se inventó canciones sobre una amada imaginaria, a quien bautizó con el nombre de Polenta. «Si fuese un florín, me la habría gastado — entonaba—, y si fuese un libro, la habría prestado.» Y Ago se sumaba al canto: «Si fuese un arco, la habría doblado, y si fuese una cortesana, la alquilaría, a mi dulce Polenta». Al final, Il Machia dejó de molestarse y se sumó también. «Si fuese un mensaje, la habría enviado. Si fuese una expresión, la habría expresado.» Pero cuando llegó la noticia de que los padres de Nino Argalia se habían apestado, ni toda la polenta mágica del mundo sirvió de nada. Argalia quedó huérfano antes de cumplir los diez años.

El día que Nino fue al robledal para contar a Il Machia y Ago que sus padres habían muerto coincidió con el día que encontraron la mandrágora. Se hallaba oculta bajo una rama caída, como un animal asustado.

—Ahora lo único que necesitamos —dijo Ago con pesar— es el conjuro que nos convierta en hombres, porque sin eso, ¿qué sentido tiene que las damas se enamoren de nosotros?

Entonces llegó Argalia y vieron en sus ojos que había encontrado el conjuro de la hombría. Le enseñaron la mandrágora y él hizo un gesto de indiferencia.

—Esas cosas ya no me interesan —contestó—. Voy a escaparme a Génova para unirme a la Banda de Oro.

Era el ocaso de los *condottieri*, los mercenarios con ejércitos personales pagados que ofrecían sus servicios a cambio de dinero a las ciudades estado de Italia, demasiado cicateras para mantener ejércitos regulares. Toda Florencia conocía la historia de su propio Giovanni Milano, nacido en Escocia con el

nombre de sir John Hauksbank cien años antes. En Francia era «Jean Aubain», en los cantones suizos de habla alemana era «Hans Hoch», y en Italia era Giovanni Milano —«Milano», porque un *milan* era un halcón—, al mando de la Compañía Blanca, antes general de Florencia, y vencedor, al servicio de Florencia, en la batalla de Polpetto contra los aborrecidos venecianos. Paolo Uccello había pintado su fresco funerario, que permanecía aún en el Duomo. Pero la era de los *condottieri* tocaba a su fin.

El mayor guerrero mercenario que quedaba, según Argalia, era Andrea Doria, jefe de la Banda de Oro, dedicado por aquel entonces a liberar Génova del dominio francés.

—Pero tú eres florentino, y nosotros somos aliados de los franceses —exclamó Ago, acordándose de la misión de sus parientes en París.

—Cuando eres mercenario —respondió Argalia mientras se palpaba el mentón para comprobar si le crecía algún pelo—, dejas de lado las alianzas de nacimiento.

Los soldados de Andrea Doria iban provistos de «armas de garfio» —arcabuces o alcabuces— que había que apoyar en un trípode al disparar, como pequeños cañones portátiles. Muchos de ellos eran suizos, y los mercenarios suizos eran las peores máquinas de matar, hombres sin cara ni alma, invencibles, terroríficos. Cuando Doria acabó con los franceses y obtuvo el mando de la flota genovesa, se decidió a emprenderla con los turcos por su cuenta. A Argalia le atraía la idea de las batallas navales.

—En todo caso, nunca hemos tenido dinero —dijo—, y las deudas de mi padre devorarán nuestra casa en la ciudad y nuestra pequeña hacienda aquí en el campo, así que puedo mendigar por las calles como el perro de un pobre, o morir intentando amasar fortuna. Vosotros dos os engordaréis de poder y colmaréis de hijos a un par de desdichadas, a quienes dejaréis en casa para que escuchen el griterío de los cabronzuelos mientras vosotros os vais al burdel de La Zingaretta o de alguna otra fulana de clase alta bien mullida capaz de recitaros poesías mientras la montáis y entontecéis a fuerza de joder, y entretanto yo agonizaré en una carabela en llamas frente a Constantinopla con una cimitarra turca clavada en las tripas. ¿O quién sabe? Puede que me haga turco yo mismo. Argalia el Turco, Portador de la Lanza Hechizada, con cuatro enormes gigantes suizos, musulmanes conversos, en mi séquito. Mahometanos suizos, sí. ¿Por qué no? Cuando eres mercenario, lo que cuenta es el oro y el botín, y para eso hay que marcharse a Oriente.

—Eres solo un niño como nosotros —adujo Il Machia para hacerlo entrar en razón—. ¿No quieres crecer antes de que te maten?

—Yo no —contestó Argalia—. Yo me voy a tierras paganas a combatir

contra dioses extraños. A saber a qué rinden culto por esos pagos, si a escorpiones, a monstruos o a gusanos. En cualquier caso, morirán igual que nosotros, de eso no hay duda.

—No vayas a la muerte con la boca llena de sacrilegios —previno Niccoló—. Quédate con nosotros. Mi padre te quiere al menos tanto como me quiere a mí. O piensa cuántos Vespucci hay ya en Ognissanti. Ni siquiera notarán la presencia de uno más si prefieres vivir en casa de Ago.

—Me voy —insistió Argalia—. Andrea Doria ya casi ha expulsado a los franceses de la ciudad, y yo quiero estar allí para ver el día de la libertad cuando llegue.

—Y vos, con vuestros tres dioses, un carpintero, un padre y un espíritu, y un cuarto que es la madre del carpintero —preguntó el emperador a Mogor con cierta irritación—, vos que sois de esa tierra santa que aborrea a sus obispos y quema a sus sacerdotes en la hoguera, mientras su sumo sacerdote comanda ejércitos y actúa con la misma brutalidad que cualquier general o príncipe, ¿cuál de las bárbaras religiones de esta tierra pagana consideraréis más atractiva? ¿O para vos son todas iguales en su vileza? A ojos del padre Acquaviva y el padre Monserrate somos, de eso estamos seguros, lo que vuestro Argalia pensaba que éramos, es decir, cerdos impíos.

—Mi señor —dijo Mogor dell'Amore con toda calma—, me atraen los grandes panteones politeístas, porque las historias son mejores, más numerosas, más dramáticas, más humorísticas, más maravillosas; y porque los dioses no nos dan buen ejemplo, son entrometidos, vanidosos, irascibles y díscolos, lo cual, admito, resulta más interesante.

—Somos del mismo parecer —convino el emperador, recobrando la compostura—, y nuestro afecto por estos dioses arbitrarios, coléricos, traviesos y cariñosos es muy grande. Hemos creado un cuerpo de ciento un hombres para contarlos y darles nombre a todos, a cada una de las deidades veneradas en el Indostán, no solo a los dioses célebres e importantes, sino también a los menores, los pequeños espíritus locales, de las arboledas nemorosas y los cantarines torrentes. Los hemos obligado a abandonar sus casas y familias y emprender un viaje sin fin, un viaje que solo terminará cuando mueran, ya que la tarea que les hemos encomendado es imposible, y cuando un hombre asume lo imposible, anda todos los días con la muerte, aceptando el viaje como una purificación, una magnificación del alma, de modo que pasa a ser un viaje no hacia el nombre de los dioses, sino hacia el propio Dios. Apenas han iniciado su labor, y sin embargo han reunido ya un millón de nombres. ¡Qué proliferación de divinidad! Creemos que existen en este reino más entidades sobrenaturales que personas de carne y hueso, y nos complace vivir en un mundo tan mágico. Aun así, debemos ser lo que somos. Ese millón de dioses no son nuestros dioses; la austera religión de nuestro padre será siempre la nuestra, tal como el credo del carpintero es el vuestro.

Ya no miraba a Mogor, y se había sumido en una ensoñación. Los pavos reales

danzaban en las piedras de Sikri por la mañana y a lo lejos el gran lago rielaba como un espectro. La mirada del emperador viajó más allá de los pavos y el lago, más allá de la corte de Herat y las tierras del feroz turco, y se posó en los chapiteles y cúpulas de una remota ciudad italiana.

—Imaginad unos labios de mujer —susurró Mogor—, fruncidos y prestos a dar un beso. Así es la ciudad de Florencia, estrecha en los bordes, hinchada en el centro, atravesada por las aguas del Arno, que separa los dos labios, el superior y el inferior. La ciudad es una hechicera. Cuando os besa estáis perdido, seáis plebeyo o rey.

Akbar paseaba por las calles de esa otra ciudad de piedra donde nadie parecía querer quedarse nunca bajo techo. En Sikri, la vida se desarrollaba detrás de cortinas corridas y verjas atrancadas. En esta ciudad extranjera, la vida se vivía bajo la bóveda catedralicia del cielo. Los hombres comían allí donde los pájaros podían compartir con ellos su alimento y apostaban donde cualquier descuidero les podía birlar las ganancias, besaban a la vista de los desconocidos e incluso jodían en las sombras si les venía en gana. ¿Qué significaba ser hombre tan plenamente entre hombres, y también entre mujeres? Cuando se eliminaba la soledad, ¿se convertía uno más en sí mismo o menos? ¿Realzaba la muchedumbre la identidad o la borraba? El emperador se sintió como Harún al—Rashid, el califa de Bagdad, paseándose de noche por su ciudad para ver cómo vivían sus súbditos. Pero las telas empleadas para tejer el manto de Akbar. eran el tiempo y el espacio, y esa no era su gente. ¿Por qué, pues, experimentaba una sensación tan intensa de afinidad con los moradores de aquellos bulliciosos callejones? ¿Por qué comprendía su impronunciable lengua europea como si fuera la suya?

—Las cuestiones del reinado —dijo el emperador al cabo de un rato nos interesan cada vez menos. Nuestro reino tiene leyes que lo guían, y funcionarios dignos de confianza, y un sistema tributario que recauda dinero suficiente sin crear más infelicidad entre el pueblo de la que es prudente. Cuando hay enemigos que derrotar, los derrotamos. En pocas palabras, en ese terreno, tenemos las respuestas que necesitamos. La cuestión; del Hombre, por el contrario, sigue desconcertándonos, y casi en igual medida el problema afín de la Mujer.

—Es en mi ciudad, mi señor, donde la cuestión del Hombre ha encontrado explicación desde siempre—dijo Mogor—. Y en cuanto a la Mujer, en fin, ahí está el quid de mi historia. Ya que, muchos años después de la muerte de Simonetta, la primera hechicera de Florencia, llegó en efecto la anunciada segunda hechicera.

TODO AQUELLO QUE AMABA LO TENÍA A TIRO DE BALLESTA

Todo aquello que amaba lo tenía a tiro de ballesta, en opinión de Ago Vespucci; no era necesario irse a la aventura por esos mundos y morir entre extranjeros de habla gutural para satisfacer el mayor de sus anhelos. Hacía ya mucho tiempo, en la penumbra octogonal del Battistero di San Giovanni, había sido bautizado dos veces, según la costumbre, una como cristiano y otra como florentino, y para un bribón irreligioso como Ago, fue el segundo bautismo el que contó. La ciudad era su religión, un mundo tan perfecto como cualquier cielo. El gran Buonarroto había llamado a la entrada del baptisterio «las puertas del Paraíso», y cuando Ago, recién nacido, salió de allí con la cabeza mojada, comprendió de inmediato que había accedido a un Edén con murallas y puertas. En la ciudad de Florencia había quince puertas y por dentro todas tenían representaciones de la Virgen y diversos santos. Los viajeros tocaban las puertas para que les dieran suerte, y nadie se ponía en camino a través de esas puertas sin consultar con los astrólogos. A juicio de Ago Vespucci, lo absurdo de tales supersticiones era solo una prueba más del desatino de los viajes largos. La casa solariega de los Machiavelli, en Percussina, era el límite exterior del universo de Ago. Más allá empezaba la nebulosa de lo ignoto. Génova y Venecia estaban tan lejos y eran tan ficticias como Sirio y Aldebarán en el cielo. La palabra «planeta» significaba «vagabundo». Ago no veía con buenos ojos los planetas y prefería los astros estáticos. Aldebarán y Venecia, Génova y el Gran Can se hallaban tan lejos que acaso no fuesen del todo reales, pero al menos tenían la decencia de quedarse en su sitio.

Al final el Papa y el rey de Nápoles no atacaron Florencia tras la frustrada conjura de los Pazzi, pero cuando Ago contaba poco más de veinte años, sí se presentó el rey de Francia, y entró en ciudad triunfalmente: un homúnculo pelirrojo, diminuto, tan insufriblemente francés que Ago de buena gana habría vomitado. En lugar de eso, se fue a un prostíbulo y se afanó allí por mejor su humor. En el umbral de la edad viril, Ago había coincidido con su amigo Niccolò il Machia en una cosa: fueran cuales fuesen las penalidades que el tiempo les deparase, una buena noche de actividad en compañía femenina lo

arreglaría todo.

—Hay pocos males en este mundo, querido Ago —había afirmado Il Machia cuando tenía solo trece años—, que el plumero de una mujer no cure.

Bajo la pose de galopín deslenguado, Ago era un chico serio de buen corazón.

—¿Y las mujeres? —preguntó—. ¿Adónde van ellas a curar s males?

Il Machia se quedó perplejo, como si nunca se lo hubiese planteado o, quizá, para indicar que un hombre no debía mal gastar el tiempo en reflexiones de esa índole.

—Se los curan entre sí, no te quepa duda —afirmó con una rotundidad adolescente que Ago interpretó como la última palabra sobre el tema.

¿Por qué no iban las mujeres a buscar consuelo mutuo en u época en que la mitad de los jóvenes varones de Florencia hacía precisamente eso? La generalizada popularidad de la sodomí entre la flor y nata de los hombres florentinos había valido a ciudad la fama de capital mundial de dicho acto. La «Sodoma Renacida», rebautizó a su ciudad Niccoló a los trece años. Ya a esta temprana edad fue capaz de convencer a Ago, para tranquilidad suya, de que a él le interesaban más las mujeres, «así que no tienes que preocuparte de que vaya a abalanzarme sobre ti en el bosque». Sin embargo, muchos de sus contemporáneos mostraban la disposición opuesta —por ejemplo, sus compañeros de clase Biagio Buonaccorsi y Andrea di Romolo—, y en respuesta al, problema de la creciente moda de las prácticas homosexuales, la municipalidad, con el pleno apoyo de la Iglesia, fundó una Regiduría de la Decencia, cuya función era construir y financiar burdeles y reclutar prostitutas y chulos de otras partes de Italia y Europa como complemento de las fulanas locales. Los Vespucci de Ognissanti, viendo al vuelo la oportunidad, diversificaron sus actividades comerciales y empezaron a ofrecer mujeres en venta, amén de aceite de oliva y lana.

—Quizá ni siquiera llegue a tenedor de libros —dijo Ago lúgubrememente a Niccoló a los dieciséis años—. Más fácil es que acabe regentando una casa de mala fama.

Il Machia le aconsejó que viera el lado bueno.

—Los tenedores nunca joden —señaló—, y en cambio tú serás la envidia de todos nosotros.

Tampoco a Ago le atrajo nunca el camino de Sodoma, y la verdad era que, detrás de su vocabulario procaz, Ago Vespucci era un joven de un recato exagerado. Il Machia, por el contrario, parecía la reencarnación del dios Priapo, siempre presto a la acción, siempre en pos de las mujeres, tanto profesionales como aficionadas, y arrastraba a Ago a la perdición varias veces por semana.

En los primeros tiempos de su potencia adolescente, cuando Ago acompañaba a su amigo en una noche de jarana prostibularia, siempre elegía a la ramera más joven del establecimiento preferido de Il Machia, que se hacía llamar «Escándalo» pero ofrecía una imagen casi pudorosa: una criatura esquelética del villorrio de Bibbione, que jamás hablaba y parecía tan asustada como él. Durante mucho tiempo, en realidad, Ago le pagó por quedarse sentada en el borde de la cama mientras él se tendía y fingía dormir hasta que Il Machia dejaba de corcovear y gruñir en la habitación contigua. Después intentó ilustrarla leyéndole poesía, lo que ella, por consideración, fingía agradecer, aunque en sus adentros la aburría hasta tal punto que temía morir, e incluso experimentaba cierta repugnancia por lo que le sonaba a la clase de palabrerío empleado por los hombres cuando mentían descaradamente.

Un día decidió cambiar las cosas. Mudó la solemnidad de su semblante en una sonrisa tímida y, acercándose a Ago, le puso una mano en la boca llena de Petrarca y la otra en otro sitio. Cuando la muchacha sacó a la luz la virilidad de Ago, este se ruborizó y, acto seguido, empezó a estornudar. Estornudó durante una hora sin parar, y al final le manaba sangre de la nariz. La ramera esquelética pensó que estaba al borde de la muerte y corrió en busca de ayuda. Regresó con la mujer desnuda más voluminosa que Ago había visto en la vida, y su nariz, nada más olerla, desistió de su mal comportamiento. «Ya lo entiendo —declaró la giganta, que atendía al nombre de La Matterassina—, te crees que te gustan flacas, pero la verdad es que te tira la carne.» Se volvió hacia su huesuda compañera de trabajo y le dijo, sin rodeos, que se esfumara; tras lo cual, de improviso, la nariz de Ago reventó de nuevo. «¡Madre de Dios! —exclamó la giganta—. O sea, que detrás de tanto terror eres un cabrón insaciable. No te darás por satisfecho a menos que nos tengas a las dos.»

A partir de ese momento, Ago fue imparable, e incluso Machia no pudo por menos de aplaudirle. «Quien despacio empieza con fuerza acaba —dijo en tono aprobatorio—. Para ser tan poca cosa, tienes instinto de campeón.»

Cuando Ago contaba veinticuatro años, su amor por la ciudad se vio puesto a prueba como nunca antes. La familia Médicis fue expulsada, los burdeles se clausuraron, y el hedor de la mojegatería religiosa impregnó el aire. Fue la época en que accedió al poder la secta de los Plañideros, unos fanáticos de miras estrechas sobre quienes Ago diría a Il Machia, en voz queda, que por muy florentinos de nacimiento que fueran, cuando el agua bautismal tocó sus cabezas, debió de hervir antes de ungirlos, porque todos estaban que ardían por el fuego del infierno. «Demonio nos envió a estos demonios para prevenirnos contra el demonismo —dijo el día que las prolongadas tinieblas llegaron a su fin—. Y hemos padecido esta plaga cuatro endemoniados años.

La sotana de la santidad cubre la bragueta del mal, una y. otra vez.»

El día que dijo esto ya no necesitaba hablar en susurros, porque su adorada ciudad natal acababa de renacer, corno la legendaria ave fénix, gracias a un fuego purificador. El Plañidero Mayor, el monje Girolamo que había convertido en un infierno la vida de todos, se asaba tan ricamente en medio de la Piazza della Signoria, justo en el lugar donde su lacrimosa panda había intentado convertir la belleza en ceniza varios años antes, arrastrando cuadros y adornos femeninos e incluso espejos hasta allí y prendiéndolos, en la errónea idea de que era posible destruir la atracción de los seres humanos por lo atractivo, e incluso la Vanidad misma, en el fuego de la hipocresía. «Arde, capullo de mierda —gritó Ago, brincando en torno al monje en llamas de una manera poco acorde con su inminente y serio empleo de tenedor de libros municipal—. ¡De aquella hoguera sacamos la idea para esta otra!» El hedor almizcleño de la carne chamuscada de Giro—lamo Savonarola no le agrió el humor a Ago. Tenía veintiocho años, y volvían a abrirse los burdeles.

* * *

«Mercatrice, meretrice.» La ciudad de los ricos comerciantes era también, según la tradición, una ciudad de fabulosas ramera. Ahora que había terminado el tiempo de los Plañideros, se reafirmó la verdadera naturaleza de esa ciudad de sensualistas libidinosos. El mundo prostibulario volvió con fuerza. El gran burdel de Macciana, en el centro de la ciudad, cerca del Mercato Vecchio y el Battistero, retiró sus postigos y ofreció descuentos a corto plazo para reinstaurar su preeminencia, y en la Piazza del Frascato, en el centro del burdel, reaparecieron los osos bailarines y los enanos malabaristas, los monos vestidos de uniforme adiestrados para «morir por la patria» y las cotorras que recordaban los nombres de los clientes del burdel y los vociferaban para dar la bienvenida a sus dueños cuando aparecían. Y también regresaron las mujeres, claro está, las desenfrenadas putas esclavas, las melancólicas fulanas polacas, las escandalosas meretrices romanas, las gruesas furcias alemanas, las mercenarias suizas, tan feroces en la cama como sus equivalentes masculinos en el campo de batalla, y las lugareñas, que eran las mejores de todas. Ago no creía en los viajes, ni siquiera en la cama. Volvió a encontrar a sus chicas preferidas, a las dos, buena mercancía toscana; y además de la tal Escándalo y su colega La Matterassina, se aficionó a cierta Beatrice Pisana, que adoptó el nombre de Pantasilea, la reina de las Amazonas, porque había nacido con un solo pecho que, en compensación, era el pecho más hermoso de la ciudad, o lo que es lo mismo, por lo que se refería a Ago, de todo el mundo conocido.

Al declinar la luz del día y apagarse el fuego en la Piazza, bien cumplida ya su misión, empezó a sonar la música en la Macciana y la zona de placer rival, el Chiasso de' Buoi o Callejón de las Va cas, y bendijo a la ciudad como un ángel proclamando el renace de la alegría. Esa noche Ago e Il Machia decidieron celebrarlo una gran noche que también sería la última noche de su juventud desenfadada, porque, mientras Savonarola ardía aún, el nuevo Consejo de los Ochenta, ahora al frente de la ciudad, había emplazado a Niccoló en el Palazzo y lo había nombrado secreta rio de la Segunda Cancillería, responsable de los asuntos extranjeros de la República de Florencia.

Niccoló anunció a Ago inmediatamente que le daría también un empleo.

—¿Por qué a mí? —preguntó Ago—. Odio a los putos extranjeros

—En primer lugar, *furbo* —contestó Il Machia—, porque yo m dedicaré a joder con las extranjeras y te dejaré a ti el tedioso papeleo. En segundo lugar, porque tú eres quien profetizó esto, as que no te quejes ahora que tu sueño se hace realidad.

—Joder, *bugiarone*, eres un verdadero gilipollas —dijo Ago, disgustado, y, groseramente, le hizo una higa a su amigo con 1 mano izquierda, sacando el pulgar por entre los dedos índice medio—. Vamos a celebrar mi clarividencia con unas copas.

Un *furbo* era un individuo con astucia callejera. Un *bugiarone* era un término menos halagüeño y, en el caso de Niccoló, también un apelativo menos certero. La realidad seguía siendo que ni Ago ni Il Macchia eran sodomitas, o no muy a menudo, pe esa noche, mientras los Plañideros huían para salvar la vida o, no huían lo bastante deprisa, eran ahorcados en callejones y establos, la verdadera Florencia surgía de sus escondrijos, y eso sigficaba que los hombres volvían a cogerse de la mano casi e cualquier rincón donde uno posara la vista.

—Por fin ya no hace falta que Buonaccorsi y Di Romolo escondan su amor —dijo Il Machia—. A propósito, creo que también voy a contratarlos a ellos, para que puedas verlos en acción en la oficina mientras yo estoy fuera en misión oficial.

—A mí esos dos maniacos sexuales no pueden enseñarme nada que no haya visto ya —repuso Ago—, y eso incluye las do patéticas ciruelas que esconden en los calzones.

Renuevo, regeneración, renacimiento. En la iglesia parroquial de Ago en Ognissanti, edificio en el que solo entraba de buen grado cuando corría la voz de que alguna gran cortesana acudía allí a exhibir sus encantos, la feligresía juraba que toda esa noche la severa Madonna de Giotto había lucido una sonrisa en la cara. Y al atardecer de aquel día, frente a la iglesia de

Orsanmichele, donde rezaban otra vez las más célebres cortesanas, de nuevo ataviadas con sus mejores galas milanesas y las joyas de sus protectores, se acercó a Niccoló y Ago una *ruffiana*, Giulietta Veronese, la representante enana y, según algunos, también la amante sálica de la más renombrada dama de la noche de toda Florencia, Alessandra Fiorentina. La Veronese los invitó a la *soirée* con motivo de la reinauguración de la Casa de Marte, el principal salón de la ciudad, así llamado por la estatua perdida del dios de la guerra que se alzaba antes en la margen del río, hasta que las aguas desbordadas del Arno se la llevaron. La casa estaba en la orilla norte, cerca del Puente de las Gracias. Esta invitación fue un acontecimiento extraordinario. La red de informadores de La Fiorentina era sin lugar a dudas excelente y rápida, pero aun si había llegado ya a sus oídos el nombramiento de Il Machia, el rango de secretario de la Segunda Cancillería no merecía ni mucho menos su inclusión entre tan selecta y exclusiva compañía, y en cuanto a arrastrar consigo a Ago Vespucci, más insignificante todavía, era un privilegio sin precedentes.

Habían visto el retrato de Alessandra, cómo no; habían babeado ante su imagen en un volumen de miniaturas, con aquella larga melena rubia que evocaba a la difunta Simonetta, tras cuya muerte su desquiciado marido, Marco el Cornudo, había suplicado en vano acceso al salón de La Fiorentina. Este había contratado al principal agente *mezzano* de la ciudad para negociar con la *ruffiana* de Alessandra. El agente había escrito cartas de amor en nombre de Marco el Cornudo, y cantado serenatas bajo la ventana de Alessandra al anochecer, e incluso encargado un soneto de Petrarca escrito en caligrafía dorada a modo de regalo especial de Reyes. La puerta del salón permaneció cerrada a cal y canto para él. «Mi señora —dijo Giulietta Veronese al *mezzano* no está interesada en ser la fantasía necrófila de un cornudo majara. Decid a vuestro señor que haga un agujero en un retrato de su difunta esposa y fornicar con él.»

Una semana después de este rechazo definitivo Marco Vespucci se ahorcó. Su cuerpo quedó suspendido del Puente de las Gracias, pero Alessandra Fiorentina no llegó a verlo. Se hizo largas trenzas doradas junto a la ventana y fue como si Marco el Necio de Amor fuera invisible, porque Alessandra había perfeccionado hacía mucho el arte de ver solo lo que le apetecía ver, que era una habilidad esencial si uno aspiraba a ser amo del mundo y no su víctima. Viendo, construía la ciudad. Si ella no lo veía a uno, uno no existía. Marco Vespucci, que murió invisiblemente frente a su ventana, murió una segunda muerte bajo su mirada borradora.

En cierta ocasión, una década atrás, Niccoló y Ago habían venerado a Alessandra en el esplendor de su juventud mientras reposaba en un balcón

abierto, contemplando el Arno e inclinada hacia delante sobre un cojín de terciopelo rojo para que el mundo entero pudiera admirar su noble *décolletage*, fingiendo en todo momento leer un libro que probablemente era el *Decamerón* de Boccaccio. Los años de puritanismo no parecían haber hecho mella en su belleza ni su posición. Ahora tenía su propio palazzo, era la reina de la llamada Casa de Marte, y esa velada recibiría en el *piano nobile*.

—La plebe —dijo Giulietta Veronese— puede entretenerse en el casino de la planta baja.

Durante los nueve años de gobierno plañidero, Giulietta la enana se había visto obligada a malvivir con lo poco que ganaba haciendo de peluquera, adivina y preparadora de filtros amorosos. Se rumoreaba que había profanado tumbas y robado cordones umbilicales de recién nacidos muertos, y cortado los hímenes de vírgenes muertas, y sacado los ojos de las cuencas de los muertos, para usarlos en sus nefarios sortilegios. Ago quiso decirle que ella no era quién para andar hablando de la puta plebe, pero Il Machia lo pellizcó justo a tiempo, con fuerza suficiente para inducirlo a olvidar lo que tenía ya en la punta de la lengua y decidir, en cambio, matar a Niccoló Machiavelli. También esto lo olvidó pronto, porque la arpía Veronese les daba instrucciones.

—Traedle poesía. La poesía es lo que le gusta, no las flores. Ya tiene flores de sobra. Traedle lo último de Sannazaro o *Cecco* d'Ascoli, o aprendeos bien uno de los madrigales de Parabosco y ofreceos a cantárselo. Es una mujer temible. Si cantáis mal, os abofeteará. No la aburráis, o alguno de sus caballeros predilectos puede tiraros por la ventana como un juguete del que se ha cansado. No la importunéis, o su protector ordenará que os claven un puñal en el corazón en alguna callejuela antes de que lleguéis a casa mañana. Se os invita solo por una razón. No invadáis el territorio que no os corresponde pisar.

—¿Por qué se nos invita, pues? —preguntó Il Machia.

—Ella os lo dirá —respondió la bruja Veronese con desdén—, si le viene en gana.

* * *

Akbar el Grande fue informado del rápido ascenso de las trabajadoras del sexo conocidas como Esqueleto y Colchón, que habían pasado de fulanas de medio pelo en la puerta de Hatyapul a cortesanas de pleno derecho con una villa en propiedad a orillas del lago. «La gente ve su éxito como señal del predicamento alcanzado por el favorito de las damas, el extranjero Vespucci, que prefiere el conflictivo título de Mogor dell' Amore —le dijo Abul Fazl—. En cuanto a la procedencia del capital necesario para acometer tal empresa,

no podemos más que especular.» Omar el Ayyar, por su lado, confirmó la popularidad de la llamada Casa de Skanda, nombre que le venía de la diosa de la guerra hindú, «porque —se decía en las mansiones de los nobles de la Baja Sikri— cuando uno lidia con esas damas, es más como librar una batalla que como hacer el amor». Omar contó que el genio musical de la corte, Tansen, había llegado al extremo de crear un raag en honor de las dos cortesanas, el raag deepak, llamado así porque cuando lo interpretó por primera vez en la Casa de Skanda, la magia de la melodía encendió las llamas de candiles apagados.

En sueños, el propio emperador visitó el burdel, que en el país de la noche se hallaba en las márgenes de un río extranjero desconocido y no a orillas de su propio lago. Era obvio que Mogor dell'Amore también se hallaba sumido en una ensoñación, porque era él quien, en su relato, había trasladado a las dos ramera al Arno en la otra punta del mundo. «Todos los hombres mienten sobre las ramera», pensó Akbar, y lo perdonó. Tenía cosas más serias de que preocuparse.

Soñar con la búsqueda del amor era señal inequívoca de que se había perdido un amor, y el emperador, al despertar, se sintió perturbado. La noche siguiente fue en busca de Jodha y la poseyó con una furia que había estado ausente en sus apareamientos desde su retorno de las guerras. Cuando él se marchó a escuchar la historia del extranjero, ella se preguntó si esa pasión desenfrenada era una señal de su regreso o un gesto de despedida.

* * *

—Para que una mujer complazca a un hombre —dijo el emperadores necesario que sepa cantar. Debe tocar instrumentos musicales, y bailan y hacer estas tres cosas cuando se le pida: cantar, bailar y tocar una flauta o tañer una cuerda para arrancarle una melodía. Debe escribir bien, dibujar bien, ser experta en la realización de tatuajes, y estar dispuesta a tatuarse en la parte del cuerpo que el hombre elija. Debe conocer el lenguaje de las flores cuando decora camas o canapés, o incluso cuando decora la tierra: el cerezo representa la lealtad; el narciso, la alegría; el loto, la pureza y la verdad. El sauce es la mujer y la peonia el hombre. Los capullos de granada traen la fertilidad; las aceitunas traen honor, y las piñas propician la longevidad y la riqueza. La campanilla debe evitarse siempre porque remite a la muerte.

En el harén del emperador, las concubinas vivían encerradas en cubículos de piedra roja, suavizados por gruesos cojines. En torno a un patio central, bajo una marquesina de espejuelos que protegía al harén del sol y las miradas indebidadas, los cubículos formaban apretadas filas, como un ejército del amor, o como ganado. Un día se concedió a Mogor el privilegio de acompañar a Akbar a este mundo oculto. Lo seguía un esbelto eunuco de cuerpo impoluto, sin un solo pelo que lo desluciera. Era Omar el Ayyar; no tenía cejas, su cabeza resplandecía como un yelmo, su piel era tersa y suave. Era imposible calcularle la edad, pero

Mogor intuyó al instante que ese muchacho mórbido mataría a un hombre sin el menor reparo, decapitaría a su mejor amigo, si así lo deseara el emperador. Las mujeres del harén giraban en torno a ellos con un movimiento que recordó a Mogor la trayectoria de los astros, los bucles y remolinos de los cuerpos celestes desplazándose —¡sí!— en torno al sol. Habló al emperador del nuevo modelo heliocéntrico del universo, en voz baja, porque era un concepto que en su tierra aún podía llevar a un hombre a la hoguera acusado de herejía. No era algo que comentar a voces, aun cuando allí, en el harén del Gran Mogol, el Papa difícilmente lo oiría.

Akbar se echó a reír.

—Eso se sabe desde hace cientos de años. Por lo que se ve, vuestra re—nacida Europa está muy atrasada; es como un niño que tira un sonajero desde su moisés porque no quiere que el sonajero haga ruido.

Mogor aceptó el correctivo y cambió de tema.

—Solo pretendía decir que Vuestra Majestad es el sol y estos vuestros satélites —aclaró.

El emperador le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Al menos en el terreno de la adulación sí podéis enseñarnos un par de cosas. Le diremos a nuestro campeón de aduladores, Bhakti RamJain, que venga para que le deis alguna que otra idea.

En silencio, despacio, como criaturas de la imaginación en un sueño, las concubinas trazaban círculos y se cimbreaban. Agitaban el aire en torno al emperador creando un caldo mágico sazonado con las especias de la excitación. No había prisa. El emperador reinaba sobre todas las cosas. El mismísimo tiempo podía dilatarse y detenerse. Tenían todo el tiempo del mundo.

—En las artes del tintado, el teñido, la coloración y el pintado de sus dientes, su ropa, sus uñas y su cuerpo, una mujer debe ser incomparable —dijo el emperador con la voz empañada por efecto de la concupiscencia.

Les sirvieron vino en jarras de cristal dorado, y él bebió a tragos grandes e imprudentes. Trajeron una pipa y al cabo de un momento tenía humo de opio en las pupilas. Ahora las concubinas estaban más cerca, estrechaban el círculo, rozaban ya sus cuerpos, el del emperador y el de su huésped. En compañía del emperador, uno era emperador por un día. Sus privilegios se convertían en los de uno mismo.

—Una mujer debe saber producir música con copas llenas en distinta medida de diversos líquidos prosiguió el emperador, arrastrando las palabras—. Debe saber colocar cristales de colores en un suelo. Debe saber hacer, adornar y colgar una pintura; confeccionar un collar, un rosario, una guirnalda o una corona de flores; y almacenar o recoger agua en un acueducto o cisterna. Debe entender de fragancias. Y de ornamentos para la oreja. Y debe saber actuar, y ofrecer espectáculos teatrales, y debe usar las manos con agilidad y seguridad, y saber guisar y preparar limonada o sorbetes, y enjoyarse, y enrollar el turbante de un hombre.

Y, naturalmente, debe saber magia. Una mujer que sepa estas pocas cosas está casi a la altura de un hombre zafio e ignorante.

Las concubinas se habían fundido en una única Mujer sobrenatural, una Concubina compuesta, y Esta rodeaba a los dos hombres por los cuatro costados, asediándolos con su amor. El eunuco se había escabullido del círculo de los planetas del deseo. La única mujer de múltiples brazos e infinitas posibilidades, la Concubina, acalló sus lenguas, tocando la dureza de ellos con su blandura. Mogor se abandonó a ella. Pensó en otras mujeres de lugares y tiempos lejanos, en Simonetta Vespucci y Alessandra Fiorentina, y en la mujer cuya historia había ido a contar a Sikri. También ellas formaban parte de la Concubina.

—En mi ciudad —dijo mucho más tarde, reclinándose en los cojines, entre la melancolía de las mujeres después del amor—, una mujer de buena cuna debe ser prudente y casta, y no debe dar pie a habladurías. Dicha mujer tiene que ser recatada y serena, sincera y benévola. Cuando baila, no debe hacer movimientos enérgicos, y cuando toca un instrumento, debe evitar la estridencia del metal y la percusión del tambor. Debe usar afeites discretos y peinados sencillos.

El emperador, pese a estar casi traspuesto, dejó escapar un resoplido de aversión.

—Siendo así, vuestros hombres de buena cuna deben de morir de aburrimiento —declaró.

—Ah, pero la cortesana —añadió Mogor— cumple todos vuestros ideales, excepto, seguramente, eso de los cristales de colores.

—Nunca bagáis el amor con una mujer poco ducha con los cristales de colores —dijo solemnemente el emperador, sin dar la menor señal de intención jocosa—. Esa mujer es una arpía ignorante.

* * *

Esa fue la noche que Agostino Vespucci se enamoró por vez primera, y comprendió que también la adoración era un viaje, que, por decidido que estuviera a no salir de su ciudad natal, estaba condenado, como todos sus amigos libres de ataduras, a recorrer caminos que desconocía, los senderos del corazón que lo obligarían a entrar en lugares peligrosos, a enfrentarse con demonios y dragones, y a arriesgarse a perder no solo la vida, sino también el alma. A través de una puerta indolentemente abierta, alcanzó a ver a La Fiorentina en su sanctasanctorum, reclinada en un diván dorado en medio de un corrillo de hombres, lo más granado de la ciudad, y permitiendo indolentemente a su protector, Francesco del Nero, besarle el pecho izquierdo mientras un perrito faldero blanco y peludo le lamía el pezón derecho, y en ese instante quedó prendado, y supo que era la única mujer que existía para él.

Francesco del Nero era pariente de Il Machia y quizá por eso los habían invitado, pero eso a Ago, a la sazón, le daba igual; habría estrangulado a aquel canalla allí mismo, sí, y también al puto perrito. Para conquistar a La Fiorentina tendría que vencer a muchos rivales como ese, sí, y también labrarse una fortuna, y al desplegarse ante él el camino de su futuro como una alfombra, sintió que se le escapaba el desenfado de la juventud. En su lugar nació una nueva determinación, tan afilada y bien templada como cualquier acero toledano.

—Será mía —musitó a Il Machia, y su amigo lo encontró gracioso.

—El día que me elijan Papa, Alessandra Fiorentina te invitará a su cama. Mírate. No eres un hombre del que vayan a enamorarse mujeres hermosas. Eres un hombre que les hace recados y en el que se limpian los pies.

—Vete al infierno —repuso Ago—. Es tu cruz ver el puto mundo con demasiada claridad, y sin una pizca de benevolencia, y encima eres incapaz de callártelo, tienes que soltarlo, y los sentimientos de los demás te traen al fresco. ¿Por qué no vas y masturbas a una cabra enferma?

Como para admitir que se había pasado de la raya, Il Machia enarcó aquellas cejas suyas, semejantes a alas de murciélago, y besó a su amigo en las mejillas.

—Discúlpame —dijo contrito—. Tienes toda la razón. Un joven de veintiocho años que no es especialmente alto, que ya está quedándose calvo, cuyo cuerpo es una colección de blandas almohadas embutidas en una funda que es un poco demasiado pequeña para contenerlas, que no recuerda ningún verso salvo los soeces y cuya lengua es sinónimo de obscenidad... ese es precisamente el individuo que separará las piernas de la reina Alessandra.

Ago movió la cabeza en un gesto de disgusto.

—Para que veas lo capullo que soy: No solo quiero su carne; quiero también su puto corazón.

En el salón de techos altos de Alessandra Fiorentina, bajo una bóveda decorada con frescos de querubines voladores en un cielo azul atentos al colchón de nubes donde Ares y Afrodita hacían el amor, escuchando la música celestial del alemán Heinrich Zink, el mayor intérprete de *cornetto curvo* de toda Italia, Ago Vespucci se sintió como si un rayo de sol lo hubiese iluminado en plena noche, y se convirtió de nuevo en aquel muchacho virgen que años atrás, sentado en la cama de una ramera flaca, muerto de miedo, le leía los versos de los grandes poetas del momento y que, cuando ella decidió ir al grano, se sonrojó y rompió a estornudar. A La Fiorentina no se la veía por ningún lado y en su ausencia él permaneció inmóvil con el sombrero en la mano junto a una pequeña fuente, incapaz de unirse a la orgía que se desarrollaba alrededor. Il

Machia lo abandonó durante un rato y se adentró en un bosque *trompe-l'oeil* con un par de dríadas desnudas. A Ago le pesaba el cuerpo. Era un fantasma en un banquete. Era el único hombre vivo en una casa de espectros orgiásticos. Se sentía torpe, triste y solo.

Esa noche no durmió nadie en la ciudad renacida. La música henchía el aire, y las calles, las tabernas, las casas de mala fama, y también las de buena reputación, los mercados, los conventos, todo rebosaba amor. Las estatuas de los dioses bajaron de sus hornacinas adornadas con flores y se sumaron al jolgorio, arrimando su desnudez marmórea y fría a la carne humana caliente. Incluso los animales y las aves captaron la idea y se entregaron a ella con fruición. Las ratas copulaban en las sombras de los puentes, y los murciélagos en sus campanarios hacían lo que sea que les guste hacer a los murciélagos. Un hombre corría por las calles desnudo y tañía una alegre campanilla. «Secaos los ojos y desabotonaos las calzas —vociferaba—, pues el tiempo de las lágrimas ha terminado.» En la Casa de Marte, Ago Vespucci oyó a lo lejos el repiqueteo de la campanilla y lo invadió un temor inexplicable. Al cabo de un momento comprendió que era el miedo de ver escapársele la vida, de ver escurrírsele la vida entre los dedos mientras estaba allí, paralizado y solo. Sintió como si veinte años pudieran pasar en ese instante, corno si la música pudiera transportarlo lejos de allí, arrastrarlo contra su voluntad a un futuro de parálisis y fracaso, cuando el propio tiempo se detendría por completo, aplastado bajo el peso de su dolor.

Entonces, por fin, la *ruffiana* Giulietta Veronese le hizo una seña.

—Eres un fulano con suerte. Pese a que ha tenido una noche extraordinaria, una noche magnífica, La Fiorentina dice que te verá ahora, y también a ese amigo tuyo obsesionado con el sexo.

Ago Vespucci irrumpió con un grito en la alcoba del bosque pintado, apartó a Il Machia a rastras de sus dríadas, le lanzó su ropa y tiró de él, aún a medio vestir, hacia la cámara encantada donde aguardaba Alessandra la Bella.

En el sanctasanctórum de la gran cortesana, los próceres de la ciudad, saciados, en *déshabillé*, dormían en canapés de terciopelo, posadas laxamente las extremidades sobre los cuerpos yacentes de hetairas desnudas, la troupe juvenil de Alessandra, su número telonero, que habían bailado desnudas para los dignatarios hasta que estos olvidaron su dignidad y se transformaron en lobos aulladores. Sin embargo, el lecho de La Fiorentina estaba vacío, sus sábanas inmaculadas, y a Ago el corazón le dio un pequeño brinco de absurda esperanza. «No tiene amante. Te espera.» Pero la radiante Alessandra no pensaba en el sexo. Yacía perezosamente en su lecho intacto comiendo uvas de un cuenco, sin más indumentaria que su cabello dorado, y apenas dio señales

de haber advertido la entrada de ambos en el tocador en compañía de la enana, su perro guardián. Inmóviles, esperaron. Al cabo de un momento, ella habló, en voz queda, como si se contase a sí misma un cuento para dormir.

—En un origen —dijo distraídamente— eran tres amigos, Niccoló il Machia, Agostino Vespucci y Antonino Argalia. El mundo de su infancia era un bosque mágico. De pronto, la peste se llevó a los padres de Nino. Él partió en busca de fortuna y los otros nunca más lo vieron.

Al oír estas palabras, ambos olvidaron el presente y se sumieron en el recuerdo. La propia madre de Niccoló, Bartolomea de'Nelli, que curaba las enfermedades con la ayuda de las gachas, había muerto repentinamente no mucho después de marcharse a Génova el huérfano Argalia, a sus nueve años, en busca de empleo en la milicia armada de arcabuces bajo el mando del *condottiere* Andrea Doria. El padre de Niccolò, Bernardo, hizo cuanto estuvo en sus manos para improvisar un remedio a base de polenta, pero Bartolomea murió de todos modos, ardiendo de fiebre y tiritando, y Bernardo ya nunca volvió a ser el mismo. Ahora estaba siempre en la casa solariega de Percussina, ganándose la vida a duras penas y maldiciéndose por carecer de la destreza culinaria que habría salvado la vida de su esposa. «Si hubiese prestado más atención —se lamentaba un centenar de veces al día—, habría aprendido la receta. En lugar de eso, no hice más que cubrir su pobre cuerpo con un pringue caliente e inútil, y ella me dejó, asqueada.» Y mientras Il Machia pensaba en su madre muerta y su padre arruinado, Ago recordaba el día que Argalia los abandonó con el aspecto de un vagabundo desposeído, sus pertenencias en un hatillo colgado de un palo que llevaba al hombro.

—El día que se fue —dijo en voz alta— fue el día que dejamos de ser niños.

Pero no era eso lo que pensaba, o al menos no todo. «Y fue el día que encontramos la raíz de mandrágora», añadió en silencio, y una fantasía comenzó a cobrar forma en su cabeza, un plan que convertiría a Alessandra Fiorentina de por vida en su esclava de amor.

Su distracción irritó a Alessandra, pero tan digna era que no lo exteriorizó.

—Sois un par de inútiles sin sangre en las venas —los reprendió la cortesana sin levantar aquella voz grave, sensual e indiferente—. ¿Es que el nombre de vuestro mejor amigo, el amigo que perdisteis, no significa nada para vosotros, pese a que no habéis sabido de él en diecinueve años?

Ago Vespucci, cohibido, no pudo contestar, pero diecinueve años eran en verdad mucho tiempo. Habían querido a Argalia y lo habían perdido, y durante meses, incluso años, esperaron noticias suyas. Al final, dejaron de

mencionarlo, convencidos, cada uno por su lado, de que el silencio de Argalia debía interpretarse como que su amigo había muerto. Ninguno de los dos deseaba afrontar esa verdad. Por tanto, ocultaron a Argalia dentro de sí mismos, ya que mientras fuera un tema tabú, tal vez seguiría vivo. Pero crecieron y Argalia se perdió dentro de ellos, se desvaneció, y pasó a ser solo un nombre no pronunciado. Era difícil traerlo de nuevo a la vida.

En un origen eran tres amigos, y cada uno se fue por su camino. Ago, que detestaba viajar, estaba destinado a recorrer el pedregoso sendero del amor. Il Machia era mucho más deseable que él, pero le interesaba sobre todo la búsqueda del poder, que era un afrodisíaco más eficaz que cualquier raíz mágica. Y Argalia, Argalia se había perdido en el firmamento, era su estrella fugaz . .

—¿Es una mala noticia? —preguntaba Niccoló a Alessandra—. Perdonadnos. Hemos temido este momento durante casi toda nuestra vida.

Alessandra señaló una puerta lateral.

—Acompáñalos hasta ella —dijo a Giulietta Veronese—. Ahora estoy demasiado cansada para contestar a cualquiera de esas preguntas.

Dicho esto, se abandonó al sueño, apoyando la cabeza en el brazo derecho extendido, y de su nariz perfecta surgió el más leve asomo de ronquido.

—Ya la habéis oído —dijo sin miramientos Giulietta la enana—. Es hora de marcharse. —A continuación, ablandándose un poco, añadió—: Aquí recibiréis todas vuestras respuestas.

Detrás de la puerta había otra alcoba, pero allí la mujer no estaba ni desnuda ni yacente. La iluminación era exigua —una única vela ardía con llama débil en el candelero sujeto a la pared—, y cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vieron, de pie ante ellos, a una odalisca de porte regio y cintura descubierta, las manos cruzadas ante el pecho, luciendo un corpiño ceñido y holgados bombachos.

—La muy estúpida —dijo Giulietta Veronese—, quizá se cree que está aún en el harén otomano y no se ha hecho todavía a la realidad. —Se acercó a la odalisca, que casi le doblaba la estatura, y le gritó desde, aproximadamente, la altura del ombligo—. ¡Te capturaron los piratas! ¡Piratas! Hace ya dos semanas... *il y a déjà deux semaines...* ¡Te vendieron en un mercado de esclavos de Venecia! *Un marché des esclaves!* ¿Oyes lo que te digo! —Se volvió hacia Ago e Il Machia—. Su amo nos la ofrece a prueba, y aún no nos hemos decidido. Está de muy buen ver, eso desde luego, los pechos, el culo... por ese lado, bien —en este punto la enana acarició a la mujer inmóvil lascivamente—, pero anda que no es rara.

—¿Cómo se llama? —preguntó Ago—. ¿Por qué le hablas en francés? ¿Por qué da la impresión de que se ha convertido en piedra?

—Hemos oído la historia de una princesa de Francia raptada por el turco —respondió Giulietta Veronese, dando vueltas como un depredador en torno a la muda—. Pero no es más que una leyenda, hemos pensado. Podría ser esta. O podría no serlo. Habla francés, eso está claro. Sin embargo, no atiende a un auténtico nombre. Cuando le preguntas cómo se llama, dice: «Soy el palacio de la memoria». Preguntadle vosotros mismos. Adelante. ¿Por qué no? ¿Os da miedo?

—*Qui êtes-vous, mademoiselle?* —preguntó II Machia con su voz más amable.

Y la mujer pétrea contestó:

—*Je suis le palais des souvenirs.*

—¿Lo veis? —dijo Giulietta con un graznido triunfal—. Como si ya no fuera una persona. Como si fuera más bien un lugar.

—¿Qué tiene ella que ver con Argalia? —quiso saber Ago. La odalisca se agitó, como si se dispusiera a hablar, pero enseguida se quedó inmóvil otra vez.

—La cosa fue así —explicó Giulietta Veronese—. Cuando llegó aquí, no hablaba ni una palabra. Un palacio con todas las puertas y ventanas cerradas, eso era. Un día la señora dijo: «¿Sabes dónde estás?». Yo lo repetí, obviamente, *est-ce que tu sais où tu es*, y cuando la señora añadió: «Estás en la ciudad de Florencia», fue como girar una llave. «Hay una habitación en este palacio que contiene ese nombre», dijo, y empezó a hacer movimientos leves e incomprensibles con el cuerpo, como una persona que camina sin avanzar, como si fuera a algún sitio en su cabeza. Y entonces dijo lo que empujó a mi señora a mandarme en busca vuestra.

—¿Qué dijo? —preguntó Ago.

—Escuchadlo con vuestros propios oídos —contestó Giulietta Veronese. Acto seguido, volviéndose hacia la misteriosa mujer, dijo—: *Qu'est-ce que tu connais de Florence? Qu'est-ce que se trouve dans cette chambre du palais?*

Al instante la esclava empezó a moverse, como si recorriera pasillos, doblara recodos, cruzara puertas, sin abandonar el lugar donde estaba. Finalmente, habló.

—En un origen —dijo en perfecto italiano— eran tres amigos, Niccoló il Machia, Agostino Vespucci y Antonino Argalia. El mundo de su infancia era un bosque mágico.

Ago empezó a temblar.

—¿Eso cómo lo sabe? ¿Cómo puede haberse enterado? —preguntó, atónito.

Pero Il Machia había adivinado la respuesta. Parte de ella se hallaba en los libros de la pequeña y muy preciada biblioteca de su padre. (Bernardo no era un hombre rico y adquirir libros siempre representaba un esfuerzo, de manera que la decisión de comprar un volumen no la tomaba a la ligera.) Al lado del libro preferido de Niccoló, el *Ab Urbe Condita* de Tito Livio, estaba *De Oratore* de Cicerón, y al lado de este se encontraba la *Rhetorica ad Herennium*, un delgado volumen de autor anónimo.

—Según Cicerón —dijo Niccoló, recordando—, esta técnica la inventó un griego, Simónides de Ceos, que acababa de abandonar una cena con gran concurrencia de hombres importantes cuando se derrumbó el techo y todos perecieron. Cuando le preguntaron quién había allí presente, logró identificar a todos los muertos recordando el lugar que ocupaban a la mesa.

—¿Qué técnica? —preguntó Ago.

—En la *Rhetorica* se llama igual, el palacio de la memoria —contestó Il Machia—. Construyes un edificio en tu cabeza, aprendes a orientarte en él, y entonces empiezas a asignar recuerdos a sus distintos elementos: los muebles, los adornos, lo que quieras. Si asignas un recuerdo a un espacio concreto, puedes recordar un sinfín de cosas paseándote por allí en tu cabeza.

—Pero esta mujer se considera a sí misma el palacio —objetó Ago—. Como si su propia persona física fuera el edificio al que se han asignado esos recuerdos.

—Eso significa que alguien se ha tomado muchas molestias —comentó Il Machia— para construir un palacio de la memoria del tamaño de todo un cerebro humano. A esta joven le han extraído sus propios recuerdos, o los han relegado a un alto desván del palacio de la memoria erigido en su mente, y se ha transformado en depositaria de todo lo que su amo necesitaba recordar. ¿Qué sabernos de la corte otomana? Quizá esta sea una práctica corriente entre los turcos, o tal vez haya sido el capricho tiránico de un potentado concreto, o de uno de sus favoritos. Supongamos que nuestro amigo Argalia fue ese favorito, supongamos que él mismo fue el arquitecto, al menos de esta cámara concreta del palacio de la memoria, o supongamos, incluso, que el arquitecto fue alguien que lo conocía bien. En cualquier caso, debemos concluir que ese amado compañero de nuestra juventud está todavía, o lo ha estado hasta fecha reciente, vivo y coleando.

—Mirad —dijo Ago—, se dispone a hablar de nuevo.

—Hubo una vez un príncipe llamado Arcalia —anunció el palacio de la memoria—. Un gran guerrero que poseía armas hechizadas y en cuyo séquito había cuatro gigantes aterradores. Era además el hombre más apuesto del mundo.

—Arcalia o Argalia —dijo Il Machia, ahora muy alterado—. Ese podría ser sin duda nuestro amigo.

—Arcalia el Turco —continuó el palacio de la memoria—. Portador de la Lanza Hechizada.

Ese redomado canalla —dijo Ago Vespucci con admiración—. Hizo lo que dijo que haría. Se pasó al otro bando.

EN EL CAMINO A GÉNOVA HABÍA UNA POSADA VACÍA

En el camino a Génova había una posada vacía con las ventanas a oscuras y las puertas abiertas, abandonada por el posadero, su mujer, sus hijos y todos los huéspedes a causa del Gigante Muerto a Medias, que recientemente se había instalado en el piso de arriba. Según Nino Argalia, de quien trataba este cuento, el gigante estaba muerto a medias porque si bien estaba muerto del todo durante el día, de noche cobraba temible vida. «Si te quedas allí una noche, ten por seguro que te engullirá», advirtieron los vecinos al pequeño Argalia cuando pasó por delante; pero Argalia no tuvo miedo y entró y, sin compañía de nadie, se echó al colete una opípara comida. Cuando el gigante cobró vida esa noche, vio a Argalia y exclamó:

—¡Ajá! ¡Un tentempié! ¡Excelente!

Pero Argalia contestó:

—Si me comes, nunca conocerás mi secreto.

El gigante, que era curioso, y también tonto, como suele ocurrir con los gigantes, dijo:

—Cuéntame tu secreto, mi pequeño tentempié, y te prometo que no te comeré hasta que acabes.

Argalia hizo una profunda reverencia y empezó.

—Mi secreto está en lo alto de esa chimenea, y el que llegue arriba primero será el niño más rico del mundo.

—O el gigante —matizó el gigante Muerto a Medias.

—O el gigante —asintió Argalia, no muy convencido—. Pero siendo tan enorme como eres, no cabrás.

—¿Es muy grande el tesoro? —preguntó el gigante.

—El más grande del mundo —contestó Argalia—. Por eso el sabio príncipe que lo amasó decidió esconderlo en la chimenea de una modesta posada, porque nadie sospecharía que tan magnífico monarca recurriría a un escondrijo así de absurdo.

—Los príncipes son bobos —dijo el Gigante Muerto a Medias.

—A diferencia de los gigantes —añadió Argalia, pensativamente.

—Exacto —dijo el gigante, y apretujándose, intentó subir por la chimenea.

—Eres demasiado grande —observó Argalia con un suspiro—. Tal como me temía. Lástima.

—¡Por todos los dioses, aún no he acabado! —exclamó el gigante, y se arrancó un brazo—. Ahora ya no soy tan ancho, ¿verdad que no? —dijo, pero ni por esas pudo trepar chimenea arriba.

—Quizá si te arrancas el otro —sugirió Argalia, y de inmediato el gigante se desgajó el otro brazo de una dentellada con sus grandes fauces como si fuera una pata de cordero. Pero el muy bestia ni siquiera así redujo su tamaño lo suficiente—. Tengo una idea —dijo Argalia—. ¿Y si mandas la cabeza allá arriba para ver qué se ve?

—Ya no tengo brazos, tentempié —contestó el gigante, pesadoso—. Así, aunque tu idea es excelente, no puedo separarme yo mismo la cabeza.

—Permíteme —respondió Argalia astutamente, y cogiendo una cuchilla de carnicero, se subió de un salto a la mesa y le rebanó el cuello al ogro (¡tenterís, tenterás!) de un único y limpio tajo.

Cuando el posadero, su mujer, su familia y todos los huéspedes (que esa noche habían dormido en una zanja cercana) se enteraron de que Argalia había decapitado al Gigante Muerto a Medias, de modo que ahora estaba enteramente finado, tanto de noche como de día, le preguntaron si podía ayudarlos una vez más y decapitar también al codicioso duque de la cercana localidad de U., que había estado amargándoles la vida.

—Apaños vosotros —repuso Argalia—. Eso no es asunto mío. Yo solo quería una cama tranquila para pasar la noche. Ahora voy a embarcarme con el almirante Andrea Doria para labrar mi fortuna.

Y dicho esto, los dejó con dos palmos de narices y se marchó a cumplir su destino...

La historia era totalmente falsa, pero la falsedad de las historias falsas a veces tenía su utilidad en el mundo real, y eran los relatos de esta clase —versiones improvisadas de la interminable sucesión de historias que había oído de boca de su amigo Ago Vespucci— lo que salvó el cuello al pequeño Nino Argalia cuando lo encontraron oculto bajo una litera en el castillo de proa del buque insignia de la flota de Andrea Doria. La información que tenía estaba desfasada —los franceses habían sido expulsados por la Banda de Oro hacía ya un tiempo—, y cuando se enteró de que Doria se disponía a partir para luchar contra el turco, supo que había llegado el momento de tomar medidas desesperadas. Los ocho trirremes llenos de feroces mercenarios armados hasta los dientes de arcabuces, alfanjes, pistolas, garrotes, dagas, látigos y vocabulario

soez llevaban ya cinco días en la mar cuando el famélico e infeliz polizón fue llevado de la oreja a presencia del gran *condottiere* en persona. Argalia parecía una muñeca de trapo sucia, vestido con andrajos y abrazado a un hatillo de andrajos. Y bien, el caso es que Andrea Doria no era un hombre de buen carácter. No tenía escrúpulos y era capaz de castigos de extrema crueldad. Era tiránico y vanidoso. Su sanguinario ejército de mercenarios se habría sublevado contra él mucho tiempo atrás de no ser porque era un gran comandante, un excelente estratega, y además desconocía el miedo. Era, en suma, un monstruo, y cuando lo contrariaban parecía tan peligroso como cualquier gigante, finado a medias o no.

—Tienes dos minutos —dijo al niño— para darme una razón por la que no debo tirarte por la borda de inmediato.

Argalia lo miró a los ojos.

—Sería poco inteligente por vuestra parte —mintió—, porque soy una persona de experiencias diversas y poco comunes. He buscado fortuna por todo lo largo y ancho de este mundo y en mis viajes he ejecutado a un gigante, ¡tentenrís, tentenrís!, y matado al Brujo Sin Alma y aprendido el secreto de sus hechizos, y dominado el lenguaje de las serpientes. He conocido al rey de los peces y vivido en la casa de una mujer con setenta hijos y una sola tetera. Puedo convertirme a voluntad en león, águila, perro u hormiga, y puedo por tanto servirlos con la fuerza de un león, espiar para vos con la vista de un águila, seros tan fiel como un perro u ocultarme de vos menguando al tamaño de una hormiga, y entonces nunca veréis al asesino que penetra en vuestro oído y os envenena. En resumidas cuentas, no conviene llevarme la contraria. Soy pequeño, pero digno de estar en vuestra compañía, porque vivo la vida conforme al mismo profundo principio por el que vos os regís.

—¿Y cuál es ese principio, si puede saberse? —preguntó Andrea Doria, que empezaba a divertirse.

Tenía una barba prominente, una expresión sarcástica en los labios y unos ojos brillantes a los que no se les escapaba nada.

—Que el fin justifica los medios —respondió Argalia, recordando esta frase que se complacía en decir Il Machia al referirse a la ética de utilizar la raíz de la mandrágora para seducir mujeres, por lo demás inasequibles.

—El fin justifica los medios —repitió Doria, sorprendido—. Muy bien expresado, sí señor.

—Se me ha ocurrido a mí —dijo Argalia—, pues soy huérfano como vos, reducido a la pobreza en la infancia como vos, obligado a desempeñar esta clase de trabajo como vos; y los huérfanos saben que, para sobrevivir, deben estar dispuestos a hacer lo que sea necesario. Que no hay límites. —¿Qué era lo

que había dicho Il Machia después del día que ahorcaron al arzobispo?—. Que solo sobreviven los más aptos.

—La supervivencia de los más aptos —repitió Andrea Doria pensativamente—. Una segunda idea de una fuerza endemoniada. ¿También se te ha ocurrido a ti?

Argalia inclinó la cabeza en ademán de modesto orgullo.

—Corno también vos habéis sido huérfano —prosiguió—, sabéis que si bien parezco un niño, no soy un mocoso desvalido. Un «niño» es un ser mimado y libre de peligros, resguardado de las verdades del mundo, autorizado a desperdiciar los años en simples juegos: una criatura que cree que la sabiduría puede adquirirse en el colegio. La «niñez» es un lujo que yo no puedo permitirme, como tampoco pudisteis vos. La verdad sobre la «niñez» se esconde en las historias más falsas del mundo. Los niños se enfrentan con monstruos y demonios y solo sobreviven si no tienen miedo. Los niños se mueren de hambre si no devuelven la libertad a un pez mágico que les concede su mayor deseo. Los niños son devorados vivos por un ogro a menos que logren entretenerlos hasta el amanecer, momento en el que esos seres viles se convierten en piedra. Un niño debe aprender a lanzar habichuelas para adivinar el futuro, a lanzar habichuelas para someter a hombres y mujeres a su antojo, y a cultivar la planta de la que brotarán esas habichuelas mágicas. Un huérfano es un niño visto con una lente de aumento. Nuestras vidas son vidas de fábula y extremos.

—Dadle algo de comer a este filósofo descarado —ordenó el almirante a su contramaestre, un tal Ceva, una bestia de marino que infundía miedo—. Puede que nos sea útil antes de que acabe nuestro viaje, y sus embustes de duendecillo travieso me entretendrán hasta que llegue ese momento.

El contramaestre, manteniendo a Argalia firmemente cogido de la oreja, lo sacó del camarote del capitán.

—No pienses que te has librado gracias a ese pico de oro tuyo —dijo—. Estás vivo por una única razón.

—Ay —protestó Argalia—. ¿Y cuál es?

Ceva, el contramaestre, le retorció aún más la oreja. Llevaba un escorpión tatuado en el lado derecho de la cara y tenía la mirada muerta de un hombre que nunca ha sonreído.

—La razón es que, no se sabe cómo, has tenido los redaños, o las agallas, de mirarlo a los ojos. Si un hombre no lo mira a los ojos, le arranca el hígado y se lo da de comer a las gaviotas.

—Antes de que llegue mi hora —contestó Argalia—, seré el comandante que pronuncie esa clase de sentencias, y vos... a vos más os valdrá mirarme a

los ojos, porque de lo contrario...

Ceva le asestó un golpe de puño a un lado de la cabeza, sin el menor cariño.

—Tendrás que esperar tu turno, mequetrefe, porque ahora mismo, con tu altura, solo puedes mirarme la puta verga.

Al margen de lo que Ceva el Escorpión dijese, los rocambolescos cuentos de Argalia también debían de haber influido en su supervivencia, porque resultó que el monstruoso almirante Andrea Doria tenía debilidad por tales historias, igual que cualquier gigante tonto. Por las noches, cuando el mar estaba negro y las estrellas horadaban el cielo con su fuego, el almirante se fumaba una pipa de opio en su camarote y emplazaba al niño rebosante de historias.

—Como vuestras naves genovesas son todas trirremes —decía Argalia—, deberíais llevar queso en una cubierta, migas de pan en otra y carne podrida en la tercera. Cuando lleguéis a la isla de las Ratat, dadles el queso; las migas complacerán a los habitantes de la isla de las Hormigas, y en cuanto a la carne podrida, los pájaros de la isla de los Buitres sabrán valorarla. Después de eso, tendréis poderosos aliados. Las ratas, royendo, eliminarán cualquier obstáculo en vuestro camino, incluso montañas, y las hormigas realizarán todas aquellas tareas demasiado delicadas para los dedos humanos. Los buitres, si se lo pedís con gentileza, incluso os llevarán volando a lo alto de la montaña donde vierte sus aguas el manantial de la vida eterna.

Andrea Doria dejó escapar un gruñido.

—Pero ¿dónde están esas islas infernales? —quiso saber.

—Almirante —contestó el niño—, el navegante sois vos, no yo. En algún lugar de vuestras cartas aparecerán.

Pese al desparpajo de sus comentarios, vivió otro día para contar otra historia —«Había una vez tres naranjas y, dentro de cada una, una hermosa muchacha que moriría si no se le daba agua en cuanto saliera de la naranja»—, y a cambio el almirante, envuelto en espirales de humo, le murmuraba confidencias.

El mar era un hervidero de peligros mortales. Las carabelas de los piratas berberiscos merodeaban por aquellas aguas, saqueando y raptando, y desde la caída de Constantinopla, las galeras de la armada turca osmanlí u otomana actuaban también por allí. A todos estos infieles marítimos había plantado cara el almirante Andrea Doria, aquella cara picada de viruela.

—Los expulsaré del *Mare Nostrum* y convertiré a Génova en señora de las olas —se jactó, y Argalia no se atrevió a pronunciar una sola palabra contraria o irreverente. Andrea Doria, con los ojos lechosos a causa del *afim*, se inclinó

hacia el niño callado—. Lo que tú sabes y yo sé, también lo sabe el enemigo —susurró, medio perdido en las ensoñaciones del opio—. También el enemigo se rige por la ley del huérfano.

—¿Qué huérfano? —preguntó Argalia.

—Mahoma —contestó Andrea Doria—. Mahoma, su dios huérfano.

Argalia ignoraba que el Profeta del Islam y él tenían en común la condición de huérfano.

—El fin justifica los medios —continuó Andrea Doria con voz lenta y cada vez más pastosa—. ¿Te das cuenta? Siguen la misma norma que nosotros. El Único Mandamiento. «Cueste lo que cueste, esa elección hiciste.» Por lo tanto, su religión es la misma que la nuestra.

Argalia respiró hondo e hizo preguntas peligrosas.

—Si eso es así, ¿son realmente nuestros enemigos? ¿No es nuestro verdadero adversario nuestra antítesis? ¿Puede ser la cara que vemos en el espejo nuestro rival?

El almirante Andrea Doria estaba casi inconsciente.

—Muy cierto —farfulló mientras se desplomaba contra el respaldo de la silla, y al cabo de un instante empezó a roncar—. Y en todo caso hay un enemigo al que aborrezco más que a cualquier miserable pirata mahometano.

—¿Y quién es? —preguntó Argalia.

—Venecia —contestó—. También voy a joder a esos canallas venecianos, esos niños bonitos.

Mientras los ocho trirremes genoveses navegaban en formación de combate, dando caza a su presa, Argalia vio claro que la religión no tenía nada que ver con nada. A los corsarios de los estados berberiscos les traía sin cuidado conquistar a alguien o propagar su fe. Les interesaban los rescates, el chantaje y la extorsión. En cuanto a los otomanos, sabían que la supervivencia de su nueva capital, Estambul, dependía de la llegada de víveres a puerto desde otros lugares, y por tanto las rutas de navegación debían permanecer abiertas. También habían empezado a albergar objetivos codiciosos y enviado barcos a atacar puertos en las costas del mar Egeo y más allá; y tampoco a ellos les gustaban los venecianos. Poder y riqueza y posesiones y riqueza y poder. En cuanto a Argalia, por las noches también sus sueños se poblaban de joyas exóticas. Solo en su litera del castillo de proa, hizo un juramento íntimo: «No regresaré pobre a Florencia, sino como un príncipe cargado de tesoros». Su búsqueda en realidad era muy sencilla. La naturaleza del mundo se le había revelado con total nitidez.

Ahora bien, cuanto más claras parecían las cosas, más engañosas eran invariablemente. Tras un enfrentamiento victorioso con los barcos piratas de

los hermanos Barbarroja en Mitilene, el almirante, satisfecho, chorreaba sangre sarracena, y después de presidir la ejecución de los piratas capturados — cubiertos de brea y quemados vivos en la plaza mayor de su pueblo natal—, concibió la audaz idea de adentrarse en el Egeo y entablar combate con los osmanlíes en sus propias aguas. Pero cuando la Banda de Oro penetró en ese legendario mar y se encontró con las galeras otomanas frente a frente, se levantó una bruma, surgida de la nada, y borró el mundo entero, como si se tratase de alguna travesura del Olimpo, como si los antiguos dioses de la región, aburridos del largo tedio de una época en la que ellos ya no prevalecían sobre los afectos y lealtades de los hombres, hubieran decidido jugar con ellos, arruinar sus planes, sencillamente por los viejos tiempos. Los ocho trirremes genoveses procuraron mantener la línea de batalla, pero la bruma causaba desorientación, flotaban en ella los aullidos de los malos espíritus y los alaridos de brujas y el hedor de la enfermedad y los lamentos de los ahogados, e incluso aquellos aguerridos mercenarios pronto empezaron a sucumbir al pánico. El sistema de cuernos de señales instituido por el almirante Doria en prevención de un día como aquel pronto se vino abajo. Cada una de sus naves tenía asignada su propia señal, una combinación de sonidos breves y largos, pero cuando el miedo se adueñó de los mercenarios en aquel miasma de muerte y superstición, sus comunicaciones perdieron toda claridad, y lo mismo ocurrió con las señales de los cuernos de los otomanos, hasta que nadie sabía dónde estaba, ni quién era amigo o quién mortífero rival.

De pronto se abrió fuego de artillería desde los flancos de los trirremes y desde los poderosos cañones giratorios montados en las cubiertas de las galeras otomanas, y en la bruma las llamas rojas y los resplandecientes fogonazos de las enormes armas semejaban pequeños fragmentos del Infierno en medio de aquel Limbo informe. Brotaron por todas partes las descargas de fusilería, un titilante jardín de fatales flores rojas. Nadie sabía quién disparaba a quién, ni qué debía hacer, y era inminente una gran catástrofe. Y de pronto, como si ambos bandos comprendiesen al mismo tiempo el peligro que corrían, se hizo el silencio. No disparaba ni una sola arma, no se elevaba ni una sola voz, no sonaba ni un solo cuerno. Por doquier empezaron a producirse movimientos sigilosos en la blancura vacía. Argalia, solo en la cubierta del buque insignia, sintió que su destino le rodeaba el hombro con el brazo, y le sorprendió advertir que la mano del destino temblaba de miedo. Se volvió a mirar. No, no era el Destino quien estaba detrás de él, sino Ceba el contraemaestre, ya no adusto y aterrador, sino como un perro apaleado e inquieto.

—El almirante te necesita —susurró al niño, y lo llevó bajo cubierta, a donde Andrea Doria lo esperaba con el gran cuerno del buque insignia de la

flota en la mano.

—Hoy es tu día, hombrecito, mi narrador de cuentos —dijo el almirante en voz baja—. Hoy alcanzarás la grandeza por tus acciones en lugar de tus palabras.

El plan consistía en bajar a Argalia al agua a bordo de un pequeño bote y dejarlo allí a la deriva, tras lo cual debía alejarse lo más deprisa posible del buque insignia a golpe de remo.

—Cada cien paladas —indicó el almirante—, toca el cuerno con fuerza. El enemigo tomará la sutileza por arrogancia, aceptará el desafío del *cornetto* de Andrea Doria, y dirigirá sus naves hacia ti, creyendo que va a capturar un gran trofeo, es decir, mi propia persona, y entretanto yo me pondré en situación de ventaja sobre él y lo atacaré mortalmente desde un ángulo del que no espera herida alguna.

A Argalia no le pareció un buen plan.

—¿Y yo qué? —preguntó, mirando el cuerno que tenía en la mano—. Cuando los barcos del Infiel pongan rumbo hacia mi pequeña embarcación, ¿qué debo hacer?

Ceva el Escorpión lo cogió en volandas y lo plantó en el bote. —Rema —dijo con voz sibilante—. Pequeño héroe. Rema para salvar tu puta vida.

—Cuando se levante la bruma y el enemigo sea derrotado —explicó el almirante con cierta vaguedad—, iremos a recogerte. Ceva apartó el bote de un fuerte empujón.

—Sí —dijo con voz sibilante—, eso haremos.

A partir de ese momento todo era la blancura de la bruma y el sonido del mar. La tierra y el cielo empezaron a antojársele fábulas antiguas. A ese flotar a ciegas se reducía el universo entero. Durante un rato hizo lo que le habían ordenado, un centenar de paladas, luego un toque de cuerno, dos, tres veces lo hizo, y no oyó el menor ruido en respuesta. El mundo era mudo y letal. La muerte se abalanzaría sobre él en un torbellino de agua silente. Las naves otomanas se dirigirían hacia él y lo aplastarían como a un insecto. Dejó de tocar el cuerno. Vio claro que al almirante no le interesaba su destino y había sacrificado a su «pequeño narrador de cuentos» con la misma indiferencia con que un hombre escupe una bocanada de flema por la borda de un barco. No era más que esa masa de esputo, meciéndose por un instante sobre las olas antes de ahogarse. Intentó contarse historias para conservar el ánimo, pero solo acudieron a su mente historias de miedo: un leviatán surgiendo de las profundidades para triturar un barco con sus colosales fauces, gusanos de las simas abisales desenroscándose, el aliento de un dragón submarino. Luego, al cabo de un rato, todas las historias se desvanecieron también y se quedó sin

defensas y sin recursos, un alma humana solitaria más o menos a la deriva en la blancura. Eso era lo que quedaba de un individuo humano cuando se le apartaba de su casa, su familia, sus amigos, su ciudad, su patria, su mundo: un ser sin contexto, cuyo pasado se había difuminado, cuyo futuro era aciago, una entidad despojada de nombre, de sentido, de toda vida excepto un corazón que de momento, provisionalmente, aún latía. «Soy absurdo —se dijo—. Una cucaracha en una cagada humeante importa más que yo.» Muchos años más tarde, cuando conoció a Qara Kóz, la princesa mogol oculta, y su vida adquirió por fin el sentido que el destino le tenía reservado, vio en sus ojos la desesperación del abandono y comprendió que también ella había tenido que afrontar el profundo absurdo de la condición humana. Aunque solo fuera por esa razón, la habría amado. Pero tuvo además otras razones.

La bruma se espesó en torno a él, en torno a sus ojos, su nariz, su garganta. Empezó a sentir ahogo. Quizá muriese, pensó. Su voluntad se había quebrado. Aceptaría lo que el Destino le deparase. Se tendió en la pequeña barca y se acordó de Florencia, vio a sus padres tal corno eran antes de deformarlos la peste, recordó las escapadas de su infancia al bosque con sus amigos Ago e II Machia, se hinchó de amor con estos recuerdos y, un momento después, se desmayó.

Cuando despertó, la bruma había desaparecido, y también los ocho trirremes del almirante Andrea Doria. El gran *condottiere* de Génova sencillamente había dado media vuelta y huido, y el cuerno en el bote no había sido más que una simple medida de distracción. La pequeña embarcación de Argalia se mecía indefensa frente a la armada otomana reunida, como un ratón acorralado por media docena de gatos hambrientos. Se puso en pie en el bote e hizo señas con los brazos a sus conquistadores y tocó el cuerno del almirante tan fuerte como pudo.

—Me rindo —gritó—. Venid a buscarme, turcos, cerdos impíos.

EN EL CAMPO DE NIÑOS CAUTIVOS DE USKÜB

En el campo de niños cautivos de Usküb (*dijo el palacio de la memoria*) había muchas lenguas pero un solo Dios. Cada año las partidas de leva erraban por el imperio en expansión para recaudar el *devshirmé*, el tributo en niños, y hacían esclavos a los chiquillos más fuertes, más listos y más apuestos, para transformarlos en instrumentos de la voluntad del sultán. El principio del sultanato era el gobierno mediante la metamorfosis. «Os arrebataremos a vuestros mejores vástagos y los transformaremos por completo. Los obligaremos a olvidaros y los convertiremos en la fuerza que os mantiene sometidos. Estaréis bajo el dominio de vuestros propios hijos perdidos.» En Usküb, donde se iniciaba este proceso de cambio, había muchas lenguas pero solo un uniforme, el holgado bombacho del recluta otomano. Despojaron al héroe de sus andrajos y lo lavaron y le dieron alimento y agua limpia para beber. Después lo despojaron también de su cristianismo y se vio obligado a vestirse el islam como un pijama nuevo. Había griegos y albanos en Usküb, bosnios y croatas y serbios, y había niños *mamlúk*, esclavos blancos, de una punta a otra del Cáucaso, georgianos y mingrelianos, circasianos y abjasios, y había también armenios y sirios. El héroe era el único italiano. Florencia no pagaba el tributo en niños, aunque eso, en opinión de los osmanlíes, cambiaría con el tiempo. Sus captores fingieron tener dificultades para pronunciar su nombre: *al-ghazí*, el «conquistador», lo llamaban en broma, o *al-kehali*, el «vacío», la «vasija». Pero su nombre daba igual. Argalia, Arcalia, Argalia, Al-Khaliya. Palabras sin sentido. No importaban. Era su alma, como las de todos los demás, la que se hallaba bajo una nueva autoridad. En la plaza de armas, con su nuevo atuendo, aquellos niños hoscos formaban fila ante un hombre que vestía hábito, un hombre cuyo gorro blanco era tan alto como larga su blanca barba, elevándose el uno un metro por encima de su frente y cayendo la otra igual distancia bajo el mentón, con lo que en apariencia poseía una longitud inmensa. Era un hombre santo, un derviche de la orden Bektashi, y estaba allí para convertirlos al islam. Con sus muchos acentos, los niños, rabiosos y asustados, repetían como loros la necesaria frase árabe sobre el Dios único y su

Profeta. La metamorfosis se había iniciado.

* * *

Mientras viajaba al servicio de la república, Il Machia no hacía más que pensar en el palacio de la memoria. En julio fue al galope de Rávena a Forlì para convencer a la condesa Caterina Sforza Riario de que permitiera a su hijo Ottaviano luchar del lado de las fuerzas florentinas por una suma de dinero considerablemente menor de la que pedía, pues si se negaba, perdería la protección de Florencia y quedaría a merced del terrible duque Cesare Borgia de Romagna, el hijo del papa Borgia, Alejandro VI. La «Madonna de Forlì» era una mujer tan hermosa que incluso Biagio Buonaccorsi, el amigo de Il Machia, dejó de sodomizar por un momento a Andrea di Romolo para pedirle a Niccoló que le trajera un dibujo de ella. Pero Niccoló pensaba en la francesa sin nombre, de pie como una estatua de mármol en su tocador de la Casa de Marte de Alessandra Fiorentina. «Eh, Machia —escribió Ago Vespucci—, necesitamos que vuelvas aquí cuanto antes, porque sin ti no hay nadie que organice nuestras veladas de bebida y cartas, y además esta cancillería tuya está plagada de los mayores cabrones de Italia, y todos intentan despedirnos, así que estos paseos a caballo tuyos son también malos para el negocio.» Pero Niccoló no pensaba en intrigas ni en la vida airada, o, más bien, era el cuerpo de una única mujer el que esperaba corromper, si conseguía encontrar la llave de su identidad secreta, la personalidad reprimida oculta bajo el palacio de la memoria.

Il Machia a veces veía el mundo de una manera demasiado analógica, interpretando una situación como si fuera análoga a otra muy distinta. Así, cuando Caterina rechazó su propuesta, él lo vio como un mal augurio. Tal vez también fracasaría con el palacio de la memoria. Poco después, cuando Cesare Borgia atacó y conquistó Forlì tal como había pronosticado Niccoló, Caterina se plantó en lo alto de la muralla y, enseñándole al duque de Romagna los genitales, le dijo que se jodiera. Acabó prisionera del Papa en el Castel Sant'Angelo, pero para Il Machia su destino era una buena señal. El hecho de que Caterina Sforza Riario fuera prisionera en el castillo del papa Alejandro la convertía en una especie de espejo de la mujer encerrada en una habitación a oscuras en la Casa de Marte de la reina Alessandra. El hecho de que se hubiera exhibido ante Borgia significaba que quizá el palacio de la memoria accedería a hacer lo mismo ante él.

Regresó a la Casa de Marte, donde la *ruffiana* Giulietta, mal de su grado, consintió en darle libre acceso al palacio de la memoria, porque también ella

albergaba la esperanza de que fuera capaz de despertar a la sonámbula, para que esta empezara a actuar como una auténtica cortesana y no como una estatua parlante. E Il Machia acertó en su interpretación de los augurios. Cuando se quedó a solas con ella en su tocador, la cogió de la mano y, con delicadeza, la llevó a la cama, provista de dosel y colgaduras de seda azul pálido, oportunamente francesas, con flores de lis bordadas en hilo de oro. Era una mujer alta. Todo sería más fácil si estaba tendida. Tumbado junto a ella, le acarició el cabello dorado y, susurrando, le hizo preguntas al oído mientras le desabrochaba el característico corpiño que vestía como miembro del serrallo. Tenía los pechos pequeños. Eso a Il Machia ya le parecía bien. Con las manos firmemente entrelazadas en la cintura, la mujer no puso reparo alguno a los movimientos de la mano de Il Machia. Y conforme recitaba los recuerdos enterrados en su memoria, parecía desahogarse, y conforme disminuía el peso de los recuerdos, más se aligeraba su ánimo.

—Cuéntamelo todo —le susurró Il Machia al oído mientras le besaba los senos recién desvelados—, y serás libre.

* * *

Una vez recaudado el tributo en niños (*dijo el palacio de la memoria*), los llevaron a Estambul y los distribuyeron entre las buenas familias turcas para servir las y para aprender la lengua turca y las complejidades de la fe musulmana. Luego siguió la instrucción militar. Al cabo de un tiempo, los niños o bien entraban en el serrallo imperial como pajes y recibían el título de *Ich-Oghlán*, o bien se incorporaban al cuerpo de jenízaros en calidad de *Ajém-Oghlán*. Reclutas novatos. A los once años, el héroe, el poderoso guerrero, el Portador de la Lanza Hechizada y el hombre más apuesto del mundo, se convirtió, alabado sea Dios, en jenízaro, el mejor combatiente jenízaro de la historia del cuerpo. ¡Ay, los temidos jenízaros del sultán osmanlí, que su fama se propague por todo lo largo y ancho de este mundo! No eran turcos, pero sí eran los pilares del imperio turco. No se admitía a judíos, porque tenían la fe demasiado arraigada para alterársela; ni a gitanos, porque eran escoria; y a los moldavos y valacos de Rumania nunca los incluían en las levas. Pero en los tiempos del héroe hubo que luchar contra los valacos, que estaban bajo el mando de Vlad Drácula, el Empalador, su rey.

Mientras el palacio de la memoria le hablaba de los jenízaros, Il Machia había desplazado la atención hacia sus labios. Ella le contó que inspeccionaban

a los cadetes desnudos cuando llegaban a Estambul, y él solo pensaba en la belleza de su boca cuando formaba la palabra francesa *mus*. Ella le habló de la preparación que recibían en los oficios de carnicero y jardinero, y él dibujó los contornos de sus labios en movimiento con el índice mientras ella pronunciaba las palabras. Ella dijo que los despojaban de sus nombres y también de sus apellidos, y se convertían en Abdulás y Abdulmomíns o cualquier otro nombre empezado por *abd*, que significaba esclavo e indicaba su posición en el mundo. Pero en lugar de preocuparse por la deformación de las vidas de estos jóvenes, Il Machia solo pensaba que no le complacía la forma que adoptaban sus labios al articular esas sílabas orientales. Le besó las comisuras de la boca cuando ella le habló del Jefe Blanco Eunuco y el Jefe Negro Eunuco, que preparaban a los niños para el servicio imperial, y le contó que el héroe, su amigo, había comenzado como cetrero mayor, rango insólito en un cadete. Il Machia sabía que su amigo perdido, el niño sin infancia, se hacía mayor mientras ella hablaba, se hacía mayor en su relato acerca de él, y tenía lo que quiera que tengan los niños en lugar de infancia cuando no tienen infancia, se transformaba en hombre, o en lo que quiera que se convierta un niño sin infancia cuando se hace mayor, quizá en un hombre sin madurez. Sí, Argalia adquiriría habilidades marciales que despertaban admiración y temor en otros hombres, reunía en torno a sí a un círculo de jóvenes guerreros, cadetes procedentes del tributo en niños exigido en las lejanas fronteras de Europa, así como los cuatro gigantes albinos suizos, Otho, Botho, Clotho y D'Artagnan, mercenarios capturados en combate y subastados en los mercados de esclavos de Tánger, y un serbio salvaje llamado Konstantin, que había sido capturado en el asedio de Novo Brdo. Pero, a pesar de la importancia de esta información, Il Machia quedó absorto en los leves movimientos que se producían en el rostro del palacio de la memoria mientras hablaba. Sí, Argalia se había hecho mayor en algún sitio, y había realizado diversas hazañas, y todo eso era información que él debía poseer, pero entretanto allí estaban esas lentas ondulaciones de los labios y las mejillas, esos movimientos articulados de la lengua y la mandíbula, el resplandor de aquella piel alabastrina.

A veces en el bosque, cerca de la casa solariega de Percussina, yacía en la tierra, sobre la capa blanda de hojas, y escuchaba el canto bitonal de los pájaros, agudo grave agudo, agudo grave agudo grave, agudo grave agudo grave agudo. A veces, junto a un torrente del bosque, observaba correr el agua por encima del lecho pedregoso, las nimias modulaciones de la corriente al saltar y fluir. El cuerpo de una mujer era así. Si se lo observaba con la debida atención, se lo veía moverse al ritmo del mundo, el ritmo profundo, la música debajo de la música, la verdad debajo de la verdad. Él creía en esta verdad oculta, tal

como otros hombres creían en Dios o el amor; creía que la verdad, de hecho, siempre estaba oculta, que lo aparente, lo manifiesto, era invariablemente una especie de mentira. Como era un hombre inclinado a la precisión, quería capturar la verdad oculta precisamente, verla con claridad y establecerla, la verdad más allá de toda idea de lo correcto e incorrecto, toda idea del bien y el mal, toda idea de la fealdad y la belleza, que eran aspectos de los engaños superficiales del mundo, sin relación apenas con la mecánica real de las cosas, desconectados de la quiddidad, los códigos secretos, las formas ocultas, el misterio.

Allí, en el cuerpo de esa mujer, se veía el misterio. Ese ser en apariencia inerte, su identidad borrada o enterrada debajo de esa historia interminable, ese laberinto de habitaciones—historia en el que se habían escondido más relatos de los que a él le interesaba oír. Esa apetecible sonámbula. Ese espacio en blanco. Las palabras memorizadas que brotaban de ella mientras él seguía mirándola, y mientras desabrochaba y acariciaba. Dejó al descubierto su desnudez sin ningún reparo, la tocó sin culpabilidad, la manipuló sin el menor remordimiento. Era el científico del alma de esa mujer. En el más insignificante movimiento de una ceja, en la contracción de un músculo de su muslo, en la súbita y mínima curva de la comisura izquierda del labio superior, Il Machia deducía la presencia de la vida. La identidad de ella, ese soberano tesoro, no había sido destruida. Dormía y era posible despertarla. Le susurró al oído: «Esta es la última vez que contarás esa historia. Mientras la cuentas, despréndete de ella». Lentamente, frase a frase, episodio a episodio, él dismantelaría el palacio de la memoria y liberaría a un ser humano. Le mordisqueó la oreja y vio en respuesta un ligero ladeo de la cabeza. Le apretó un pie y un dedo se movió agradecido. Le acarició el pecho y, levemente, tan levemente que solo lo habría visto un hombre que buscara la verdad más profunda, ella arqueó la espalda. No había nada malo en lo que Il Machia hacía. Era su rescatador. A su debido tiempo, ella se lo agradecería.

En el asedio de Trebisonda llovió todo el día. Los montes eran un enjambre de tártaros y otros paganos. El camino que descendía de las montañas se convirtió en un barrizal, tan hondo que llegaba al vientre de los caballos. Destruyeron los carromatos de provisiones y llevaron los sacos a lomos de los camellos. Un camello cayó y un cofre del tesoro se rompió y se abrió, desparramándose sesenta mil monedas de oro por la ladera a la vista de todos. Al instante el héroe, con los gigantes suizos y el serbio, desenvainó la espada y montó guardia en torno a la riqueza caída del sultán hasta que él, el emperador, llegó al lugar. Después de eso, el sultán depositó su confianza en el héroe más que en su propia familia.

Por fin la rigidez abandonó los miembros de la mujer. Su cuerpo, distendido sobre las sábanas de seda, lo invitaba. Las historias que contaba ahora eran de fecha reciente. Argalia se había hecho mayor y tenía casi la misma edad que Il Machia y Ago. Sus cronologías volvían a unirse. Pronto ella habría terminado y entonces él la despertaría. La *ruffiana* Giulietta, una criatura impaciente, lo empujó a poseerla mientras dormía. «Tú métesela. Venga. No hay por qué andarse con contemplaciones. Dale de lo lindo. Así, abrirá los ojos.» Pero Il Machia había decidido no forzarla y esperar a que despertase por propia iniciativa, y en eso obtuvo la aprobación de Alessandra Fiorentina. El palacio de la memoria era de una belleza excepcional y había que tratarla con delicadeza. Puede que no fuera más que una esclava en la casa de una cortesana, pero ese respeto lo recibiría.

Contra Vlad III el voivode de Valaquia —Vlad «Drácula», el «dragón demonio», el Príncipe Empalador, Kazikli Bey—, no habría triunfado un poder ordinario. Había empezado a correr la voz de que el príncipe Vlad bebía la sangre de sus víctimas empaladas mientras estas, agonizantes, se retorcían en las estacas, y que beber la sangre viva de hombres y mujeres le confería extraños poderes sobre la muerte. No podía morir. No era posible matarlo. Era, además, una bestia entre las bestias. Cortaba la nariz a los hombres que mataba y se la enviaba al príncipe de Hungría para jactarse de su proeza. Estas historias atemorizaban al ejército y la marcha hacia Valaquia no fue feliz. Para alentar a los jenízaros, el sultán repartió treinta mil monedas de oro y dijo a los hombres que si vencían, les otorgaría derechos de propiedad y recuperarían el uso de sus apellidos. Vlad el Demonio había quemado ya toda Bulgaria y empalado a veinticinco mil personas en estacas de madera, pero sus efectivos eran inferiores a los del ejército otomano. Se retiró y dejó la tierra arrasada a sus espaldas, envenenando pozos y sacrificando el ganado. Cuando el ejército del sultán quedó aislado, en plena desolación, sin alimento ni agua, el rey demonio lanzó ataques sorpresa. Murieron muchos soldados y sus cuerpos acabaron clavados en puntiagudos garrotes. Después Drácula se retiró a Tirgoviste, y el sultán declaró: «Esta será la última parada del demonio».

Pero en Tirgoviste vieron un espectáculo horrendo. Veinte mil hombres, mujeres y niños habían sido empalados en una cerca de estacas en torno a la población solo para enseñar al ejército enemigo lo que le esperaba. Había recién nacidos aferrados a sus madres empaladas en cuyos pechos putrefactos se veían los nidos de los cuervos. Ante este bosque de empalados, el sultán sintió repugnancia y retiró a sus tropas conturbadas. Daba la impresión

que la campaña acabaría en catástrofe, pero el héroe dio un paso al frente con su grupo leal. «Haremos lo que debe hacerse», dijo. Al cabo de un mes, el héroe regresó a Estambul con la cabeza del demonio en un tarro de miel. Resultó que, a fin de cuentas, Drácula sí podía morir pese a los rumores en sentido contrario. Su cuerpo había sido empalado como él había empalado a tantos otros y abandonado allí para que los monjes de Snagov lo enterrasen como les viniese en gana. Fue entonces cuando el sultán comprendió que el héroe era un ser sobrehumano cuyas armas poseían poderes hechicerescos y cuyos compañeros eran también más que humanos. Le concedieron los mayores honores del sultanato otomano, el rango de Portador de la Lanza Hechizada. Además, volvió a ser un hombre libre.

—En adelante —le dijo el sultán—, serás mi mano derecha como lo es mi mano derecha, y un hijo para mí como lo son mis hijos, y tu nombre no es el nombre de un esclavo, pues ya no eres el mamlúk o abd de nadie, tu nombre es pachá Arcalia, el Turco.

Un final feliz, pensó Il Machia con ironía. A la postre resultó que nuestro viejo amigo hizo fortuna. Un punto tan bueno como cualquier otro para que el palacio de la memoria concluyera su relato. Tumbado junto a ella, Il Machia intentó representarse a Nino Argalia como un pachá oriental abanicado por eunucos nubios de torso desnudo y acosado por las preciosidades del harén. Sentimientos de asco se despertaron en él ante la imagen de ese renegado, un cristiano converso al islam, disfrutando de los antros de corrupción de la perdida Constantinopla, la nueva Konstantiniyye o la Estambul de los turcos, o rezando en la mezquita de los jenízaros, o caminando despreocupadamente junto a la estatua caída y rota del emperador Justiniano, y relamiéndose con el creciente poder de los enemigos de Occidente. Tan traicionera transformación podía impresionar a un hombre cándido y de buen carácter como Ago Vespucci, que veía el viaje de Argalia como la clase de aventura emocionante por la que él personalmente no sentía ningún interés, pero, en opinión de Niccolò, aquello rompía los lazos de su amistad, y si alguna vez se encontraban cara a cara, sería como enemigos, ya que la desertión de Argalia era un crimen contra las verdades más profundas, las verdades eternas del poder y el parentesco que impulsaban la historia de los hombres. Se había vuelto contra los suyos, y una tribu nunca era indulgente con esa clase de hombres. Así y todo, Il Machia no pensó en ese momento, ni hasta pasados muchos años, que volvería a ver al compañero de su infancia.

La enana Giulietta Veronese asomó por la puerta.

—¿Y bien?

Niccolò movió la cabeza en un sensato gesto de asentimiento.

—Creo, signora, que pronto despertará y será otra vez ella misma. En

cuanto a mí, por la pequeña parte que me toca en la renovación de su personalidad, de esa Dignidad humana, que, según el gran Pico, reside en el corazón mismo de nuestra humanidad, admito que me invade cierto orgullo.

La *ruffiana* soltó un soplando por la comisura de los labios.

—Ya era hora —dijo, y se retiró.

Casi de inmediato el palacio de la memoria empezó a susurrar en sueños. Su voz cobró fuerza, y Niccoló comprendió que contaba la última historia, la historia incrustada en la mismísima puerta del palacio de la memoria que le había colonizado el cerebro, el relato que debía narrarse al cruzar ella esa puerta y volver a despertar a la vida corriente: su propia historia, que se desplegaba en sentido inverso, como si el tiempo corriese marcha atrás. Con creciente horror, Il Machia vio surgir ante él la escena de su adoctrinamiento, vio al nigromante de Estambul, al sufimístico del largo sombrero y la larga barba de la orden Bektashi, experto en artes mesméricas y construcción de palacios de la memoria, al servicio de cierto pachá recién acuñado para encomendar a la memoria de esa cautiva las hazañas de dicho pachá, para borrar la vida de ella y dejar espacio a la versión de sí mismo concebida por Argalia, sin duda engrandecedora. El sultán le había obsequiado con aquella beldad esclavizada, y ese era el uso que él había hecho de ella. ¡Bárbaro! ¡Traidor! Debería haber muerto de peste junto con sus padres. Debería haberse ahogado cuando Andrea Doria lo arrojó al bote de remos. Acabar empalado en una estaca por Vlad Drácula de Valaquia no habría sido un castigo demasiado severo para tales fechorías.

Estos y otros pensamientos iracundos se agolpaban en la cabeza de Il Machia cuando surgió de la nada una imagen no deseada del pasado: el niño Argalia burlándose de él por los remedios para las enfermedades elaborados por su madre a base de gachas. «No sois los Machiavelli, sino los Polentini.» Y la vieja canción de Argalia sobre una imaginaria niña de las gachas. Si fuese un pecado, me arrepentiría de ella. Si se muriese, la lloraría. Il Machia descubrió lágrimas en sus mejillas. Cantó la canción para sí: «Y si fuese un mensaje, la habría enviado», cantando en voz baja para no perturbar a la damisela de carne y hueso que había rescatado del palacio de la angustia. Estaba solo con el recuerdo de Argalia, sin más compañía que su nueva indignación y el viejo y dulce recuerdo de la infancia, y lloró.

Me llamo Angélique y soy la hija de Jacques Coeur de Bourges, mercader de Montpellier. Me llamo Angélique y soy la hija de Jacques Coeur. Mi padre era comerciante y traía a Narbona frutos secos y sedas y alfombras de Damasco. Fue acusado falsamente de

envenenar a la querida del rey de Francia y buyó a Roma. Me llamo Angélique y soy la hija de Jacques Coeur, que recibió honores del Papa. Fue nombrado capitán de las dieciséis galeras papales y enviado a liberar Rodas, pero enfermó en el camino y murió. Me llamo Angélique y soy de la familia de Jacques Coeur. Mientras mis hermanos y yo comerciábamos con el Levante, me raptaron los piratas y me vendieron como esclava al sultán de Estambul. Me llamo Angélique y soy la hija de Jacques Coeur. Me llamo Angélique y soy la hija de Jacques. Me llamo Angélique y soy la hija. Me llamo Angélique y soy. Me llamo Angélique.

Esa noche Il Machia durmió a su lado. Cuando ella despertara, le contaría lo sucedido, sería considerado y amable, y ella le daría las gracias como la dama que en otro tiempo fue, una muchacha de una distinguida familia de mercaderes. La compadeció por su mala suerte, dos veces capturada por los piratas berberiscos, la primera arrebatada a los franceses, la segunda a los turcos; a saber qué agresiones había padecido, cuántos hombres la habían poseído, o qué recordaría de todo eso, y ni siquiera ahora era libre. Se la veía tan refinada como a cualquier aristócrata, y sin embargo no era más que una muchacha en una casa de placer. Pero si sus hermanos vivían, sin duda se alegrarían de su regreso, su hermana oculta, su amada Angélique perdida. Se la comprarían a Alessandra Fiorentina y ella volvería a casa, donde quiera que estuviese su casa, Narbona o Montpellier o Bourges. Quizá podía joder con ella antes de eso. Hablaría del tema con la *ruffiana* por la mañana. La Casa de Marte estaba en deuda con él por aumentar el valor de su mercancía, antes dañada. La adorable Angélique, Angélique la de los pesares. Había hecho algo bueno y casi desinteresado.

Esa noche tuvo un sueño extraño. Un *padishah* o emperador oriental, sentado al atardecer bajo una pequeña cúpula en la quinta y última planta, el vértice, de un edificio piramidal de arenisca roja, contemplaba un lago dorado. Detrás de él había criados con grandes abanicos de plumas, y a su lado, de pie, un hombre o una mujer europeo, una figura de largo cabello amarillo con un ropón de cuero hecho de rombos de colores, contando un relato sobre una princesa perdida. El soñador solo vio a esta silueta de cabello amarillo desde detrás, pero el *padishah* estaba bien a la vista: un hombre corpulento, de tez clara y poblado bigote, apuesto, muy enojado, y tirando a gordo. Obviamente eran criaturas oníricas que él había concebido, ya que sin duda ese príncipe no era el sultán turco, y el cortesano de cabello amarillo no parecía el nuevo pachá italiano.

—*Habláis solo del amor de los amantes* —dijo el *padishah*—, *pero nosotros pensamos en el amor del pueblo por su príncipe. Ya que tenemos un gran deseo de ser*

amados.

—*El amor es voluble* —contestó el otro hombre—. *Hoy os aman, pero quizá mañana no.*

Y entonces *qué?* —preguntó el *padishab*—. *¿Deberíamos ser un tirano cruel? ¿Deberíamos actuar de manera tal que engendre odio?*

—*Odio no, miedo* —contestó el hombre de cabello amarillo—. *Ya que solo el miedo perdura.*

—*No sedáis necio* —dijo el *padishab*—. *Todo el mundo sabe que el miedo casa bien con el amor.*

* * *

Despertó con los gritos y la luz y las ventanas abiertas, con mujeres corriendo de un lado a otro mientras la enana Giulietta le chillaba al oído: «¿Qué le has hecho?». Cortesanas sin sus galas, el cabello enmarañado, las caras sin pintar y sucias, los camisones torcidos, vociferaban y corrían de habitación en habitación. Todas las puertas estaban abiertas de par en par y la luz del día, el antídoto de todo hechizo, inundaba brutalmente la Casa de Marte. Qué viejas brujas eran aquellas mujeres, qué roedores infames y vulgares con mal aliento y voces desapacibles. Il Machia se incorporó y se vistió atropelladamente. «¿Qué has hecho?» Pero él no había hecho nada. La había ayudado, le había depurado la mente, liberado el espíritu, y apenas le había puesto un dedo encima. Ciertamente, no le debía ningún dinero a la *ruffiana*. ¿Por qué lo acosaba así? ¿A qué venía tal conmoción? Debía marcharse de inmediato. Debía encontrar a Ago y a Biagio y a Di Romolo y desayunar algo. Y sin duda había trabajo que hacer. «Pedazo de necio —gritaba Giulietta Veronese—, ¿cómo se te ocurre entrometerte en lo que no entiendes?» Allí había ocurrido algo. Ya presentable, con toda la dignidad de que pudo hacer acopio, recorrió la Casa de Marte, ahora despojada de su magia. Las cortesanas callaban a su paso. Algunas lo señalaban. A una o dos las oyó mascullar con voz sibilante. Había una ventana rota en el *grand salon*, en el lado que daba al Arno. Necesitaba saber qué había ocurrido. De pronto, la señora de la casa, La Fiorentina, aún hermosa sin una pizca de auxilio cosmético se plantó ante él.

—Señor secretario —dijo con gélida formalidad—, nunca más seréis bien recibido en esta casa.

Acto seguido, lo dejó en medio de un revuelo de enaguas y empezaron los llantos y lamentaciones.

—Maldito seas —dijo Giulietta la *ruffiana*—. Ha sido imposible detenerla. Ha salido corriendo de esa habitación donde tú dormías como un

cadáver en descomposición y nadie ha podido interponerse en su camino.

* * *

Mientras estabas anestesiada a la tragedia de tu vida, pudiste sobrevivir. Cuando se te devolvió la claridad, cuando te fue restaurada concienzudamente, te enloqueció. Tus recuerdos reavivados te desquiciaron, el recuerdo de la humillación, de tanta manipulación, de tantas intrusiones, el recuerdo de los hombres. No un palacio, sino un burdel de la memoria, y detrás de los recuerdos la conciencia de que aquellos a quienes amaste estaban muertos, de que no había escapatoria. Tal conciencia te permitió ponerte en pie, recobrarte y echar a correr. Si corrías deprisa tal vez lograras escapar de tu pasado y del recuerdo de todo lo que te habían hecho, y también del futuro, la inexorable desventura que se extendía ante ti. ¿Existían hermanos capaces de rescatarte? No, tus hermanos estaban muertos. Quizá el mismísimo mundo estaba muerto. Sí, lo estaba. Para formar parte del mundo de los muertos, era necesario que murieras también. Era necesario que corrieses tan deprisa como te fuera posible hasta alcanzar el límite entre los mundos, y allí no te detuviste, atravesaste la frontera como si no estuviese, como si el cristal fuese aire y el aire fuese cristal, haciéndose añicos el aire en torno a ti como el cristal mientras caías. Rebanándote el aire en pedazos como si fuera la hoja de un cuchillo. Era agradable caer. Era agradable caerse de la vida. Era agradable.

* * *

—Argalia, amigo mío —dijo Niccoló al fantasma del traidor—, me debes una vida.

DESPUÉS DE CANTAR TANSEN LA CANCIÓN DEL FUEGO

Después de cantar Tansen la canción del fuego, el *deepak rag*, y encender con la fuerza de su música las llamas de los candiles de la Casa de Skanda, regentada por Esqueleto y Colchón, se observó que padecía graves quemaduras. En el éxtasis de la interpretación, no se había dado cuenta de que en su propio cuerpo empezaban a aparecer marcas al chamuscársele la piel bajo el intenso calor de su genio. Akbar lo envió a su pueblo, Gwalior, en un palanquín real, diciéndole que descansara y no volviera hasta haber sanado sus heridas. En Gwalior, lo visitaron dos hermanas, Tana y Riri, tan consternadas por sus lesiones que empezaron a cantar *megh malhar*, la canción de la lluvia. Pronto una suave llovizna comenzó a caer sobre Mian Tansen, pese a que yacía a resguardo. Y no era una lluvia corriente. Mientras Riri y Tana cantaban, le retiraron las vendas de las heridas, y mientras la lluvia le limpiaba la piel, esta se regeneró. Todo Gwalior quedó atónito ante la historia del milagro y la canción de la lluvia, y cuando Tansen regresó a Sikri, habló al emperador de las maravillosas muchachas. De inmediato Akbar mandó allí a Birbal con el encargo de invitar a las hermanas a la corte y les envió, en obsequio, joyas y ropa para agradecerles la proeza. Pero cuando Tana y Riri se reunieron con Birbal y oyeron lo que él quería, adoptaron una actitud solemne y se retiraron para estudiar el asunto, rehusando todos los regalos del emperador. Al cabo de un rato, salieron y dijeron a Birbal que le comunicarían su respuesta a la mañana siguiente. Birbal pasó la noche comiendo y bebiendo, como invitado del marajá de Gwalior en su gran fortaleza, pero cuando al otro día regresó a la casa de Tana y Riri, encontró a todos sumidos en un profundo duelo. Las hermanas se habían tirado a un pozo y ahogado. En cuanto brahmanes de rigurosa observancia, no quisieron servir al rey musulmán, pero temieron que, si se negaban, Akbar tornase el rechazo como un insulto y sus familias sufriesen las consecuencias. Para evitar tal desenlace, optaron por sacrificar sus vidas.

La noticia del suicidio de las hermanas de voces mágicas sumió al emperador en una profunda depresión, y cuando el emperador se deprimía, la ciudad entera contenía el aliento. En el Pabellón del Nuevo Culto, los

Bebedores de Agua y los Aficionados al Vino fueron incapaces de proseguir con sus discusiones y las esposas y concubinas reales abandonaron también sus riñas. Cuando pasó el calor del día, Niccoló Vespucci, que se hacía llamar Mogor dell'Amore, esperó frente a los aposentos reales como le habían indicado, pero el emperador no estaba de humor para sus cuentos. Luego, cerca del crepúsculo, Akbar salió repentinamente de sus habitaciones acompañado de la guardia y los *punkah-wallahs* y se encaminó hacia el Panch Mahal.

—¡Ah, vos! —dijo al ver a Mogor, con la voz de quien ha olvidado la existencia de su visitante. Y a continuación, dándose media vuelta, añadió—: Bien, venid.

Los hombres que protegían la persona del emperador se apartaron un poco y Mogor fue atraído al interior del círculo del poder. Tuvo que acelerar la marcha. El emperador iba a buen paso.

Bajo la pequeña cúpula, en el vértice del Panch Mahal, el emperador del Indostán contempló el lago dorado de Sikri. A sus espaldas había criados con grandes abanicos de plumas y a su lado estaba el europeo de cabello amarillo, que quería contarle un relato sobre una princesa perdida.

—Habláis solo del amor de los amantes —dijo el emperador—, pero nosotros pensamos en el amor del pueblo por su príncipe, que, confesamos, deseamos mucho. Y así y todo, estas muchachas murieron porque preferían la división a la unidad, sus dioses a los nuestros, y el odio al amor. Concluimos, pues, que el amor del pueblo es voluble. Pero ¿qué se desprende de esa conclusión? ¿Deberíamos convertirnos en un tirano cruel? ¿Deberíamos adoptar un comportamiento que engendrara un miedo universal? ¿Solo perdura el miedo?

—Cuando el gran guerrero Argalia conoció a la inmortal belleza Qara Kóz —contestó Mogor dell'Amore—, dio comienzo a una historia que regeneraría la fe de todos los hombres... vuestra fe, Gran Mogol, esposo entre todos los esposos, amante entre todos los amantes, rey entre todos los reyes, hombre entre todos los hombres... en el amor imperecedero y la extraordinaria capacidad del corazón humano para amar.

Cuando el emperador descendió de lo alto del Panch Mahal y se retiró a dormir, el manto de la tristeza había caído de sus hombros. La ciudad dejó escapar un suspiro colectivo y en el cielo las estrellas brillaron un poco más. La tristeza de los emperadores, como todo el mundo sabía, amenazaba la seguridad del mundo, por su capacidad para metamorfosearse en debilidad o violencia, o en lo uno y lo otro. El buen humor del emperador era la mejor garantía de una vida sin percances, y si era el forastero quien había levantado el

ánimo a Akbar, debía reconocérsele un gran mérito, y se había ganado el derecho a ser considerado amigo en la adversidad. El forastero, y quizá también el tema de su historia, la señora Ojos Negros, la princesa Qara Köz.

* * *

Esa noche el emperador soñó con el amor. En su sueño era otra vez el califa de Bagdad, Harún al—Rashid, que paseaba de incógnito, en esta ocasión por las calles de la ciudad de Isbanir. De repente, él, el califa, sintió un picor que nadie podía aliviar. Volvió rápidamente a su palacio de Bagdad, rascándose todo él a lo largo de los treinta kilómetros de camino, y cuando llegó a casa se bañó en leche de burra y pidió a sus concubinas preferidas que le frotaran todo el cuerpo con miel. Aun así, el picor siguió enloqueciéndolo y ningún médico le encontró cura, pese a aplicarle sangrías con lanceta y sanguijuelas hasta dejarlo a las mismísimas puertas de la muerte. Despidió a aquellos curanderos y, cuando recuperó el vigor, decidió que si el picor era incurable, lo único que podía hacer era distraerse a más y mejor para no notarlo.

Mandó llamar a los comediantes más famosos del reino para que lo hicieran reír y a los filósofos más sabios para que se devanaran los sesos al límite. Bailarinas eróticas avivaron sus deseos y las cortesanas más diestras los satisficieron. Construyó palacios y calzadas y colegios e hipódromos, y aunque todas estas cosas cumplieron bien su cometido, el picor continuó sin la menor señal de mejoría. Puso toda la ciudad de Isbanir en cuarentena y fumigó el alcantarillado para atacar la plaga de picor en su raíz, pero la verdad era que, por lo visto, muy pocas personas sentían tanto picor como él. Hasta que una noche, cuando recorría, embozado y anónimamente, las calles de Bagdad, vio una lámpara en una ventana alta, y cuando alzó la vista, vislumbró el rostro de una mujer iluminado por la vela, de suerte que parecía de oro. Durante ese breve instante, el picor desapareció por completo, pero tan pronto como la mujer cerró los postigos y apagó la vela de un soplido, el picor retornó con redoblada furia. Fue entonces cuando el califa comprendió la naturaleza de su picor. En Isbanir había visto esa misma cara, también por un instante fugaz, asomada a otra ventana, y el picor había comenzado a partir de ese momento. «Buscadla —ordenó al visir—, ya que esa es la bruja causante del maleficio.»

Fue más fácil decirlo que hacerlo. Los hombres del califa llevaron ante él a siete mujeres al día cada uno de los siete días siguientes, pero cuando él las obligó a descubrirse el rostro, vio de inmediato que no era ninguna de ellas. Y el octavo día una mujer velada se presentó en la corte sin que nadie la llamara y solicitó audiencia, afirmando que era la que podía aliviar el sufrimiento del califa. Harún al—Rashid la recibió en el acto.

—¡Así que sois la bruja! —exclamó.

—Nada más lejos —contestó ella—. Pero desde que entreví la cara de un hombre encapuchado en las calles de Isbanir, me pica todo el cuerpo de manera incontrolable. Incluso

abandoné mi ciudad natal y me mudé a Bagdad con la esperanza de que el cambio aliviara mi aflicción, pero de nada ha valido. He intentado mantenerme ocupada, distraerme, y he tejido grandes tapices y escrito volúmenes de poesía, todo en vano. Entonces me enteré de que el califa de Bagdad buscaba a una mujer que le provocaba picor y supe la solución al enigma.

Dicho esto, se retiró el velo con atrevimiento e inmediatamente desapareció por completo el picor del califa, y dio paso a un sentimiento muy distinto.

—¿ Vos también? —preguntó él, y ella asintió.

—Ya no me pica. Ahora siento otra cosa.

—Y también eso es una aflicción que ningún hombre puede curar —dijo Harún al—Rashid.

—O en mi caso, ninguna mujer—contestó la dama.

El califa dio una palmada y anunció su inminente boda, y él y su Begum vivieron felices para siempre, hasta que les llegó la Muerte, la Destructora de los Días.

Tal fue el sueño del emperador.

* * *

Al empezar a difundirse la historia por las villas nobles y los más ordinarios albañales de Sikri, un lánguido delirio se apoderó de la capital. La gente empezó a soñar con ella a todas horas, tanto las mujeres como los hombres, tanto los cortesanos como los pelafustanes, tanto los *sadhus* como las rameras. La desaparecida hechicera mogol de la remota Herat, urbe que su amante Argalia después llamaría «la Florencia de Oriente», demostró que sus poderes no habían menguado con el paso de los años y su probable muerte. Incluso embrujó a la reina madre Hamida Bano, quien normalmente no tenía tiempo para sueños. Aun con eso, la Qara Kōz que visitaba a Hamida Bano cuando dormía era un dechado de devoción musulmana y comportamiento conservador. No se permitía a ningún caballero extranjero empañar su pureza; verse separada de su pueblo le causaba una gran angustia y, todo hay que decirlo, la culpa debía de ser de su hermana mayor. La vieja princesa Gulbadan, en contraste, había soñado con una Qara Kōz muy distinta, una aventurera de espíritu libre cuyo desenfado irreverente, incluso blasfemo, era un tanto escandaloso pero de lo más exquisito, y la historia de su idilio con el hombre más apuesto del mundo era sencillamente una delicia; la princesa Gulbadan la habría envidiado si hubiera podido, pero no podía de tanto como se divertía viviendo la vida por mediación de ella varias noches por semana. Para Esqueleto, la castellana de la Casa de Skanda a orillas del lago, Qara Kōz era la sexualidad femenina personificada y cada noche ejecutaba proezas gimnásticas increíbles para el placer voyeurista de la cortesana. Pero no todo el mundo

soñaba con la princesa oculta tan afectuosamente. La señora Man Bai, amante del heredero al trono, veía este absurdo revuelo en torno a la dama perdida como un desplazamiento de la atención que merecía ella, la siguiente reina del Indostán, quien, por su juventud y destino, tenía todo el derecho a ser objeto de las fantasías de sus futuros súbditos. Y Jodha, la reina Jodha sola en sus aposentos, sin recibir las visitas de su creador y rey, comprendió que con la llegada de la princesa oculta le había surgido una rival imaginaria cuyo poder quizá fuera superior al de ella.

A la vista estaba que la señora Ojos Negros había empezado a convertirse en todo para todo el mundo, modelo, amante, antagonista, musa; en su ausencia, la empleaban como uno de esos receptáculos en que los seres humanos vertían sus preferencias, aversiones, prejuicios, idiosincrasias, secretos, celos y alegrías, sus identidades no realizadas, sus sombras, su inocencia y culpabilidad, sus dudas y certidumbres, su respuesta más generosa y también más mezquina a su propio paso por el mundo. Y su narrador, Niccoló Vespucci, el «Mogol del Amor», el nuevo preferido del emperador, pronto empezó a ser la persona más solicitada de la ciudad. De día le abrían todas las puertas y de noche una invitación a su lugar predilecto de recreo, la Casa de Skanda, cuyas dos reinas, aquellas deidades gemelas, una demacrada y la otra corpulenta, habían llegado al punto de poder elegir entre la flor y nata de Sikri, era el símbolo de estatus más codiciado. El propio apego monógamo de Vespucci a la huesuda e inagotable Esqueleto, Mohini, se consideraba admirable. A ella misma le costaba creerlo.

—La mitad de las damas de Sikri os abrirían su puerta trasera —le dijo Esqueleto, asombrada—. ¿Es posible que no me deseéis más que a mí?

El la envolvió en un abrazo tranquilizador.

—Lo que debes entender —contestó— es que no he hecho tan largo viaje solo para andar de cama en cama.

Sí, eso, ¿para qué había hecho el viaje? Era esta una pregunta que desconcertaba a muchas de las mentes más perspicaces de la ciudad, y también a algunas de sus inteligencias más rencorosas. El creciente interés de los ciudadanos por la vida diurna en continua embriaguez y el noctambulismo dominado por el sexo de la lejana Florencia, descritos por Mogor dell'Amore en una larga sucesión de banquetes en villas aristocráticas y ante vasos de ron en los antros de esparcimiento de la plebe, llevaron a algunos a sospechar que se trataba de una conspiración hedonista para debilitar la fibra moral del pueblo y erosionar la autoridad moral del Dios Único y Verdadero. Badauni, líder puritano de los Bebedores de Agua y mentor del príncipe heredero Salim, cada vez más rebelde, odiaba a Vespucci desde que el extranjero lo puso en

solfá en el Pabellón del Nuevo Culto. Ahora empezaba a verlo como instrumento del Diablo. «Es como si vuestro padre, cada vez más impío, hubiera invocado la presencia de este homúnculo satánico para que lo ayude a corromper al pueblo —dijo a Salim, y amenazadoramente añadió—: Hay que hacer algo, si existe alguien lo bastante hombre para hacerlo.»

Pero la verdad es que las razones del príncipe Salim para aliarse con Badauni eran por completo adolescentes; tomó partido por el adversario de Abul Faz! porque Abul Faz! era el más estrecho confidente de su padre. El puritanismo no iba con él, ya que era un sibarita cuyas propensiones habrían horrorizado al flaco Badauni si hubiesen llegado a sus oídos. Salim, pues, no se dejó convencer por la teoría de Badauni, esto es, que el emperador, a saber cómo, había traído del infierno a un demonio de la lujuria. A él le desagradaba Vespucci porque, como cliente de la Casa de Skanda, el extranjero era el único hombre con libre acceso a la persona de madame Esqueleto; y a pesar de las atenciones cada vez más desenfrenadas de la señora Man Bai, el anhelo del príncipe heredero por Mohini no había hecho sino aumentar con el paso del tiempo. «Soy el futuro rey —se dijo, furioso—, y aun así, esa arrogante casa de placer me niega a la mujer que solicito.» En cuanto a la señora Man Bai, grande fue su ira al ver que su prometido seguía desesperado por joder con su antigua esclava. Eso vino a sumarse al rencor que sentía por la princesa de ensueño que Vespucci había introducido furtivamente en los sueños de cuantos la señora Man Bai conocía, y todo junto formaba un repulsivo divieso supurante en su psique, que de alguna manera, quizá violentamente, debía sajarse.

Cuando Salim se dignó hacerle la siguiente visita, ella adoptó su actitud más seductora y sostuvo granos de uva entre los dientes para que él los cogiera con la lengua.

—Si el tal Mogor convence al emperador de su parentesco —susurró a su amado—, o si, lo que es más probable, el emperador finge creerlo por sus propias razones, ¿os hacéis cargo, amor mío, de las consecuencias, de las complejas y peligrosas consecuencias, que eso tendrá para vos?

Por lo regular, el príncipe Salim necesitaba que otros discurrieran por él a la hora de enfrentarse a cuestiones tales como esas «complejas consecuencias», y le pidió que se las expusiera.

—¿Es que no os dais cuenta, oh, rey del Indostán en espera 2; —ronroneó—, de que eso permitiría a vuestro padre decir que otro tiene más derecho que vos al trono? E incluso si esta explicación se os antoja demasiado traída por los pelos para creerla, ¿y si decide adoptar como hijo a ese adulator? ¿Es que ya no os importa el trono, o lucharéis por él, querido mío? Y en cuanto a la mujer que no desea nada más que ser vuestra reina, lamentaría

descubrir que no sois un rey en ciernes, sino un insecto sin redaños.

Pero incluso las personas cercanas al emperador tenían cada vez más reservas y recelos sobre la presencia y las verdaderas intenciones de Mogor dell'Amore en la corte. La reina madre Ha—mida Bano lo consideraba agente de los infieles occidentales, enviado para embarullar y debilitar su sagrado reino. En opinión de Birbal y Abul Fazl, era casi con toda seguridad un granuja, probablemente fugitivo por alguna atroz fechoría cometida allá en su tierra, un timador que necesitaba abrirse camino en una nueva vida porque la anterior no era ya viable. Tal vez si volvía al lugar de donde había venido, tendría que afrontar la muerte en la hoguera, la horca, el descuartizamiento, o como mínimo la tortura y la prisión.

—No deberíamos ser los crédulos e inocentes orientales por quienes nos toma —dijo Abul Fazl—. En el asunto de la muerte de lord Hauksbank, sin ir más lejos, he estado siempre convencido de su culpabilidad.

Birbal centraba sus preocupaciones en el propio emperador.

—No creo que pretenda haceros daño, pero ha tejido un hechizo en torno a vos que al final puede perjudicaros, distrayéndoo de las grandes cuestiones que deberían ser vuestro principal interés.

El emperador no se dejó persuadir, y tendió a la compasión.

—Es un hombre sin hogar que busca un espacio en el mundo. Al pie del cerro, en la Casa de Skanda, ha creado una suerte de domesticidad en una casa de placer y tomado una especie de esposa en la persona de una ramera esquelética. ¡Qué necesitado de amor debe de estar! La soledad es el destino del hombre errante; es un forastero allí adonde va, y existe solo por la fuerza de su voluntad. ¿Cuándo lo halagó y lo llamó suyo por última vez una mujer? ¿Cuándo se sintió apreciado, o digno, o valioso por última vez? Cuando un hombre no es objeto de ningún anhelo, empieza a morir algo en él. El optimismo se desvanece, nuestro sabio Birbal. Abul Fazl, nuestro cauto protector, la fortaleza de un hombre no es inagotable. Un hombre necesita que otros hombres se vuelvan hacia él de día y que una mujer se acurruque entre sus brazos por la noche. Creemos que él, nuestro Mogor, no ha recibido esa clase de alimento desde hace mucho tiempo. Hay en él una luz que casi se había apagado cuando lo conocimos, pero cobra intensidad a diario en nuestra compañía, o en compañía de ella, la pequeña Esqueleto, Mohini. Quizá esa mujer está salvándole la vida. Ciertamente es que ignoramos qué ha sido esa vida antes. Su apellido, como nos dijo el padre Acquaviva, es ilustre en su propia ciudad, pero si es así, lo privaron de su protección. ¿Quién sabe por qué lo expulsaron? Disfrutamos de su presencia y, por el momento, nos trae sin cuidado desvelar sus misterios. Quizá ha sido un criminal, quizá incluso un

asesino, no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que ha cruzado el mundo para dejar atrás una historia y contar otra, que la historia que nos ha traído es su único equipaje, y que su más hondo deseo es el mismo que el del pobre Dashwanth, ya desaparecido; es decir, quiere introducirse en el relato que cuenta e iniciar dentro una nueva vida. En pocas palabras, es una criatura de fábulas, y un buen *afsanah* nunca ha hecho verdadero daño a nadie.

—Mi señor, confío en que no vivamos para descubrir la insensatez de ese comentario —repuso Birbal muy serio.

La reputación de la difunta Janzada Begum, la hermana mayor de la princesa oculta, se deterioró conforme aumentó la fascinación de la ciudad por su hermana menor. Esa gran dama, que se había convertido en heroína de la corte del abuelo de Akbar, Babur, a su triunfal regreso después de años de cautiverio en manos de Shaibani Kan, y que posteriormente se había convertido en una poderosa fuerza en el seno de la familia mogol, a la que se consultaba sobre todos los asuntos de Estado, se convirtió ahora, por el contrario, en el arquetipo de todas las hermanas crueles, y su nombre, en otro tiempo venerado, pasó a ser un insulto que se arrojaban mutuamente las mujeres en su ira cuando querían lanzarse acusaciones de vanidad, celos, mezquindad o traición. Muchos empezaron a albergar la convicción de que la princesa oculta se alejó de su familia tanto por el trato que le dispensó Janzada como por su enamoramiento del pachá extranjero, una decisión que abrió luego caminos ignotos y enigmáticos hacia la oscuridad absoluta. Con el paso del tiempo, la aversión pública hacia la «hermana malvada» comenzó a tener una consecuencia más preocupante. De la historia surgió cierto ánimo de pendencia, del relato se elevó una voluta verde y hedionda de discordia que contagió a las mujeres de Sikri, y empezaron a llegar al palacio noticias de virulentas disputas entre hermanas antes bien avenidas, sospechas y acusaciones, rupturas irreparables y distanciamientos enconados, peleas de gatas e incluso peleas a cuchilladas, la repentina aparición de antipatías y rencores de los que las mujeres en cuestión apenas habían sido conscientes hasta que el extranjero de cabello amarillo desenmascaró a Janzada Begum. Después, el conflicto se propagó, adquiriendo un carácter más general, hasta afectar primero a primas carnales, luego a parientas más lejanas y finalmente a todas las mujeres, emparentadas o no; e incluso en el harén del emperador creció el revuelo de la enemistad hasta niveles sin precedentes y totalmente inadmisibles.

—Las mujeres siempre han despotricado de los hombres —dijo Birbal—, pero ahora resulta que reservan sus más profundas quejas para las de su mismo género, porque si bien prevén que los hombres sean volubles,

traicioneros y débiles, aplican un rasero superior a las de su propio sexo, esperan más de su propio sexo... lealtad, comprensión, honradez, amor... y, por lo visto, han decidido colectivamente que tales expectativas eran erróneas.

Abul Fazl, con un tonillo burlón en la voz, comentó además que la fe del rey en la presunta inocuidad de las historias empezaba a convertirse en una posición más difícil de defender. Los tres hombres, los cortesanos y el rey, sabían que, para los hombres, era imposible poner fin a la guerra entre las mujeres. Se emplazó a la reina madre Hamida Bano y la vieja princesa Gulbadan en el Lugar de los Sueños. Llegaron dándose codazos y empujones, quejándose cada una en voz estridente de la secreta perfidia de la otra, y quedó demostrado que la crisis se había salido de quicio.

Uno de los pocos lugares de Sikri que permaneció inmune al fenómeno fue la Casa de Skanda, y finalmente Esqueleto y Colchón repecharon la cuesta y solicitaron audiencia con el emperador, insistiendo en que ellas tenían la solución al problema. El poderoso motivo que las impulsó a obrar con tal desvergüenza fue el instinto de conservación. «Tenemos que hacer algo —había susurrado Esqueleto a Mogor en la cama esa noche—, o dentro de cinco minutos alguien decidirá que todo este alboroto es culpa vuestra y estaremos todos perdidos.» El emperador, divertido por el atrevimiento de las ramerías y a la vez preocupado por la situación, les concedió audiencia y las emplazó a orillas del Mejor de Todos los Estanques Posibles. Cómodamente sentado en el mullido *tajt* dispuesto en medio del estanque, indicó a las cortesanas que fueran al grano.

—*Jahanpanah*, Refugio del Mundo —dijo Esqueleto—, debéis ordenar a todas las mujeres de Sikri que se desvistan por completo.

El emperador se irguió. Aquello se ponía interesante.

—¿Que se desvistan por completo? —preguntó, solo para asegurarse de que había oído bien.

—Hasta la última costura —confirmó Colchón con absoluta seriedad—. Prendas interiores, calcetines, incluso las cintas del pelo. Dejadlas pasearse por la ciudad en cueros vivos durante un día y todo este disparate habrá terminado.

—La razón por la que el conflicto no se ha extendido a los burdeles —explicó Esqueleto— es que las damas de la noche no tenemos secretos entre nosotras, nos lavamos las partes pudendas unas a otras y sabemos exactamente qué furcias tienen el mal francés y cuáles están limpias. Cuando las damas de la ciudad se vean desnudas en la calle, desnudas en la cocina, desnudas en el bazar, desnudas en todas partes, visibles desde todos los ángulos, expuestas sus faltas y vellosidades secretas, se reirán de sí mismas y caerán en la cuenta de lo necias que han sido por pensar que estas criaturas extrañas y curiosas podían

ser sus enemigas.

—En cuanto a los hombres —añadió Mohini la Esqueleto—, debéis mandar que todos se venden los ojos, y también vos debéis hacerlo. Durante un día, ningún hombre de Sikri mirará a una mujer, en tanto que las mujeres, viéndose unas a otras sin rebozo, por así decirlo, se reconciliarán.

—Si os creéis que voy a hacer una cosa así —repuso Hamida Bano—, será que, sin lugar a dudas, las historias del extranjero os han reblandecido el seso.

El emperador Akbar miró a su madre a los ojos.

—Cuando el emperador da una orden, el castigo por desobedecer es la muerte.

El cielo fue benévolo el día de la desnudez de las mujeres. Las nubes cubrieron el sol todo el día y sopló una brisa fresca. Ese día los hombres de Sikri no trabajaron, las tiendas no abrieron, los campos quedaron vacíos, las puertas de los obradores de artistas y artesanos permanecieron atrancadas. Los nobles no se levantaron de la cama; tanto los músicos como los cortesanos se volvieron de cara a la pared. Y ausentes los hombres, las mujeres de la capital descubrieron de nuevo que no estaban hechas de mentiras y traiciones, sino solo de vello y piel y carne, que tan imperfectas eran unas como otras, y que no se escondían mutuamente nada en especial, ni venenos, ni intrigas, y que incluso las hermanas pueden, al final, encontrar la manera de congeniar. Cuando se puso el sol, las mujeres volvieron a vestirse, y los hombres se quitaron la venda de los ojos, y comieron algo parecido a la colación servida para romper el ayuno, una cena a base de agua y fruta. A partir de ese día, la casa de Esqueleto y Colchón se convirtió en el único establecimiento nocturno con el sello de aprobación personal del emperador, y las propias damas fueron distinguidas con el rango de consejeras del rey. Solo hubo dos malas noticias. La primera tuvo que ver con el príncipe heredero Salim. Esa noche, borracho como una cuba, se jactó ante cualquiera dispuesto a oírlo de que, desoyendo el mandato de su padre, se había quitado la venda y, durante horas, había devorado con la vista a toda la población femenina. La noticia llegó a Akbar, que ordenó el arresto inmediato de su hijo. Fue Abul Fazl quien propuso el castigo idóneo para el delito del príncipe. A la mañana siguiente, en el espacio abierto frente al harén real, hizo desnudar a Salim, que luego recibió una buena tunda a manos de los guardias del harén, tanto eunucos como mujeres con la complexión de luchadores varones. Le tiraron varas, piedras pequeñas y terrones hasta que pidió perdón y misericordia. Después de eso, era inevitable

que algún día aquel príncipe bebedor y adicto al opio intentara vengarse de Abul Fazl y también del emperador del Indostán.

La segunda consecuencia triste de la desnudez de las mujeres fue que la anciana princesa Gulbadan se acatarró y entró en un rápido declive hacia la muerte. En sus momentos finales, hizo llamar al emperador e intentó rehabilitar el buen nombre de la difunta Janzada Begum.

—Cuando vuestro padre regresó de su largo exilio en Persia y volvió a encontraros, era Janzada Begum quien había cuidado de vos, porque Hamida Bano no estaba, naturalmente. Janzada os quiso mucho, no lo olvidéis. Os besaba las manos y los pies y decía que le recordaban a los pies y las manos de vuestro abuelo. Así que sea cual sea la historia de su trato con Qara Kóz, no olvidéis que también esto es verdad. Una mala hermana puede ser una tía abuela afectuosa.

Gulbadan había buscado siempre la precisión en su recuerdo del pasado, pero en esos momentos empezó a sucumbir a la confusión, llamando a Akbar a veces por el nombre de su padre, *Humayún*, y a veces incluso por el de su abuelo. Era como si los tres primeros emperadores mogoles se hubieran congregado junto a su lecho, contenidos en el cuerpo de Akbar, para montar guardia ante el tránsito de su alma al otro mundo. Tras la muerte de Gulbadan, atroces remordimientos asaltaron a Hamida Bano.

—Yo le di codazos, le di empujones hasta que casi se cayó, y ella era mayor que yo. No la honré, y ahora se ha ido.

Akbar reconfortó a su madre:

—Sabía que la queráis. Sabía que una mujer puede ser mala en sus empujones y buena en su amistad.

Pero la reina madre era inconsolable.

—Tenía siempre un aspecto tan joven... El ángel se equivocó. Soy yo quien esperaba la muerte.

Después de los cuarenta días de luto por Gulbadan, Akbar mandó llamar a Mogor dell'Amore al Lugar de los Sueños.

—Lo alargáis demasiado. No podéis continuar con esto eternamente, ya lo sabéis. Es hora de proseguir el relato. Contad ya esa maldita historia lo más deprisa posible, y hacedlo, os lo ruego, sin volver a revolucionar a las damas.

—Refugio del Mundo —dijo Mogor con una profunda reverencia—, nada deseo más que contar toda mi historia, pues es lo que anhelan los hombres por encima de todas las cosas. Pero para llevar a la señora Ojos Negros a los brazos de Argalia el Turco, antes debo explicar ciertos acontecimientos militares en los que intervinieron las tres grandes potencias que hay entre Italia y el Indostán, es decir, el caudillo uzbeko Ajenjo Kan, el

sha Ishmael o Ismail, rey safávida de Persia, y el sultán otomano.

—Caiga una maldición sobre todos los narradores de cuentos —dijo Akbar, irritado, y bebió un largo trago de una copa de vino roja y dorada—. Y un rayo a vuestros hijos.

JUNTO AL MAR CASPIO, LAS VIEJAS BRUJAS DE LA PATATA

Junto al mar Caspio, las viejas brujas de la patata se sentaron a llorar. Sonoros fueron sus sollozos y desesperados sus lamentos. Toda Transoxiana estaba de duelo por el gran Shaibani Kan, el poderoso señor de Ajenjo, soberano del ancho Jorasán, potentado de Samarcanda, Herat y Bujara, descendiente de la auténtica línea de sangre de Gengis Kan, en otro tiempo vencedor de Babur, el mogol arribista...

—Probablemente no es buena idea —dijo el emperador con delicadeza— repetir en nuestra presencia las baladronadas de ese granuja sobre nuestro abuelo.

...Shaibani, ese bribón abominable y salvaje, que cayó en la batalla de Marv y perdió la vida a manos del sha Ismail de Persia, quien engarzó su cráneo en una copa de vino roja y dorada con incrustaciones de piedras preciosas, y repartió trozos de su cuerpo por todo el mundo para demostrar que había muerto. Así pereció ese guerrero de sesenta años, fogueado aunque también brutal, inculto y bárbaro: decapitado y desmembrado, una muerte merecida y humillante, por un joven bisoño de solo veinticuatro años.

—Eso ya nos gusta más —dijo el emperador, contemplando su propia copa de vino con satisfacción—. Pues no puede considerarse destreza matar a los conciudadanos de uno, traicionar a los amigos, vivir sin fe, sin misericordia, sin religión: por tales medios uno puede adquirir poder, pero no gloria.

—Niccola Machiavelli de Florencia no lo habría expresado mejor —convino el narrador.

La brujería de la patata nació en Astracán, a orillas del río Atil, después llamado Volga, concebida por la apócrifa Bruja Madre Olga I, pero sus adeptas llevaban tanto tiempo escindidas como llevaba escindido el mundo, así que ahora, en la costa occidental del mar Caspio, que llamaban Jazar, cerca de Ardabil, donde se originó el misticismo sufí de la dinastía safávida del sha Ismail, las brujas eran chiíes y celebraban los triunfos del nuevo Imperio Persa Duodecimano, mientras que en la costa oriental, donde vivían los uzbekos, eran —¡algunas de ellas, y qué equivocadas estaban, las pobres!— partidarias de Ajenjo Kan. Después, cuando el sha Ismail sufrió en su propia carne la derrota ante el ejército otomano, estas brujas de la patata suníes establecidas al este del mar de Jazar sostuvieron que sus maldiciones habían sido más poderosas que la magia de sus hermanas chiíes en el oeste. «Porque la patata jorasaní es omnipotente —clamaron muchas veces, en palabras de su credo más sagrado—, y con ella todo puede lograrse.»

Mediante el uso adecuado de sortilegios uzbeko—suníes basados en la patata, era posible encontrar marido, ahuyentar a una rival amorosa más atractiva o provocar la caída de un rey chií. El sha Ismail había sido víctima de la Gran Maldición Uzbeca Antichií del Esturión y la Patata, rara vez usada, que requería unas cantidades de patata y caviar difíciles de reunir, y una unidad de propósito entre las brujas suníes que tampoco se alcanzaba fácilmente. Cuando conocieron la derrota de Ismail, las brujas de la patata orientales se enjugaron los ojos, pusieron fin a sus lamentos y bailaron. Una bruja jorasaní en rotación es una imagen poco común y muy peculiar, y entre quienes han visto esa danza, casi nadie la ha olvidado. Y la Maldición de la Patata y el Caviar provocó una escisión en la hermandad de las brujas de la patata que hasta el día de hoy no se ha superado.

Aun con eso, es posible que el desenlace de la batalla de Chal—dirán se debiera a razones más prosaicas: que el ejército otomano tenía una gran superioridad numérica sobre el persa; o que los soldados otomanos portaban fusiles, que los persas consideraban armas poco viriles y se negaban a usar, con lo cual fueron enviados en tropel a una muerte inevitable pero indiscutiblemente viril; o que al frente de las fuerzas otomanas estaba el invencible general jenízaro, verdugo de Vlad el Empalador, el Dragón—Demonio de Valaquia, a saber, Argalia, el turco florentino. Por grande que se creyera el sha Ismail —y nadie lo aventajaba en su elevada opinión de sí mismo—, no pudo resistir mucho tiempo ante el Portador de la Lanza Hechizada.

El sha Ismail de Persia, autoproclamado representante en la tierra del Duodécimo Imán, era conocido por su arrogancia, egotismo y proselitismo fanático del *Ithna Ashari*, es decir, el islam chií duodecimano. «Romperé los mazos de polo de mis adversarios —se jactó, usando las palabras del santo sufí Shaij Zahid— y entonces el campo será mío.» Acto seguido, hizo una declaración aún más pretenciosa, esta vez con sus propias palabras: «¡Soy el Dios Verdadero, el Dios Verdadero, el Dios Verdadero! ¡Ay, hombre ciego que te has apartado del buen camino, contempla la Verdad! Soy el Hacedor Absoluto de quien hablan los hombres». Lo llamaban *Vali Allah*, el vicario de Dios, y para sus soldados *qizilbash* pelirrojos era ciertamente divino. Modestia, generosidad, bondad: no eran las características por las que se distinguía. Así y todo, cuando marchó hacia el sur desde el campo de batalla de Marv, acompañado por la cabeza de Shaibani Kan en un tarro de miel, y entró triunfalmente en Herat, esas fueron las palabras que empleó para describirlo la princesa olvidada por la historia, la señora Ojos Negros, Qara Köz. El sha Ismail fue el primer hombre del que se enamoró. Tenía diecisiete años.

—Conque es verdad, pues —exclamó el emperador—. El extranjero por el que ella se negó a volver con Janzada a la corte de mi abuelo, la razón por la que mi noble abuelo la borró de los anales de la historia, el seductor del que habló nuestra querida tía Gulbadan, no fue vuestro Arcalia o Argalia, sino el mismísimo sha de Persia.

—Fueron dos capítulos distintos de su historia, oh, Refugio del Mundo —repuso el narrador—. Uno detrás de otro, el vencedor y luego el hombre que derrotó al vencedor. Las mujeres no son perfectas, hay que reconocerlo, y parece que la joven tenía cierta debilidad por ponerse del lado ganador.

Herat, perla de Jorasán, lugar de residencia del pintor Behzad, creador de miniaturas sin parangón, y del poeta Jami, el inmortal filósofo del amor, y última morada de la patrona de la belleza, la gran reina Gauhar Shad, es decir, Joya Feliz o Resplandeciente! «Ahora perteneces a Persia —dijo el sha Ismail mientras recorría a • caballo sus calles conquistadas—. Tu historia, oasis, baños, puentes, canales y minaretes son todos míos.» Observándolo desde una alta ventana del palacio, estaban las dos princesas capturadas de la casa mogol. «Ahora moriremos o nos pondrán en libertad», dijo Janzada, sin permitirle el menor temblor en la voz. Shaibani Kan la había hecho su esposa y ella le había dado un hijo. Janzada contempló la urna sellada, detrás del caballo del conquistador, suspendida de una lanza corriente, y supo qué contenía. «Si el

padre ha muerto —anunció—, mi hijo está también condenado.» Acertó en su análisis: para cuando el sha Ismail se presentó ante la puerta de las princesas, el niño ya había ido a reunirse con su padre. El rey persa inclinó la cabeza ante la princesa Janzada.

—Sois las hermanas de un gran hermano, y por eso os dejo en libertad. Tengo la intención de devolveros, junto con muchos regalos en muestra de amistad, a mi señor Babur, que está en Qunduz, y vosotras, señoras, seréis el mayor de todos los regalos.

—Hasta ahora —contestó Janzada—, no solo era hermana, sino también madre y esposa. Puesto que habéis destruido dos tercios de mí, la última parte ya puede volver a casa.

Después de nueve años como reina de Ajenjo Kan y ocho como madre de un príncipe, tenía el corazón hecho trizas. Pero en ningún momento Janzada Begum permitió que su rostro o su voz delataran sus auténticas emociones, por lo que el sha Ismail la consideró una mujer fría e insensible. A sus veintinueve años, era una gran belleza, y el persa se sintió muy tentado de mirar detrás del velo, pero, conteniéndose, se volvió hacia la muchacha más joven.

—Y vos, señora —dijo con toda la cortesía de la que fue capaz—, ¿qué tenéis que decir a vuestro liberador?

Janzada Begum cogió a su hermana por el codo como para llevársela consigo.

—Gracias, mi hermana y yo somos del mismo parecer —afirmó.

Pero Qara Kōz se zafó de la mano de su hermana, se apartó el velo y miró al joven rey a la cara.

—Me gustaría quedarme.

A los hombres les sobreviene cierta debilidad después de la batalla; cuando toman conciencia de la fragilidad de la vida, la estrechan contra su pecho como una fuente de cristal que a punto ha estado de caérseles, y el tesoro de la vida ahuyenta su valentía. En tales ocasiones, todos los hombres son cobardes, y no son capaces de pensar en nada más que en los abrazos de las mujeres, en nada más que en las palabras curativas que solo las mujeres pueden susurrar, en nada más que en el goce de perderse en los laberintos fatales del amor. Cuando dicha debilidad se adueña de un hombre, este hará cosas que den al traste con sus planes mejor fraguados, puede formular promesas que cambien su futuro. Fue así como el sha Ismail de Persia se ahogó en los ojos negros de la princesa de diecisiete años.

—Quedaos, pues —contestó.

—La necesidad de una mujer que cure la soledad del asesinato —dijo el emperador, rememorando—. Que borre la culpabilidad de la victoria o la vanagloria de la derrota, aquiete el temblor de los huesos, enjugue las lágrimas calientes del alivio y la vergüenza. Que nos abrace mientras sentimos la marea menguante de nuestro odio y esa forma de bochorno aún mayor a la que da paso. Que nos rocíe con lavanda para ocultar el olor de la sangre en las yemas de los dedos y el hedor de la matanza en la barba. La necesidad de una mujer que nos diga que somos suyos y que aleje la muerte de nuestros pensamientos. Que sofoque nuestra curiosidad sobre cómo será hallarse ante el Trono del Juicio, que elimine nuestra envidia de quienes han ido antes que nosotros a ver al Todopoderoso tal como es, y aplaque las dudas que se retuercen en nuestro estómago, sobre la existencia de la vida después de la muerte e incluso del propio Dios, porque los caídos están absolutamente muertos, y ya no parece existir ningún cometido superior.

Después, cuando la perdió para siempre, el sha Ismail habló de brujería. Había un hechizo en su mirada que no era del todo humano, dijo; un demonio habitaba en ella, y lo había arrastrado a la condenación. «Que una mujer tan hermosa no sea tierna —dijo a su criado sordomudo—, eso no me lo esperaba. No esperaba que se apartara de mí con tal despreocupación, como si, cambiara de zapato. Esperaba ser amado. No esperaba ser un *majnun-Layla*, enloquecido a causa del amor. No esperaba que' me partiera el corazón.»

Cuando Janzada Begum regresó a Qunduz junto a Babur sin su hermana, fue recibida con una gran celebración de soldados y bailarinas, de trompetas y cantos, y el propio Babur se acercó a pie a ella para abrazarla al descender de la litera. Pero en privado estaba hecho una furia, y fue entonces cuando ordenó borrar a Qara Kōz de los anales históricos. Aun así, durante un tiempo permitió al sha Ismail creer que eran amigos. Acuñó monedas con la cabeza de Ismail en ellas para demostrarlo, e Ismail envió tropas para ayudarlo a expulsar a los uzbekos de Samarcanda. Un día, de pronto, no aguantó más y dijo a Ismail que cogiera sus tropas y se marchara.

—Eso es interesante —dijo el emperador—. Ya que la decisión de nuestro abuelo de mandar a casa al ejército safávida después de recapturar Samarcanda siempre ha sido un misterio. Fue en esas fechas cuando dejó de escribir el libro de su vida, labor que no reanudó hasta pasados once años, así que su propia voz calló a ese respecto. Tras marcharse los persas, volvió a perder Samarcanda en el acto y se vio obligado a huir hacia Oriente. Creíamos que el rechazo de la ayuda persa se debió a la prosopopeya religiosa del sha Ismail:

las interminables proclamas de su propia divinidad, sus engrandecimientos de chíi duodecimano. Pero si la verdadera razón era la lenta ira de Babur por la princesa oculta, ¡cuántos asuntos importantes se han derivado de la decisión de Qara Köz! Porque la pérdida de Samarcanda fue la razón por la que Babur vino al Indostán y estableció aquí su dinastía, y nosotros somos los terceros en esa línea. Así que si vuestra historia es cierta, el nacimiento de nuestro imperio es consecuencia directa del capricho de Qara Köz. ¿Debemos condenarla o encomiarla? ¿Fue una traidora, que merece nuestro desprecio eterno, o nuestra genetrix, la que dio forma a nuestro futuro?

—Era una muchacha bella y caprichosa —dio Mogor dell'Amore—. Y poseía tal poder sobre los hombres que acaso al principio ni siquiera ella fuese consciente de la fuerza de sus hechizos.

Qara Köz: veámosla ahora en la capital safávida de Tabriz, acariciada por las exquisitas alfombras del sha, tal como Cleopatra se envolvió en la alfombra de César. En Tabriz incluso los montes estaban alfombrados, ya que extendían a secar al sol en las laderas los grandes tapices. En sus aposentos reales, la señora Ojos Negros se revolcaba en los tapices persas como si fueran cuerpos de amantes. Y en un rincón humeaba siempre un samovar. Comía con avidez —pollo relleno de ciruelas pasas y ajo, o gambas con pasta de tamarindo, o kebabs acompañados de fragante arroz—, y sin embargo su cuerpo permanecía esbelto y alargado. Jugaba al backgammon con su criada Espejo, y se convirtió en la mayor jugadora de la corte persa. También compartía otros juegos con Espejo; detrás de las puertas cerradas con llave de su alcoba, las dos muchachas reían y gritaban, y muchos cortesanos las tomaban por amantes, pero nadie, ni hombre ni mujer, osó decirlo, porque la cabeza del chismoso habría rodado. Cuando Qara Köz veía al joven rey jugar al polo, dejaba escapar un suspiro de éxtasis erótico cada vez que él descargaba un golpe de mazo y la gente empezó a creer que esos gruñidos y exclamaciones en realidad hechizaban la pelota, que inevitablemente encontraba el camino hacia la portería mientras los mazos de los defensores se agitaban patéticamente en el aire vacío. Se bañaba en leche. Cantaba como un ángel. No leía libros. Tenía veintiún años. No había concebido a ningún hijo. Un día, cuando su Ismail habló de la creciente fuerza de su rival en el oeste, el sultán otomano Bayezid II, le dio en susurros un consejo letal.

—Enviadle esa copa vuestra, la que está hecha con el cráneo de Shaibani Kan, para advertirle de lo que ocurrirá si no recuerda, su lugar.

A Qara Köz le seducía la vanidad de Ismail. Estaba enamorada de sus defectos. Un hombre que se creía dios era quizá el hombre ideal para ella.

Quizá no le bastaba con un rey. «¡El Verdadero Dios! —exclamaba cuando la hacía suya—. ¡El Hacedor Absoluto!» A él eso le gustaba, naturalmente, y como era sensible al elogio, no se paró a pensar en la autonomía de su gran belleza, que ningún hombre podía poseer, que se poseía a sí misma, y que soplaría en la dirección que le viniera en gana, como el viento. Si bien ella lo había abandonado todo por él, había decidido cambiar de mundo tras solo una mirada, dejando a su hermana, a su hermano y a su clan para viajar hacia el oeste en compañía de un apuesto forastero, el sha Ismail, en la inmensidad de su amor a sí mismo, consideró este acto tan radical lo más normal del mundo, pues, al fin y al cabo, lo había hecho por él. No vio, pues, el lado errante de ella, el desarraigo. Si una mujer se desentendía tan fácilmente de una lealtad, bien podía desentenderse también de la siguiente.

Había días en que ella deseaba la maldad: la maldad de él y la suya propia. En la cama, le susurraba que ella tenía otro ser dentro de ella, un ser malvado, y cuando ese ser se imponía, ya no era responsable de sus actos, podía hacer cualquier cosa, cualquier cosa. Esto a él lo excitaba hasta límites insoportables. En el amor, ella era más que su igual. Era su reina. En cuatro años no le había dado un hijo. No importaba. Era un festín para los sentidos. Era aquello por lo que los hombres mataban. Era su adicción y su maestra.

—Quieres que envíe a Bayezid la copa de Shaibani —dijo con la voz empañada, como embriagado—. Que le envíe el cráneo de otro hombre.

—Para vos, beber en el cráneo de vuestro enemigo es una gran victoria —susurró—. Pero cuando Bayezid beba de la cabeza del rival derrotado por su enemigo, se le meterá el miedo en el corazón.

Ismail comprendió que ella había hechizado la copa para infundir terror.

—Muy bien. Haremos lo que propones.

* * *

El cuadragésimoquinto aniversario de Argalia llegó y pasó. Era un hombre alto y pálido, y pese a los años de guerra, tenía la tez tan blanca como una mujer; hombres y mujeres se maravillaban por igual de la suavidad de su piel. Adoraba los tulipanes, y se los hacía bordar en sus túnicas y capas, creyéndolos portadores de buena suerte, y de las mil quinientas variedades de tulipán de Estambul, seis en concreto abundaban en sus aposentos del palacio. La Luz del Paraíso, la Perla Incomparable, el Aumentador del Placer, el Instilador de Pasión, la Envidia del Diamante y la Rosa del Alba: estos eran sus preferidos, y mediante ellos se revelaba como un sensualista tras su apariencia de guerrero, una criatura del placer oculta bajo la piel de un matador de

hombres, un ser femenino dentro de otro masculino. Poseía asimismo el gusto de una mujer por las galas: cuando no vestía de campaña, se recreaba en las alhajas y las sedas y sentía gran debilidad por las pieles exóticas, el zorro negro y el lince de Moscovia que llegaban a Estambul a través de Feodosia, en Crimea. Tenía el pelo largo y negro como el mal y los labios carnosos y rojos como la sangre.

La sangre, y su derramamiento, habían sido el centro de su vida. Bajo el reinado del sultán Mehmed II, había librado una docena de campañas y vencido todas las batallas en las que colocó el arcabuz en posición de disparo o desenvainó la espada. Se había rodeado de un escuadrón de jenízaros leales, como un escudo, con los gigantes suizos Otho, Botho, Clotho y D'Artagnan como lugartenientes, y aunque la corte otomana estaba plagada de intrigas, había frustrado siete atentados contra su vida. Después de la muerte de Mehmed, el imperio estuvo a punto de sumirse en la guerra civil entre sus dos hijos, Bayezid y Cem. Cuando Argalia descubrió que el Gran Visir, a despecho de la tradición musulmana, se había negado a sepultar el cuerpo del difunto sultán durante tres días a fin de dar tiempo a Cem para llegar a Estambul y apoderarse del trono, llevó a los gigantes suizos a los aposentos del visir y lo mató. Encabezando el ejército de Bayezid, se enfrentó al pretendido usurpador y lo mandó al exilio. Hecho esto, pasó a ser comandante en jefe del nuevo sultán. Combatió contra los mamelucos de Egipto por tierra y por mar, y cuando derrotó a la alianza entre Venecia, Hungría y el papado, su prestigio como almirante igualó a su fama como guerrero en tierra firme.

Después, los mayores problemas procedieron de los pueblos *qizilbash* de Anatolia. Se tocaban con gorros rojos de doce pliegues para demostrar su adhesión al chiísmo duodecimano y, a resultas de ello, se sentían atraídos por el sha Ismail de Persia, el sedicente Verdadero Dios. El tercer hijo de Bayezid, Selim el Severo, quiso aplastarlos completamente, pero su padre fue más comedido. A causa de ello, Selim el Severo empezó a ver a su padre como un pacificador y un blando. Cuando la copa del sha Ismail llegó a Estambul, Selim se lo tomó como un insulto mortal. «Habría que enseñar modales a ese hereje que se hace llamar Dios», declaró. Cogió la copa como un duelista recoge el guante arrojado a la cara. «Beberé sangre safávida en esta copa», prometió a su padre. Argalia el Turco dio un paso al frente. «Y yo serviré ese vino», afirmó.

Cuando Bayezid se negó a autorizar la guerra, las cosas cambiaron para Argalia. Pocos días después, sus jenízaros y él se habían unido a las fuerzas de Selim el Severo, y Bayezid abandonó el poder por la fuerza. El viejo sultán fue obligado al retiro forzoso y desterrado a su Didimoteicho natal, en Tracia, y murió de pena por el camino, y casi mejor así. En el mundo no había lugar para

hombres que perdían el temple. Selim, con Argalia a su lado, dio caza y estranguló a sus hermanos Ahmed, Korkud y Shahinshah, y mató también a los hijos de estos. Así, se restauró el orden y se eliminó el riesgo de revuelta. (Muchos años después, cuando Argalia contó a Il Machia estas hazañas, las justificó diciendo: «Cuando un príncipe toma el poder, debe hacer lo peor de inmediato, porque luego sus súbditos verán todas sus hazañas como una mejora respecto a los comienzos», y al oír esto Il Machia se quedó callado y pensativo y, pasado un rato, movió la cabeza en un lento gesto de asentimiento. «Terrible —dijo—, pero cierto.») Llegó entonces la hora de hacer frente al sha Ismail. Argalia y sus jenízaros fueron enviados a Rum, en el norte de la franja central de Anatolia, arrestó a miles de residentes *qizilbash* y masacró a otros miles. Así hizo callar a esos canallas mientras el ejército cruzaba su reino para entregar la carta de Selim el Severo al sha. En este mensaje Selim decía: «Ya no respetáis los mandamientos y las prohibiciones de la ley divina. Habéis incitado a vuestra abominable facción chií a una unión sexual no sancionada. Y habéis derramado sangre inocente». Cien mil soldados otomanos acamparon a orillas del lago Van, en la Anatolia oriental, dispuestos a hacer tragar estas palabras al blasfemo sha Ismail. En sus filas había doce mil mosqueteros jenízaros bajo el mando de Argalia. Contaban también con quinientos cañones, encadenados entre sí para formar una barrera infranqueable.

El campo de batalla de Chaldirán estaba al noreste del lago Van, y allí tomaron posiciones las fuerzas persas. El ejército del sha Ismail contaba con unos efectivos de solo cuarenta mil hombres, casi todos ellos de caballería, pero al examinar su disposición de combate, Argalia supo que la superioridad numérica no siempre decidía una batalla. Al igual que Vlad Drácula en Valaquia, Ismail había usado una estrategia de tierra quemada. Anatolia había quedado calcinada y yerma, y los otomanes que marchaban desde Sivas hasta Arzinján apenas encontraron bebida y comida en su avance. El ejército de Selim estaba cansado y famélico cuando acampó a orillas del lago después de la larga marcha, y un ejército en tales condiciones siempre es eluctable. Después, cuando Argalia estaba con la princesa oculta, ella le explicó por qué su antiguo amante había sido derrotado.

«La caballerosidad. La absurda caballerosidad, y por escuchar a un estúpido sobrino suyo, y no a mí.»

Lo extraordinario es que la hechicera de Persia, junto con su esclava Espejo, se hallaba presente en el puesto de mando, en lo alto de un otero por encima del campo de batalla, agitándose el fino velo contra su rostro y sus pechos de una manera tan sugerente que cuando se plantó ante la tienda del

rey, la belleza de su cuerpo apartó la guerra por completo del pensamiento de los soldados safávidas.

—Debe de estar loco para traeros aquí —le dijo Argalia cuando, sucio de sangre y ahito de matar, la encontró abandonada al final de aquel día colmado de muerte.

—Sí —contestó ella con naturalidad—. Lo volví loco de amor.

Sin embargo, en lo que se refiere a estrategia militar, ni siquiera con sus hechizos consiguió que él la escuchara.

«Fijaos —exclamó ella—, aún están construyendo sus fortificaciones defensivas. Atacad ahora, que no están preparados.» Y exclamó también: «Fijaos, tienen quinientos cañones encadenados en fila y doce mil fusileros detrás. No galopéis derechos hacia ellos u os abatirán como a tontos». Y: «¿No tenéis armas de fuego? Conocéis las armas de fuego. Por amor de Dios, ¿por qué no traéis armas de fuego?». A lo que el sobrino del sha, Durmish Kan, contestó, el muy cretino: «Sería poco deportivo atacarlos cuando aún no están preparados para el combate». Y: «No sería noble enviar a nuestros hombres a atacarlos por la retaguardia». Y: «El arma de fuego no es propia de hombres. El arma de fuego es para cobardes que no se atreven a luchar de cerca. Aun así, por más armas de fuego que tengan, llevaremos el combate hasta ellos, cuerpo a cuerpo. Al final del día habrá ganado el valor, y no, ¡ja!, esos "arcabuces" y "mosquetes"». Ella se volvió hacia el sha Ismail con una especie de desesperación al borde de la risa. «Decid a este hombre que es idiota», ordenó la princesa. Pero el sha Ismail respondió: «No soy un jefe de caravana para andar acechando en las sombras. Será lo que Dios quiera».

Negándose a ver la batalla, la princesa se sentó en la tienda real, sin mirar hacia la puerta. Espejo tomó asiento a su lado y le cogió la mano. El sha Ismail encabezó una carga por la derecha que aplastó el flanco izquierdo otomano, pero la hechicera había vuelto la cara. Los dos ejércitos sufrieron grandes pérdidas. La caballería persa abatió a lo más florido de los jinetes otomanos, los ilirios, los macedonios, los serbios, los epirotas, los tesalios y los tracios. En el bando safávida, los comandantes cayeron uno tras otro y, mientras morían, la hechicera, en la tienda, musitaba sus nombres. «Muhammad Kan Ustajlu, Husain Beg Lala Ustajlu, Saru Pira Ustajlu», y así sucesivamente. Como si pudiera verlo todo sin mirar. Y Espejo reflejaba sus palabras, de modo que los nombres de los muertos parecían un eco en la tienda real. «Amir Nizam al—Din Abd al-Baqi... al-Baqi...», pero el nombre del sha que se creía Dios no fue pronunciado. El centro de las fuerzas otomanas resistió, pero el ánimo de la caballería turca rayaba en el pánico cuando Argalia ordenó intervenir a la artillería. «Canallas —gritó a sus propios jenizaros—, si alguno intenta huir,

volveré los putos cañones contra vosotros.» Los gigantes suizos, armados hasta los dientes, recorrieron a paso veloz la línea de combate otomana para recalcar las amenazas de Argalia. Entonces las armas empezaron a atronar. «Ha comenzado la tormenta», dijo la hechicera, sentada en su tienda. «La tormenta», repitió Espejo. No hacía falta mirar mientras moría el ejército persa. Era el momento de entonar una triste canción. El sha Ismail estaba vivo, pero la derrota era un hecho.

Había abandonado del campo de batalla, herido, sin ir a buscarla. Ella lo sabía.

—Se ha ido —dijo a Espejo.

—Sí, se ha ido —asintió la otra.

—Estamos a merced del enemigo —afirmó la hechicera.

—A merced —contestó Espejo.

Los hombres apostados frente a la tienda para protegerlas habían huido también. Eran dos mujeres solas por encima de un horrendo campo de sangre. Fue así como las encontró Argalia, allí sentadas, sin velo, erguidas y solas, mirando en dirección contraria a la puerta de la tienda real y entonando una triste canción, concluida ya la batalla de Chaldirán. La princesa Qara Kóz se volvió hacia él, sin intentar siquiera ocultar la desnudez de sus facciones, y a partir de ese momento solo se vieron el uno al otro, ajenos al resto del mundo.

Él parecía una mujer, pensó ella, una mujer alta y pálida de cabello negro que se había saciado de muerte. Qué blanco era, blanco como una máscara. En la que destacaban, como una mancha de sangre, aquellos labios rojos, muy rojos. Una espada en la mano derecha y un arma de fuego en la izquierda. Era tanto lo uno como lo otro, espadachín y tirador, hombre y mujer, él mismo y también su sombra. La princesa abandonó al sha Ismail como él la había abandonado a ella y eligió de nuevo. Aquel hombre—mujer de rostro pálido. Más tarde, él las reclamaría a ella y a su Espejo como botín de guerra y Selim el Severo se las concedería, pero ella lo había escogido ya mucho antes, y fue su voluntad la causa de todo lo que ocurrió después.

—No temáis —dijo él en persa.

—Nadie en este lugar conoce el significado del miedo —repondió ella, primero en persa y luego otra vez en chagatai, su lengua materna turquica.

Y por debajo de estas palabras, las verdaderas palabras «Seréis mio. Sí. Soy vuestra»

* * *

Después del saqueo de Tabriz, Selim quiso pasar el invierno en la capital

safávida y conquistar el resto de Persia en primavera, pero Argalia le dijo que el ejército se amotinaria si insistía en eso. Habían logrado la victoria y se habían anexionado buena parte de la Anatolia oriental y el Kurdistan, duplicando casi la extensión del imperio otomano. Con eso bastaba. La línea trazada en Chaldiran sería la nueva frontera entre las potencias otomana y safávida. Además, Tabriz estaba vacío. No había comida para los hombres ni para las monturas de la caballería o los camellos de carga. El ejército quería volver a casa. Selim entendió que se había llegado a un final. Ocho días después de la entrada del ejército otomano en Tabriz, Selim el Severo sacó a sus hombres de la ciudad y se dirigió hacia el oeste.

Un dios derrotado deja de ser divino. Un hombre que abandona a su consorte en el campo de batalla deja de ser un hombre. El sha Ismail regresó deshecho a su ciudad deshecha y pasó sus últimos diez años de vida sumido en la melancolía y la bebida. Vestía túnica negra y turbante negro, y los pendones safávidas se tiñeron también de negro. Nunca volvió a entrar en combate y osciló entre la pena y el libertinaje a tal escala que demostró a todos su debilidad y el alcance de su desesperación. Cuando se emborrachaba, corría de habitación en habitación en su palacio buscando a alguien que ya no estaba allí, que nunca volvería a estar. Al morir, no había cumplido los treinta y siete años. Era sha de Persia desde hacía veintitrés, pero había perdido todo lo que le importaba.

* * *

Cuando ella desvistió a Argalia y encontró tulipanes bordados en su ropa interior, comprendió que era adicto a sus supersticiones, que, como cualquier hombre cuyo trabajo es la muerte, hacía cuanto podía para postergar la última hora. Cuando le quitó la ropa interior y los encontró tatuados en los omóplatos y nalgas e incluso en el grueso tallo del pene, supo con toda certeza que había encontrado al amor de su vida.

—Ya no necesitas esas flores —le dijo, acariciándolas—. Ahora yo seré tu talismán.

«Sí, te tengo a ti —pensó Argalia—, pero solo hasta que deje de tenerte. Solo hasta que decidas abandonarme como abandonaste a tu hermana, para cambiar de caballo otra vez como cambiaste al sha Ismail por mí.» Al fin y a la postre, un caballo solo es un caballo. Ella le leyó el pensamiento, y viendo que necesitaba más garantías, dio una palmada. En la alcoba colmada de flores, entró Espejo.

—Dile quién soy —ordenó Qara Kóz.

—Es la mujer que os ama —dijo Espejo—. Puede encantar a las serpientes en la tierra y a los pájaros en los árboles y hacer que se enamoren, y se ha enamorado de vos, así que ahora podéis tener cuanto deseáis.

La hechicera levantó ligeramente la ceja, y Espejo dejó caer su ropa y se metió en la cama.

—Es mi Espejo —dijo la hechicera—. Es la sombra que brilla. Quien me conquista, también la obtiene a ella.

En ese momento Argalia el gran guerrero reconoció la derrota. En vista de tan arrollador asalto, el único camino que le quedaba a un hombre era la rendición incondicional.

Fue él quien le puso el nombre de «Angelica». Derrotado por «Qara Kóz», con su oclusión glótica y su progresión de sonidos poco habituales para él, le dio el nombre seráfico por el que la conocerían sus nuevos mundos. Y ella, a su vez, transmitió el nombre a Espejo.

—Si yo he de ser Angelica, este ángel de la guarda mío será también Angelica.

Durante muchos años, Argalia había tenido el honor, como beneficiario del favor del sultán, de residir en la Morada de la Dicha, el Topkapi, en lugar de ocupar un espartano alojamiento en los barracones de los jenízaros. Ahora que sus habitaciones tenían el encanto añadido del toque de una mujer, empezó a sentirse como en casa. Pero para hombres como Argalia permitirse creer en la idea de una casa era siempre un problema y un peligro. Podía atraparlos como un lazo. Selim el Severo no era Bayezid ni Mehmed, y no veía a Argalia como su mano derecha indispensable, sino como un rival probable, y peligroso, en la lucha por el poder, un general popular que podía penetrar con sus jenízaros en el sanctasanctórum del palacio, como ya había hecho antes, cuando mató al gran visir. Un hombre capaz de asesinar al visir era también capaz del regicidio. Un hombre así quizá hubiera dejado ya de serle útil. En cuanto regresaran a Estambul, aunque públicamente prodigase elogios a su comandante italiano por su participación en la famosa victoria de Chaldirán, empezaría a urdir en secreto la eliminación de Argalia.

Argalia se enteró de su precaria posición gracias a la decisión de Qara Kóz de seguir satisfaciendo su amor por los tulipanes. La Morada de la Dicha estaba rodeada de jardines, jardines tapiados y jardines en hondonadas, zonas boscosas donde los ciervos corrían libremente y herbosas pendientes que descendían hasta las orillas del Cuerno de Oro. Los arriates de tulipanes se hallaban en el Cuarto Patio y en la colina de baja altura en el extremo septentrional del recinto del Topkapi, el punto más alto de toda la Morada de la Dicha, donde había pequeños pabellones de recreo de madera llamados

quioscos. Los tulipanes crecían alrededor en abundancia y creaban un fragante entorno de paz y serenidad. La princesa Qara Kōz y su Espejo, recatadamente veladas, acostumbraban pasear por estos jardines y descansar en los quioscos, bebiendo dulces zumos, hablando amablemente con los numerosos *bostancis* del palacio, los jardineros, a fin de pedirles que recogieran flores para el señor Argalia y charlar ociosamente, como es propio de las mujeres, sobre los inocentes cotilleos del día. Pronto, toda la servidumbre del jardín, desde el más humilde expurgador de malas hierbas hasta el *bostanci-basha*, el mismísimo jefe de jardineros, se había enamorado profundamente de las dos damas, y por tanto se iban de la lengua como solo puede ocurrirles a los verdaderos amantes. Muchos de ellos observaron lo pronto que las dos damas extranjeras habían empezado a dominar el idioma turco, casi de la noche a la mañana, o esa impresión daba. Como por arte de magia, decían los jardineros.

Pero las verdaderas intenciones de Qara Kōz distaban mucho de ser inocentes. Sabía, como no tardaba en descubrir todo nuevo residente en la Morada de la Dicha, que los mil y un *bostancis* no solo eran los jardineros del sultán, sino también sus verdugos oficiales. Si se condenaba a una mujer por un delito, era un *bostanci* quien la arrojaba al Bósforo, todavía viva, dentro de un saco cosido y lastrado con piedras. Y si había que matar a un hombre, un grupo de jardineros lo agarraba y lo eliminaba mediante un estrangulamiento ritual. Kara Qōz, pues, entabló amistad con los *bostancis*, y se enteraba de lo que ellos, con tétrico humor, llamaban las noticias de los tulipanes. Y pronto el tufo a traición empezó a imponerse al aroma de las flores. Los jardineros la avisaron de que su señor, el gran general, servidor de tres sultanes, corría peligro de ser juzgado por acusaciones amañadas y condenado a muerte. Se lo dijo el jardinero jefe en persona. El *bostanci-basha* de la Morada de la Dicha era el verdugo mayor, elegido no solo por su destreza horticultora sino también por su rapidez en la carrera, ya que cuando un prócer de la corte era condenado a muerte, se le daba una oportunidad no concedida a los hombres corrientes. Si ganaba en una carrera al *bostanci-basha*, se le permitía vivir; la pena se conmutaba por el ostracismo. Pero el *bostanci-basha* tenía fama de correr como el viento, así que la «oportunidad» no era en realidad tal. Con todo y con eso, al jardinero esta vez no le entusiasmaba lo que se vería obligado a hacer.

—Me avergonzaría tener que ejecutar a tan gran hombre —declaró.

—Siendo así —contestó la hechicera—, debemos encontrar, si es posible, una salida a la situación.

Volvió a casa y dijo a Argalia:

—Pronto te matará. Los jardines son un hervidero de rumores.

—¿Con qué pretexto, quisiera yo saber? —contestó Argalia muy serio.

La princesa cogió su pálido rostro entre las manos.

—El pretexto soy yo —respondió—. Te has quedado con una princesa mogol como botín de guerra. Eso él no lo sabía cuando te dio licencia, pero ahora sí lo sabe. Capturar a una princesa mogol fue una acción de guerra contra el rey mogol, y el sultán dirá que, poniendo en tal posición al imperio otomano, has cometido traición y debes pagar el precio. Esta es la noticia que traen los tulipanes.

Prevenido, Argalia tuvo tiempo de hacer planes, y el día que fueron a por él, ya había sacado de allí, al amparo de la noche, a Qara Köz y Espejo, amén de numerosos cofres con los tesoros que había amasado en sus muchas campañas militares victoriosas, protegidas por los cuatro gigantes suizos y los jenízaros más leales, unos cien hombres en total, con la orden de que lo esperaran en Bursa, al sur de la capital.

—Si huyo contigo, Selim nos dará caza y nos matará como a perros. En lugar de eso, debo comparecer en el juicio y, una vez condenado, debo ganar la carrera al jardinero.

Era lo que Qara Köz sabía que diría.

—Si estás empeñado en morir, tendré que consentirlo, supongo.

Con lo cual quiso decir que tendría que salvarle la vida, y no sería fácil, porque ella no se hallaría presente en el lugar de la gran carrera.

En cuanto Selim el Severo, en la sala del trono de la Morada de la Dicha, dictó la sentencia de muerte contra el traidor Argalia, el guerrero, conocedor de las reglas, giró sobre sus talones y se echó a correr. Desde la sala del trono hasta la Puerta de la Casa del Pez había algo menos de un kilómetro a través de los jardines del palacio, y él tenía que llegar allí antes que el *bostanci-basha*, quien, con su casquete rojo, su calzón blanco de muselina y el pecho desnudo, lo perseguía ya como un rayo y ganaba terreno a cada zancada. Si lo atrapaba, moriría en la Casa del Pez y sería arrojado al Bósforo, adonde iban a parar todos los cadáveres. Mientras corría entre los arriates de flores, vio al frente la Puerta de la Casa del Pez, oyó los pasos del *bostanci-basha* cerca de él, y supo que no lograría correr tanto como para escapar. «La vida es absurda —pensó—. Sobrevivir a tantas guerras y morir luego estrangulado por un jardinero. Cierto es, como dicen, que todo héroe descubre el vacío del heroísmo antes de morir.» Recordó cuando, de niño, conoció lo absurda que era la vida, solo a bordo de un pequeño bote de remos, envuelto en bruma, en medio de una batalla naval. «Tantos años después —pensó—, tengo que volver a aprender la lección.»

Nadie ofreció nunca una explicación satisfactoria de por qué el jardinero jefe de pies ligeros al servicio del sultán Selim el Severo cayó de pronto,

llevándose las manos al vientre, a solo treinta pasos del final de la Carrera del Jardinero, ni por qué después sucumbió a un ataque de flatulencia, soltándose los pedos más pestilentes que nadie hubiera oído jamás, ventosidades tan sonoras como detonaciones de arma, y gritando de dolor como una mandrágora desarraigada, mientras Argalia atravesaba la meta en la Puerta de la Casa del Pez, montaba en el caballo que lo aguardaba y partía al galope hacia el exilio.

—¿Has hecho algo? —preguntó Argalia a su amada cuando se reunió con la princesa en Bursa.

—¿Qué habría podido yo hacerle a mi querido *basha*? —contestó ella, con los ojos muy abiertos—. Enviarle un mensaje dándole de antemano las gracias por matarte, a ti, mi vil raptor, junto con una jarra de vino de Anatolia en señal de gratitud, eso es posible, sí; pero calcular el tiempo exacto que determinada poción mezclada con el vino tardaría en hacer efecto en su estómago... en fin, eso sería totalmente imposible, desde luego.

Cuando él la miró a los ojos, no vio el menor asomo de subterfugio, ningún indicio de que ella, o Espejo, o las dos juntas, hubieran podido hacer algo para convencer al jardinero de que incumpliera su obligación, quizá incluso de que bebiera el vino a una hora previamente especificada, a cambio de un momento de dicha que a un hombre como aquel le duraría toda la vida. No, se dijo Argalia, mientras los ojos de Qara Kız lo arrastraban a lo más hondo de su hechizo, no era posible nada por el estilo. Contemplad los ojos de mi amada, qué cándidos, qué llenos de amor y verdad.

* * *

Cuando estaba en tierra firme, el almirante Andrea Doria, capitán de la flota genovesa, vivía en el barrio de Fassolo, extramuros, frente a la puerta de San Tommaso, en la bocana noroeste del puerto. Había comprado una villa allí a un noble genovés llamado Jacobo Lomellino porque en aquel lugar se sentía como los antiguos romanos que vivían, con sus togas y sus coronas de laurel, en suntuosas villas junto al mar, como la que describió Plinio el Joven en Laurentinum, y también por la vista del puerto, que le permitía vigilar quién entraba y salía de la ciudad en todo momento. Tenía sus galeras atracadas justo frente a la casa por si se requería una acción rápida. Así las cosas, fue naturalmente uno de los primeros en ver el barco procedente de Rodas que traía a Argalia de vuelta a Italia, y por el catalejo distinguió a bordo el gran número de hombres fuertemente armados con el uniforme de los jenizaros otomanos. Cuatro de ellos eran en apariencia gigantes albinos. Envío a un

mensajero desde la terraza donde se encontraba para dar orden a su lugarteniente, Ceva, de zarpar a recibir la nave de Rodas y averiguar qué pretendían los nuevos visitantes. Fue así como Ceva el Escorpión volvió a encontrarse cara a cara con una persona a la que había abandonado en aguas enemigas.

El hombre a quien Ceva aún no había identificado como Argalia se había plantado ante el mástil del buque de Rodas ataviado con el amplio turbante y las desahogadas vestiduras de brocado propias de un rico príncipe otomano. Detrás de él estaban sus jenízaros, con todas sus armas y en actitud alerta, y a su lado, como si atrajeran hacia sí toda la luz del sol de modo tal que el resto del mundo parecía frío y oscuro, se hallaban las dos mujeres más hermosas que Ceva había visto en la vida. Su belleza descubierta, a la vista de todos, sus bucles negros y sueltos agitándose en la brisa como trenzas de diosas. Cuando Ceva subió a bordo del buque de transporte de Rodas, seguido por un destacamento de la Banda de Oro, las mujeres se volvieron hacia él, y sintió que la espada se le caía de la mano. A continuación, notó en ambos hombros una presión descendente, suave pero inexorable, una presión a la que, advirtió, no sintió el menor deseo de resistirse, y de pronto él y todos sus hombres estaban postrados de rodillas a los pies de los visitantes y de su boca brotaban desacostumbradas palabras de acogida. «Sed bienvenidas, señoras mías, vosotras y cuantos velan por vosotras.»

—Ten cuidado, Escorpión —dijo el príncipe otomano en un italiano florentino perfecto, y luego, imitando la manera de hablar de Ceva—: porque si un hombre no me mira a los ojos, le arranco el hígado y se lo doy de comer a las gaviotas.

Ceva sí supo entonces a quién tenía enfrente e hizo ademán de levantarse, buscando a tientas el arma; pero se encontró con que por alguna razón estaba pegado al suelo, de rodillas, al igual que todos sus hombres.

—Aunque, la verdad —prosiguió Argalia, pensativo—, ahora mismo, a esa altura, solo puedes mirarme la puta verga.

El gran *condottiere* Doria, con la barba y el bigote cayendo de la cara en poderosas olas, posaba para el escultor Bronzino como Neptuno, el dios del mar, de pie y desnudo en la terraza de su villa, sosteniendo un tridente en la mano derecha, mientras el artista bosquejaba su desnudez, cuando, para notable consternación suya, un grupo de granujas fuertemente armados llegó desde su atracadero particular para encararse con él. Encabezaba la marcha, asombrosamente, su propio hombre, Ceva, el Escorpión, comportándose como un servil cobista, y en el centro del grupo, envueltas en capas con capucha, iban lo que parecían dos personas de sexo femenino, cuya identidad y

condición no pudo establecer de inmediato.

—Si creéis que una panda de maleantes y sus rameras van a someter a Andrea Doria sin pelea —bramó, asiendo la espada con una mano y blandiendo el tridente en la otra—, veamos cuántos salís de aquí con vida.

En ese momento la hechicera y su esclava se quitaron las capuchas y el almirante Doria quedó reducido de pronto a un abochornado tartamudeo. Retrocedió, apartándose del grupo que se acercaba, en busca de sus calzones, pero las mujeres no parecieron prestar la menor atención a su desnudez, lo que fue, si acaso, aún más degradante.

—El niño que disteis por muerto ha regresado a reclamar lo que se le debe —anunció Qara Köz.

Hablaba un italiano perfecto, eso Doria lo advirtió, aunque saltaba a la vista que la muchacha no era italiana. Era una visita por la que un hombre daría la vida. Era una reina a quien venerar, y su acompañante, que semejaba una imagen especular de la regia dama, solo ligeramente inferior al original en hermosura y encanto, era también una beldad digna de adoración. Era imposible pensar en refriegas en presencia de tales prodigios. El almirante Doria, ciñéndose una capa, permaneció boquiabierto mientras los forasteros se aproximaban, un dios del mar subyugado por las ninfas surgidas de las aguas.

—Ha regresado —dijo Qara Köz—, como se prometió a sí mismo, convertido en príncipe, con una fortuna en su haber. Se ha purgado del deseo de venganza, así que vuestra seguridad no está en peligro. No obstante, os pide esa recompensa que, a luz del servicio prestado y de su presente misericordia, sin duda se le debe.

—¿Y eso a cuánto asciende? —preguntó Andrea Doria. —A vuestra amistad —contestó la hechicera—, y una buena cena, y un salvoconducto para recorrer estas tierras.

—¿Un salvoconducto en qué dirección? —preguntó el almirante—. ¿Adónde se propone ir con esa banda sanguinaria?

—A casa vuelve el marinero —dijo Argalia el Turco—. A casa vuelve el hombre de guerra. He visto el mundo, me he hartado de sangre, traigo la bolsa bien llena, y ahora voy a descansar.

—No habéis dejado de ser niño —repuso Andrea Doria—. Todavía pensáis que «casa», al final de un largo viaje, es el lugar donde un hombre encuentra la paz.

III

COMO SI TODOS LOS FLORENTINOS FUERAN CARDENALES

Como si todos los florentinos fueran cardenales, los despreciados pobres de la ciudad se adelantaron a sus empurpuradas eminencias, en cónclave en la Capilla Sixtina, y encendieron hogueras para celebrar la elección de un papa Médicis. Eran tantas las llamas y el humo que de lejos la ciudad parecía arder. Un viajero que pasara por aquí al ponerse el sol —este viajero, que pasaba por aquí, ahora, por el camino procedente del mar, confiriéndole sus ojos entornados, su piel blanca y su largo cabello negro el aspecto no de un lugareño que regresa, sino de una criatura exótica salida de una leyenda del Lejano Oriente, quizá un *samourai* de la isla de Chipango o Cipangu, o sea Giapan, un descendiente de los temibles caballeros Kiushu que en su día derrotaron a las fuerzas invasoras del emperador chino Kubilai Kan— acaso creyera estar llegando al escenario de una calamidad, y muy posiblemente pararía en seco, refrenando a su caballo y levantando la mano imperiosa de un general, una mano acostumbrada a imponer obediencia, para evaluar la situación. Argalía recordaría ese momento con frecuencia en los meses venideros. Las hogueras se habían encendido antes de que los cardenales tomaran una decisión, pero su profecía resultó certera y, en efecto, esa noche fue elegido un papa Médicis, el cardenal Juan de Médicis, León X, para aunar fuerzas con su hermano el duque Juliano de Florencia. «Teniendo en cuenta que esos canallas han vuelto a tomar las riendas, debería haberme quedado en Génova y hacerme a la mar con Doria en sus buques de guerra hasta que el mundo recobre la razón —dijo a Il Machia cuando lo vio—, pero la verdad es que quería traerla a ella para exhibirla.»

—*Un hombre enamorado se convierte en un necio —dijo el emperador a Mogor dell'Amore—. Enseñar al mundo la belleza de vuestra amada a cara descubierta es dar el primer paso para perderla.*

—*Nadie ordenó a Qara Köç que se descubriera el rostro —dijo el viajero—. Ni ella se lo ordenó a su esclava. Actuó por propia iniciativa, y Espejo también.*

El emperador guardó silencio. A través del tiempo y el espacio, estaba enamorándose.

* * *

A los cuarenta y cuatro años, Niccoló «il Macchia» jugaba a las cartas en la taberna de Percussina a última hora de la tarde con Frosino Uno el molinero, el carnicero Gabburra y Vettori el posadero, quienes proferían insultos unos contra otros, pero, cautamente, no contra el señor del caserío, pese a estar sentado, ebrio, a la ruidosa mesa y comportarse como su igual, dando dos puñetazos cuando perdía una mano y tres cuando ganaba, usando un vocabulario soez tal como los demás, bebiendo tanto como cualquiera de los presentes y llamándolos a todos sus queridos bribones, cuando de pronto Gaglioffo el leñador malhablado e inútil entró como una flecha, con los ojos desorbitados, señalando hacia atrás con el dedo y sin aliento.

—Cien hombres o más —vociferó señalando en dirección a la puerta y tomando aire a bocanadas—. Dadme dos veces por el culo si miento. ¡Fuertemente armados, con gigantes a caballo, y vienen hacia aquí!

Niccoló se puso en pie, con los naipes todavía en la mano.

—Entonces, amigos míos, soy hombre muerto. El gran duque Juliano ha decidido por fin acabar conmigo. Os doy las gracias por estas veladas de placer que me han ayudado a desenmohecer el cerebro al final de una ardua jornada, y ahora debo ir a despedirme de mi mujer.

Doblado por la cintura, Gaglioffo jadeaba y se apretaba los costados para aliviar el flato.

—Señor —dijo con la respiración entrecortada—, quizá no, señor. No visten nuestra librea, señor. Putos extranjeros, señor, de la puta Liguria, o incluso de más lejos. Y los acompañan mujeres, señor. Hay mujeres con ellos, extranjeras, señor, un par de brujas, y al ponerles el ojo encima le entra a uno el deseo de jodérselas, así, como una fiebre porcina. Que me jodan si miento, señor.

Esta gente era buena gente, pensó Il Machia, este puñado de gente suya, pero en general la gente de Florencia era traidora. Era la gente que había traicionado a la república e invitado a volver a los Médicis. La gente a quien él había servido como un auténtico republicano, como secretario de la Segunda Cancillería, diplomático itinerante y fundador de la milicia florentina, lo había traicionado. Tras la caída de la república y la destitución del *gonfalionere* Pier Soderini, jefe del organismo rector de la república, también Il Machia había sido destituido. Tras catorce años de servicio leal, la gente había dejado muy claro que la lealtad le traía sin cuidado. Por el poder, la gente se embrutecía.

Habían permitido que Il Machia fuera llevado a las entrañas subterráneas de la ciudad, donde esperaban los torturadores. La gente como esa no merecía que nadie se preocupara por ella. No merecía una república. La gente como esa merecía a un déspota. Quizá así era toda la gente, en todas partes, siempre, a excepción hecha de estos pueblerinos con los que bebía y jugaba a las cartas y al *triche-tach*, y un puñado de viejos amigos, Agostino Vespucci, por ejemplo. A Dios gracias, no habían torturado a Ago; él no era fuerte, habría confesado cualquier cosa, todo, y después lo habrían matado, a menos, claro, que hubiese muerto durante la tortura. Pero no querían a Ago, que era el subalterno de Il Machia. Era a Il Machia a quien querían matar.

No se merecían a una persona como él. Estos pueblerinos sí lo merecían, pero la gente en general merecía a sus amados y crueles príncipes. El dolor que había recorrido su cuerpo no era dolor, sino conocimiento. Fue un dolor instructivo que diluyó los últimos fragmentos de su fe en la gente. Había servido a la gente y le habían pagado con dolor, en aquel lugar bajo tierra y sin luz, aquel lugar sin nombre en el que personas anónimas hacían cosas anónimas a cuerpos que también eran anónimos porque allí los cuerpos carecían de importancia, solo importaba el dolor, el dolor seguido de la confesión seguida de la muerte. La gente había deseado su muerte, o al menos le había traído sin cuidado si vivía o moría. En la ciudad que dio al mundo la idea de la libertad y el valor del alma humana individual, a él no lo habían valorado y les había importado un ardite la libertad de su alma, así como la integridad de su cuerpo. Les había entregado catorce años de servicio honrado y honorable, y a ellos les había traído sin cuidado su vida individual soberana, su derecho humano a seguir con vida. A gente como esa había que dejarla de lado. Era gente incapaz del amor y la justicia y por tanto no importaba. La gente como esa ya no contaba. No era primaria sino secundaria. Solo importaban los déspotas. El amor de la gente era voluble e inconstante y aspirar a tal amor era una necedad. El amor no existía. Solo existía el poder.

Gradualmente le habían arrebatado la dignidad. Le habían prohibido abandonar los territorios de Florencia, y él era un hombre a quien le apasionaba viajar. Le habían prohibido entrar en el Palazzo Vecchio, que era su lugar, donde había trabajado durante tantos años. Lo había interrogado su sucesor, un tal Michelozzi, un cobista al servicio de los Médicis, un adulador entre aduladores, con respecto a una posible malversación. Pero él había sido un honrado servidor de la república y no pudieron descubrir el menor rastro de deshonestidad. Luego habían encontrado su nombre en un papel dentro del bolsillo de un hombre a quien él no conocía y lo habían encerrado en el lugar sin nombre. Ese individuo era Boscoli, un necio, uno de los cuatro necios cuya

conspiración contra los Médicis había sido de una necedad tal que la habían aplastado casi antes de iniciarse. En el bolsillo de Boscoli apareció una lista con dos docenas de nombres: enemigos de los Médicis en opinión de un necio. Uno de los nombres era «Machiavelli».

Cuando un hombre ha estado en una cámara de tortura, sus sentidos ya nunca olvidan ciertas cosas, la oscuridad húmeda, el — hedor frío de la inmundicia humana, las ratas, los gritos. Cuando un hombre ha sido torturado, una parte de él nunca deja de sentir el dolor. El suplicio conocido como el *strappado* se contaba entre los tormentos más atroces que podían infligirse a un ser humano sin matarlo directamente. Le ataron las manos detrás de la espalda, y pasaron la soga por una polea colgada del techo. Cuando lo levantaron del suelo con la soga, el mundo entero se redujo al dolor en los hombros. No solo la ciudad de Florencia y su río, no solo Italia, sino toda la munificencia de Dios quedó borrada por ese dolor. El dolor fue el nuevo mundo. Justo antes de dejar de pensar en todo, y para no pensar en lo que estaba a punto de ocurrir, Il Machia pensó en el otro Nuevo Mundo, y en Amerigo, el primo de Ago, amigo del *gonfaloniere* Soderini, Amerigo el alocado, el vagabundo que había demostrado, junto con Colón, que la Mar Océano no contenía monstruos capaces de partir en dos un barco de una dentellada, y no se convertía en fuego a partir del Ecuador, y no pasaba a ser un mar de lodo si se navegaba demasiado al oeste, y que había tenido la inteligencia de comprender algo aún más importante que todo eso, algo que el cretino de Colón nunca había entendido, a saber, que las tierras al otro lado de la Mar Océano no eran las Indias; no tenían nada que ver con la India, y eran, de hecho, un mundo completamente nuevo. ¿Se negaría ahora la existencia de ese Nuevo Mundo por orden de los Médicis? ¿Sería anulado por decreto y se convertiría en otra idea malhadada —como el amor o la probidad o la libertad— que caería junto con la república caída, arrastrada por Soderini y los demás perdedores, incluido él? Afortunado lobo de mar, pensó Il Machia, a salvo en Sevilla, adonde ni siquiera llegaban los brazos de los Médicis. Por viejo y enfermo que estuviera Amerigo, se hallaba libre de todo mal y al menos podía morir en paz después de tantas andanzas, pensó Il Machia; y entonces la soga lo izó por primera vez y Amerigo y el Nuevo Mundo desaparecieron, y el viejo mundo también.

«Lo hicieron seis veces y yo no confesé nada porque no tenía nada que confesar.» Después de torturarlo, lo encerraron otra vez en la celda e hicieron como si se hubieran olvidado de él y fueran a dejarlo morir allí lentamente, en aquella oscuridad de roedor. De pronto, al cabo de un tiempo, cuando menos se lo esperaba, lo pusieron en libertad. Lo arrojaron a la ignominia, al olvido, a la vida conyugal. Lo arrojaron a Percussina. Allí paseó por el bosque con Ago

Vespucci y buscó las raíces de mandrágora, pero ya no eran niños. Sus esperanzas quedaban atrás, en ruinas, en lugar de alzarse luminosamente ante ellos. La época de las mandrágoras había pasado. Una vez Ago intentó que La Fiorentina se enamorara de él echándole polvo de mandrágora en la copa, pero Alessandra, lista como era, no iba a dejarse atrapar así; era inmune a la magia de la mandrágora, y ella concibió a su vez un horrendo castigo para Ago. La noche que La Fiorentina bebió la poción de mandrágora, se apartó de sus escrupulosos hábitos de vida y permitió a Ago, el pobre desdichado, entrar en su encumbrada cama, pero cuando él hubo experimentado cuarenta y cinco minutos de dicha del Paraíso en estado puro, ella lo despidió sin miramientos, recordándole antes de marcharse la maldición secreta de la mandrágora, es decir, que cualquier hombre que hiciese el amor a una mujer bajo el influjo de la raíz, moriría al cabo de ocho días a menos que ella le salvara la vida permitiéndole quedarse en su compañía una noche entera, «de lo cual —añadió— no existe la menor posibilidad, querido». Ago, el muy miedica, supersticioso y tan obsesionado con la magia como el que más, pasó ocho días convencido de que el final era inminente, empezó a sentir la muerte avanzar por sus extremidades, acariciándolo con sus dedos fríos, estrujándole muy, muy lentamente los testículos y el corazón. Cuando despertó vivo la mañana del noveno día, no sintió alivio. «Una muerte en vida —dijo a Il Machia— es peor que la muerte de los muertos, porque los muertos en vida aún sienten el dolor de un corazón roto.»

Niccoló sabía ahora algo sobre la muerte en vida, porque si bien había escapado por poco a la muerte de los muertos, ahora era un perro muerto, un perro tan muerto como el pobre Ago, ya que ambos habían sido destituidos de la vida, de sus cargos, de los *grands salons* como el de Alessandra Fiorentina, de todo aquello que tenían sobradas razones para considerar su existencia real. Sí, eran perros con el corazón roto, eran menos que perros, eran perros casados. Cada noche miraba a su mujer al otro lado de la mesa durante la cena y no encontraba nada que decirle. Marietta, así se llamaba, y allí estaban sus hijos, los hijos de ambos, sus muchísimos hijos, o sea que sí, efectivamente se había casado y tenido hijos como era debido, pero eso fue en otro tiempo, el tiempo de su grandeza irresponsable, cuando jodía con una muchacha distinta a diario para mantenerse vigoroso y vivo, y jodió también con su mujer, claro, seis veces como mínimo. Marietta Corsini, su mujer, que le cosía la ropa interior y las toallas, y que no sabía nada de nada, que no entendía su filosofía ni se reía de sus chistes. El resto del mundo consideraba gracioso a Il Machia; ella, en cambio, era una literalista, creía que un hombre de verdad pensaba lo que decía, y las alusiones y las metáforas no eran más que las herramientas

empleadas por los hombres para engañar a las mujeres, para inducir a las mujeres a pensar que no sabían qué ocurría. La quería, eso era cierto. La quería como a un miembro de su familia, como a una hermana. Cuando jodía con ella, tenía la ligera sensación de que obraba mal. Se sentía incestuoso, como si jodiera con su hermana. De hecho, esa idea era lo único que lo excitaba cuando yacía con ella. «Estoy jodiendo con mi hermana», se decía, y se corría.

Ella conocía sus pensamientos, como cualquier mujer conoce los de su marido, y eso la hacía infeliz. Él era cortés con ella y, a su manera, le tenía un profundo afecto. A Madonna Marietta y a sus seis hijos, las bocas que él debía alimentar. Marietta, absurdamente fértil: solo con tocarla, se hinchaba como un globo y soltaba a un Bernardo, un Guido, una Bartolomea, un Totto, una Primavera, y a ese otro niño, cómo se llamaba, Lodovico; daba la impresión de que la paternidad no tenía fin, y en los últimos tiempos el dinero escaseaba. La signora Machiavelli. Hela aquí, entrando en la taberna a toda prisa, como si se le incendiara la casa. Llevaba una cofia con volantes y el pelo le colgaba en tirabuzones descontrolados alrededor de aquella cara de huevo con una boca pequeña y carnosa y agitaba las manos como las alas de un pato; de hecho, hablando de patos, debía reconocerse que anadeaba. Su mujer anadeaba. Estaba casado con una mujer que anadeaba. No se imaginaba tocándole otra vez las partes pudendas. La verdad era que ya no había ninguna razón para tocarla.

—*Niccolò mio* —exclamó con aquella voz que, sí, realmente sonaba como el graznido de un pato—, ¿has visto lo que viene por el camino?

—¿Qué es, querida esposa mía? —contestó él, solícito.

—Algo malo para estos pagos. Como la propia Muerte a caballo, y también sus ogros, y sus reinas diablasas al lado.

* * *

Con la llegada a Sant'Andrea in Percussina de la mujer que alcanzaría fama, o quizá triste fama, bajo el nombre de *l'ammaliatrice Angelica*, la llamada hechicera de Florencia, los hombres acudieron corriendo desde los campos, y las mujeres desde las cocinas, limpiándose la masa de los dedos en los delantales. Los leñadores llegaron de los bosques y el hijo del carnicero Gabburra salió a toda prisa del matadero con sangre en las manos y los alfareros abandonaron sus tornos. Frosino Uno el molinero, hermano gemelo de Frosino Due, salió enharinado del molino. Los jenízaros de Estambul eran un espectáculo digno de verse, con la piel curtida y cubierta de cicatrices de guerra, y un cuarteto de gigantes suizos albinos a lomos de caballos blancos no era

cosa que se viera todos los días en ese rincón del bosque, mientras que la imponente figura al frente de la cabalgata, con su tez blanca, blanca y su cabello negro, negro, el pálido capitán a quien la Signora Machiavelli había identificado como la mismísima Parca, era sin duda alarmante, y los niños retrocedían a su paso, porque al margen de si era o no el ángel exterminador, resultaba obvio que había visto demasiada muerte para su propio bien o el de cualquier otro. Pero incluso si era el Ángel de la Muerte, su aspecto resultaba curiosamente familiar y hablaba sin el menor acento el dialecto de la región, por lo que la gente se preguntó si la Muerte, para manifestarse, siempre adoptaba una forma local, por así decirlo, usando la jerga de uno y conociendo . sus secretos y compartiendo sus bromas incluso mientras se lo llevaba en su carreta al mundo de las tinieblas.

Pero fueron las dos mujeres, las «reinas diablas» de Marietta Corsini Machiavelli, quienes de inmediato captaron la atención de todos. Montaban como montan los hombres, a horcajadas sobre sus cabalgaduras, de tal modo que indujo a ahogar exclamaciones al público femenino por una razón, en tanto que las exclamaciones de los observadores masculinos fueron de otra índole, y sus rostros brillaban con la luz de la revelación, como si en aquellos primeros tiempos tras despojarse del velo fueran capaces de absorber la luz de los ojos de cuantos las miraban y emitirla después como su propio resplandor personal, con un efecto hipnótico y capaz de generar fantasías. Los hermanos Frosino, ellos mismos gemelos, imaginaron con semblante remoto una boda doble en algún momento del futuro cercano. Aun con eso, pese a sus falsas ilusiones, tenían la vista lo bastante fina para ver que las asombrosas damas no eran del todo idénticas, y probablemente ni siquiera estaban emparentadas.

—La primera dama es la señora y la otra la criada —dijo Frosino Due, enharinado, y añadió, porque era el más poético de los dos hermanos—: Son el sol y la luna, el sonido y el eco, el cielo y su reflejo en un lago.

Su hermano no se andaba por las ramas.

—Así pues, yo me quedo con la primera y tú con la número dos —dijo Frosino Uno—. Porque la segunda es hermosa, desde luego, no harás mal negocio; pero al lado de la primera parece invisible. Tienes que cerrar un ojo, y no ver a la mía, para darte cuenta de que la tuya también es hermosa.

En tanto hermano gemelo mayor por once minutos, se atribuyó la prerrogativa de elegir primero. Frosino Due se disponía a protestar, pero justo entonces, la primera dama, la señora, se volvió para mirar a los hermanos y musitó a su compañera en perfecto italiano:

—*¿Qué te parece, Angelica mía?*

—*Angelica mía, no carecen de cierto encanto en su sencillez.*

—*Nos está prohibido, claro, Angelica mía.*

—*Angelica mía, claro. Pero tal vez podamos visitarlos en sus sueños.*

—*¿Las dos, visitarlos a ellos dos, Angelica mía?*

—*Angelica mía, así los sueños serán mejores.*

Eran ángeles, pues. No diablesas, sino ángeles capaces de leer el pensamiento. Sin duda llevaban las alas bien plegadas bajo la ropa. Los hermanos Frosino enrojecieron y se encogieron y, confusos, miraron alrededor, pero al parecer solo ellos habían oído las palabras de los ángeles a caballo. Eso era imposible, claro está, y por tanto era una prueba más de que había ocurrido algo de carácter divino. De carácter divino o hechiceresco. Pero estos eran ángeles, ángeles. «Angelica», el nombre que por lo visto compartían, no era propio de demonios. Eran ángeles de ensueño que habían prometido a los molineros goces con los que los hombres como ellos en realidad solo podían soñar. Los goces del Paraíso. De pronto risueños, los hermanos dieron media vuelta y corrieron hacia el molino tan deprisa como les permitieron las piernas.

—¿Adónde vais? —preguntó a gritos el carnicero Gabburra, pero ¿cómo podían decirle que necesitaban, con la máxima urgencia, tenderse y cerrar los ojos? ¿Cómo explicarle exactamente por qué era tan importante, por qué nunca había sido más importante, dormir?

El cortejo se detuvo frente a la taberna de Vettori. Se produjo un silencio, roto solo por los relinchos de los caballos cansados. Il Machia, como todo el mundo, tenía la mirada fija en las mujeres; tanto es así que cuando oyó salir la voz de Argalia de la boca del pálido guerrero, tuvo la sensación de que lo habían arrastrado desde un lugar hermoso a un hediondo pozo negro.

—¿Qué pasa, Niccoló? —decía la voz—. ¿No sabes que cuando te olvidas de tus amigos es porque también te has olvidado de ti mismo?

Marietta, asustada, se agarró a su marido.

—Si la Muerte se ha hecho hoy amiga tuya —le susurró al oído—, tus hijos serán huérfanos antes de que anochezca.

Il Machia se estremeció como si se sacudiera los efectos de un bebedizo embriagador y miró al jinete a los ojos, de hito en hito y sin afecto.

—En un origen eran tres amigos, Niccoló il Machia, Agostino Vespucci y Antonino Argalia. El mundo de su infancia era un bosque mágico. De pronto, la peste se llevó a los padres de Nino. Él partió en busca de fortuna y los otros nunca más lo vieron.

Marietta miró alternativamente a su marido y al forastero, y la comprensión se traslució poco a poco en su cara.

—Con el tiempo —concluyó Niccoló—, después de muchos años de

traiciones contra su patria y su Dios, que condenaron su alma al infierno e hicieron su cuerpo merecedor del potro... Argalia el Pachá, Arcalia, Argalia, Al-Ghaliya, hasta su nombre se convirtió en mentira... regresó a lo que ya no era su tierra.

No era un hombre profundamente religioso, Il Machia, pero sí era cristiano. Rehuía la misa, pero creía que todas las demás religiones eran falsas. Consideraba a los papas responsables de la mayoría de las guerras de la época, y criminales a muchos obispos y cardenales, pero a los cardenales y los papas les complacía más que a los príncipes lo que él tenía que decir sobre la naturaleza del mundo. Despotricaba ante sus compañeros de taberna sobre la corrupción de la Curia que había apartado a los italianos de la fe, pero no era un hereje, eso no, y si bien había ciertos aspectos del gobierno del sultán musulmán que estaba dispuesto a aprender e incluso elogiar, la idea de entrar al servicio de tal potentado se le antojaba nauseabunda.

Y por otro lado estaba el asunto del palacio de la memoria, aquella hermosa muchacha, Angélique Coeur de Bourges, el corazón angélico, quien, por culpa del daño infligido a su cuerpo y su espíritu, había encontrado la muerte tirándose por una ventana. Por razones obvias, no podía sacar esta circunstancia a relucir en presencia de su señora, siendo su señora una mujer propensa a los celos, y siendo él personalmente el culpable de dicho defecto en su carácter, de ser un viejo rebosante de amor, y no por su señora, o no por ella en ese sentido, sino, en realidad, por cierta muchacha, cierta Barbera Raffacani Salutati, la contralto, que cantaba con voz tan dulce, que hacía tan bien tantas cosas, y no solo en el escenario; sí, Barbera, Barbera, ¡sí!, que ya no era tan joven como antes, pero seguía siendo mucho más joven que él, y en la primavera de su belleza estaba dispuesta, inexplicablemente, a amar a un hombre gris... así que, en resumidas cuentas, tras considerar las consecuencias de esta opción, decidió que era mejor concentrarse de momento en las cuestiones de la traición y la blasfemia.

—Señor pachá —saludó a su amigo de la infancia, juntando las cejas, como alas de murciélago, en una línea irregular de desaprobación—, ¿qué trae a un infiel por aquí, a tierras cristianas?

—Tengo que pedir un favor —contestó Argalia—, pero no para mí.

* * *

Los dos amigos de la infancia se quedaron solos en el gabinete de Il Machia, rodeados de libros y montañas de papel, durante más de una hora. El cielo se oscureció. Muchos de los aldeanos se dispersaron, pues tenían sus

propios asuntos que atender, pero muchos siguieron allí. Los jenízaros permanecieron inmóviles en sus monturas, y lo mismo hicieron las dos damas, aceptando solo el agua que les ofreció la criada de los Machiavelli. Y cuando anocheció, los dos hombres salieron por fin, y saltaba a la vista que habían pactado una especie de tregua. A un gesto de Argalia, los jenízaros desmontaron y el propio Argalia ayudó a Qara Köz y su Espejo a apearse de los caballos. Los soldados acamparían esa noche en la heredad, algunos en el pequeño campo cerca de Greve, otros en los *poderi* de Fontalla, Il Poggio y Monte Pagliano. Los cuatro gigantes suizos se quedarían en la villa de La Strada, plantando una tienda en sus jardines, para velar por la seguridad de los huéspedes. Ahora bien, tan pronto como los hombres descansaran y se repusieran, la compañía seguiría su camino. Pero dejaría allí algo de gran valor.

Las mujeres habían ido para quedarse, informó Niccoló a su esposa, las damas extranjeras, la princesa *mogor* y su criada. Marietta recibió la noticia como si fuera una sentencia de muerte. Iba a morir a manos de la belleza, arder en la pira de la inagotable lujuria de su marido. Las mujeres más hermosas y deseables jamás vistas en Percussina —las reinas diabresas— se alojarían bajo su techo, y con su presencia, ella, Marietta, sencillamente dejaría de existir. Solo existirían las dos damas. Ella sería la esposa inexistente de su marido. La comida llegaría a la mesa a sus horas y la colada se haría y la casa se mantendría en orden, y su marido no se daría cuenta de quién hacía todo eso porque estaría ahogándose en los ojos de las brujas extranjeras, cuya abrumadora deseabilidad sencillamente la borraría del mapa. Habría que trasladar a los niños, quizá a la casa de los ocho canales, junto a la Vía Romana, y ella tendría que repartirse entre aquel lugar y La Strada, y eso sería imposible, no podía ser, no lo consentiría.

Empezó a regañarle, allí mismo, en público, ante los ojos de toda la aldea y los gigantes albinos y la figura de la Muerte que era Argalia regresado de entre los muertos, pero 11 Machia alzó una mano y por un momento pareció una vez más el prócer de Florencia que había sido hasta fecha reciente, y ella vio que su marido iba en serio, y calló.

—De acuerdo —accedió—. No es el palacio de una princesa lo que tenemos que ofrecer, así que más vale que no se quejen, solo digo eso.

Después de once años de matrimonio con un marido mujeriego, la signora Marietta había perdido la paciencia, y ahora él sostenía, sin el menor empacho, que era la irritabilidad de ella lo que lo impulsaba a irse, por ejemplo, al tocador de esa fulana, la Barbera. Esa chirriante Salutati, cuyo plan era a todas luces sobrevivir a Marietta Corsini y usurparle su reino, sucederla en la alcoba principal de la villa de La Strada, donde La Corsini era la señora y la

madre de los hijos de Niccoló. Eso bastaba a Marietta para alimentar la firme determinación de vivir hasta los ciento once años, ver enterrada a su rival, y bailar desnuda sobre su fosa común bajo una luna en cuarto creciente. La horrorizaba la vehemencia de sus sueños, pero había dejado de negar las verdades que contenían. Era capaz de regocijarse con la muerte de otra mujer. Quizá incluso era capaz de acelerar su llegada. Tendría que ser asesinato, reflexionó, porque sabía poco de brujería y normalmente sus sortilegios fallaban. Una vez se restregó el cuerpo entero con un ungüento sagrado antes de tener trato carnal con su marido, que era lo mismo que decir antes de obligarlo a tener trato carnal con ella, y si hubiese sido mejor bruja, lo habría atado a ella de por vida. En cambio, al otro día, por la tarde, se marchó como de costumbre a casa de la Barbera y ella lo maldijo al verlo alejarse, llamándolo putero impío que no respetaba siquiera la santidad del óleo bendito.

Él no la oyó, claro, pero sí los niños, que tenían ojos en todas partes, oídos que todo lo oían, que eran como el eco de la conciencia en la casa. Marietta habría podido verlos como sus espíritus santos si no fuera porque tenía que darles de comer y zurcirles la ropa y aplicarles compresas frías en la frente cuando les subía la fiebre. Eran más que reales, pues; pero su indignación y sus celos eran más reales todavía, y por culpa de estos, relegaba a sus propios hijos al fondo de su mente. Los niños eran ojos y oídos y bocas y un aliento dulce en la noche. Eran periféricos. Lo que llenaba su campo de visión era ese hombre, su marido, tan taciturno, tan docto, tan atractivo, tan fracasado, ese hombre expulsado, exiliado, que no había entendido aún qué era lo que de verdad tenía valor en la vida, ni siquiera con el *strappado* había aprendido el valor del amor y la sencillez, ni siquiera con el repudio de toda su vida y obra por parte de los ciudadanos a cuyo servicio se había consagrado había aprendido que era mejor ofrecer su amor y lealtad a quienes estaban cerca, y no al público en general. Tenía una buena esposa, ella había sido una amante — esposa para él, y aun así andaba detrás de esa furcia de poca monta,. Él poseía dignidad y erudición, y una hacienda pequeña pero suficiente, y sin embargo escribía cartas degradantes a la corte de los Médicis a diario, suplicando servilmente algún empleo público. Eran cartas aduladoras, indignas de su genio escéptico y sombrío, palabras humillantes para el alma. Desdeñaba lo que debería haber cuidado como un tesoro: este humilde patrimonio, estas tierras, estas casas, estos bosques y campos, y a la mujer que era la humilde diosa de su rincón en el mundo.

Las cosas sencillas. Trampas para tordos antes del amanecer, las vides colmadas, los animales, la granja. Allí él tenía tiempo para leer y escribir, para permitir que el poder de su mente compitiera con el de cualquier príncipe. Su

mente era lo mejor de él, y en ella poseía aún todo lo que importaba, y sin embargo lo único que parecía preocuparle en su atroz decepción, en su doloroso desahucio, era encontrar un nuevo alojamiento para la verga. O simplemente alojarla en ese lugar de reposo concreto, esa Barbera, la furcia cantante. Cuando representaban la nueva obra de teatro de su marido sobre la raíz de la mandrágora en tal o cual pueblo, él los obligaba a darle trabajo a ella cantando en el intermedio para entretener al público. Lo asombroso era que los espectadores, horrorizados, no se marcharan con dolor de oídos. Lo asombroso era que su buena esposa no le envenenara el vino. Lo asombroso era que Dios tolerase que fulanas como la Barbera medrasen mientras las buenas mujeres se pudrían y envejecían.

«Pero tal vez ahora —se dijo Marietta—, esa vaca vociferante y yo tengamos algo en común. Quizá ahora tengamos que hablar de este nuevo asunto de las brujas que han venido a arruinar nuestra feliz forma de vida florentina.»

* * *

Niccoló tenía por costumbre comunicarse cada noche con los poderosos difuntos, allí, en aquella habitación en la que se encontraba ahora cara a cara con su amigo de la infancia para ver si era capaz de dejar de lado la hostilidad que bullía en él o si estaban condenados a ser enemigos de por vida. En silencio, pidió consejo a los difuntos. Mantenía estrecha relación con casi todos los héroes y los villanos, los filósofos y los hombres de acción, del mundo antiguo. Cuando se quedaba solo, se congregaban en torno a él, debatiendo, explicándose, o bien lo llevaban consigo en sus campañas inmortales. Cuando veía a Nabis, príncipe de los espartanos, defender su ciudad contra Roma y también el resto de Grecia, o cuando presenciaba la ascensión de Agátocles el Siciliano, el hijo de un ceramista que llegó a rey de Siracusa únicamente mediante la maldad, o cuando cabalgaba con Alejandro de Macedonia contra Darío el Grande de Persia, sentía descorrerse las cortinas de su mente y en su mundo entraba la claridad. El pasado era una luz que, debidamente orientada, iluminaba el presente con más intensidad que cualquier lámpara contemporánea. La grandeza era como la llama sagrada del Olimpo, entregada en mano por un gran hombre a otro. Alejandro tomó como modelo a Aquiles; César siguió los pasos de Alejandro, y así sucesivamente. La comprensión era otra llama como esa. El conocimiento nunca nacía sin más en la mente humana; siempre renacía. El relevo de la sabiduría de una era a otra, ese ciclo de renaceres: eso era la sabiduría. Todo lo demás era barbarie.

Aun así, los bárbaros estaban en todas partes, y en todas partes vencían. Los suizos, los franceses, los españoles, los alemanes, todos ellos pisoteando Italia en este tiempo de incesantes guerras. Los franceses los invadieron y lucharon en territorio italiano contra el Papa, los venecianos, los españoles y los alemanes. Y luego, de la noche a la mañana, fueron los franceses y el Papa y los venecianos y Florencia contra los milaneses. Y luego el Papa, Francia, España y los alemanes contra Venecia. Y luego el Papa, Venecia, España y los alemanes contra Francia. Y luego los suizos en Lombardía. Y luego los suizos contra los franceses. Italia se había convertido en un carrusel de guerra, una guerra representada como un baile con cambio de parejas, o como el «Viaje a Jerusalén», también llamado juego de las sillas musicales. Y en todas estas guerras, ningún ejército compuesto por tropas exclusivamente italianas había demostrado su aptitud frente a las hordas de allende sus fronteras.

Al final, fue esto lo que lo reconcilió con su amigo regresado de entre los muertos. Si los bárbaros debían ser expulsados, quizá Italia necesitaba a su propio bárbaro. Quizá Argalia, que había vivido tanto tiempo entre los bárbaros y se había convertido en un guerrero bárbaro tan feroz que parecía la encarnación misma de la muerte, sería el redentor que necesitaba el país. Argalia llevaba tulipanes bordados en la camisa. «Muerte entre los tulipanes —susurraron a sus oídos los grandes difuntos con aprobación—. Quizá este otomano florentino sea la flor de la suerte para la ciudad.»

Poco a poco, tras mucho pensar, Il Machia tendió la mano en un gesto de bienvenida.

—Si puedes redimir a Italia, quizá tu largo viaje sea un acto providencial, ¿quién sabe?

Argalia puso objeciones a las resonancias religiosas de la hipótesis de Il Machia.

—De acuerdo —concedió Il Machia de buen grado—, «redentor» no es el título adecuado para ti, tienes razón. Dejémoslo simplemente en «hijo de puta».

Al final, Andrea Doria había convencido a Argalia de que el sueño de volver a casa para poner los pies en alto y descansar era absurdo. «¿Qué os creéis que va a decir el duque Juliano? —le preguntó el viejo *condottiere*—. ¿"Bienvenido a casa, signor Jenízaro Asesino de Cristianos Traidor y Pirata Armado Hasta los Dientes, con vuestros ciento un guerreros fogueados en la batalla y vuestros cuatro gigantes albinos, os creo cuando decís que venís en son de paz, y obviamente todos estos caballeros trabajarán en delante de jardineros y mayordomos y carpinteros y pintores de brocha gorda"? Solo un niño de teta se tragaría semejante cuento. A los cinco minutos de presentaros

con esa apariencia de tropa presta para la guerra, enviará a toda la milicia en busca de vuestra cabeza. Así que si vais a Florencia, sois hombre muerto a menos que...» A menos que qué, se vio obligado a preguntar Argalia. «A menos que yo le diga que debería contrataros como el comandante en jefe militar que necesita desesperadamente. No es que tengáis mucho donde elegir —dijo el anciano—. Para hombres como nosotros, retirarse no es una opción.»

—No confío en el duque —dijo Argalia a Il Machia—. Y si a eso vamos, tampoco confío plenamente en Doria. Siempre ha sido un auténtico canalla y dudo mucho que su carácter haya mejorado con la edad. Es muy capaz de haber mandado un mensaje a Juliano para decirle: matad a Argalia en cuanto pise la ciudad. Tiene la sangre fría necesaria para algo así. O tal vez en un arrebato de generosidad sí me haya recomendado, por los viejos tiempos. No quiero llevar a las mujeres a la ciudad hasta que sepa cómo están las cosas.

—Yo te diré cómo están las cosas exactamente —contestó Niccoló con amargura—. El soberano absoluto de la ciudad es un Médicis. El Papa es un Médicis. Por aquí la gente dice que probablemente Dios es un Médicis, y en cuanto al Diablo, lo es de todas, sin lugar a dudas. Por culpa de los Médicis yo me hallo aquí, aislado, malviviendo de la cría de ganado y el cultivo de este pedazo de tierra y la venta de leña, y tu amigo Ago también está en la calle. Esa ha sido nuestra recompensa por quedarnos en la ciudad y servirla fielmente durante toda nuestra vida. Y de pronto apareces tú, después de una larga trayectoria de blasfemia y traición, pero como el duque verá en esa mirada fría tuya lo que todo el mundo ve, a saber, que se te da bien matar a hombres, muy posiblemente te concederá el mando de la milicia que yo organicé, la milicia que yo creé convenciendo a los conciudadanos mezquinos y cicateros de nuestra rica ciudad de que valía la pena mantener un ejército regular, la milicia que yo adiestré y llevé al triunfo en el gran sitio y reconquista de nuestra antigua posesión de Pisa, y esa milicia, mi milicia, será tu premio por llevar una vida perversa, especulativa y disipada, y en una situación así es difícil creer lo que nos enseña la fe, ¿no te parece?, es decir, que la virtud siempre es recompensada y el pecado siempre es derrotado.

—Cuida de las dos damas hasta que mande a alguien a por ellas —dijo Argalia—, y si me acompaña la suerte y me gano el favor del duque, veré qué puedo hacer por ti, y también por el pequeño Ago.

—Perfecto. O sea que ahora eres tú quien me hace un favor a mí.

* * *

La vida había tratado mal a Agostino Vespucci, y ya no era el de antes;

ahora era un hombre menos alegre, mejor hablado, vencido. A diferencia de Il Machia, no había sido exiliado de la ciudad, y por consiguiente pasaba la mayor parte del tiempo en la casa de Ognissanti, o trabajando en el comercio del aceite, la lana, el vino o la seda que tanto detestaba, pero a menudo se escapaba a Sant'Andrea in Percussina para tumbarse él solo en el bosque de las mandrágoras y observar el movimiento de las hojas y las aves hasta el momento de reunirse con Niccolò en la taberna, donde bebían y jugaban al *triche-tach*. Su resplandeciente pelo dorado había encanecido prematuramente y raleado, por lo que aparentaba más años de los que tenía. No se había casado, ni frecuentaba los lupanares con la regularidad o el entusiasmo de otros tiempos ni mucho menos. Si la pérdida del empleo había arruinado su ambición, la humillación sufrida a manos de Alessandra Fiorentina había anulado su impulso sexual. Ahora iba mal vestido e incluso había empezado a tacañear, sin ninguna necesidad, porque pese a la pérdida del salario, la riqueza de los Vespucci bastaba y sobraba para mantenerlo. La noche antes de que Il Macchia abandonara Florencia para trasladarse a Percussina, Ago ofreció una cena, y al final presentó a todos los invitados, incluso al propio Niccolò, una factura por catorce sueldos. Il Machia no llevaba tanto dinero encima, y solo aportó once. Ahora Ago le recordaba aún con indecorosa frecuencia que todavía le faltaba por pagar tres sueldos.

Pero Il Machia no le echaba a su amigo en cara esa nueva mezquindad, porque consideraba que el rechazo de la ciudad después de sus años de dedicación había afectado a Ago aún más que a él, y la pérdida de la amada podía manifestarse en el amante abandonado con toda suerte de síntomas extraños. Ago era el único de los tres amigos que nunca había necesitado viajar, el único para quien la ciudad había sido cuanto necesitaba y más. Así que si Il Machia había perdido una ciudad, Ago se había visto arrancado del mundo. A veces incluso hablaba de marcharse de Florencia para siempre, seguir a Amerigo a España y cruzar la Mar Océano. Cuando cavilaba acerca de esos viajes, lo hacía sin placer; era como si describiese el tránsito de la vida a la muerte. La noticia de la muerte de Amerigo agravó el pesimismo de su primo. Ago parecía más dispuesto que nunca a contemplar la muerte bajo un cielo extranjero.

Otros viejos amigos habían entrado en conflicto. Biagio Buonaccorsi y Andrea di Romolo habían roto relaciones, entre ellos y también con Ago e Il Machia. En cambio, Vespucci y Machiavelli seguían estrechamente unidos, y por eso Ago se presentó a caballo antes del amanecer, solo para ir a cazar pájaros con Il Machia, y casi se murió del susto cuando cuatro hombres enormes aparecieron alrededor en la niebla matutina y le preguntaron qué lo

llevaba por allí. No obstante, en cuanto Il Machia, envuelto en una capa larga, salió de la casa e identificó a su amigo, los gigantes adoptaron una actitud razonablemente afable. De hecho, como sabía muy bien Argalia, los cuatro jenízaros suizos eran unos chismosos inveterados, parlanchines como cualquier pescadera en día de mercado, y mientras esperaban a Il Machia, que había vuelto a la casa para acabar de untar con liga las ramas de olmo dentro de las pequeñas jaulas, Otho, Botho, Clotho y D'Artagnan proporcionaron a Ago información tan vívida sobre la situación que él sintió, tras un largo período de emasculación, los primeros y renovados indicios de deseo sexual. Parecía que esas mujeres eran dignas de verse. Por fin Niccoló estuvo listo y, con las jaulas vacías sujetas a la espalda, era a ojos de todo el mundo un buhonero en quiebra, y los dos amigos se adentraron en el bosque.

Se levantaba la niebla.

—Cuando termine la migración del tordo —dijo Il Machia—, a ti y a mí ya no nos quedará ni esto que esperar con ilusión.

Pero tenía en la mirada un brillo que no asomaba desde hacía tiempo, y Ago dijo:

—Conque no están nada mal, ¿eh?

Il Machia también había recuperado la sonrisa.

—Y he aquí lo más raro: de pronto hasta mi mujer ha dejado de refunfuñar por cualquier cosa.

En cuanto la princesa Qara Kóz y su Espejo entraron en casa de los Machiavelli, Marietta Corsini empezó a sentirse como una tonta. Un delicioso aroma agridulce precedió a las dos extranjeras al llegar a la casa, y enseguida se propagó por los pasillos, escalera arriba y por todos los rincones, y al inhalar ese fragante olor Marietta empezó a pensar que su vida no era tan dura como erróneamente había creído, que su marido la amaba, sus hijos eran buenos niños y aquellas visitantes eran, después de todo, las huéspedes más distinguidas que ella había tenido el privilegio de acoger. Argalia, que había pedido que le permitieran descansar allí una noche antes de partir hacia la ciudad, dormiría en el canapé del gabinete de Il Machia; Marietta acompañó a la princesa a la habitación de invitados y preguntó, tímidamente, si su dama de compañía desearía ocupar por las noches una de las habitaciones de los niños. Qara Kóz apoyó un dedo en los labios de su anfitriona y le susurró al oído: «Esta habitación será perfecta para las dos». Marietta se fue a la cama en un extraño estado de dicha, y cuando su marido se acostó a su lado, ella le informó de la decisión de las dos damas de dormir juntas, sin mostrarse en absoluto escandalizada por ello.

—Esas mujeres me traen sin cuidado —dijo su marido, y el corazón de

Marietta brincó de alegría—. La mujer a la que yo deseo está aquí mismo, al alcance de mi mano.

El perfume agri dulce de la princesa anegaba la habitación.

En cambio Qara Kóz, cuando la puerta se cerró detrás de ella y su Espejo, se sintió asaltada inesperadamente por un temor existencial. Estos pesares la invadían de vez en cuando, pero nunca había aprendido a prevenirlos. Su vida había sido una sucesión de actos de voluntad, pero a veces flaqueaba y se hundía. Había forjado su vida sobre el hecho de ser amada por los hombres, de estar segura de su capacidad para engendrar ese amor siempre que se lo proponía, pero cuando se formulaba las más negras dudas sobre el yo, cuando sentía su alma estremecerse y quebrarse bajo el peso del aislamiento y la pérdida, no podía ayudarla el amor de ningún hombre. De resultas, había llegado a entender que inevitablemente la vida le exigiría escoger entre su amor y su yo, y cuando surgiesen esas crisis, no debía escoger el amor. Si lo hacía, su vida correría peligro. Debía dar prioridad a la supervivencia.

Esa era la consecuencia inevitable de la elección de apartarse de su mundo natural. El día que se negó a regresar a la corte mogol con su hermana Janzada, no solo había descubierto que una mujer podía elegir su camino, sino también que tales decisiones tenían consecuencias que no podían borrarse de la propia historia. Ella había tomado una decisión y lo que vino, vino, y no se arrepentía de nada, pero de vez en cuando sí la acometía el terror negro. El terror la azotaba y se sacudía como un árbol en una tormenta, y Espejo iba a abrazarla hasta que se le pasaba. Qara Kóz se hundía en la cama y Espejo yacía con ella y la estrechaba, sujetándole los bíceps con fuerza, abrazándola no como una mujer abraza a otra, sino como lo hace un hombre. Qara Kóz había aprendido que su poder sobre los hombres le permitiría dar forma al viaje de su vida, pero había comprendido asimismo que el acto de dar forma entrañaría una gran pérdida. Había perfeccionado las artes de la hechicería, aprendido los idiomas del mundo, presenciado los grandes acontecimientos de su época, pero carecía de familia, de clan, de todos los consuelos derivados de permanecer dentro de las fronteras asignadas, en el ámbito de la lengua materna y bajo los cuidados de su hermano. Era como si volara sobre la tierra, como si volara por pura voluntad, a la vez que temía que en cualquier momento el hechizo se rompiera y acabara precipitándose a la muerte.

Las escasas noticias que tenía de su familia las estrechaba contra su pecho, intentando exprimir las para extraerles más significado del que contenían. El sha Ismail había sido amigo de su hermano Babur, y los otomanos tenían sus propios cauces para saber qué ocurría en el mundo. Sabía por tanto que su hermano seguía vivo, que su hermana se había reunido con él,

y que había nacido un niño, Nasiruddin Humayún. Por lo demás, todo era incertidumbre. Habían perdido Fergana, su reino ancestral, y quizá nunca lo recuperarían. Babur había cifrado todos sus anhelos en conquistar Samarcanda, pero a pesar de la derrota y la muerte de Shaibani Kan, el señor de Ajenjo, las fuerzas mogoles parecían incapaces de conservar la legendaria ciudad durante mucho tiempo. Así que también Babur carecía de hogar, Janzada carecía de hogar, y la familia no tenía asidero permanente en ningún rincón de la tierra de Dios. Quizá en eso consistía ser mogol, en vagar, escarbar, depender de los demás, luchar en vano, perderse. La desesperación se adueñó de ella por un momento. Enseguida se la sacudió. No eran las víctimas de la historia, sino sus artífices. Su hermano y el hijo de este y el hijo de este después de él: ¡qué reino fundarían, la gloria del mundo! Lo deseó con toda su alma, lo prefiguró, le dio vida mediante la vehemencia de su necesidad. Y ella haría lo mismo; contra todo pronóstico, forjaría su propio reino en este mundo extranjero, porque también ella había nacido para reinar. Era una mujer mogol, y tan temible como cualquier hombre. Su voluntad le bastaba para la labor. En voz baja, para sí, recitó en chagatai los versos de Alí Shir Navai. El chagatai, su lengua materna, era su secreto, su vínculo con su identidad verdadera, abandonada, que había decidido sustituir por una identidad creada por ella pero que, por supuesto, formaba parte de esa nueva identidad, era sus cimientos, su espada y su escudo. Navai, «el Plañidero», que antaño, en una tierra lejana, había cantado para ella. *Qara ko'zum, kelu mardumlug'emdi fan* «Venid, Qara Kóz, y mostradme vuestra bondad.» Un día su hermano sería el soberano de un imperio y ella regresaría triunfalmente como reina. O los hijos de su hermano acogerían a los de ella. Los lazos de sangre no podían romperse. Ella se había hecho a sí misma de nuevo, pero lo que había sido seguiría siéndolo, y ella y sus hijos tenían derecho a reclamar su herencia.

Se abrió la puerta. Entró el hombre, su príncipe de los tulípanes. Había esperado a que la familia se durmiese y ahora acudía a ella, a ellas. Las sombras no la abandonaron, pero se apartaron y dejaron sitio a su amado en la cama. Espejo, al notar que se relajaba, la soltó y se ocupó de la ropa de Argalia. Se marchaba a la ciudad por la mañana y pronto, dijo, todo se habría resuelto. Ella no se dejó engañar. Sabía que las cosas irían bien o, si no iban bien, irían francamente mal. Al día siguiente, por la noche, Argalia podía estar muerto, y entonces ella tendría que tomar otra decisión de superviviente. Sin embargo esa noche estaba vivo. Espejo lo preparaba para ella con caricias y aceites. Qara Kóz observaba en el claro de luna mientras el cuerpo pálido de él florecía al contacto de su criada. Con su larga melena, él mismo podía pasar por mujer, y con esas manos tan largas, y esos dedos tan estilizados, y esa piel tan

extraordinariamente suave. Qara Kóz cerró los ojos y no supo quién de los dos la tocaba, siendo las manos de él tan delicadas como las de Espejo, su cabello igual de largo, su lengua igual de experta. Él sabía hacer el amor como una mujer. Y Espejo, con sus dedos brutales, podía hincárselos como un hombre. La sinuosidad de él, su lentitud, la levedad de su contacto, esos eran los detalles por los que lo amaba. Las tinieblas quedaron en un rincón y la luna iluminó los tres cuerpos en movimiento. Lo amó y lo sirvió. Amó a Espejo pero no la sirvió. Espejo amó y sirvió a los dos. Esa noche lo importante era el amor. A la mañana siguiente quizá se impondría otra cosa. Pero eso sería a la mañana siguiente.

—Angelica mía —dijo él.

—Aquí está Angelica, Angelica está aquí —contestaron las dos mujeres.

Y a continuación una suave risa, y gemidos, y una voz demasiado alta, y breves exclamaciones.

Ella despertó antes del alba. Él dormía profundamente, el pesado sueño de aquel a quien se le exigirá mucho cuando despierte, y lo observó respirar. También Espejo dormía. Qara Kóz sonrió. Angelica mía, susurró en italiano. El amor entre mujeres era más duradero que entre mujeres y hombres. Les acarició el pelo, tan largo, tan negro. Entonces oyó ruidos fuera. Un visitante. Los gigantes suizos le salieron al paso. Enseguida oyó al hombre de la casa salir y aclarar las cosas. Lo veía tal como era, a aquel Niccoló, un gran hombre en la hora de la derrota. Quizá volviera a ascender, a recobrar la preeminencia, pero la casa de la derrota no era lugar para ella. La grandeza del hombre derrotado se transmitía fácilmente, grandeza del intelecto y quizá también del espíritu, pero había perdido su guerra, y por consiguiente no era nada para ella, no podía ser nada. Ahora ella dependía por completo de Argalia, contaba con su triunfo, y si lo conseguía, ella se elevaría con él y alzaría el vuelo. Pero si lo perdía, lo lloraría con desesperación, no encontraría consuelo, y después haría lo que tuviera que hacer. Se abriría camino. Pasara lo que pasara hoy, tarde o temprano accedería al palacio. Estaba hecha para palacios, y reyes.

* * *

Los pájaros entraban de un brinco en las jaulas y quedaban adheridos a la liga de las ramas de olmo. Ago e Il Machia los cogían y les retorcían el minúsculo cuello. Horas más tarde, ese mismo día, comerían un delicioso guiso de ave canora. La vida les concedía aún ciertos placeres, al menos hasta que acabara la migración del tordo. Regresaron a La Strada con dos sacos llenos de pájaros y encontraron a la feliz Marietta esperándolos con copas de buen vino

tinto. Argalia y sus hombres ya habían partido, dejando atrás a Konstantin el Serbio, con una docena de jenízaros bajo su mando, para defender a las damas si surgía la necesidad. Ago tendría, pues, que esperar para reencontrarse con el trotamundos. Por un instante sintió una punzada de decepción. Niccoló había descrito la transformación de su viejo amigo en una encarnación oriental de la Muerte casi afeminada pero también de una ferocidad extrema —«Argalia el Turco», lo llamaban ya los aldeanos, tal como él había profetizado mucho tiempo atrás, el día que, de niño, se fue a buscar fortuna—, y Ago albergaba grandes deseos de ver el exótico espectáculo con sus propios ojos. El hecho mismo de que Argalia hubiese vuelto con los cuatro gigantes suizos, como en sus sueños, era de por sí increíble.

Sonó entonces un paso en la escalera, Ago Vespucci alzó la vista, y fue como si Argalia hubiera dejado de existir. Se oyó a sí mismo decirse que no había existido hasta ese momento en el mundo ninguna mujer hermosa, que Simonetta Vespucci y Alessandra Fiorentina eran del montón, porque las mujeres que descendían hacia él eran más bellas que la belleza misma, tan bellas que daban un nuevo significado a la palabra, y relegaban a la altura de gris vulgaridad todo aquello que los hombres habían considerado previamente hermoso. Una fragancia las precedió escalera abajo y le envolvió el corazón. La primera mujer era ligeramente más adorable que la segunda, pero si uno cerraba un ojo y la excluía, la segunda parecía la mayor belleza de la Tierra.

Pero ¿por qué hacer eso? ¿Por qué borrar lo excepcional solo para que lo distinguido pareciese mejor de lo que era?

—Maldita sea, Machia —susurró, un poco sudoroso, escapándosele el juramento de los labios bajo la presión de sus emociones, después de un largo período en que había abandonado las imprecaciones por completo, y el saco de tordos muertos se le cayó de la mano—. Creo que acabo de redescubrir el sentido de la vida humana.

EL DUQUE HABÍA CERRADO SU PALACIO A CAL Y CANTO

El duque había cerrado su palacio a cal y canto, temeroso de una invasión de la turbamulta, porque esos días, después de la elección del primer papa Médicis en la historia, se había adueñado de la ciudad una euforia rayana en la violencia. «La gente enloqueció —contó Argalia a Il Machia después—, independientemente de la edad y el sexo.» Las campanas de las iglesias tocaban a gloria con un tañido incesante y ensordecedor, y las hogueras amenazaban barrios enteros de la ciudad. «En el Mercato Nuovo —informó Argalia—, jóvenes petimetres arrancaban paneles y tablones de las sederías y los bancos. Cuando las autoridades intervinieron para impedirlo, incluso el tejado del gremio de comerciantes de paños, la antigua Calimala, había sido destruido para usarlo como leña. Ardían hogueras, me contaron, en lo alto del campanario de Santa Maria Fiore. Este delirio se prolongó durante tres días.» El ruido y el humo sofocaban las calles. Había gente jodiendo y sodomizándose en todos los callejones y a nadie le importaba un ardite. Cada noche, un carro de la victoria enguinaldado, tirado por bueyes, iba desde los jardines de los Médicis en la Piazza San Marco hasta el palacio de los Médicis en la Via Larga. Fuera del palacio cerrado, la ciudadanía entonaba cantos de encomio al papa León X y luego prendía fuego al carro y las flores. Desde las ventanas del piso superior del palacio de los Médicis, los nuevos soberanos arrojaron obsequios a la multitud, quizá unos diez mil ducados de oro y doce piezas de hilo de plata que los florentinos trocearon. En las calles de la ciudad había toneles de vino y cestas de pan, a la libre disposición de todos. Se indultó a los presos, y las rameras se enriquecieron, y los varones recién nacidos recibieron los nombres de Juliano y su sobrino Lorenzo, o el de Juan, que se había convertido en León, y las niñas fueron bautizadas Laudamía o Semíramis por las grandes mujeres de la familia.

En un momento así era imposible entrar en la ciudad con cien hombres armados y solicitar audiencia con el duque Juliano. El sibaritismo y los incendiarios dominaban las calles. En la puerta de la ciudad, Argalia enseñó sus papeles a los centinelas y descubrió con alivio que tenían aviso de su llegada.

«Sí, el duque os recibirá —dijeron—, pero, como comprenderéis, no ahora mismo.» La fuerza de jenízaros acampó al pie de las murallas hasta el cuarto día, cuando la celebración florentina por el Papa finalmente perdió fuelle. Ni siquiera entonces se permitió a Argalia entrar en la ciudad. «Al anochecer —dijo el capitán de la guardia—, debéis esperar a un noble visitante.»

Argalia sabía hacer el amor como una mujer y sabía matar a hombres como un hombre, pero nunca se había enfrentado a un duque Médicis con toda su pompa. Aun así, cuando esa noche Juliano de Médicis entró a caballo en su campamento, encapuchado para mantener el anonimato, Argalia comprendió de inmediato que el nuevo soberano de Florencia era un pelele, y también lo era aquel joven sobrino suyo, que cabalgaba a su lado. Se sabía que el papa León era un hombre de gran presencia, un Médicis de la vieja escuela, heredero de la autoridad de Lorenzo el Magnífico, su padre. ¡Qué preocupado debió de quedar al dejar Florencia en manos de esos otros mediocres! Ningún auténtico duque de Médicis habría salido a hurtadillas como un ladrón de su propia ciudad solo para reunirse con un posible empleado. El hecho de que el duque Juliano hubiese decidido hacerlo era prueba de que necesitaba a un hombre fuerte a su lado para darle aplomo. Un militar. Un general de los tulipanes que defendiera la Ciudad de las Flores. Indudablemente había allí un puesto vacante.

En su tienda, Argalia examinó a los nobles a la vacilante luz amarilla del candil. Este descendiente menor de Lorenzo de Médicis, el duque Juliano, contaba alrededor de treinta y cinco años, tenía un rostro alargado y triste, y parecía mal de salud. No llegaría a viejo. Sin duda era aficionado a la literatura y el arte. Sin duda era un hombre de cultura e ingenio. Un lastre, pues, a la hora del conflicto. Más valdría que se quedara en casa y dejara la batalla a quienes eran aptos para combatir, a aquellos para quienes combatir era su cultura, matar su arte. El sobrino, otro Lorenzo, era de tez morena, semblante fiero y actitud arrogante; uno más del millar de fanfarrones florentinos en torno a los veinte años, decidió Argalia. Un muchacho, rebosante de sexo y de sí mismo. No un hombre en quien se pudiera confiar ni remotamente.

Argalia había preparado su argumentación. Al final de sus largos viajes, diría, había llegado a la siguiente conclusión: que Florencia estaba en todas partes y todas partes estaban en Florencia. En todas partes, en todo el mundo, había príncipes omnipotentes, Médicis que mandaban porque siempre habían mandado, y que podían convertir en verdad aquello que quisieran con un simple decreto. Y también había en todas partes Plañideros (Argalia no estaba en Florencia en la época de los Plañideros, pero las noticias del monje Savonarola y sus seguidores habían llegado lejos), Plañideros que querían

mandar porque tenían la certidumbre de que una Instancia Superior les había mostrado cuál era la auténtica verdad. Y en todas partes había también personas que se creían que mandaban cuando en realidad no era así, y este último grupo era tan numeroso que casi podía considerarse una clase social, la clase de los Machias, quizá, de los sirvientes que se creían amos hasta que se les mostraba la amarga verdad. Esta clase no era digna de confianza, y las mayores amenazas para el príncipe procedían invariablemente de ella. El príncipe, pues, debía asegurarse de su capacidad tanto para sofocar los alzamientos de los servidores como para imponerse a los ejércitos extranjeros, para detener tanto las agresiones del enemigo interior como los ataques del exterior. En todas partes sobre la faz de la tierra un Estado que deseara sobrevivir a estas dos amenazas necesitaba a un poderoso caudillo. Y él, Argalia, representaba perfectamente la unión de Florencia con el resto de la creación, porque era ese caudillo necesario, capaz de garantizar la calma y la seguridad de su propia ciudad, como había hecho en otras ciudades, al servicio de otros amos en tierras lejanas.

Los Médicis habían vuelto al poder pocos meses antes con la ayuda de mercenarios españoles, «moros blancos», bajo el mando de un tal general Cardona. En los alrededores de la hermosa ciudad de Prato, se habían enfrentado a la milicia florentina, el orgullo de Il Machia, que en realidad era superior en número pero inferior en valentía y calidad de mando. La milicia florentina rompió filas y huyó, y la ciudad cayó el primer día, después de tan solo un amago de lucha. A continuación, los «moros blancos» saquearon la ciudad con tal brutalidad que Florencia, aterrorizada, desmanteló su república, postrándose de rodillas e invitando a volver a los Médicis. El saqueo de Prato siguió y siguió, durante tres semanas. Murieron cuatro mil hombres, mujeres y niños, quemados, violados, cortados por la mitad. Ni siquiera los conventos se libraron de la lascivia de los hombres de Cardona. En Florencia, cayó un rayo en la puerta de Prato de la ciudad, y fue imposible pasar por alto el augurio. No obstante —y este era el quid de la argumentación de Argalia—, los españoles eran ahora tan odiados por todos los italianos que, para los Médicis, no sería sensato volver a contar con ellos. Lo que necesitaban era un cuadro de guerreros fogueados que controlase la milicia de Florencia y la dotase de la entereza y la organización de las que obviamente carecía, del espíritu de lucha que Niccoló, burócrata por naturaleza y no hombre de guerra, no había sabido infundirles, y a la vista estaba.

Distanciándose así, cautamente, de su viejo amigo caído en desgracia, Argalia el Turco accedió con buenas razones al cargo de *condottiere* de Florencia. Le sorprendió gratamente oír que se le ofrecía un contrato de servicio

permanente, no uno de unos cuantos meses de duración. En la época del declive de los *condottieri*, a otros guerreros los contrataban durante períodos tan breves como tres meses, y su paga dependía del éxito en las empresas militares. En contraste, la paga de Argalia era buena para lo que corría en esos tiempos. Además, el duque Juliano proporcionó a su nuevo jefe de armas una amplia residencia en la Via Porta Rossa, con servidumbre completa y una espléndida asignación doméstica.

—El almirante Doria debe de haberme recomendado encarecidamente —dijo al duque Juliano, aceptando de inmediato las generosas condiciones.

—Dijo que sois el único bárbaro hijo de puta a quien no le gustaría enfrentarse ni por tierra ni por mar aunque estuvierais tan desnudo como un recién nacido sin circuncidar y no tuvierais más que un cuchillo de cocina en la mano —contestó elegantemente el duque.

* * *

Según la leyenda, la familia Médicis poseía un espejo mágico cuya finalidad era revelar al duque reinante la imagen de la mujer más deseable en el mundo conocido, y fue en este espejo donde el anterior Juliano de Médicis, el tío del actual soberano, que fue asesinado el día de la conjura de los Pazzi, vio por primera vez el rostro de Simonetta Vespucci. Sin embargo, tras la muerte de esta, el espejo se oscureció y dejó de funcionar, como si se negara a empañar el recuerdo de Simonetta mostrando en su lugar bellezas inferiores. Durante el exilio de la familia, el espejo permaneció por un tiempo en su sitio en la pared de lo que había sido la alcoba del tío Juliano en la vieja casa de la Via Larga, pero dado que se resistía porfiadamente a ejercer su función, ya fuera como instrumento de revelación, o como espejo corriente, al final lo descolgaron y lo guardaron en un pequeño trastero, no mucho más que un simple armario para las escobas, oculto en la pared de la alcoba. Y de pronto, tras la elección del papa León, el espejo había empezado a brillar de nuevo, y se contaba que una sirvienta se desmayó cuando abrió el armario de las escobas y encontró la cara de una mujer mirándola desde un rincón cubierto de telarañas, una forastera que parecía una visitante de otro mundo. «En toda la ciudad de Florencia no existe tal cara —dijo el nuevo duque Juliano cuando le mostraron el milagro, y su salud y su porte mejoraron visiblemente al contemplar el cristal mágico—. Volved a colgar el espejo en la pared, y daré un ducado de oro al hombre o mujer que traiga ante mí a esta primorosa visión.»

Llamaron al pintor Andrea del Sarto para que mirase el espejo mágico y pintase el retrato de la hermosa mujer, pero no era tan fácil engañar al espejo;

un espejo mágico que permitía que se reprodujeran sus imágenes ocultas no tardaría en quedarse sin trabajo, y cuando Del Sarto miró el cristal, solo se vio a sí mismo. «¡Tanto da! —dijo Juliano decepcionado—. Cuando la encuentre, podréis pintarla del natural.» Al marcharse Del Sarto, el duque se preguntó si el problema sería acaso que el espejo no tenía un buen concepto del genio del artista; pero era el mejor del que disponía, porque Sanzio estaba en Roma, peleándose con Buonarrotti en el Vaticano, y el viejo Filipepi, que en su día estuvo tan enamorado de la difunta Simonetta que pidió que lo enterraran a sus pies —deseo que no fue respetado, obviamente—, estaba muerto él mismo, y en todo caso, mucho antes de morir se había empobrecido y convertido en un inútil, incapaz de sostenerse en pie sin la ayuda de dos bastones. Filippino Lippi, el discípulo de Filipepi, gozaba de gran predicamento entre los *festaiuoli* que organizaban los desfiles de la ciudad y los carnavales callejeros, un pintor condescendiente con las masas, pero poco apto para el encargo que el duque Juliano tenía en mente. Con lo cual solo quedaba Del Sarto, pero todo eso eran disquisiciones académicas, porque en adelante el espejo mágico solo funcionó cuando el duque Juliano estaba a solas en la habitación. Durante los días siguientes empezó a buscar pretextos para retirarse a su cámara varias veces al día y poder así contemplar aquella belleza sobrenatural, y sus cortesanos, ya de por sí preocupados por su mala salud general y sus aires neurasténicos, empezaron a temer un deterioro y a mirar en dirección a su probable sucesor, Lorenzo, con creciente adulación y alarma. Un buen día la encantadora criatura entró a caballo en la ciudad al lado de Argalia el Turco, y se inició así la época de *l'ammaliatrice*.

* * *

Ella solo tenía veintidós años, casi un cuarto de siglo menos que él, y cuando le preguntó a Il Machia si quería ir a pasear con ella por su bosque, él se levantó de un brinco con la presteza de un joven alunado. Ago Vespucci también se puso en pie de un brinco, lo que irritó a Niccoló: ¿Cómo? ¿Seguía allí aquel individuo indolente? ¿Y pretendía acompañarlos en su excursión? Vaya una lata, una auténtica lata, pero, dadas las circunstancias, probablemente era inevitable. Se dio entonces el primer indicio de que la princesa poseía dotes excepcionales. Marietta, la esposa de Niccoló, normalmente la más celosa de las arpías, aceptó la propuesta con entusiasmo, en un tono que asombró a su marido. «Pero claro que debes enseñarle a la muchacha los alrededores», arrulló dulcemente, y en un abrir y cerrar de ojos preparó una cesta de picnic y una bota de vino para aumentar el placer de la excursión. Il Machia, atónito,

enseguida se convenció de que su esposa debía de estar bajo algún hechizo, y las palabras «brujas extranjeras» se formaron en su pensamiento, pero recordando el refrán del caballo regalado, desechó tales especulaciones y se regocijó de su buena suerte. Al cabo de media hora, partió con Ago a rastras, seguido a una distancia discreta por Konstantin el Serbio y su destacamento de guardias, y acompañó a la joven princesa y su dama de compañía al robledal de su infancia.

—Aquí, hace tiempo —explicó Ago, e Il Machia vio que, a su patética manera, intentaba impresionarla—, encontré una raíz de mandrágora, la legendaria planta mágica. ¡Aquí la encontré, sí, como lo oís! Por aquí, en algún lugar. —Miró alrededor con actitud enérgica, sin saber muy bien en qué dirección debía señalar.

—Ah, ¿la mandrágora? —contestó Qara Kóz con su impecable italiano florentino—. Mirad allí, hay todo un bancal. ¡Que preciosidades!

Y antes de que nadie pudiera detenerlas, antes de que nadie pudiera prevenir las de que debían primero taparse los oídos con barro, las dos damas se precipitaron hacia la muchedumbre de increíbles plantas y empezaron a arrancarlas de raíz.

—Los gritos —vociferó Ago, agitando con desesperación sus ineptas manos—. ¡Alto, alto! ¡Nos enloquecerán a todos! ¡O nos ensordecen! O acabaremos todos...

«Muertos», iba a decir, pero las dos damas lo miraban con expresión de perplejidad, y no se oía el menor alarido mortífero.

—Es venenosa si se toma en exceso, claro está —dijo Qara Kóz pensativamente—, pero no hay nada que temer.

Cuando los dos hombres vieron que se hallaban en presencia de mujeres por quienes la raíz de la mandrágora renunciaba a su vida sin protestar, se quedaron absolutamente maravillados.

—Bueno, pues no la uséis conmigo —contestó Ago a modo de bravata, intentando disimular el miedo de segundos antes—, o tendré que enamorarme de vos para siempre, o al menos hasta que uno de los dos muera.

Al instante se puso como la grana, llegándole el rubor hasta el cuello de la camisa y asomando también por debajo de las mangas para cambiarle el color de las manos; lo que vino a demostrar, claro, que estaba ya perdida y eternamente enamorado. No hacía falta el poder de ninguna planta arcana para garantizar su amor.

Cuando Argalia y los gigantes suizos volvieron para escoltar a Qara Kóz a su nuevo hogar en el Palazzo Cocchi del Nero, toda la aldea de Sant'Andrea in Percussina había caído bajo su hechizo, hasta el último hombre, mujer y niño. Incluso las gallinas parecían más felices, y desde luego ponían más huevos. A decir de todos, la princesa no hizo nada para fomentar esta creciente adoración; sin embargo, creció. En los seis días de su estancia en la casa de los Machiavelli, se paseó por el bosque con Espejo, leyó poesía en distintas lenguas, conoció y entabló amistad con los niños de la casa y no se dio a menos por ofrecer ayuda en la cocina, ofrecimiento que Marietta rechazó. Por las noches se complació en sentarse con Il Machia en su biblioteca y permitirle que le leyera fragmentos de las obras de Pico della Mirandola y Dante Alighieri, y también muchos cantos del poema épico Orlando *enamorado*, de Matteo Boiardo de Scandiano.

—¡Ay! —exclamó ella al conocer las muchas vicisitudes de la heroína de Boiardo—. ¡Pobre Angelica! Tantos perseguidores, tan poca fuerza para resistirse a ellos, o para imponerles su voluntad.

Entretanto, en la aldea empezaron a encomiarla todos como un solo hombre. El leñador Gaglioffo ya no aludía groseramente a Qara Kóz y Espejo como «brujas» a quienes «joder», sino que hablaba de ellas con un respeto deferente y encandilado que sencillamente no le permitía siquiera soñar con relaciones carnales entre él y las grandes damas. Los hermanos Frosino, los galanteadores de la aldea, tuvieron la osadía de declarar que pretendían su mano, pues no había quedado claro si ella y Argalia el Turco estaban legalmente casados —y de ser así, los dos molineros se avendrían, por supuesto, y no pondrían en tela de juicio los derechos de Argalia al respecto—, pero en caso de que ella fuese soltera, desde luego estaban interesados, e incluso habían acordado, en interés del amor fraterno, que se prestarían a compartirlas, por turno, a ella y su dama de compañía. No había nadie más tan necio como Frosino Uno y Due, pero en general la gente tenía una elevada opinión de Qara Kóz, y tanto mujeres como hombres se declararon «hechizados».

Pero si eso era brujería, era de la clase más benévola. Todos los florentinos conocían bien los perniciosos procedimientos de las hechiceras oscuras de la época, que invocaban a los demonios para obligar a hombres castos a participar en actos libidinosos, que utilizaban efigies y alfileres para atormentar a sus enemigos, que eran capaces de conseguir que hombres buenos abandonasen su hogar y su trabajo solo para convertirse en sus esclavos serviles. En la casa de Il Machia, por el contrario, ni Qara Kóz ni su dama de compañía dieron señal alguna de practicar la magia negra, o al menos,

por alguna razón, las señales que dieron no se consideraron problemáticas. A las brujas les gustaba vagar por el bosque, todo el mundo lo sabía, pero el nemoroso deambular de Qara Kóz y Espejo era solo, en opinión de las buenas gentes de Percussina, «encantador». El incidente del bancal de mandrágoras no se difundió y, curiosamente, Il Machia nunca volvió a encontrarlo, ni las damas les mostraron nunca las plantas arrancadas, con lo que a Niccoló y Ago les fue fácil dudar que el incidente hubiese ocurrido.

Estaba muy extendida la idea de que las brujas tenían marcadas inclinaciones sáficas, pero nadie, ni siquiera Marietta Corsini, se alteró en lo más mínimo por la decisión de las dos damas de compartir el lecho. «Bah, es solo por hacerse compañía», dijo Marietta a su marido arrastrando las palabras, y él asintió cansadamente, como bajo el soporífero influjo de un exceso de vino a media tarde. En cuanto al famoso entusiasmo de las brujas por copular con el demonio, pues en Percussina sencillamente no había demonios, y ninguno subió del infierno para carcajearse en las chimeneas o sentarse como gárgolas en los tejados de la taberna o la iglesia. Corrían tiempos de caza de brujas, y en los tribunales de la ciudad se oía a las mujeres confesar actos espantosos: capturar los corazones y las mentes de buenos ciudadanos mediante el uso de vino, incienso, menstruó y agua, bebido todo ello del cráneo de un muerto. Pero si bien era cierto que en Percussina todos estaban enamorados de la princesa Qara Kóz, la adoración que inspiraba —excepto, quizá, en los gemelos Frosino, dos obsesos sexuales— era por completo casta. Ni siquiera Ago Vespucci, el romántico embobado que estaba dispuesto a amarla, como había dicho, «hasta que uno de los dos muera», concebía en ese momento intención alguna de ser su amante carnal. Venerarla era ya delicia suficiente.

Aquellos que más tarde estudiaron y analizaron la trayectoria de la hechicera de Florencia, en particular Gian Francesco Pico della Mirandola, sobrino del gran filósofo Giovanni y autor de *La strega ovvero degli inganni dei demoni* («La bruja, o el engaño de los demonios»), concluyó que el miasma de aprobación que creó Qara Kóz en Percussina y que se propagó rápidamente por las inmediaciones, por San Casciano y Val di Pesa, Impruneta y Bibbione, Faltignano y Spedaletto, fue fruto de un hechizo intencionado de inmensa potencia, cuyo propósito era poner a prueba sus poderes —esos mismos poderes que posteriormente pasó a utilizar con tan notable efecto en y sobre la propia ciudad de Florencia— y allanarse el camino de acceso a lo que, de otro modo, habría sido un entorno hostil. Según recoge Gian Francesco, cuando Argalia el Turco regresó con los gigantes suizos, encontró a una nutrida multitud congregada frente a la residencia de los Machiavelli, como si se hubiese obrado un milagro, como si la Virgen hubiera aparecido en Percussina

y todos hubiesen acudido allí para verla. Y cuando Qara Kóz y Espejo salieron de la casa, ataviadas con sus más exquisitos brocados y alhajas, el populacho reunido se postró de rodillas, pidiéndole al parecer la bendición; cosa que, sin palabras, con una sonrisa y el brazo un poco levantado, les concedió. Acto seguido, se marchó, y Marietta Corsini, como si despertara de un sueño, ordenó a grito limpio a quienes pisoteaban sus tierras que se largaran a ocuparse de sus asuntos. En palabras de Gian Francesco, «los campesinos volvieron en sí y, atónitos, descubrieron dónde se hallaban. Rascándose la cabeza de asombro, regresaron a sus casas, campos, molinos, bosques y hornos».

Andrea Alciato, convencido de que las brujas y sus adeptos debían ser tratados con remedios herbales, atribuyó el misterioso «suceso de Percussina» a los malos hábitos alimenticios de los lugareños, que los hacían vulnerables a fantasías y alucinaciones, en tanto que Bartolomeo Spina, autor de *De Strigibus*, escrito una década después de tales manifestaciones, llegó al extremo de insinuar que Qara Kóz acaso había inducido a los aldeanos a un desenfreno satánico y celebrado con ellos una Misa Negra orgiástica a gran escala, una suposición difamatoria de la que no existe prueba alguna en los anales históricos de la época.

* * *

La llegada a Florencia del nuevo *condottiere* de la ciudad y comandante de la milicia florentina, Antonino Argalia, alias «el Turco», fue recibida con las celebraciones hedonistas y excesivas por las que la ciudad era famosa. Se construyó un castillo de madera en la Piazza della Signoria y se escenificó un simulacro de asedio, con cien hombres defendiendo el edificio y trescientos atacándolo. Nadie usó armadura, y combatieron tan ferozmente, clavándose lanzas y arrojándose ladrillos sin cocer a la cabeza, que muchos de los participantes tuvieron que ir al hospital de Santa Maria Nuova, donde algunos, lamentablemente, murieron. Se organizó asimismo una caza de toros en la Piazza, y también los toros mandaron a muchos juerguistas al hospital. Soltaron dos leones para dar caza a un corcel negro, pero el caballo respondió tan noblemente al ataque del primer león, enviándolo de una coz desde delante de la Mercantantia, sede del Tribunal del Gremio de Mercaderes, hasta el centro de la Piazza, que el rey de los animales huyó a todo correr y se escondió en un rincón umbrío de la plaza, y después de eso ninguno de los dos leones se sintió con ánimos de reanudar la pelea. Eso se interpretó como un extraordinario augurio, siendo el caballo Florencia, naturalmente, y los leones sus enemigos de

Francia, Milán o cualquier otro aborrecible lugar.

Después de estos preliminares, entró en la ciudad el desfile. Ocho *'dfici*, o plataformas rodantes, encabezaron la marcha, con actores en lo alto interpretando escenas de las victorias del gran guerrero de la antigüedad, Marco Furio Camilo, censor y dictador, el llamado Segundo Fundador de Roma, mostrando al gran número de prisioneros que había capturado en el sitio de Veyes hacía casi dos mil años y dando idea de lo extraordinarios que habían sido los despojos de guerra, las armas, la ropa y la plata. Y los seguían hombres cantando y bailando por las calles, y cuatro escuadrones de caballería, los animales engualdrapados y los hombres con las lanzas en ristre. (Los gigantes suizos, Otho, Botho, Clotho y D'Artagnan, habían asumido el adiestramiento de los piqueros, ya que todo el mundo temía la destreza de la infantería suiza con las picas, y los progresos de los lanceros de la milicia, incluso después de solo una o dos sesiones de instrucción preliminares, saltaban ya a la vista.) Por último, entró por la gran puerta Argalia, flanqueado por los cuatro chismosos suizos, con Konstantin el Serbio inmediatamente detrás de él, a caballo entre las dos damas extranjeras, seguidos por los cien jenízaros cuyo aspecto llenó de miedo los corazones de cuantos los vieron. «Ahora nuestra ciudad está a salvo —exclamaban—, porque han llegado nuestros protectores invencibles.» Ese fue el nombre, «Invencibles», con que se quedaron los nuevos guardianes de la ciudad. El duque Juliano, saludando desde el balcón del Palazzo Vecchio, parecía complacido de que el nombramiento fuese tan bien aceptado por el público; a Lorenzo, su sobrino, se lo veía, por el contrario, ceñudo y molesto. Argalia, alzando la vista para mirar a los dos potentados Médicis, comprendió que debía permanecer atento al más joven.

El duque Juliano identificó de inmediato en Qara Kóz a la mujer del espejo mágico, objeto de su incipiente obsesión, y el corazón le brincó de alegría. Lorenzo de Médicis la vio también, y en su concupiscente corazón empezó a soñar al instante con poseerla. En cuanto a Argalia, conocía los peligros de llevar a su amada a Florencia con tal ostentuosidad, justo bajo las narices del duque, cuyo tocayo y tío, descaradamente, había arrebatado la anterior gran belleza de la ciudad a su marido, Marco Vespucci el Cornudo, y la personalidad de este quedó tan erosionada por la pérdida que cuando ella murió, envió toda la ropa y todos los retratos de la difunta que poseía al palacio de los Médicis para que el duque pudiera tener lo que conservaba de ella, tras lo cual bajó al Puente de las Gracias y se ahorcó. Pero Argalia no era un suicida, y calculó que el duque no querría provocar al jefe militar recién nombrado por él mismo y cuya entrada en la ciudad celebraba en ese momento. «Y si intenta quitármela —pensó Argalia—, me encontrará con

todos mis hombres, y para capturarla con semejante oposición, tendrá que ser Hércules o Marte, cosa que, como puede verse, esta alma sensible no es.»

Entretanto, era para él una satisfacción exhibirla.

Cuando la multitud vio a Qara Kóz, un susurro comenzó a propagarse por la ciudad, convirtiéndose en un murmullo que tuvo el efecto de acallar todos los sonidos estridentes del día, hasta tal punto que cuando Argalia y las damas llegaron al Palazzo Cocchi del Nero, reinaba un silencio extraordinario, mientras el pueblo de Florencia contemplaba la llegada a ellos de la perfección física, una belleza morena para llenar el hueco dejado en sus corazones por la muerte de Simonetta Vespucci. Momentos después de su aparición, la ciudad la había acogido en su corazón como su rostro especial, el nuevo símbolo de sí misma, la encarnación en forma humana de esa belleza insuperable que la propia ciudad poseía. La Dama Morena de Florencia: los poetas echaron mano a sus plumas, los artistas a sus pinceles, los escultores a sus escoplos. La gente común, las cuarenta mil almas más ruidosas y baladronas de toda Italia, la honraron a su manera, quedándose inmóviles y calladas a su paso. Debido a ello, todos oyeron lo que aconteció cuando el duque Juliano y Lorenzo de Médicis recibieron al grupo de Argalia en la entrada de su nueva casa de cuatro plantas, tres altas puertas rematadas en arco en una fachada de *pietra forte*. Sobre el umbral, en el centro de la fachada, estaba el escudo de armas de la familia Cocchi del Nero, que atravesaba tiempos difíciles y había vendido el edificio a los Médicis. Era la mayor obra maestra de la arquitectura en aquella calle de obras maestras, que también hacía gala de las grandes residencias de algunas de las familias más antiguas de la ciudad, los Soldanieri, los Monaldi, los Bostichi, los Cosi, los Bensi, los Bartolini, los Cambi, los Arnoldi y los Davizzi. El duque Juliano quiso dejar claro a Argalia y a todos los demás la medida exacta de su gran generosidad, y decidió hacerlo con muchos floreos e incluso una pequeña reverencia, no a Argalia, sino a Qara Kóz.

—Me complace entregar a esta joya exquisita un engaste digno de sus encantos.

«¡Mongol! ¡Mogol!» Estas palabras extranjeras, fascinantes, se propagaron por la multitud generando una combinación casi erótica de excitación y terror. Fue Lorenzo de Médicis, enrojecido de autosuficiencia, quien expresó lo que algunos sentían, confirmando así la opinión de Argalia: era un muchacho vanidoso y de poca talla.

—Argalia, necio —clamó Lorenzo—, raptando a esta insolente hija del Mogol conseguirás que las Hordas Doradas se echen sobre nuestras cabezas.

—Eso sería ciertamente todo un logro —contestó Argalia con tono solemne—, sobre todo porque las Hordas fueron derrotadas y su poder

disgregado para siempre por el propio antepasado de la princesa, Tamerlán, hace más de cien años. Además, señores míos, no he raptado a nadie. La princesa era prisionera del sha Ismail de Persia, y yo la liberé después de nuestra victoria sobre ese señor en la batalla de Chaldirán. Ha venido aquí por propia voluntad con la esperanza de forjar una unión entre las grandes culturas de Europa y Oriente, a sabiendas de que tiene mucho que aprender de nosotros y convencida asimismo de que tiene mucho que enseñar.

Esta declaración fue bien acogida por la muchedumbre que escuchaba —muy impresionada asimismo por la noticia de que su nuevo protector había formado parte del bando vencedor en esa ya legendaria batalla— y clamorosos vítores se elevaron en honor de la princesa, imposibilitando cualquier otro reparo a su presencia. El duque Juliano, recobrándose hábilmente de su sorpresa y turbación, levantó una mano para pedir silencio.

—Cuando un visitante de esta envergadura llega a Florencia —exclamó—, Florencia debe estar a la altura de las circunstancias, y Florencia lo estará.

* * *

El Palazzo Cocchi del Nero poseía uno de los *grands salons* más magníficos de la ciudad, una sala de siete metros por dieciséis con un techo de seis metros de altura, iluminada por inmensos ventanales de cristal emplomado, una sala para recibir invitados con la mayor prodigalidad posible. El dormitorio principal, también llamado Cámara Nupcial, exhibía una cenefa pintada al fresco en lo alto de las cuatro paredes ilustrando un poema romántico de Antonio Pucci basado en una historia de amor provenzal, y era una habitación en la que dos (o incluso tres) amantes podían pasar días enteros y sus noches sin sentir en ningún momento la necesidad de levantarse o abandonar la casa. En otras palabras, esta era una mansión en la que Qara Kóz podría haberse comportado como cualquier gran dama de Florencia, alejada del común de las gentes, aislada de todos salvo la flor y nata de la ciudad. Sin embargo, no fue así como la princesa decidió pasar el tiempo.

Saltaba a la vista que tanto ella como Espejo disfrutaban de su nueva existencia sin velo. De día, la princesa salía a pasear por las concurridas calles, yendo al mercado o sencillamente visitando los lugares más interesantes, acompañada por Espejo y sin más protección que Konstantin el Serbio, dejándose ver intencionadamente como nunca había hecho ninguna gran dama de Florencia. Eso despertó la adoración de los florentinos. «Simonetta Due», la apodaron al principio, Simonetta Segunda, y luego, tras oír el nombre con que

Espejo y ella se llamaban, de manera intercambiable, pasó a ser «Angelica Primera». Lanzaban flores a sus pies allí adónde iban. Y poco a poco su temeridad avergonzó a las jóvenes de buena cuna de la ciudad, que se sintieron obligadas a seguir su ejemplo. Apartándose de la tradición, empezaron a salir a pasear a última hora de la tarde en grupos de dos y de cuatro, para deleite de los jóvenes caballeros de la ciudad, que por fin encontraron una buena razón para mantenerse apartados de los burdeles. Los lupanares de la ciudad comenzaron a vaciarse y se inició el llamado «eclipse de las cortesanas». El Papa de Roma, viendo con buenos ojos este repentino cambio en la moralidad pública de su Florencia natal, se preguntó en voz alta ante el duque Juliano, en una visita a la Ciudad Eterna, si la princesa morena, que afirmaba no ser cristiana, podía ser en realidad la nueva santa de la Iglesia. Juliano, hombre religioso, repitió esto a un cortesano y luego los panfletistas de Florencia contaron la anécdota por toda la ciudad. En cuanto León X especuló de este modo sobre la posible naturaleza divina de Qara Kóz, empezó a hablarse de sus milagros.

Muchos de quienes la veían pasear por las calles afirmaban haber oído, sonando alrededor de ella, la música cristalina de las esferas. Otros juraban haber visto un halo de luz en torno a su cabeza, tan brillante que se veía incluso en la intensa luminosidad del día. Mujeres estériles acudían a Qara Kóz y le pedían que les tocara el vientre, y luego contaban al mundo entero que habían concebido hijos esa misma noche. Los ciegos veían, los cojos andaban; solo faltaba una resurrección verdadera entre los muertos en los relatos de sus hazañas mágicas. Incluso Ago Vespucci se incorporó a las filas de los milagreritos, declarando que la bendición de Qara Kóz a sus viñedos, que ella gentilmente había visitado, propició la mejor cosecha jamás producida por su familia; y se comprometió a entregar al Palazzo Cocchi del Nero un cargamento de vino sin coste alguno una vez al mes.

En pocas palabras, Qara Kóz sin velo —en el papel de «Angelica»— había alcanzado la plenitud de sus poderes femeninos y ejercía la plena fuerza de esas dotes sobre la ciudad, empañando el aire con una benévola bruma que henchía el pensamiento de los florentinos de imágenes de amor paterno, materno, filial, carnal y divino. Panfletistas anónimos la declararon la reencarnación de la diosa Venus. Sutiles fragancias de reconciliación y armonía impregnaron el aire. La gente trabajó con mayor ahínco y mejor rendimiento, la calidad de la vida familiar mejoró, el índice de la natalidad aumentó, y todas las iglesias se llenaron. Los domingos, en la basílica de San Lorenzo, el clan de los Médicis escuchaba homilías que ensalzaban las virtudes no solo de los principales miembros de su poderosa familia, sino también de su nueva

visitante, «la princesa no solo de la remota India o Cathay, sino también de nuestra propia Florencia». Eran los días radiantes de la hechicera. Pero pronto llegarían las tinieblas.

A la sazón, la gente tenía la cabeza llena de hechiceras imaginarias; por ejemplo, Alcina, la malvada hermana del Hada Mor—gana, con quien se alió para perseguir a su tercera hermana, la bruja buena Logistilla, la hija de Amor; y Melissa, la hechicera de Mantua; y Dragontina, la captora del caballero Orlando; y Circe, de la antigüedad, y la Sortílega de Siria, sin nombre pero temible. La bruja en forma de monstruo feo y viejo, la arpía, había dado paso, en las fantasías florentinas, a estas criaturas preciosas, denotando su pelo alborotado una moral relajada, con un poder de seducción casi irresistible, empleada su magia a veces al servicio del bien y otras veces para hacer daño. Tras la llegada de Angelica a la ciudad, se asentó firmemente la idea de la hechicera buena, el ser benefactor y sobrenatural, que era a la vez diosa del amor y guardiana de las personas. Al fin y a la postre, allí estaba en el Mercato Vecchio, tan real como la propia vida —«¡Probad estas peras, Angelica!... ¡Angelica, estas ciruelas son succulentas!»—, no fruto de la imaginación, sino una mujer de carne y hueso. Así pues, la veneraban, y la creían capaz de grandes obras. Con todo, la distancia entre la «hechicera» y la «bruja» seguía sin ser demasiado grande. Aún se oía a quienes insinuaban que esta nueva encarnación de la Mujer—maga por mediación de la cual se desataban los poderes ocultos de todas las mujeres era un disfraz, y que los rostros verdaderos de tales féminas seguían siendo las caras terribles de antaño, de la lamia, la jorguina.

Los escépticos que en virtud de su temperamento atrabiliario se oponen a una interpretación sobrenatural de los acontecimientos quizá prefieran explicaciones más convencionales para la época de dorada satisfacción y prosperidad material de que gozó Florencia por aquel entonces. Bajo la égida benévolamente tiránica del papa León X, el auténtico señor de Florencia, y hombre de genio o necio majadero, según se viera, las fortunas florecieron, sus enemigos se retiraron, etcétera, etcétera, así, tal cual. Si uno era un negativista de esta resentida tendencia, la reunión del Papa con el rey de Francia después de la batalla de Marignano, sus alianzas y tratados, los nuevos territorios que arrebató o compró y puso en manos florentinas, de los que la ciudad obtuvo gran beneficio; o el nombramiento de Lorenzo de Médicis como duque de Urbino; o la boda concertada entre Juliano de Médicis y la princesa Filiberta de Saboya, tras lo cual el rey de Francia, Francisco 1, le cedió el ducado de Nemours, y quizá le susurró al oído que también Nápoles sería pronto suya... todo eso lo tendría uno muy presente.

Una cosa sí hay que reconocer a estos picajosos desabridos: sí, sin duda el poder del papado era muy grande. Como también lo era el poder del rey de Francia, y del rey de España, y del ejército suizo, y del sultán otomano, y todos ellos andaban siempre enzarzados en conflictos, bodas, reconciliaciones, repudios, victorias, derrotas, maquinaciones, diplomacias, compra y venta de favores, recaudaciones de impuestos, intrigas, concesiones, vacilaciones y sabe el demonio qué más. Actividad toda ella que, por suerte, no viene al caso.

Pasado un tiempo, Qara Kóz dio señales de debilitamiento físico y espiritual. Quizá fue Espejo la primera en advertir estas señales, ya que observaba a su señora todos los minutos de todos los días: debió de notar, pues, una leve tirantez en las comisuras de aquellos labios sensuales, ver la tensión que atenazaba los músculos de sus brazos de bailarina, atender los dolores de cabeza, padecer sin rechistar los momentos de irritabilidad. O quizá fue Argalia el Turco el primero en preocuparse por ella, ya que por primera vez en su idilio ella empezó a rechazar sus proposiciones, pidiéndole a Espejo que lo complaciera por ella. «No me apetece. Estoy muy cansada. Mi apetito sexual ha declinado. No te lo tomes de manera personal. Por qué no puedes entenderlo. Tú ya eres quien eres, el más poderoso de los caudillos, no tienes nada que demostrar. Mientras que yo solo intento llegar a realizar las posibilidades que llevo dentro de mí. Cómo puedes amarme y no entenderlo. Eso no es amor, es egoísmo.» El banal declive del amor hacia su final de riña en riña. Argalia no quería creer que el amor de ambos pudiera estar malográndose. No lo creía. Se lo quitó de la cabeza. La suya era la gran historia de amor de la época. No podía acabar con mezquindad.

El duque Juliano también advirtió que sucedía algo raro en su espejo mágico, que todavía miraba a diario para intensa irritación de su esposa, Filiberta de Saboya. Su unión con Filiberta había sido exclusivamente política. La dama saboyana no era joven; tampoco era hermosa. Después de su enlace, Juliano siguió adorando a Qara Kóz a distancia, aunque debía decirse, para ser justos con ese hombre frágil y devoto, que nunca intentó seducirla para apartarla de su gran general, conformándose con organizar, en su honor, una *festa* comparable solo a las celebraciones con motivo de la visita del Papa a Florencia. Al llegar a Florencia, Filiberta oyó la leyenda de los festejos por la princesa *mogor* y exigió que su reciente esposo hiciera como mínimo eso mismo por la novia, a lo que Juliano contestó que semejante carnaval sería más apropiado cuando le diera un heredero. Sin embargo, él rara vez visitaba

su alcoba, y su único hijo sería un bastardo, Hipólito, que llegó a cardenal, como ocurre a veces con los bastardos. Después de esa respuesta negativa, Filiberta odió profundamente a Qara Kóz, y cuando se enteró de la existencia del espejo mágico, también a este lo odió. Cuando un día oyó a Juliano lamentarse de la mala salud de la princesa morena, Filiberta vio colmada su paciencia.

—No se encuentra bien —dijo él lastimeramente cuando ella lo encontró embelesado ante el espejo mágico, como de costumbre—. Mira a la pobre muchacha. Está enferma.

—Ahora sí que va a estar enferma —vociferó Filiberta, y lanzó un cepillo de plata contra el espejo mágico, haciendo añicos el cristal—. La que no está bien soy yo. Para serte del todo sincera, nunca me he sentido tan mal en la vida. Muéstrate tan solícito con mi salud como con la de ella.

La verdad era que Qara Kóz estaba pasándose de la raya, que ninguna mujer podía soportar un esfuerzo tan grande durante tanto tiempo. Mantener hechizados a cuarenta mil individuos, un mes tras otro, un año tras otro, era excesivo, incluso para ella. Cada vez eran menos las noticias de sus milagros, y al final cesaron por completo. El Papa ya no hizo más alusiones a su santidad.

Y sobre la vida y la muerte, a diferencia de Alanquwa, la diosa solar, ella no tenía el menor poder. Tres años después de la llegada de Qara Kóz a Florencia, fue Juliano de Médicis quien enfermó y murió. Filiberta cargó sus pertenencias, incluido todo su ajuar, de un valor inmenso, y regresó de inmediato, sin más ceremonias, a Saboya. «Florencia ha caído bajo el influjo de una ramera sarracena —dijo al llegar a su tierra natal—, y no es lugar para una buena cristiana.»

EL INCIDENTE DE LOS LEONES Y EL OSO

El incidente de los leones y el oso había ocurrido durante la *fiesta* en honor de Qara Kóz. El primer día tuvieron lugar la carrera del *palio* y los fuegos de artificio. El segundo día soltaron bestias salvajes en la Piazza della Signoria, toros, búfalos, ciervos, osos, leopardos y leones, y hombres a caballo y lanceros a pie, así como hombres ocultos dentro de una tortuga gigante de madera, y también de un puerco espín de madera, lucharon con ellos. Un hombre resultó muerto por un búfalo.

En cierto momento el león macho más grande cogió a un oso por la garganta, y estaba a punto de matarlo cuando, para asombro de todos, una leona intervino en favor del oso y mordió al león con tal fuerza que este soltó al oso. Después el oso se recuperó, pero los otros leones y leonas excluyeron a la leona que lo había salvado, y esta vagó desconsoladamente por la plaza abarrotada sin atacar a nadie, haciendo caso omiso a las provocaciones y los gritos de los cazadores, en apariencia acongojada. En los días y meses posteriores, el significado de este extraño suceso fue objeto de muchas discusiones. Según la opinión unánime, la leona representaba a Qara Kóz, pero ¿quién era el oso y quién el león? Al final, la explicación que encontró más partidarios, y se convirtió en verdad establecida, se hizo circular en un panfleto anónimo, cuyo autor, conocido solo por unos cuantos florentinos, era Niccoló Machiaveli, dramaturgo popular, hombre poderoso caído en desgracia. La leona se había mostrado dispuesta a interponerse entre su propia especie y otra en la causa de la paz, escribió el panfletista. Así, también la princesa Qara Kóz había llegado a ellos con el propósito de reconciliar fuerzas en apariencia irreconciliables, aun si para ello tenía que enfrentarse a los suyos. «Pero, a diferencia de la leona en la Piazza, esta leona humana no está sola. Tiene, y siempre tendrá, muchos amigos de verdad entre los osos.»

Para gran número de gente, pues, Qara Kóz pasó a ser símbolo de la paz, del sacrificio propio en nombre de la paz. Se habló mucho de su «sabiduría oriental», cosa a la que ella quitó importancia cuando llegó a sus oídos. «En Oriente no existe una sabiduría especial —dijo a Argalia—. Todos los seres humanos son necios en igual medida.»

Cuando Qara Kóz y Espejo abandonaron la casa de Il Machia, este sintió nacer en él una amarga tristeza que lo acompañaría durante los trece años que le quedaban de vida. Los amigos habían desaparecido cuando el poder le prohibió el paso a sus mansiones, y la gloria era un recuerdo remoto, pero ver apartarse de su vida aquella gran belleza fue la gota que colmó el vaso. Ahora que se había roto el sortilegio de la hechicera sobre Percussina, volvió a ver a su esposa como un pato anadeante y a sus hijos como una carga económica. Siguió haciendo esporádicas excursiones en pos de otras mujeres, no solo la cantante Barbera, sino también otra dama de los alrededores, cuyo marido se había largado sin siquiera una palabra de despedida. Estas visitas no le levantaban el ánimo. Más de una vez pensó con envidia en ese marido fugitivo y se planteó seriamente la posibilidad de esfumarse él mismo una noche y dejar que su familia lo diese por muerto. Si hubiese sido capaz de formarse alguna idea clara de qué hacer con su vida después de la deserción, quizá incluso la hubiese llevado a cabo. En lugar de eso, vilmente, volcó los pensamientos y el saber de toda una vida en el breve libro que estaba escribiendo con la esperanza de recuperar el favor de la corte, su opúsculo reflejo de príncipes, un reflejo tan lúgubre que incluso él temía que no gustase. Pero sin duda la sabiduría sería más valorada que la frivolidad, y la lucidez máspreciada que la adulación, ¿o no? Dedicó el libro a Juliano de Médicis, escribiendo el texto íntegro de su puño y letra, y cuando Juliano murió, volvió a repetirlo todo para Lorenzo. Pero en el fondo de su alma lo que más le preocupaba era que la belleza lo había abandonado para siempre, que la mariposa no se posaba en la flor marchita. Él la había mirado a los ojos y ella lo había visto marchitarse, y le había dado la espalda. Para él, fue como una condena a muerte.

Pasó veinte minutos solo con Argalia en su biblioteca antes de que el nuevo general de Florencia fuera en busca de su amada.

—Toda mi vida —dijo Argalia—, desde niño, mi lema ha sido: haz lo que tengas que hacer para llegar a donde tengas que ir. He sobrevivido porque he descubierto qué me convenía más y he seguido esa estrella, al margen de la lealtad, al margen del patriotismo, al margen de los límites del mundo conocido. Yo, yo, siempre yo y únicamente yo. Así ha de actuar el superviviente. Pero ella me ha amaestrado, Machia. Sé lo que ella es, porque aún es como yo era antes. Me amará hasta que ya no le sirva amarme. Me adorará, hasta que llegue el momento de no adorarme. A mí me corresponde, por tanto, procurar que ese momento tarde en llegar. Porque yo no la amo así.

El amor que yo siento por ella sabe que el bienestar de la persona amada importa más que el de la amante, porque el amor es desinteresado. Ella eso no lo sabe, creo. Yo moriría por ella, pero ella no moriría por mí.

—Pues en ese caso espero que no tengas que morir por ella —dijo Niccoló—, porque sería desperdiciar ese buen corazón tuyo.

También se quedó un momento a solas con ella, o a solas con ella y su Espejo, de quien era inseparable, y quien acaso fuera, sospechaba Il Machia, su verdadero amor. No le habló de asuntos del corazón. Habría sido impropio, descortés. Prefirió decir:

—Esto es Florencia, señora mía, y aquí viviréis bien, ya que los florentinos saben vivir bien. Pero si sois sensata, siempre sabréis dónde está la puerta de atrás. Planearéis vuestro camino de huida y lo mantendréis siempre en buenas condiciones. Pues cuando se desborda el Arno, quienes no tienen barco se ahogan.

Miró por la ventana y vio la cúpula roja de la catedral más allá de los campos donde trabajaba su aparcero. Una lagartija tomaba el sol en un murete medianero. Oyó el canto de una oropéndola dorada: uilá-uiló. Robles y castaños, cipreses y pinos piñoneros salpicaban y organizaban el paisaje. A lo lejos, en el cielo, a gran altura, un buitre volaba en círculo, escorado. La belleza natural permanecía, eso era innegable; pero para él esa bucólica escena parecía el patio de un presidio.

—Para mí, por desgracia —dijo a Qara Köz—, no hay huida.

* * *

Después de ese día le escribió a menudo, pero nunca envió las cartas, y solo la vio una vez más antes de morir. En cambio, Ago —Ago, que aún contaba con la libertad de la ciudad— la visitaba una vez al mes en el Palazzo Cocchi del Nero, y ella le concedió el favor de recibirlo en la llamada Sala de las Oropéndolas, contigua al *grand salan*, así llamada por las aves pintadas en la formal decoración boscosa de sus paredes. Enviaba el carromato con el vino a la entrada de mercaderes por el estrecho callejón de la parte de atrás de la casa, pero él no entraba allí como un mercader. Se vestía sus mejores galas, sus galas de cortesano, a las que por entonces daba poco uso, y recorría a zancadas la Via Porta Rossa como un galán entrado en años que visitaba a su enamorada, con el cabello, en otro tiempo amarillo, ahora blanco y ralo, pegado a la cabeza, y flores en la mano. Ofrecía un aspecto un tanto ridículo, lo veía reflejado en la mirada en exceso franca de ella, pero era lo máximo que podía hacer. No esperaba nada de ella, pero ella sí le pidió algo a él, un secreto. «¿Lo haréis por

mí?», preguntó, y él contestó: «Cuando queráis». Solo Espejo y las oropéndolas sabían lo que se había dicho.

Juliano de Médicis murió; Lorenzo de Médicis se convirtió en soberano de Florencia con el nombre de Lorenzo II, y las cosas empezaron a cambiar. Durante tres años, no obstante, el cambio no se notó. Lorenzo necesitaba a Argalia tan desesperadamente como su tío. Fue Argalia quien acaudilló a los hombres de Florencia en la batalla contra Francesco Maria, el duque de Urbino, a quien León X se disponía a traicionar. En el período de exilio de los Médicis, fue Francesco Maria quien les dio cobijo, pero ahora se habían vuelto contra él para arrebatarle el ducado. Era un hombre poderoso al frente de fuerzas bien adiestradas, y aun con todos los jenízaros de Argalia, fueron necesarias tres semanas para derrotarlo. Al final de esta conflagración, nueve de sus fogueados guerreros otomanos habían muerto. D'Artagnan, uno de los cuatro gigantes suizos, se contaba entre los caídos, y el lastimero dolor de Otho, Botho y Clotho fue un espectáculo terrible. Después, Argalia sofocó las revueltas de unos cuantos barones leales a Francesco Maria en las Marcas de Ancona; y después de eso, el poder de Argalia el Turco era tal que Lorenzo sencillamente no podía actuar contra él a las claras.

Fue en esta época cuando Il Machia presentó su opúsculo a la corte de Lorenzo. Nunca oyó una palabra de agradecimiento, encomio, crítica o ni siquiera un simple acuse de recibo, ni se encontró ejemplar alguno entre los efectos personales de Lorenzo a su muerte. Corrió brevemente el rumor de que Lorenzo se rió con desdén cuando le entregaron el libro y lo tiró a un lado. «El fracasado tiene la presunción de enseñar al príncipe cuál es el camino del triunfo para el príncipe —dijo con notable sarcasmo—. Obviamente, este es un libro que debo encomendar a la memoria de inmediato.» Luego, tras amainar las risas de sus cortesanos, añadió, arrancando un segundo estallido de deferentes carcajadas: «De una cosa podemos estar seguros. Si el nombre de este Niccoló Mandragola es mínimamente recordado, será como comediante, no como pensador». El rumor llegó a oídos de Ago Vespucci, pero, bondadoso como era, no se lo repitió a su amigo. Por tanto, Niccoló esperó respuesta durante muchos meses. Cuando quedó claro que no recibiría respuesta alguna, Il Machia entró en una decadencia aun más pronunciada. En cuanto al opúsculo, lo apartó y no lo dio a publicar en toda su vida.

En la primavera de 1519, Lorenzo inició su maniobra. Mandó a Argalia en persecución de los franceses a Lombardía, donde el Turco de Florencia entabló combate con las tropas de Francisco I en distintas zonas de la provincia de Bergamo. En ausencia de Argalia, Lorenzo organizó unas magníficas justas en la Piazza di Santa Croce, acontecimiento concebido a

imagen de las justas en honor de Simonetta Vespucci, en las que el primer Juliano de Médicis había portado un estandarte ensalzando la belleza de la *sans pareille*. Qara Kóz fue invitada a ocupar el lugar de honor en el estrado real, bajo un baldaquín azul decorado con lirios de oro, y Lorenzo cabalgó hasta ella y desplegó un nuevo estandarte, este con el retrato de Qara Kóz pintado por Del Sarto; pero el texto era el mismo: *La sans pareille*.

—Dedico estos faustos a la reina de la belleza de nuestra ciudad, Angelica de Florencia y Cathay —proclamó Lorenzo.

Qara Kóz permaneció impasible, negándose a lanzarle un pañuelo o cualquier cosa por el estilo para que él la luciese como prenda, y el subido color en las mejillas del duque delató su ira, fruto de la humillación. Participaban unos dieciséis justadores, soldados que se habían quedado para proteger la ciudad, y los premios eran dos, un *palio* de brocado de oro y otro de plata. El duque no entró en liza, sino que fue a sentarse al lado de Qara Kóz y no le dirigió la palabra hasta después de asignarse los premios.

Concluidos los juegos, se celebró un banquete en el palacio de los Médicis, donde se sirvió *zuppa pavese* para beber, y faisanes de Chiavenna, y perdices toscanas, y ostras de Venecia. Se sirvió pasta hecha a la manera árabe, con mucho azúcar y canela, y se evitaron todos los platos a base de carne de cerdo, tales como los *fagioli* con cortezas de cerdo, por consideración a las sensibilidades de la invitada de honor. Se sirvió dulce de membrillo de Reggio, mazapán de Siena y unos buenos *caci marzolini* de Florencia, es decir, queso de marzo. Grandes montañas de tomates creaban la más exquisita de las decoraciones de mesa. Después del festín, poetas e intelectuales pronunciaron alocuciones sobre el tema del amor, igual que en el banquete de Agatón, que quedó registrado en *El simposio* de Platón. Lorenzo puso fin a esta parte de las celebraciones recitando cierta selección de fragmentos del propio *Simposio*.

—A causa del amor, los hombres osarán morir por sus amadas, solo a causa del amor —declamó—, y las mujeres en igual medida que los hombres. De esto, Alcestris, hija de Pelías, es un monumento a toda Hólade, pues ella estuvo dispuesta a morir en lugar de su marido cuando nadie más lo habría hecho.

Cuando se sentó ruidosamente, Qara Kóz le preguntó el motivo de su elección.

—¿Por qué hablar de la muerte cuando estamos en medio de una vida placentera?

Lorenzo la sobresaltó dirigiéndose a ella en los términos más ásperos posibles. Había bebido copiosamente, y tenía fama de aguantar mal el vino.

—La muerte, señora, nunca está tan lejos como imagináis. ¿Y quién sabe

qué se os exigirá a corto plazo?

Ella se quedó muy quieta y callada, comprendiendo que su destino estaba a punto de hablarle por mediación del joven grosero que tenía por anfitrión.

—Antes de morir una flor, se desvanece su perfume. Y vuestro aroma, señora, se ha desvanecido notablemente, ¿o no es así? —No era una pregunta—. Ya no se habla de la música celestial que suena en vuestras inmediaciones, ni de las curaciones extraordinarias, ni de los embarazos prodigiosos en vientres estériles. Ni siquiera nuestros ciudadanos más crédulos, ni siquiera los famélicos que comen pan sazonado con hierbas que causan alucinaciones solo para dejar de pensar en el hambre, ni siquiera los mendigos que se alimentan de comida putrefacta y plantas venenosas tan a menudo que ven demonios todas las noche, hablan ya de vuestros poderes mágicos. ¿Dónde están ahora vuestros sortilegios, señora? ¿Dónde están ahora esos perfumes embriagadores que insuflaron pensamientos amorosos en la mente de todos los hombres? Por lo visto, incluso los hechizos de la mujer más hermosa pueden desvanecerse con... ¿cómo decirlo?... con la edad.

Qara Kóz tenía entonces veintiocho años, pero padecía un agotamiento que había apagado su luz, y también una tensión por razones íntimas que Lorenzo identificó acertada y brutalmente.

—Incluso en casa —susurró con tono teatral— las cosas pueden haber menguado, eh. Seis años juntos en Florencia y unos cuantos antes, y sin embargo no tenéis hijos. La gente empieza a preguntarse si no seréis vos misma estéril. Curaos vos misma, médico.

Qara Kóz hizo ademán de levantarse. Lorenzo II la agarró de la muñeca, inmovilizándosela en el brazo de la silla.

—¿Cuánto tiempo os protegerá vuestro protector si no le dais un hijo? —preguntó—. Y eso si es que vuelve de las guerras.

En ese momento Qara Kóz comprendió que se había maquinado una traición, que algún individuo o grupo bajo el mando de Argalia había accedido a traicionarlo a cambio de una prerrogativa, que a su vez podía convertirse en una cuchillada secreta en las costillas o una ejecución pública. Una traición a menudo merecía otra.

—Nunca lo mataréis mientras esté rodeado de sus hombres —dijo con un hilo de voz, y entonces se alzó ante su mirada, como una profecía, el rostro de Konstantin el Serbio—. ¿Qué le habéis prometido para que después de tantos años de amistad acceda a acto tan vil?

Lorenzo se inclinó para susurrarle al oído.

—Todo lo que pueda imaginar —contestó cruelmente.

Así que ella había sido el soborno, y Konstantin, que la había vigilado tan

de cerca durante tanto tiempo, se había dejado corromper por esa proximidad hasta anhelar una cercanía más íntima, y allí estaba. Ella era la condena de Argalia.

—No lo hará.

Lorenzo le apretó la muñeca aún con más fuerza.

—Aunque lo haga, princesa, no es necesario que reciba su recompensa.

Sí, Qara Kóz lo comprendió. Ese era, pues, su destino.

—Supongamos que los hombres vuelven de la batalla con su comandante muerto sobre su escudo —musitaba el hombre a su lado—. Una tragedia horrenda, desde luego, un entierro entre los héroes de la ciudad y un mes de duelo como mínimo. Pero supongamos que en el momento de su regreso, os hayamos trasladado a vos y a vuestra dama de compañía y todas vuestras pertenencias de la Via Porta Rossa a la Via Larga. Supongamos que estuvierais aquí, como huésped mía, buscando consuelo en vuestro momento de profunda aflicción. Imaginad lo que yo haría al cobarde que asesinó al campeón de Florencia, vuestro amado, mi amigo. Podríais describirme las torturas que prefirieseis utilizar, y yo os garantizaría que se lo mantendría con vida hasta que las hubiese experimentado todas plenamente.

Empezó a sonar la música. Ahora tocaba el baile. Ella tenía que bailar una *pavana* con el asesino de sus esperanzas.

—Debo pensar —dijo, y Lorenzo inclinó la cabeza.

—Naturalmente, pero pensad deprisa, y antes de pensar, os llevarán a mis aposentos privados esta noche, para que entendáis en qué tenéis que pensar.

Ella dejó de bailar y se quedó inmóvil frente a él.

—Señora, por favor —la reprendió Lorenzo, tendiéndole las manos hasta que volvió a moverse al compás—. Sois una princesa de la sangre real de la casa de Tamerlán y Gengis Kan. Sabéis cómo son las cosas.

Esa noche Qara Kóz volvió a casa con Espejo después de demostrar que, en efecto, comprendía cómo eran las cosas.

—Angelica, lo que tenía que hacerse se ha hecho.

—Ahora, Angelica, preparémonos para morir —contestó Espejo.

Esta era la frase en clave que la princesa y ella habían acordado mucho tiempo antes, y significaba que había llegado el momento de dar el siguiente paso, de despojarse de una vida y buscar la siguiente, utilizar el plan de huida y desaparecer. Para poner el plan en marcha, Espejo, envuelta en una capa larga con capucha, tendría que escabullirse por la entrada de mercaderes después de dormirse la ciudad y recorrer el estrecho callejón que discurría por detrás del Palazzo Cocchi del Nero, y luego atravesar el laberinto de calles de la ciudad

hasta el barrio de Ognissanti, y plantarse ante la puerta de Ago Vespucci. Pero, para su sorpresa, Qara Kóz negó con la cabeza.

—No nos marcharemos. Hasta que mi marido vuelva a casa vivo.

No tenía poder sobre la vida y la muerte, y en lugar de eso contaba con un poder en el que no había confiado hasta entonces: el del amor.

* * *

Al día siguiente el río se había secado. Por la ciudad corrió la noticia de que Lorenzo de Médicis estaba mortalmente enfermo, y aunque nadie lo dijo en voz alta, todo el mundo sabía que la enfermedad era el terrible *morbo gallico*, o lo que es lo mismo, la sífilis. La falta de agua en el Amo se vio como un mal augurio. Los médicos de Lorenzo lo atendían las veinticuatro horas, pero habían muerto tantos florentinos de esa enfermedad desde que empezó a propagarse por Italia veintitrés años antes que pocos esperaban que el duque sobreviviera. Como de costumbre, media ciudad achacaba la enfermedad a los soldados franceses, mientras la otra media sostenía que la habían traído los marinos de Cristobal Colón de sus viajes, pero a Qara Kóz no le interesaban esas habladurías. «Esto ha sucedido antes de lo que me esperaba —dijo a Espejo—, y por tanto es solo cuestión de tiempo que las sospechas recaigan sobre mí.» Este comentario habría extrañado a mucha gente, porque Qara Kóz no era sífilítica, como habría demostrado un examen médico, ni contrajo la sífilis en fecha posterior. Pero el hecho fue que tampoco había sospechado nadie que Lorenzo II se hubiese contagiado, por lo que la repentina aparición de la enfermedad fue aún más inexplicable. Y el caso era, pues, digno de sospecha, y en casos así, había que buscar a un sospechoso, o al menos un chivo expiatorio. A saber cuál habría sido el desenlace si Argalia el Turco no hubiese vuelto vivo.

La noche anterior a su regreso, Qara Kóz durmió mal, pero cuando por fin la venció el sueño, soñó con su hermana. Sentada en una alfombra azul con una orla roja y dorada y un rombo rojo y dorado en el centro, en un gran pabellón de tela roja y dorada, Janzada Begum miraba a un hombre a quien no reconocía, ataviado con ropa de seda de color crema, amén de un mantón rosa y verde sobre los hombros, y tocado con un turbante azul celeste y blanco con un poco de oro. Soy tu hermano Babur, dijo el desconocido. Ella lo miró a la cara pero su hermano no estaba allí. No lo creo, dijo. El hombre se volvió hacia un segundo hombre sentado a un lado, muy cerca de él. Kukultash, dijo, ¿quién soy? Mi señor, dijo el segundo hombre, sois Zahiruddin Muhammad Babur, tan seguro como que estamos en Qunduz. Janzada Begum contestó,

¿por qué habría de creerle a él más que a vos? Yo no conozco a ningún Kukultash. Los hermanos siguieron sentados en ese pabellón, ella atendida por sus doncellas, él protegido por soldados con lanzas y arcos. No había la menor muestra de emoción. La dama no conocía a su hermano. Hacía diez años que no lo veía. Qara Kóz entendió incluso mientras soñaba que ella era todas las personas del sueño. Era su hermana que, tras ser apartada de su familia, no encontraba los caminos de la memoria y el amor que le permitirían regresar. Era su hermano Babur, fiero y patético a la vez, capaz de decapitar a hombres y ensalzar la belleza de un claro en un bosque en la misma tarde, pero sin reino, ni territorio que considerara suyo, vagando aún por el mundo, combatiendo por un espacio, ocupando lugares, perdiéndolos, tan pronto entrando triunfalmente ora en Samarcanda, ora en Kandahar, como viéndose expulsado de una y de otra; Babur corriendo, corriendo, buscando una tierra sobre la que detenerse. Y era Kukultash, el amigo de Babur, y las damas de compañía, y los soldados; salía flotando de sí misma y contemplaba su propia historia como si le ocurriese a otra persona, sin sentir nada, sin permitirse sentir. Era a la vez su espejo y ella misma.

Entonces el sueño cambió. Las marquesinas y las cúpulas del pabellón se endurecieron y convirtieron en piedra roja. Lo que era transitorio, portátil, mudable de pronto se volvió permanente y fijo. Un palacio de piedra en un monte y su hermano Babur relajándose en un estrado de piedra en el centro de un estanque rectangular, un estanque hermoso, un estanque sin par. Era tan rico que cuando se sentía generoso podía vaciar el estanque y llenarlo de dinero y permitir a su pueblo acercarse y servirse de su prodigalidad a manos llenas. Era rico, y estaba en calma, y no solo tenía un estanque, sino un reino. Pero no era Babur, no era su hermano. No lo reconocía. No sabía quién era ese hombre.

—He visto el futuro, Angelica —dijo a Espejo cuando despertó—. El futuro está labrado en piedra, y el descendiente de mi hermano es un emperador sin parangón. Somos agua, podemos convertirnos en aire y desvanecernos como el humo, pero el futuro es riqueza y piedra.

Aguardaría a que llegase el futuro. Entonces regresaría a su antigua vida, se reincorporaría a ella, y volvería a ser un todo. Actuaría mejor que Janzada. Ella sí reconocería al rey.

En el sueño había una mujer, vista desde detrás, una mujer de cabello largo y amarillo, suelto sobre los hombros, sentada frente al rey, hablando, envuelta en una prenda larga confeccionada con rombos de muchos colores distintos. Y otra mujer en un espacio interior, una mujer que nunca había visto la luz del sol, que erraba por los pasillos del palacio como una sombra, ahora

desdibujándose, ahora cobrando forma con nitidez, ahora desdibujándose otra vez. Esta parte del sueño no estaba clara.

* * *

Qara Kóz sabía reprimir las emociones. Desde el momento en que la condujeron a los aposentos privados de Lorenzo II no se había permitido sentimiento alguno. Él había hecho lo que se proponía y también ella había llevado a cabo sus intenciones, a sangre fría. Después de regresar al Palazzo Cocchi del Nero conservó la calma y la serenidad. Apresuradamente, Espejo llenaba un par de *cassoni*, los grandes baúles en los que por lo general las mujeres guardaban su ajuar, preparándose para una marcha precipitada, aun cuando su señora tuviese la firme determinación de quedarse. Qara Kóz aguardó junto a la ventana abierta del *grand salon*, dejando que las murmuraciones de la ciudad le llegasen arrastradas por la brisa. No tardó en oír la palabra que, como sabía, acabaría pronunciándose, la palabra por la que sería peligroso quedarse. Aun así, no hizo el menor intento de marcharse.

«Bruja. Lo ha hechizado. Se acostó con la bruja y enfermó y murió. Antes no estaba enfermo. Brujería. Le contagió la enfermedad del diablo. Bruja, bruja, bruja.»

Lorenzo II ya había muerto cuando la milicia regresó victoriosa de Cisano Bergamasco, marchando en orden pese a la consternación causada en las filas por el atentado de Konstantin el Serbio contra la vida del general Argalia, el gran *condottiere*, en el fragor de la batalla. Junto con seis de sus jenízaros, armado de mosquetes de serpentín, picas y espadas, Konstantin atacó cobardemente la posición del general desde la retaguardia. La primera bala alcanzó a Argalia en el hombro y lo desazonó, salvándole accidentalmente la vida, porque el capitán caído quedó rodeado de caballos y fuera del alcance de los insurrectos. Los tres gigantes suizos restantes dieron la espalda al enemigo en el frente para enfrentarse a los traidores, detrás de ellos, y después de un extenuante combate cuerpo a cuerpo, sofocaron la sublevación. Konstantin el Serbio estaba muerto, con el corazón traspasado por una pica suiza, pero también Botho había caído. Al anoecer, la batalla contra los franceses se había ganado, pero Argalia no obtuvo el menor placer en la victoria. De su banda original, quedaban con vida menos de setenta hombres.

Cuando se acercaban a la ciudad, vieron elevarse llamas por doquier, como el día de la elección del Papa, y Argalia envió por delante a un jinete al galope para averiguar qué ocurría. El batidor regresó con la noticia de que el duque había muerto y los ciudadanos, sin nadie al frente, tendían a culpar a

Qara Kóz de haberle hecho un maleficio de tal potencia que había devorado su cuerpo como un animal hambriento, empezando por los genitales y propagándose de ahí hacia fuera. Argalia ordenó a Otho, uno de los dos hermanos suizos restantes, ambos desolados, que condujera a la milicia de regreso a los barracones a paso ligero. Rodeándose de Clotho y el resto de los jenízaros, e indiferente al brazo derecho herido en cabestrillo, galopó a casa empujado por el viento. Porque sin duda esa noche soplaba el viento, y vieron olivos arrancados de raíz, y robles tumbados como si fuesen arbustos, castaños, cerezos y alisos, de modo tal que mientras cabalgaban parecía que un bosque volaba por el aire con ellos; y cuando se aproximaron a la ciudad, oyeron un gran tumulto, grande como solo los florentinos eran capaces de hacerlo. Sin embargo, aquel no era un tumulto de júbilo. Era como si todos los hombres de la ciudad se hubiesen convertido en lobos y aullasen a la luna.

* * *

Qué corta distancia de «hechicera» a «bruja». Apenas ayer era la santa patrona no oficial de la ciudad. Ahora había una turbamulta ante su puerta.

—La puerta de atrás sigue abierta, Angelica —dijo Espejo.

—Angelica, esperaremos.

Sentada en una silla de respaldo recto junto a una ventana en *el grand salon*, miraba oblicuamente, viendo sin ser vista. La invisibilidad era su destino. Conservaba la calma. De pronto oyó los cascos de los caballos y se puso en pie.

—Aquí está.

Y allí estaba.

Frente al palacio Cocchi del Nero, la Via Porta Rossa se ensanchaba para formar una pequeña plaza en torno a la que también se alzaban el palacio de los Davizzi y las torres de los Foresi. Argalia y los jenízaros, camino de la plaza, vieron entorpecida su marcha por la creciente muchedumbre de cazadores de brujas. Pero su determinación era firme, e iban fuertemente armados, y el gentío les abrió paso. Cuando llegaron ante la fachada del palacio, los jenízaros despejaron un espacio, y cuando se aseguraron de que no había peligro, se abrieron las puertas. En la multitud se elevó una voz:

—¿Por qué protegéis a la bruja?

Argalia no le prestó atención. Acto seguido, la misma voz gritó:

—¿A quién servís, *condottiere*, al pueblo o a vuestra propia lujuria? ¿Servís a la ciudad y su duque aojado, o estáis sometido a la arpía que lo aojó?

Argalia revolvió su caballo para colocarse de cara a la multitud.

—La sirvo a ella, como siempre la he servido y siempre la serviré.

Luego, acompañado de unos treinta hombres, penetró en el patio interior, dejando fuera a Clotho al mando de las operaciones. Los jinetes se detuvieron en torno al pozo en el centro del patio, y el palacio silencioso se llenó de ruidos, los relinchos de los animales, el traqueteo de las armas y el vocerío de los hombres al cruzar órdenes y respuestas. Los sirvientes de la casa se apresuraron a salir para ofrecer alimento y bebida a los jinetes y sus monturas. Y Qara Kóz, como una mujer al despertar, comprendió de repente el peligro que corría. Se detuvo en lo alto de la escalera que subía desde el patio y Argalia se detuvo al pie, mirándola. Tenía la piel blanca como la muerte.

—Sabía que vivías —dijo ella. No mencionó su brazo herido.

—Y tú debes vivir también. La multitud es cada vez más numerosa.

Nada dijo del dolor de la herida en su brazo derecho, ni de la llama que irradiaba y se extendía por todo su cuerpo. Nada dijo de los latidos acelerados de su corazón cuando la miró. Le faltaba el aliento después de la larga cabalgada. Tenía la pálida piel caliente al tacto. No empleó la palabra «amor». Por última vez en la vida se preguntó si había malgastado su amor en una mujer que solo daba su amor hasta que llegaba el momento de retirarlo. Apartó el pensamiento de su cabeza. Había entregado su corazón esta única vez en la vida y se consideraba afortunado de haber tenido ocasión de hacerlo. La cuestión de si ella era digna de su amor carecía de sentido. Su corazón había contestado a esa pregunta hacía mucho tiempo.

—Me protegerás —dijo ella.

—Con la vida —contestó él. Había empezado a temblar un poco. Al caer en el campo de batalla de Cisano Bergamasco, al dolor por la traición de Konstantin el Serbio siguió de inmediato la toma de conciencia de su propia necesidad. Se había visto sorprendido exactamente de la misma manera que él había sorprendido al sha Ismail de Persia en la batalla de Chaldirán. El espadachín siempre caería ante el hombre provisto de un arma de fuego. En la era del mosquete de serpentín y del cañón ligero y de rápida movilidad, no había cabida para los caballeros con armadura. Él era una figura del pasado. Había merecido esa bala como lo viejo merece ser aniquilado por lo nuevo. Sintió un ligero mareo.

—No podía marcharme —dijo ella. Había un tono de sorpresa en su voz, como si hubiese descubierto algo extraordinario sobre sí misma.

—Debes marcharte ya —instó él con la respiración un tanto entrecortada. No avanzaron el uno hacia el otro. No se abrazaron. Ella se fue en busca de Espejo.

—Ahora, Angelica, preparémonos para morir.

La noche era una hoguera. Las llamas se elevaban por doquier hacia el cielo resplandeciente. La luna llena, suspendida a baja altura en el horizonte, se veía enorme, teñida de rojo. Parecía el ojo frío y demente de Dios. El duque había muerto y reinaban los rumores. Según dichos rumores, el papa había condenado a «Angelica» calificándola de ramera asesina y mandaba a un cardenal a asumir el mando de la ciudad y ocuparse de su bruja desaforada. El recuerdo de la quema en la hoguera de los tres Plañideros principales, Girolamo Savonarola, Domenico Buonvicini y Silvestro Maruffi, en la Piazza della Signoria no se había borrado, y había quienes anhelaban el hedor de la carne femenina incandescente. Pero la impaciencia es propia de la turba. A medianoche, la muchedumbre se había quizá triplicado, y su talante se había vuelto más virulento. Lanzaron piedras al palacio Cocchi del Nero. La falange de jenízaros bajo las órdenes de Clotho el Suizo defendía aún la entrada, pero incluso los jenízaros se cansan, y algunos no se habían recuperado todavía de sus heridas. Luego, ya de madrugada, mientras la multitud clamaba, llegó una mala nueva fatídica. La milicia florentina, inducida por la noticia infundada del decreto papal contra la bruja Angelica, se había alzado para unirse a la masa enardecida y marchaba, completamente armada, hacia la Via Porta Rossa. Cuando Clotho se enteró, supo que sus tres hermanos habían muerto, y decidió que estaba preparado para el final.

—Por los suizos —gritó, y arremetió contra la muchedumbre con todas sus fuerzas, blandiendo una espada en una mano y un manguel en la otra.

Sus compañeros jenízaros lo miraron atónitos, porque lo más dañino que llevaban los hombres de la multitud eran palos y piedras, pero fue imposible detener a Clotho. La nebulosa homicida se había adueñado de él. La gente caía bajo los cascos de su caballo y moría pisoteada. La muchedumbre se conmocionó de miedo y rabia, y al principio todos retrocedieron ante el gigante albino enloquecido a caballo. De pronto, se produjo una extraña circunstancia, una circunstancia de esas que determinan el destino de las naciones, porque cuando una multitud pierde el miedo a un ejército, el mundo cambia. Súbitamente, el gentío dejó de retroceder, y justo entonces Clotho, a lomos de su caballo con la espada en alto para golpear, supo que estaba perdido. «Jenízaros, a mí!», gritó, y entonces la multitud se abalanzó sobre ellos como un aluvión, millares y millares de voces que se alzaban y manos que agarraban y puños que golpeaban, una lluvia de piedras cayó sobre los soldados, y los hombres saltaron sobre ellos como gatos, derribándolos de las monturas,

muriendo bajo las hirientes armas de los guerreros, y aun así, avanzando, clavando las uñas, arrastrando, aferrando, tirando, hasta que todos los soldados estuvieron desarzonados, y todavía entonces siguieron adelante las firmes pisadas de la gente, la fuerza arrolladora de la turba crecida y creciéndose, y el mundo entero era sangre.

Incluso antes de llegar la milicia y apartarse la muchedumbre como el mar para permitir el paso de los hombres armados, los jenízaros frente al Palazzo Cocchi del Nero habían dejado de existir, y con las hachas arrebatadas a los guerreros caídos, la multitud atacaba las tres grandes puertas de madera del palacio. En el patio detrás de esas puertas, Argalia el Turco y los soldados que le quedaban, montados en sus caballos y con armadura de combate completa, se habían preparado para su última defensa. «La mayor deshonra es morir a manos de hombres a quienes uno ha capitaneado en la guerra —pensó Argalia—, pero al menos mis más antiguos compañeros morirán conmigo, y en eso hay honor.» Entonces las cuestiones del honor y la vergüenza desaparecieron de su mente, porque Qara Kóz se marchaba, y había llegado el momento de pronunciar las últimas palabras.

—Es una suerte que la turba sea tan estúpida —dijo ella—, de lo contrario, Ago y Espejo no habrían podido llegar a la puerta trasera por el callejón. Es una suerte que escuchase el consejo de tu amigo Niccoló, o no habría plan, y no habría nadie fuera con toneles de vino vacíos para escondernos ni una carreta ni caballos descansados para sacarnos de aquí.

—En un origen eran tres amigos, Niccoló il Machia, Agostino Vespucci y Antonino Argalia. Y también al final eran tres. Il Machia tendrá caballos más rápidos aguardándoos. Id.

La fiebre ya se había apoderado de él, y el dolor de la herida era extremo. Había empezado a temblar. El final no llegaría despacio. Le sería difícil permanecer mucho tiempo más en la montura.

Ella guardó silencio por un momento.

—Te amo —dijo ella. «Muere por mí.»

—Y yo a ti —contestó él. «Ya estoy muriendo, pero moriré por ti.»

—Te he amado como a ningún otro hombre —dijo ella. «Muere por mí.»

—Has sido el amor de mi vida —repuso él. «Casi se me ha ido ya la vida, pero lo que queda te lo entrego a ti.»

—Permite que me quede —dijo ella—. Entrégame. Así terminará todo.

Una vez más, en su voz, el tono de sorpresa por lo que se permitía decir, ofrecer, sentir.

—Ahora ya es tarde para eso.

La última lucha de los Invencibles de Florencia, su derrota y destrucción

definitivas en los disturbios de la Via Porta Rossa, se produjo en el patio de lo que más tarde se conocería como el Palacio Ensangrentado. Para cuando terminó la contienda, la bruja y su ayudante se habían ido hacía rato, y cuando el pueblo de Florencia descubrió su huida, su cólera pareció evaporarse, y como hombres que despertaban de una pesadilla, perdieron su sed de sangre. «Volvieron en sí», y ya no eran una turbamulta, sino un conjunto de entidades independientes y soberanas, y todas ellas regresaron a sus casas farfullando, aparentemente avergonzadas y arrepentidas de tener las manos manchadas de sangre. «Si ha huido —dijo alguien—, adiós muy buenas.» No intentaron perseguirla. Solo sentían vergüenza. Cuando el regente del Papa llegó a Florencia, el Palazzo Cocchi del Nero se cerró a cal y canto, y se precintó con el sello de la ciudad, y nadie vivió allí durante más de cien años. Y cuando Argalia el Turco hubo caído, perdiendo el conocimiento a causa de la septicemia que invadía su cuerpo, cuando la pica innoble de un hombre de la milicia le hubo traspasado el cuello mientras yacía moribundo por la infección, la era de los grandes *condottieri* tocó a su fin.

Y el río Arno, como si estuviese bajo la maldición de una bruja, se secó durante un año y un día.

* * *

—No tuvo ningún hijo —observó el emperador—. ¿Qué decís a eso? —Hay más —contestó el otro.

* * *

Niccoló vio a Ago a lo lejos al romper el alba, Ago a las riendas de la carreta con los dos toneles de vino detrás, y abandonó su plan de cazar tordos, dejó las jaulas y fue a preparar él mismo los caballos. No podía permitirse el lujo de regalar dos caballos, pero lo haría a pesar de todo, y sin lamentarlo. Quizá sería así como lo recordasen, como el hombre que ayudó a huir de sus perseguidores a la Señora del *Mogor*, la princesa de sangre real de la casa de Tamerlán y Gengis Kan, la antigua hechicera de Florencia. A voces, ordenó a su mujer, en el piso de arriba, que prepararse comida y vino de inmediato, y que pusiese más de lo que podía comerse en un día; y ella, al percibir el tono de crisis en la voz de su marido, saltó de la cama e hizo lo que le pedía sin rechistar, pese a que no era agradable que la despertasen a una de un sueño anormalmente profundo y le diesen órdenes sin ningún miramiento. Entonces Ago se acercó ruidosamente hasta la casa de los Machiavelli, sin aliento,

asustado. No lo acompañaba Argalia. En silencio, Il Machia interrogó con las cejas a Ago Vespucci, que se deslizó un dedo por la garganta, y acto seguido rompió a llorar de miedo, emoción y dolor.

—Abre los toneles, por el amor de Dios —dijo Marietta Corsini al salir por la puerta—. Deben de estar ahí dentro medio muertas por las magulladuras.

Ago había puesto cojines y almohadones dentro de los toneles y colocado portezuelas con bisagras en los costados, y abierto pequeños respiraderos, pero, a pesar de sus esfuerzos, las dos mujeres salieron de sus escondrijos en mal estado, rojas, jadeantes y laceradas. Aceptaron agua agradecidas, pero rehusaron alimento por los efectos del viaje en sus estómagos. Acto seguido, sin más ceremonias, pidieron una habitación donde cambiarse, y Marietta las acompañó a la alcoba principal. Espejo siguió a Qara Kóz, cargada con una pequeña bolsa, y cuando las dos mujeres salieron media hora después, eran hombres, vestidos con casacas —roja y dorada para Qara Kóz, verde y blanca para Espejo—, correas en torno a la cintura, y calzas de lana para montar, y botas de gamuza. Se habían cortado el pelo y se lo habían remetido bajo ceñidos casquetes. Marietta respiró hondo al ver sus piernas con las ceñidas calzas, pero no dijo nada. «¿No comeréis algo antes de marchar?», preguntó, pero ellas no quisieron. Le dieron las gracias por el morral con pan, queso y fiambres que les había preparado. Luego salieron de la casa y encontraron a Il Machia y Ago esperando. Ago seguía sentado en su carreta. Los toneles ya no estaban allí, pero sí los baúles con las pertenencias de las damas, y un talego, que contenía la ropa de Ago y todo el dinero que había podido reunir, incluidos unos pagarés.

—Conseguiré más cuando lleguemos a Génova. Tengo mis cheques. —Miró a Qara Kóz a los ojos—. Vos, señoras, no podéis viajar solas.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—Así —preguntó—, sin previo aviso, cuando se os pide ayuda, y viendo nuestra apurada situación, ¿estáis dispuesto a abandonar vuestra casa, vuestro trabajo, vuestra vida, y huir con nosotras hacia un futuro incierto, salir de un peligro y, quién sabe, meterse en muchos otros?

Ago Vespucci asintió.

—Sí, lo estoy.

Ella se acercó a él y le cogió las manos.

—En ese caso, señor, ahora somos vuestras.

Il Machia se despidió de su viejo compañero.

—En un origen eran tres amigos —dijo—, Antonino Argalia, Niccoló il Machia y Ago Vespucci. A dos de los tres les gustaba viajar, al tercero le

gustaba quedarse en casa. Ahora, de los dos viajeros, uno se ha ido para siempre, y el otro está inmovilizado. Mis horizontes se han encogido y solo me quedan por escribir desenlaces. Y eres tú, mi querido Ago, tú, el hogareño, quien parte en busca de un nuevo mundo. —A continuación, alargó la mano y puso tres sueldos en la palma de Ago—. Te los debía.

Unos minutos después, cuando los dos jinetes y el hombre de la carreta desaparecieron tras un recodo en el camino, la luz del amanecer besó el cabello de Ago Vespucci, ahora tan ralo, tan blanco. Pero bajo esa luz amarilla, dio la impresión de que poseía de nuevo el cabello dorado de la infancia, cuando Il Machia y él fueron de caza por primera vez al robledal de Caffagio, y la arboleda de la *vallara* cerca de Santa Maria dell'Impruneta, y también al bosque en torno al castillo de Bibbione, con la esperanza de encontrar la raíz de una mandrágora.

ERA HEREDERO DE ADÁN, NO DE MAHOMA

«Era heredero de Adán, no de Mahoma ni de los califas», le dijo Abul Fazl; su legitimidad y autoridad estaban en que descendía del Primer Hombre, el padre de todos los hombres. Ningún credo podía contenerlo, ni territorio geográfico alguno. Más grande que el rey de reyes que gobernaba Persia antes de la llegada de los musulmanes, superior al antiguo concepto hindú del Chakravartin —el rey que iba en una carroza cuyas ruedas podían llevarlo a cualquier parte, el rey cuyos movimientos nada podía obstaculizar—, era el Soberano Universal, rey de un mundo sin fronteras ni limitaciones ideológicas. De esto se desprendía que la naturaleza humana, no la voluntad divina, era la gran fuerza que movía la historia. Él, Akbar, el hombre perfecto, era el motor del tiempo.

Aún no había salido el sol, pero el emperador ya estaba en danza. Sikri, en penumbra, parecía encarnar los grandes misterios de la vida. A él le parecía un mundo esquivo de preguntas a las que debía encontrar respuesta. Esa era su hora del día para la meditación. No rezaba. De vez en cuando iba a la gran mezquita que había construido en torno al santuario de Chishti, por salvar las apariencias, para acallar a las malas lenguas. La lengua de Badauni. La lengua del príncipe heredero, que era aún menos devoto que su padre, pero se aliaba con los beatos solo por molestarlo. Con todo y con eso, al emperador le gustaba dedicar esas primeras horas del día, antes de que el sol llegara a calentar las piedras de Sikri y las emociones de sus ciudadanos, básica mente a reflexionar sobre las cosas, sobre las cosas elevadas, no los fastidios cotidianos como el príncipe Salim. Volvía a meditar al mediodía, y al atardecer, y a medianoche, pero la meditación de madrugada era la que más le gustaba. Los músicos tocaban himnos religiosos quedamente, en segundo plano. A menudo los despedía y se dejaba acariciar por el silencio. El silencio roto solo por los reclamos de las aves al alba.

A veces —puesto que era un hombre de muchos deseos— sus elevadas cavilaciones se veían interrumpidas por imágenes de mujeres: muchachas danzando, concubinas, incluso esposas reales. Antes se distraía sobre todo pensando en Jodha, su reina imaginaria: su lengua mordaz, su belleza, su destreza sexual. Él no era un hombre perfecto, en el fondo de su corazón lo sabía, pero durante mucho tiempo la había considerado su mujer perfecta. Su compañera, su abnegada consorte, su tigresa erótica, ningún hombre podía

desear más. Ella era su obra maestra, o eso había creído durante mucho tiempo, un sueño hecho de carne, una viajera del mundo del *jaya*, la fantasía, a quien él había traído de allende las fronteras de lo real. Sin embargo, últimamente las cosas habían cambiado. Jodha no tenía ya el poder de interrumpir sus reflexiones. Ahora lo visitaba otra mujer. Qara Kóz, la señora Ojos Negros, la princesa oculta: durante mucho tiempo se negó a reconocerla, se negó a entender hacia dónde se veía arrastrado su corazón, ya que lo conducía hacia una imposibilidad, una pasión que nunca podría consumarse, que era, en todos los sentidos de la palabra, indebida. Él tendía hacia los sonidos del futuro y ella era un eco del pasado lejano. Quizá era eso lo que lo atraía de ella, su gravedad nostálgica, y en tal caso era, en efecto, una bruja peligrosa, que lo haría retroceder en el tiempo, y por consiguiente retrocedería en todos los sentidos, en las ideas, las creencias, las esperanzas.

Sería perjudicial para él. Cautivándolo, lo llevaría al delirio de un amor imposible y él se hundiría en ella y se alejaría del mundo de la ley y la acción y la majestad y el destino. Quizá había sido enviada para eso. Quizá Niccoló Vespucci era un enemigo —la reina madre Hamida Bano estaba entre quienes propugnaban esta teoría—, un agente del otro mundo cristiano del que había surgido, un asesino enviado para aniquilarlo plantando en su mente a esta mujer de vida airada, a este renegada sin raíces. Nadie podía capturar Sikri por la fuerza de las armas, pero la princesa oculta podía tal vez derrotarlo desde dentro de él mismo. Ella era perjudicial para él. Pero era la que acudía, cada vez más a menudo, y entendía cosas que Jodha jamás había alcanzado a comprender. Entendía, por ejemplo, el silencio. Cuando la princesa oculta acudía a él, no hablaba. No era propio de ella reprender ni bromear. No hablaba ni reía ni cantaba. Traía consigo un aroma a jazmín, y se limitaba a sentarse junto a él, sin tocarlo, y veía nacer el día, hasta que en el horizonte de levante aparecía un ribete rojo, y comenzaba a soplar una dulce brisa, y en ese instante se convertían en una única persona, él se unía a ella como nunca se había unido a una mujer, y luego, con una delicadeza infinita, ella se marchaba, y él esperaba solo las primeras caricias amorosas del amanecer.

No, ella no era perjudicial para él, y él desafiaría a cuantos lo afirmaran. No veía maldad en ella, ni en el hombre que la había traído hasta allí. ¿Cómo podía condenarse ese espíritu aventurero? Qara Kóz era una mujer distinta de cuantas había conocido, una mujer que había forjado su propia vida, al margen de las convenciones, solo con la fuerza de su voluntad, una mujer como un rey. Esto era un sueño nuevo para él, una visión no soñada de lo que podía ser una mujer. Lo alarmaba, lo excitaba, lo embriagaba, se adueñaba de él. Sí, Qara Kóz era extraordinaria; y también lo era, creía el emperador, Vespucci, o Mogor

dell'Amore. El emperador lo había puesto a prueba y descubierto en él grandes méritos. No era un enemigo. Era un favorito. Merecía elogios, no acusaciones.

Akbar volvió a encauzar sus pensamientos por el buen camino. No era un hombre perfecto, esa era la frase de un adulator, y las adulaciones de Abul Fazl lo llevaron a lo que Mogor dell'Amore había llamado las redes de la paradoja. Elevar a un hombre a una posición semidivina, y dotarlo de poder absoluto, aduciendo a la vez que los seres humanos y no los dioses eran los dueños del destino humano, contenía una contradicción que no superaría grandes escrutinios. Además, la prueba de la interferencia de la fe en los asuntos humanos estaba presente por todas partes. No había podido olvidar el suicidio de las hermanas con voces de ángel, Tana y Riri, que habían preferido la muerte antes que poner en peligro su fe. Él no deseaba ser divino. Si hubiese habido un Dios, pensó el emperador, tal vez habría sido más fácil descubrir qué era la bondad. Eso de la veneración, de la abnegación del yo en presencia del Todopoderoso, era una distracción, un rastro falso. Dondequiera que residiese la bondad, no era en la obediencia ritual y reflexiva ante una deidad, sino más bien, quizá, en el descubrimiento lento, torpe y plagado de errores de un camino individual o colectivo.

De pronto, una vez más, se había sumido en la contradicción. No deseaba ser divino, pero creía en la justicia de su propio poder, su poder absoluto, y dada esa creencia, la extraña idea de la bondad de la desobediencia que se había filtrado en su cabeza era cuando menos sediciosa. Ejercía el poder sobre las vidas de los hombres por derecho de conquista. Esa era la conclusión inevitable a la que debía llegar cualquier príncipe realista: que la fuerza era lo correcto y todo lo demás, esa inacabable meditación sobre la virtud, por ejemplo, era puro ornamento. El vencedor era el hombre de virtud, y con eso estaba todo dicho. La diferencia existía, habría ejecuciones y suicidios, pero la discordia podía sofocarse, y estaba en su puño sofocarla. Pero qué ocurría entonces con la voz interior, que susurraba todas las mañanas sobre la armonía, no la necia panacea de los místicos de que todos los hombres son uno, sino esta idea más extraña. La idea de que la discordia, la diferencia, la desobediencia, la discrepancia, la irreverencia, la iconoclasia, el descaro, incluso la insolencia, podrían ser las fuentes del bien. Estos pensamientos no eran aptos para un rey.

Pensó en los duques lejanos del relato del extranjero. Ellos tampoco reclamaban un derecho divino sobre sus tierras, sino solo el derecho del vencedor. También sus filósofos retrataban al ser humano en el centro de su tiempo, su ciudad, su vida, su iglesia. Pero estúpidamente atribuían la humanidad del hombre a Dios, requerían la sanción divina en favor de su causa

en esta cuestión, la elevada cuestión del Hombre, a pesar de que prescindían de la necesidad de dicha sanción en la cuestión menor del poder. Qué equivocados estaban, y qué pequeños eran, además, gobernando una simple ciudad de Toscana y, con ella, un obispado romano, y qué alto concepto tenían de sí mismos. Él era el soberano del universo sin fronteras y veía más claramente que ellos. No, se corrigió, no era así, y se dejaba llevar por el mero fanatismo si afirmaba eso. Mogor tenía razón. «La maldición de la raza humana no es que seamos tan distintos unos de otros, sino que seamos tan parecidos.»

La luz del día se desparramó por el suelo alfombrado, y el emperador se levantó. Había llegado el momento de asomarse a la *jharoka*, el balcón, y aceptar la adoración del pueblo. Ese día el pueblo estaba de un ánimo festivo —también eso tenían en común con el populacho de esa otra ciudad por cuyas calles paseaba en sueños, ese don para el alborozo—, porque era el cumpleaños solar de su emperador, el quince de octubre, y se reuniría, entre otras cosas, oro, seda, perfumes, cobre, *ghee*, hierro, grano y sal en cantidad equivalente a doce veces el peso de Su Majestad, y las damas del harén repartirían equitativamente estos obsequios entre todas las familias. Los ganaderos recibirían tantas ovejas, cabras y pollos como años cumplía el rey. Cierta cantidad de otros animales, destinados al sacrificio, serían puestos en libertad para que volvieran a la naturaleza y quedaran a merced del azar. Más tarde, en el harén, él intervendría en la ceremonia de añadir un nudo a la cuerda de su vida, la cuerda con la que se llevaba la cuenta de su edad. Y ese día, asimismo, debía tornar una decisión, relativa al extranjero que afirmaba ser un «Mogol del Amor».

El emperador había experimentado muchos sentimientos respecto a este individuo: deleite, interés, decepción, desilusión, sorpresa, asombro, fascinación, irritación, placer, perplejidad, recelo, afecto, aburrimiento y cada vez más, debía admitirlo, cariño y admiración. Un día comprendió que esta era también la manera en que los padres reaccionaban ante sus hijos, solo que en el caso de sus propios hijos, los momentos de cariño eran raros, en tanto que la decepción, la desilusión y el recelo eran permanentes. El príncipe heredero conspiraba contra él casi desde la cuna, y los tres muchachos eran unos degenerados, pero el hombre que había traído la historia de Qara Kóz era invariablemente respetuoso, sin lugar a dudas inteligente, a todas luces temerario, y vaya una historia que se había sacado de la manga. De un tiempo a esta parte, Akbar había empezado a acariciar una idea casi escandalosa por lo que se refería a este Vespucci cada vez más amigable, que se había adaptado tan bien a la vida en la corte de Sikri que ahora casi todo el mundo lo trataba como si ese fuera su lugar por derecho propio. El príncipe Salim lo aborrecía, y

también el fanático religioso Badauni, cuyo libro secreto de ataques emponzoñados contra el emperador crecía y crecía a diario mientras su autor menguaba y menguaba, pero esas enemistades redundaban en su mayor crédito. Su madre y la reina Mariam-uz-Zamani, su primera esposa, de existencia real, también lo detestaban, pero ellas carecían de imaginación y se oponían a toda intrusión de los mundos oníricos en lo real.

Hacia ya un tiempo que la casi escandalosa idea relativa a Vespucci perseguía a Akbar, y para ponerla a prueba había empezado a implicar al extranjero en cuestiones relativas a asuntos de Estado. El «mogol» de cabello amarillo había dominado, casi de inmediato, los complejos detalles del sistema *mansabdari* por el cual se gobernaba el imperio y del que dependía su supervivencia, la pirámide de poseedores de rango de quienes se esperaba que mantuvieran tropas y caballos conforme a su posición y que recibían, a cambio, feudos personales que eran la fuente de su riqueza. En cuestión de días, había memorizado los nombres de todos los *mansabdars* del imperio —y estos funcionarios se dividían en treinta y tres rangos, desde los príncipes reales que estaban al mando de diez mil hombres hasta los comandantes inferiores, al frente de diez— y, además, se había informado sobre la actuación de los poseedores de rango, y colocado en situación de aconsejar al emperador sobre qué *mansabdars* merecían el ascenso y cuáles incumplían sus obligaciones. Fue el extranjero quien propuso a Akbar el cambio fundamental en la estructura del sistema que garantizaría la estabilidad del imperio durante ciento cincuenta años. Inicialmente, la mayor parte de los *mansabs* eran o bien turaníes, centroasiáticos de etnia mogol cuyos orígenes ancestrales se hallaban en las inmediaciones de Fergana y Andiján, o bien persas. Sin embargo, convencido por Mogor, Akbar empezó a incluir a miembros de otros pueblos en gran número, rajputas, afganos y musulmanes indios, hasta que ningún grupo formaba mayoría. Los turaníes seguían siendo el grupo más numeroso, pero después de la gran reforma, ocupaban solo una cuarta parte de los cargos. Por consiguiente, ningún grupo podía dictar por su cuenta las condiciones a los demás, y todos estaban obligados a convivir en buenas relaciones y cooperar. *Sulh-i-kul*. Paz total. Todo era cuestión de organización.

Era, pues, un hombre con otros talentos aparte de los trucos de magia y la narración de cuentos. El emperador, muy favorablemente impresionado, empezó a poner a prueba las aptitudes atléticas y militares del joven, y descubrió que era capaz de montar a caballo a pelo, acertar en el blanco con una flecha y blandir una espada con aplomo más que suficiente. Fuera de los campos de juego y combate, su don de lenguas era ya renombrado, y enseguida se convirtió en experto en los juegos de mesa más populares de la corte, tales

como el *chandal mandal*, jugado con tablero, y el *ganjifa*, jugado con baraja, que él animaba intentando identificar los naipes de colores con los próceres de Sikri. *Ashwapati*, el Señor de los Caballos, la principal carta del juego, debía ser naturalmente el propio emperador. *Dhanpati*, el Señor de los Tesoros, era obviamente el ministro de economía, el rajá Todar Mal, y *Tiyapati*, la Reina de las Damas era, lógicamente, Jodha Bai. El rajá Man Singh era *Dalpati*, el Señor de la Batalla, y Birbal, amado por encima de todos los demás, primero entre sus iguales, probablemente debía ser *Garhpati*, el Señor del Fuerte. A Akbar le divertían mucho estos golpes de ingenio. «Y vos, mi Mogol del Amor —dijo— debéis de ser *Asrpati*, creo.» Se refería al Señor de los Genios, el rey de los magos y los brujos. Y entonces el extranjero osó decir: «Y *Abipati*, el Señor de las Serpientes, Jahanpanah... ¿no podría ser el príncipe heredero, Salim?».

En pocas palabras, aquel era un hombre con cualidades, que era el primer requisito para convertirse en un hombre de calidad. «Las historias pueden esperar —le dijo el emperador—. Os conviene mejorar vuestro conocimiento de cómo son aquí las cosas.» De modo que Mogor dell'Amore fue primero aprendiz del rajá Todar Mal y luego del rajá Man Singh, para iniciarse en los misterios de la economía y el arte de gobernar, y cuando Birbal partió hacia el oeste rumbo a las fortalezas de Chittorgarh y Mehrangarh, Amer y Jaisalmer, para someter a inspección a los súbditos y aliados del imperio en esos pagos, el extranjero lo acompañó en función de primer consejero, y volvió atónito por el poder del emperador tras ver aquellas fortalezas inexpugnables cuyos príncipes habían hincado la rodilla ante el rey de reyes. Cuando los meses pasaron a ser años, quedó claro para todos que el hombre alto del cabello amarillo no debía considerarse ya un extranjero. El «Mogol del Amor» se había convertido en el asesor y hombre de confianza del Gran Mogol.

«Por cierto, guardaos de ese señor serpiente —advirtió el emperador a Mogor—. El cuchillo que sueña con clavar en mi espalda podría acabar en la vuestra.»

Y entonces murió Birbal.

El emperador se culpó a sí mismo por darle un mando militar a su amigo accediendo a sus deseos. Pero Birbal se había tomado la revuelta del culto de los raushanai, los iluminados afganos, de un modo extrañamente personal, en nombre del emperador, por así decirlo. Su cabecilla, Bayazid el Profeta, había fusionado el hinduismo y el islam y creado un refrito panteísta de amoralidad. Birbal sintió repugnancia. «Como Dios está en todas las personas y todas las cosas, se desprende que todas las acciones son acciones divinas, y por tanto, como todas las acciones son pías, no hay ninguna diferencia entre el bien y el mal, los actos buenos y los malvados, y por consiguiente podemos obrar como

nos plazca —dijo con *desdén*—. *Jahanpanah*, perdonadme, pero este miserable caudillo se ríe de vos. Ha cogido la belleza de vuestro deseo de encontrar la fe única entre todas las fes, y la ha convertido en fealdad, para provocaros. Solo por esa temeridad debería ser derrocado, aun cuando no estuviera dedicándose al pillaje y el saqueo como un bárbaro. El saqueo, naturalmente, es en su opinión permisible... ¡Ja!... porque los raushanai son el pueblo elegido, destinado por Dios a heredar la tierra, así que si quieren apoderarse de su herencia un poco antes de hora, ¿quién puede decir que no tienen derecho?

La idea del pillaje en cuanto deber religioso, mediante el cual el pueblo elegido adquiriría lo que era suyo por legado divino, atrajo poderosamente a las tribus de las montañas afganas, y el culto se propagó con rapidez. Pero de pronto Bayazid murió y lo sustituyó al frente de los raushanai su hijo menor, Jalaluddin, de dieciséis años. La ira de Birbal ante este acontecimiento fue incontenible, porque «Jalaluddin» también era el nombre de pila de Akbar, coincidencia que agravó enormemente la desfachatez de los raushanai. <*Jahanpanah*, ha llegado el momento de responder a estos insultos como merecen», dijo. Akbar, divertido ante semejante rabia tan poco militar, accedió a que Birbal hiciera su voluntad. Pero el extranjero Mogor dell'Amore no acompañó a Birbal. «No está preparado para la guerra afgana —declaró el emperador en la Casa de la Audiencia Privada, arrancando las risas de todos—. Debe quedarse aquí, en la corte, haciéndonos compañía.»

Con todo, la revuelta no era ninguna broma. Los pasos de montaña se habían vuelto casi intransitables. Y no mucho después de la llegada de Birbal a la región para dar una lección a los iluminados, cayó en una emboscada en el puerto de Malandrai. Después corrieron maliciosas habladurías de cómo el gran ministro intentó salvar el pellejo huyendo de sus tropas, pero los rumores a los que dio crédito el emperador hablaban de traición. Sospechaba que el príncipe heredero había participado de algún modo, pero nunca pudo demostrarlo. Nunca se encontró el cuerpo de Birbal. Murieron ocho mil de sus hombres.

Después de la calamidad del puerto de Malandrai, el emperador pasó mucho tiempo sumido en la más profunda desdicha, negándose a comer y beber, en el mayor desconsuelo. Escribió un verso en honor de su amigo caído. «Disteis a los desvalidos cuanto pudisteis, Birbal. Ahora yo soy un desvalido, pero no os queda nada para mí.» Escribió por primera y última vez en primera persona, no como haría un rey, sino como un hombre entonando una lamentación por un ser querido. Y mientras lloraba a Birbal, envió primero a Todar Mal y después a Man Singh a someter por la fuerza a los raushanai. En los palacios de Sikri, vio huecos en todas partes, espacios vacíos donde antes

habían estado tres de sus Nueve Joyas, y que no podían ocupar hombres inferiores. Estrechó más aún sus lazos con Abul Fazl y dependió cada vez más de él. Y entonces lo asaltó esta idea, la idea casi escandalosa que aún sopesaba cuidadosamente ocho meses después de la muerte de Birbal, el día de su cuadragésimo cuarto cumpleaños solar, cuando iba de camino a la báscula real para pesarse.

Esta era la pregunta a la que buscaba respuesta: ¿debía convertir al extranjero, Mogor dell'Amore, también conocido como Niccoló Vespucci, el narrador de cuentos rocambolescos que sostenía descabelladamente ser su tío, que estaba demostrando ser un administrador y consejero tan apto y que le había despertado tan imprevista simpatía, en su hijo honorario? El rango de *farzand* se encontraba entre los honores menos concedidos y más codiciados del imperio, y todo aquel que recibía el título accedía de inmediato al círculo de allegados del emperador. ¿Era este joven tunante, más parecido a su hermano menor que a su hijo (o su tío), digno de tan gran distinción? Y, lo que era igual de importante, ¿cómo se acogería tal nombramiento?

Salió a la *jharoka* y la multitud lo aclamó bulliciosamente. Este Mogol del Amor, reflexionó Akbar, gozaba también de gran predicamento entre las masas. Su popularidad, sospechaba el emperador, tenía que ver tanto con el éxito de su casa de cortesanas a orillas del lago, la Casa de Skanda bajo el dominio de Esqueleto y Colchón, como con el relato de Qara Kóz, pero no podía negarse que la historia de la princesa oculta había pasado a formar parte de la tradición oral de la ciudad, y el interés de la gente en ella se resistía a desvanecerse. La gente sabía, asimismo, que los hijos del rey eran una decepción. Por consiguiente, el futuro de la dinastía era un problema. Según la leyenda, Timur, el antepasado de los mogoles, por entonces un bandido de poca monta, viajaba disfrazado de pastor de camellos cuando lo abordó un *faqir* mendicante y le pidió comida y agua. «Si me dais alimento, os daré un reino», prometió el *faqir*, un individuo que había renunciado al islam en favor del hinduismo. Timur le dio lo que necesitaba, y acto seguido el *faqir* lo envolvió con su capa y empezó a darle palmadas en el trasero. Después de once golpes, Timur apartó la capa, airado. «Si hubierais tolerado más palmadas —dijo el *faqir*— vuestra dinastía habría durado más. Ahora, en cambio, terminará con vuestro undécimo descendiente.» El emperador Akbar era el octavo descendiente de Timur el Cojo, y por tanto, si debía darse crédito a la leyenda, los mogoles estarían a salvo en el trono del Indostán durante otras tres generaciones. Pero la novena generación representaba un escollo. A sus dieciocho, quince y catorce años respectivamente, eran los tres unos borrachos, y uno de ellos tenía el mal caduco, y el príncipe heredero... ¿qué decir del

príncipe heredero? En fin, era un espanto, con eso estaba todo dicho.

En su cumpleaños, el emperador, sentado en las balanzas de la vida, mientras se medía doce veces su peso en leche de arroz, contemplaba el futuro. Después visitó los talleres de arte, pero tenía la cabeza en otra parte. Incluso en el harén, donde las mujeres se apiñaron en torno a él, envolviéndolo con su suavidad, estuvo distraído. Sentía que había llegado a un punto crucial, y que el núcleo era esta decisión sobre el extranjero. Aceptarlo en la familia indicaría que, en efecto, se proponía llevar a cabo la idea de Abul Fazl: llegar a ser el Rey—Mundo, que podía incorporar a su línea —a sí mismo— personas, lugares, narraciones, posibilidades de reinos aún desconocidos, reinos que podían, a su vez, subsumirse. Si un extranjero podía convertirse en mogol, también podían, a su debido tiempo, todos los extranjeros. Por otra parte, sería un paso más en la creación de una cultura de inclusión, esa misma cultura que el culto raushanai satirizaba con su mera existencia: su verdadera visión hecha realidad, en la que todas las razas, tribus, clanes, credos y naciones se convertirían en parte de una gran síntesis mogol, la magnífica sincretización de la tierra, sus ciencias, sus artes, sus amores, sus diferencias, sus problemas, sus vanidades, sus filosofías, sus deportes, sus caprichos. Todo lo cual lo indujo a concluir que honrar a Mogor dell'Amore con el título de *farzand* sería una demostración de fuerza.

Ahora bien, ¿no podría verse también como debilidad? ¿Como sentimentalismo, autoengaño, credulidad? ¿Dejarse embaucar por un forastero con labia del que no se sabía nada salvo lo que él mismo presentaba como la historia incompleta y cronológicamente problemática sobre sí mismo? Ya que concederle una posición oficial equivaldría, de hecho, a afirmar que la verdad ya no se consideraba significativa, que ya tanto daba si su relato no era más que una mentira sagazmente urdida. ¿Acaso no debería un príncipe evitar que su desdén por la verdad fuera tan evidente? ¿No debería defender ese valor y luego mentir cuando le conviniera enmascarándolo bajo esa defensa? ¿No debería un príncipe, en pocas palabras, ser más frío, menos sensible a fantasías y visiones? Quizá la única visión que debería permitirse era el poder. ¿Servía el ascenso del extranjero al poder del emperador? Quizá sí. Y quizá no.

Y más allá de estas dudas había enigmas aún más profundos, dudas de ese mundo de magia en el que todos vivían tan apasionadamente como habitaban el mundo de la materia tangible. Cuando Akbar era vislumbreado a diario en la *jharoka*, estaba alimentando esa creencia; bajo él había devotos, miembros de un floreciente Culto del Vislumbre, que después empezaron a difundir historias de milagros. Los enfermos, los moribundos, los heridos eran llevados allí a diario, y si Akbar posaba en ellos la mirada, si los Vislumbraba a

la vez que ellos lo Vislumbraban a él, el resultado inevitable era una curación. En el Vislumbre, la potencia del emperador se transmitía al Vislumbrado. Invariablemente, la magia fluía de la persona más mágica (el emperador, el nigromante, el brujo) a la menos mágica: esa era una de sus leyes.

Era importante no transgredir las leyes de la magia. Si una mujer lo abandonaba a uno, era porque no se la había sometido al sortilegio correcto, o si no, porque alguien la había sometido a un hechizo más poderoso, o si no, porque sobre ese matrimonio pesaba tal maldición que cortaba los lazos del amor entre el marido y la mujer. ¿Por qué a fulano le iba tan bien en los negocios y no a mengano? Porque visitaba al hechicero adecuado. Algo en el emperador se rebelaba contra todo ese engañoso, ya que ¿no era una especie de infantilización del yo renunciar al propio poder de actuación y creer que tal poder residía fuera de uno mismo y no dentro? Esta misma era su objeción en cuanto a Dios, el hecho de que su existencia privaba a los seres humanos del derecho a formar estructuras éticas por sí solos. Pero la magia estaba presente en todas partes y no podía negarse, y solo un soberano irreflexivo se la tomaría a risa. La religión podía replantearse, reexaminarse, reformularse, quizá incluso desecharse; la magia era inmune a tales agresiones. Por eso, en última extremo, la historia de Qara Kóz se había adueñado tan fácilmente de la imaginación de las gentes de Sikri. Ella había llevado su propia magia, la magia también de ellos, a otros mundos, mundos con sus propios ocultismos, y la brujería de ella había demostrado ser más poderosa que la de ellos. La brujería de ella. A la que ni siquiera él, el emperador, podía resistirse.

Las cuestiones mágicas relativas al extranjero Niccoló Vespucci, el sedicente Mogol del Amor, podrían expresarse de la siguiente manera: ¿Era su presencia entre ellos una bendición o una maldición? ¿Redundaría su ascenso a un alto rango en una bendición para el imperio o acarrearía, por el hecho de transgredir alguna arcana ley de la Fortuna, el desastre al reino? ¿Era la propia extranjería algo que acoger como fuerza revitalizadora que confería abundancia y prosperidad a sus adeptos, o adulteraba algo esencial en el individuo y la sociedad en su conjunto? ¿Iniciaba un proceso de decadencia que terminaría en una muerte enajenada, no auténtica? El emperador había pedido consejo a los guardianes de los reinos invisibles, los quirománticos, los astrólogos, los videntes, los místicos y los diversos adivinos que abundaban en la capital, especialmente en las inmediaciones de la tumba de Salim Chishti, pero sus consejos habían sido contradictorios. No había pedido la opinión de los otros extranjeros, los europeos, los padres Acquaviva y Monserrate, porque su hostilidad hacia el narrador era de sobra conocida. Y Birbal, ay, su querido y sabio Birbal, ya no estaba.

En último extremo, se tenía solo a sí mismo. Solo él podía elegir.

El día terminó. No se había decidido. A medianoche, meditaba bajo una media luna. Ella se acercó a él, envuelta en plata, en silencio, y resplandeció.

* * *

Las cosas habían llegado al punto en que Jodha se había vuelto invisible para mucha gente. Los criados asignados a su servicio la veían, naturalmente, porque su medio de vida dependía de ello, pero las otras reinas, a quienes siempre había molestado su presencia, ya no la distinguían. Ella sabía que algo malo le ocurría, y el miedo se había apoderado de ella. Se sentía más tenue, e incluso, de vez en cuando, intermitente, como si fuera y viniera, como si alguien apagara la vela de su existencia, la encendiera, y luego la apagara y volviera a encenderla otra vez. Birbal había muerto, y ella se desvanecía, pensó. El mundo cambiaba para peor. Últimamente el emperador la visitaba mucho menos, y cuando iba a verla, se le notaba distraído. Cuando le hacía el amor, ella tenía la impresión de que pensaba en otra persona.

El espía eunuco, Omar el Ayyar, que lo veía todo, incluso ciertas cosas que aún no habían ocurrido, la encontró descansando en el calor de la tarde en la Cámara de los Vientos, la habitación aireada de la segunda planta con *jalis*, celosías de piedra en filigrana, en tres de las cuatro paredes. Era el día después del cumpleaños del emperador y se advertía cierta urgencia en los movimientos de Omar. Normalmente, era todo elegancia lánguida y gestos fluidos. Aquel día, en cambio, se lo veía casi aturullado, como si la noticia que debía comunicar rebotase dentro de él y le hiciese perder el equilibrio.

—Bien —anunció—, este es un gran momento para vos. María de la Eternidad y María de la Mansión, la esposa y la madre del Califa Divino, la Joya Única y el Jedive de los Tiempos, vienen de visita en persona.

María de la Eternidad era Mariam-uz-Zamani, la verdadera madre del príncipe Salim, Rajkumari Hira Kunwari, una princesa rajputa del clan de los Kachhwaha de Amer. María de la Mansión, Mariam Makani, era la madre del emperador, Hamida Bano. (El Califa, la Joya y el Jedive eran todos el propio emperador.) Si estas dos grandes damas, que hasta entonces no habían dado ni la hora a la reina inexistente, iban a verla a sus aposentos privados, era que tramaban algo de gran trascendencia. Jodha se preparó y aguardó su llegada en la postura de la humildad, con las manos cruzadas y la mirada baja.

Llegaron pocos minutos después, con expresión de asombro y desdén en los semblantes. Esta vez Bibi Fatima, dama de compañía y eco de la reina madre no estaba presente, ya que había muerto no hacía mucho, y en todo

caso, las damas habían ido ex profeso sin la compañía de cortesanos excepto por Omar el Ayyar, cuya capacidad para guardar secretos nadie ponía en tela de juicio. Miraron alrededor, confusas, y luego se volvieron hacia Ayyar en busca de ayuda.

—¿Dónde está? —preguntó Hamida Bano con voz sibilante—. ¿Es que ha salido de la sala?

Omar inclinó la cabeza en dirección a Jodha. La reina madre parecía perpleja, mientras que la dama real de menor edad resopló malhumorada y volvió la cara en la dirección que el espía indicaba.

—Aquí estoy, para mi considerable asombro —dijo la reina Mariam-uz-Zamani, hablando en voz demasiado alta y demasiado despacio, como si conversase con un niño tonto—, de charla con una mujer que no existe, cuya imagen no se refleja en ningún espejo, que me mira como un espacio vacío en una alfombra. Estoy aquí con la madre del emperador, Viuda de la Cúpula de la Absolución, Amada Antigua Consorte del emperador Humayún, Guardián del Mundo, cuyo Nido es el Paraíso, porque tememos que algo peor que vos esté a punto de adueñarse del emperador, mi augusto esposo, su ilustre hijo. Somos del parecer de que ha caído sobre él un hechizo, obra del extranjero Vespucci, que ha sido enviado aquí como agente del alma negra del Infiel o el Demonio, para destruir nuestra tranquilidad y degradarnos, y que este hechizo ha atrapado la hombría del emperador, poniendo así en peligro su cordura, lo que a su vez es una amenaza para el reino entero, y por tanto también para todas nosotras. Es un hechizo del que habréis oído hablar. ¡Por lo visto, en Sikri lo conoce ya todo el mundo! Adopta la forma de una aparición de la llamada princesa oculta, Qara Kóz.

»Re... reconocemos... —y en ese punto María de la Eternidad titubeó, porque lo que debía decir hería su orgullo— que el emperador, por sus propias razones, os prefiere a vos por encima de cualquier otra compañía femenina... —se negó a decir «reina»— y confiamos en que, consciente del peligro en que se encuentra, comprendáis dónde reside vuestro deber. Hablando claramente, deseamos que ejerzáis toda vuestra influencia sobre él para rescatarlo del maleficio, de su lujuria por este demonio del infierno en forma de mujer, y estamos aquí para ayudaros, enseñándoos todos los medios por los cuales toda mujer es capaz de preservar su poder sobre todo hombre, cosas que el emperador, como hombre, no puede saber, y por tanto es incapaz de insuflaros, a vos, su creación un tanto absurda y, ahora, por lo que se ve, casi imperceptible. Sabemos que habéis leído muchos libros y, no me cabe duda, habéis aprendido bien lo que en ellos se enseña. Pero hay cosas que nunca se han escrito en los libros, sino que se conservan solo mediante la tradición oral de las mujeres,

transmitidas en susurros de madre a hija desde el origen de los tiempos. Hacedlas y será vuestro esclavo una vez más, y la victoria del demonio sobre el maestro de Fatehpur Sikri podrá prevenirse. Ya que es, tenemos la total certeza, un fantasma maligno del pasado, un fantasma vengativo que, molesto por su largo exilio, pretende arrastrar al emperador al pasado a fin de poseerlo y buscar su perdición, para detrimento de todos. Y en cualquier caso sería mejor ahorrarse, si es posible, el espectáculo de ver al emperador del Indostán, el Rey de la Manifestación y la Realidad, el Ocupante del Cuerpo Inmaculado, Maestro de la Fe y del Firmamento, enamorado del espectro de su tía abuela renegada y, además, difunta.

—Recordad lo que le ocurrió al pintor Dashwanth —dijo la reina madre.

—Exacto —coincidió Mariam-uz-Zamani—. Podemos considerar aceptable extraviar a un artista de esa manera, pero al Refugio del Mundo no podemos perderlo.

Realmente no podían ver a la mujer con la que hablaban, y sin embargo estaban dispuestas a acomodarse en sus alfombras, arrellanarse contra sus almohadones, beber el vino que les ofrecían sus criadas y contar al aire vacío los secretos sexuales de las mujeres a lo largo de la historia. Al cabo de un rato, dejaron de tener la sensación de que habían perdido el juicio y actuaron como si estuvieran solas, únicamente ellas dos conversando entre sí, hablando sin tapujos sobre lo que siempre había sido reservado, riéndose sin poder contenerse ante la asombrosa comedia del deseo, las cosas absurdas que los hombres querían y las cosas igualmente absurdas que las mujeres hacían para complacerlos, hasta que se despojaron de los años y evocaron su propia juventud y recordaron que, a ellas, esos mismos secretos se los habían contado otras mujeres feroces y severas, que también se habían deshecho, al cabo de un rato, en carcajadas de alegría, acordándose, a su vez, de que ese conocimiento había sido transmitido a ellas, y al final, la risa en la habitación era la risa de las generaciones, de todas las mujeres y de la historia.

Así hablaron durante cinco horas y media, y al terminar, consideraron que había sido uno de los días más felices de sus vidas. Empezaron a albergar pensamientos más benévolos que nunca antes hacia Jodha. Ahora era una de ellas, parte del relevo de las mujeres; ya no era tan solo la creación del emperador. En parte, lo era también de ellas.

Anocheceía. Las candeleras de palacio entraron con velas de alcanfor en palmatorias de plata. Encendieron las antorchas en los tederos de hierro de la pared del fondo, y el aceite y la semilla de algodón en su interior ardieron alegremente, de modo que las sombras de las dos damas danzaron sobre el *jalis* de piedra roja. Luego, en otra parte de Sikri, la fantasía del emperador, *su jayal*,

cambió definitivamente y para siempre, y por consiguiente, en la Cámara de los Vientos, Omar el Ayyar contuvo la respiración, y al cabo de un momento María de la Eternidad y María de la Mansión vieron lo que él había visto: no solo la sombra de una tercera mujer entre los *jalis*, sino la sólida silueta de una mujer formándose en el aire, cada vez más definida, más clara, rellenándose, hasta que la mujer quedó ante ellas con una peculiar sonrisa en los labios.

—No sois Jodha —dijo débilmente la reina madre.

—No —contestó la aparición, cuyos ojos negros chispeaban—. Jodhabai se ha ido, porque el emperador ya no la necesita. En adelante yo seré su compañera.

Fueron las primeras palabras pronunciadas por el espectro.

* * *

A pesar de las precauciones de las dos reinas, la noticia de la sustitución de la reina imaginaria Jodhabai por el espectro de Qara Kóz corrió por la ciudad como la pólvora. Para algunos, esta fue la prueba definitiva de que la princesa oculta había existido de verdad, de que pertenecía al reino de la realidad, no al de las fábulas, porque ninguna mujer que nunca hubiese vivido y muerto podía acabar teniendo un fantasma. Para otros, dio más crédito a la afirmación de Abul Fazl acerca de la condición divina del emperador, ya que ahora podía atribuírsele no solo la creación de una mujer totalmente imaginaria, capaz de caminar, hablar y hacer el amor pese a no existir, sino también el retorno de entre los muertos de una mujer real. Las numerosas familias cautivadas por las historias de la princesa oculta, que enseguida se habían convertido en relatos cuyos padres se complacían en contar a sus hijos por la noche, se regocijaron ante la posibilidad de que pudiera vérsela realmente en público. Se oyeron unas cuantas voces conservadoras escandalizadas que insistían en que siempre que ella saliera de los aposentos de las reinas, debía usar el velo; la clase de desvergüenza a rostro descubierto a la que se había abandonado en las calles occidentales no sería aceptable entre las personas decentes de la capital mogol.

La familiaridad con que se recibió a la aparición sobrenatural se debió, claro está, a que tales apariciones eran normales en esa época, antes de que lo real y lo irreal se segregasen para siempre y se condenasen a vivir separados bajo distintos monarcas y sistemas jurídicos independientes. Más sorprendente fue la falta de compasión por la desventurada Jodhabai, despachada sin contemplaciones por el emperador, suplantada humillantemente en la Cámara de los Vientos ante la mirada de la reina madre y la reina principal. Muchos

ciudadanos se habían formado una impresión desfavorable de Jodha por su negativa a salir del palacio. Para esas personas, su desmaterialización era un merecido castigo por la excesiva arrogancia y poca llaneza. Qara Kóz enseguida se había convertido en la princesa del pueblo, mientras que Jodha siempre había sido una reina altiva y distante.

Omar el Ayyar informó de todo esto al emperador, pero añadió una nota de advertencia. En modo alguno todas las reacciones a la noticia eran favorables. En la colonia turaní, en el sector persa, y en el barrio donde vivían los musulmanes indios, había cierto grado de malestar. Entre los politeístas no islámicos, cuyos dioses eran demasiado numerosos para contarlos, la llegada de un ser milagroso suscitaba poco interés, porque la población divina era ya demasiado multitudinaria para abarcarla, todo contenía dioses, los árboles contenían espíritus, y también los ríos, y a saber qué más, probablemente incluso había un dios de la basura y un dios del retrete, así que si rondaba por allí un nuevo espíritu, apenas era digno de mención. En las calles del mono-teísmo, en cambio, se produjo cierta consternación. Se había iniciado un leve murmullo, un murmullo que solo podían detectar los oídos más finos, referente al bienestar mental del emperador. En el diario secreto de Badauni, que Omar aún memorizaba cada noche mientras el líder del bando *manqul* dormía, se había planteado la cuestión de la blasfemia, pues, aun cuando tal vez fuera posible aducir que si los hombres podían hacer realidad sus sueños, no existía ninguna ley divina contra ello, de modo que la creación de Jodha acaso pudiera excluirse del oprobio, solo el Todopoderoso tenía el poder sobre los vivos y los muertos, y traer a una mujer del más allá por el puro disfrute personal era pasarse de la raya, y no había ninguna excusa para ello.

Lo que Badauni escribía en privado, sus seguidores empezaban a murmurarlo entre ellos. Estos murmullos se producían a muy bajo nivel porque, según el viejo dicho, en la corte del Gran Mogol solo el hombre callado salía bien librado. Con todo, en opinión de Ayyar, había motivos de preocupación, porque por debajo de los murmullos a bajo nivel, a un nivel aún más bajo, había oído un runrún más oscuro, una condena más profunda de la nueva relación entre Akbar y Qara Küz. En este profundo nivel, Omar había captado sonidos más tenues, sonidos que apenas se atrevían a ser sonidos, pronunciados por labios que casi no se movían y sentían terror ante la idea de que un oído los escuchara. Estas vibraciones casi preaurales contenían una palabra tan poderosa que podía dañar gravemente la estima en que se tenía al emperador, y quizá incluso hacer tambalear el trono.

La palabra era «incesto». Y la advertencia de Omar era oportuna, porque poco después de la aparición de Qara Kóz en Fatehpur Sikri, el príncipe

heredero Salim abandonó la capital y enarboló la bandera de la rebelión en Allahabad, y «blasfemia» e «incesto» fueron las acusaciones con las que justificó su revuelta. La rebelión pasó sin pena ni gloria, aunque Salim había logrado reunir un ejército de treinta mil hombres. Durante varios años galopó por el norte del Indostán proclamando su deseo de derrocar a su padre sin siquiera atreverse a entablar una batalla de verdad con el gran rey. Pero sí logró un triunfo brutal cuando organizó con éxito el asesinato del más estrecho consejero que le quedaba al emperador, a quien culpaba de «corromper la mente de su padre» alentándolo a realizar acciones blasfemas e induciéndolo a desviar su amor de Dios y su Sagrado Profeta, y también, «haciendo siempre comentarios insidiosos», indisponiendo al emperador contra el príncipe, su heredero, su hijo. Abul Fazl murió en una emboscada, como Birbal. El príncipe Salim había enviado un mensaje a un aliado, el rajá Bir Singh Deo Bundela de Orchha, por cuyo territorio viajaba la Joya de Sikri, para que «lo enviara a la inexistencia», petición que el rajá cumplió prestamente, decapitando al ministro desarmado y mandando su cabeza a Allahabad, donde estaba Salim, quien, mostrando su habitual buen gusto e irreprochable conducta, la tiró a una letrina abierta.

Akbar estaba reclinado en un almohadón en la Cámara de los Vientos, después de beber quizá demasiado vino, escuchando al fantasma vespertino de Qara Kóz cantar tristes canciones de amor acompañándose de una *dilruba*, cuando Omar el Ayyar llegó con la noticia de la muerte de Abul Fazl. Esta horrenda información sirvió para que el emperador volviera en sí. Se puso en pie y salió de inmediato de los aposentos de Qara Kóz.

—De ahora en adelante, Omar —juró—, volveremos a actuar como el soberano del universo y dejaremos de comportarnos como un muchacho enamorado y granujiento.

Las leyes por las que se regía un príncipe no eran las de la amistad o la venganza. Un príncipe debía tomar en consideración el bien del reino. Akbar sabía que dos de sus tres hijos no eran aptos para sucederlo en el trono, ya que estaban tan hundidos en la bebida y la enfermedad que bien podían morir en cualquier momento. Así que quedaba solo Salim; al margen de lo que hubiese hecho, debía garantizarse la continuidad de la línea. Por lo tanto, Akbar mandó mensajeros a Salim prometiendo no vengarse de él por la muerte de Abul Fazl y declarando su amor imperecedero por su hijo primogénito. Salim lo interpretó como que el asesinato de Abul Fazl estaba justificado. Una vez despachada la gorda comadreja, su padre había vuelto a abrirle los brazos. Salim envió a Akbar elefantes en obsequio, trescientos cincuenta, para apaciguar al Rey Elefante. Luego accedió a ir a Sikri, y en la casa de su abuela Hamida Bano

se postró a los pies del emperador. El emperador levantó a Salim, se quitó el turbante y lo puso en la cabeza del príncipe heredero para demostrar que no le guardaba rencor. Salim lloró. Ciertamente, era un joven deplorable.

En cambio, el mentor de Salim, Badauni, fue arrojado a la celda más inmunda de la más profunda mazmorra de Fatehpur Sikri, y ya nadie, ni hombre ni mujer, excepto sus carceleros, volvió a verlo vivo.

* * *

Después de la muerte de Abul Fazl, el emperador se volvió severo. Recaía en él la tarea de definir cómo debían vivir sus súbditos y durante mucho tiempo la había descuidado. Prohibió la venta de bebidas alcohólicas al pueblo llano a menos que las prescribiera un médico. Actuó contra los grandes enjambres de prostitutas que zumbaban en torno a la capital como langostas y las hizo trasladar a un campamento llamado Ciudad del Diablo, a cierta distancia, y ordenó que todo hombre que fuera al diablo estaba obligado a dar su nombre y dirección antes de entrar en la zona. Desaconsejó a la gente comer carne de vaca, cebolla y ajo, pero recomendó comer tigre para que la carne les infundiera su valentía. Declaró que la observancia religiosa no debía ser perseguida, fuera cual fuese la religión observada; podían construirse templos y lavarse los *lingams*, pero toleraba menos las barbas, porque las barbas se nutrían de los testículos, y por eso los eunucos no tenían. Prohibió el matrimonio infantil y desaprobó la quema de las viudas y la esclavitud. Dijo a la gente que no se bañara después de mantener relaciones sexuales. Y emplazó al extranjero en el Anup Talao, cuyas aguas estaban más encrespadas y turbulentas a pesar de que no se movía la brisa, augurio cuyo significado era que aquello que debía estar en paz había sido perturbado.

—Aún os envuelven demasiados misterios —dijo el emperador, irritado—. No podemos confiar en un hombre cuya historia no cuadra. Así que contadlo todo, que salga todo a la luz, y entonces decidiremos qué debe hacerse con vos, y qué dirección sigue vuestro destino, si arriba, hacia las estrellas, o abajo, hacia el polvo. Y ahora, total claridad. No omitáis nada. Hoy es el día del juicio,

—Es posible que lo que tengo que decir no atraiga vuestro favor, mi señor —contestó Mogor dell'Amore—, porque atañe al *Mundus Novus*, el Nuevo Mundo, y el carácter incierto, en ese territorio semi ignoto, del Tiempo.

* * *

Al otro lado de la Mar Océano, en *Mundus Novus*, las leyes normales del espacio y el tiempo no se cumplían. En cuanto al espacio, era capaz de expandirse violentamente un día y encogerse al día siguiente, de modo tal que la extensión de la tierra parecía duplicarse o demediarse. Distintos exploradores regresaban con cálculos radicalmente distintos de las proporciones del nuevo mundo, la naturaleza de sus habitantes y la manera en que este nuevo cuadrante del cosmos tendía a comportarse. Se hablaba de monos voladores y serpientes largas como ríos. En cuanto al tiempo, estaba totalmente fuera de control. No solo avanzaba más deprisa y más despacio de forma por completo arbitraria, sino que había periodos —si bien la palabra «periodos» no podía emplearse en rigor para describir tales fenómenos— en que no se movía en absoluto. Los autóctonos, los pocos que dominaban las lenguas europeas, confirmaron que el suyo era un mundo sin cambios, un lugar estático, «fuera del tiempo», decían, y así lo preferían ellos. Era posible, y algunos filósofos lo defendían a voces, que el tiempo hubiese sido introducido en el *Mundus Novus* por los viajeros y colonos europeos, junto con varias enfermedades. Por eso no funcionaba bien: aún no se había adaptado a la nueva situación. «Con el tiempo —decía la gente de *Mundus Novus*—, habrá tiempo.» De momento, sin embargo, el carácter fluctuante de los relojes del nuevo mundo sencillamente debía aceptarse. El efecto más alarmante de esta incertidumbre cronológica fue que el tiempo podía transcurrir a distintas velocidades para distintas personas, incluso dentro de las mismas familias y hogares. Los niños envejecían más deprisa que sus padres hasta aparentar más edad que sus progenitores. Para algunos de los conquistadores, marinos y colonos, nunca parecía haber tiempo suficiente en el día. Otros tenían todo el tiempo del mundo.

El emperador, escuchando a Mogor dell'Amore mientras contaba su historia, comprendió que los reinos de Occidente eran exóticos y surrealistas hasta un grado incomprensible para el insípido pueblo de Oriente. En Oriente, los hombres y mujeres trabajaban con ahínco, vivían bien o mal, morían de muertes nobles o innobles, creían en fes que engendraban un gran arte, una gran poesía, una gran música, cierto consuelo y mucha confusión. Vidas humanas normales, en suma. Pero en aquellos fabulosos climas occidentales, la gente parecía propensa a las histerias —tales como la histeria plañidera de Florencia— que se propagaban por sus países como enfermedades y lo transformaba todo por completo sin previo aviso. En los últimos tiempos, la veneración del oro había engendrado una clase especial de esta histeria extrema, que se había convertido en la fuerza impulsora de su historia. En su imaginación, Akbar se representó los templos occidentales construidos de oro, con sacerdotes dorados dentro, y fieles dorados yendo a rezar, llevando

ofrendas de oro para aplacar a su dios dorado. Comían alimentos de oro y tomaban bebidas de oro, y cuando lloraban, el oro fundido corría por sus relucientes mejillas. Era el oro lo que había empujado a sus marinos a navegar por la Mar Océano aún más al oeste, pese al peligro de caer por el borde del mundo. El oro, y también la «India», que, según creían, contenía fabulosas reservas de oro.

No encontraron «India», pero encontraron... un oeste más lejano. En este oeste más lejano, encontraron oro, y buscaron más, buscaron ciudades doradas y ríos de oro, y hallaron seres incluso más inverosímiles e imponentes que ellos mismos, hombres y mujeres estafalarios, incognoscibles, que lucían plumas y pieles y huesos, y los llamaron «indios». A Akbar esto le pareció insultante. ¡Hombres y mujeres que ofrecían sacrificios humanos a sus dioses eran llamados «indios»! Algunos de estos «indios» del otro mundo eran poco más que aborígenes; e incluso aquellos que habían construido ciudades e imperios se perdían, o esa impresión tenía el emperador, en filosofías de sangre. Su dios era medio ave, medio serpiente. Su dios era de humo. El suyo era un dios hortaliza, un dios de nabos y maíz. Sufrían de sífilis y veían las piedras y la lluvia y las estrellas como seres vivos. En sus campos trabajaban despacio, incluso perezosamente. No creían en el cambio. Llamar a esa gente «indios» era, en la categórica opinión de Akbar, un desaire a los nobles hombres y mujeres del Indostán.

El emperador sabía que había llegado a una especie de límite en su mente, una frontera más allá de la cual su capacidad de empatía e interés no podía viajar. Allí había islas que después se metamorfoseaban en continentes, y continentes que resultaban ser simples islas. Había ríos y selvas y promontorios e istmos, y al diablo con todo ello. Quizá había hidras en esos climas, o grifos, o dragones guardando las grandes montañas de tesoros que, supuestamente, se hallaban en la espesura de las selvas. Ya podían quedarse con todo eso los españoles y los portugueses. Esos necios exóticos habían empezado a sospechar que no habían descubierto una ruta a la India, sino a otro lugar totalmente distinto, ni Oriente ni Occidente, un sitio que estaba entre Occidente y el gran mar Gangético y la legendaria isla de tesoros, Taprobane, y más allá los reinos del Indostán y Cipangu y Cathay. Habían descubierto que el mundo era más grande de lo que creían. Que la suerte los acompañara mientras erraban por las Islas y la Terra Ferma de la Mar Océano y morían de escorbuto, anquilostomiasis, malaria, tisis y frambesia. El emperador estaba cansado de todos ellos.

Y sin embargo era allí adonde ella había ido, la princesa delincuente de la casa de Timur y Temüjin, la hermana de Babur, la hermana de Janzada, sangre

de su sangre. Ninguna mujer en la historia del mundo había hecho un viaje como el suyo. Él la amaba por ello y también la admiraba, pero a la vez estaba seguro de que su viaje al otro lado de la Mar Océano era una especie de agonía, una muerte antes de la muerte, porque también la muerte era una travesía de lo conocido a lo desconocido. Ella había zarpado rumbo a la irrealidad, a un mundo de fantasía que aún estaba cobrando forma en los sueños de los hombres. El espectro que rondaba por su palacio era más real que la mujer de carne y hueso del pasado que abandonó el mundo real por una esperanza imposible, tal como en otro tiempo había abandonado el mundo natural de la familia y las obligaciones por las elecciones egoístas del amor. Soñando con encontrar el camino de vuelta a su lugar de origen, con reunirse con su yo anterior, se perdió para siempre.

* * *

El camino al este estaba cerrado para ella. El viaje por mar era demasiado arriesgado debido a la presencia de corsarios en esas aguas. En el mundo otomano, y en el reino del sha Ismail, Qara Kóz había quemado sus naves. En Jorasán temía la captura por parte de quienquiera que hubiese ocupado el vacío dejado por Shaibani Kan. No sabía dónde se hallaba Babur, pero el camino de regreso a él estaba cortado. En Génova, en la casa de Andrea Doria a orillas del mar, adonde había pedido a Ago Vespucci que la llevara, decidió que no podía desandar su camino. Ni podía, temiendo la ira de Florencia, permanecer allí. Doria, el viejo y canoso lobo de mar, quien, aunque se abstuvo de comentarlo, sintió verdadero asombro por el aspecto masculino recién adquirido por Qara Kóz y Espejo, las acogió galantemente —pues Qara Kóz aún era capaz de inducir a la galantería a los hombres, incluso a hombres conocidos por su insensibilidad y brutalidad— y les aseguró que mientras estuvieran bajo su protección, se verían libres de todo mal procedente de Florencia. Fue Doria el primero en mencionar la posibilidad de empezar una nueva vida al otro lado de la Mar Océano.

—Si no tuviera que matar a tantos piratas berberiscos, yo mismo me plantearía el viaje, siguiendo los pasos del célebre primo del Signor Vespucci.

Por esas fechas había matado a no pocos de esos piratas, y su flota personal, compuesta en su mayor parte de buques arrebatados a los corsarios, ascendía a doce naves, cuyas tripulaciones no debían lealtad más que al propio Doria. Aun así, ya no se consideraba un auténtico *condottiere*, por su falta de interés en el combate por tierra. «Argalia fue el último de nosotros —declaró—. Yo soy solo un vestigio marino.» En su tiempo libre, cuando no estaba en

guerra, se dedicaba a la batalla política en Génova con sus rivales de las familias Adorni y Fregosi, empeñadas en excluirlo del poder. «Pero yo tengo los barcos —dijo, y añadió, incapaz de contenerse pese a que había damas presentes, quizá porque las damas estaban disfrazadas de hombres—: y ni siquiera tienen pene, ¿eh que no, Ceva?» Ceva el Escorpión, el buey tatuado que tenía por lugarteniente, llegó al punto de sonrojarse antes de contestar incómodo: «No, almirante, al menos que yo haya distinguido».

Doria llevó a sus invitados a la biblioteca y les enseñó algo que ninguno de ellos había visto, ni siquiera Ago, a cuyo pariente consanguíneo atañía: la *Cosmographiae Introductio* del monje benedictino Waldseemüller del monasterio de Saint Dié-desVosges, que venía con un enorme mapa que, desplegado, cubría el suelo, un mapa cuyo nombre era casi igual de grande, la *Uníversalis Cosmographía Secundum Ptholoemaei Traditionem et Americi Vespuccii Aliorumque Lustrationes*, la «Geografía del mundo según la tradición de Tolomeo y las aportaciones de Amerigo Vespucci y otros». En este mapa, Tolomeo y Amerigo aparecían representados como colosos, como dioses contemplando su creación, y sobre una gran porción de *Mundus Novus* aparecía la palabra «América». «No veo ninguna razón —escribió Waldseemüller en su *Introductio*— por la que nadie pueda en rigor desaprobare un nombre derivado del de Amerigo, el descubridor, hombre de sagaz ingenio.»

Cuando Ago Vespucci lo leyó, se sintió profundamente conmovido y comprendió que el destino en forma de su primo debía de haberlo conducido hacia el nuevo mundo durante toda su vida, pese a haber sido siempre un hombre sedentario que veía al alocado Amerigo como un mercader charlatán cuya versión de sí mismo debía cogerse con pinzas. No había conocido muy bien a Amerigo, ni había intentado nunca conocerlo mejor, porque tenían poco en común. Pero ahora Vespucci el explorador era un hombre de sagaz ingenio y había dado su nombre a un mundo nuevo, y eso era digno de respeto.

Despacio, tímidamente, con gran inquietud, y repitiendo muchas veces que no era por naturaleza un hombre viajero, Ago empezó a hablar de los viajes de descubrimiento de su primo con el almirante Doria. Se pronunciaron las palabras «Venezuela» y «Vera Cruz». Entretanto, Qara Kóz había estado estudiando el mapa del mundo. Reaccionaba a los nombres de los nuevos lugares como si oyera un conjuro, una fórmula mágica que podía realizar sus deseos. Quiso oír más, y más.

—Valparaíso, Nombre de Dios, Cacafuego, Río Escondido —dijo Ago. Estaba a cuatro patas, leyendo.

—Tenochtitlán, Quetzalcoatl, Tezcatlipoca, Montezuma, Yucatán —añadió Andrea Doria, y también—: Española, Puerto Rico, Jamaica, Cuba,

Panamá.

—Estas palabras que nunca he oído —dijo Qara Kóz— me indican el camino a casa.

Argalia había muerto.

—Al menos, murió en su ciudad natal, defendiendo lo que amaba —dijo Doria a modo de áspero epitafio, y levantó una copa de vino en homenaje a él.

Ago era un pobre sustituto para semejante hombre, pero Qara Kóz sabía que era todo lo que tenía. Sería Ago con quien haría su último viaje, Ago y Espejo. Estos serían sus últimos guardianes. Supieron por Doria de la convicción de la mayoría de los marineros con rumbo al oeste, y también de los soberanos de España y Portugal, de que pronto se encontraría un paso a la «India», una abertura, apta para la navegación, a través de las masas de tierra del *Mundus Novus* para llegar al mar Gangético. Mucha gente buscaba con apremio este paso intermedio. Entretanto, las colonias de La Española y Cuba eran lugares seguros donde vivir, y el nuevo territorio, Panamá, era probablemente cada vez más seguro. En estos lugares, los «indios» estaban en su mayor parte bajo control, un millón de ellos en La Española, más de dos millones en Cuba. Muchos eran cristianos conversos pese a que no hablaban ninguna lengua cristiana. En cualquier caso, los litorales eran seguros, e incluso el interior empezaba a abrirse. Era posible, si uno tenía el dinero, conseguir un camarote en una carabela que partiera de Cádiz o Palos de Moguer.

—En ese caso, iré —anunció la princesa, muy seria—, y esperaré. Y la abertura del nuevo mundo, que muchos excelentes hombres buscan con tanto afán, sin duda será descubierta.

Estaba erguida, con los brazos doblados y los codos hacia fuera, y tenía el rostro iluminado por una luz sobrenatural, de modo que a Andrea Doria le recordó al mismísimo Cristo, el Nazareno obrando sus milagros, Cristo multiplicando panes y peces o levantando a Lázaro de entre los muertos. En el rostro de Qara Kóz apareció la misma expresión tensa que había adquirido durante el hechizo de Florencia, aún más ensombrecido por el dolor y la pérdida. Le fallaban los poderes, pero se proponía ejercerlos una última vez como nunca antes habían sido ejercidos, y encauzar la historia del mundo hacia el rumbo que ella necesitaba que siguiera. Mediante un hechizo, haría realidad el paso intermedio sin nada más que la pura fuerza de su brujería y su voluntad. Andrea Doria miró a la joven con su casaca y sus calzas verde oliva, el pelo negro y corto erizado en torno a su cabeza como un halo oscuro, y se rindió. Se postró de rodillas ante ella y se agachó para tocarle con la mano la bota de gamuza, y así se quedó, con la cabeza inclinada, durante un minuto o quizá más. En los años posteriores, Doria, que vivió hasta muy avanzada edad, pensó

todos y cada uno de sus días en lo que había hecho, y nunca supo con certeza si se había arrodillado para recibir una bendición o para dársela, si había sentido la necesidad de venerarla o de protegerla, de admirarla en su último esplendor o de intentar disuadirla de su aciago destino. Pensó en Cristo en Getsemaní y cómo debió de mirar a sus discípulos mientras se preparaba para morir.

—Mi barco os llevará a España.

* * *

Una mañana de bruma blanca, el *Cadolin*, el legendario buque de guerra corsario, zarpó del muelle de su nuevo dueño, Andrea Doria, en Fassolo, con tres pasajeros y Ceva el Escorpión al mando, ondeando la bandera de Génova, la Cruz de San Jorge. Mientras Andrea Doria se despedía, consiguió contener la emoción que antes lo había llevado a postrarse de rodillas.

—La biblioteca de un hombre de acción tiene poco uso —dijo a Qara Kóz—, pero vos habéis dado sentido a mis libros.

Tenía la sensación de que la princesa, después de leer la *Cosmographiae Introductio* e inspeccionar el gran mapa de Waldseemüller, en realidad entraba en el libro, salía del mundo de tierra, aire y agua y entraba en un universo de papel y tinta, de que surcaría la Mar Océano y llegaría no a La Española en el *Mundus Novus*, sino a las páginas de una historia. Tenía la certeza de que nunca volvería a verla ni en este mundo ni en el nuevo, de que la muerte se había posado en su hombro como un halcón, la muerte viajaría con ella durante un tiempo hasta impacientarse y cansarse del viaje.

—Adiós —dijo ella, y se desvaneció en la blancura.

Ceva llevó el *Cadolin* de regreso a Fassolo a su debido tiempo, dando la impresión de que los últimos vestigios de alegría hubiesen abandonado su vida para siempre. Casi dos años después, Doria se enteró de la buena nueva de que Magallanes había descubierto un tempestuoso estrecho que permitiría a los marinos afortunados bordear el extremo meridional del nuevo mundo. Tuvo pesadillas en las que la hermosa princesa perecía en el estrecho de Magallanes junto con sus compañeros. Ninguna noticia definitiva sobre su paradero o destino se recibió jamás en Génova durante la larga vida de Doria. Sin embargo, cincuenta y cuatro años después de zarpar de Italia la princesa oculta, un joven tunante de cabello amarillo, de no más de veinte años, se presentó en las puertas de la Villa Doria afirmando que era su hijo. Por entonces, Andrea Doria llevaba trece años muerto, y la casa era propiedad de su sobrino nieto Giovanni, príncipe de Melfi, fundador de la gran casa de los Doria—

Pamphili—Landi. Si Giovanni había llegado a conocer la historia de la princesa perdida de la casa de Timur y Temüjin, la había olvidado hacía tiempo, e hizo echar de su puerta al golfo. Después de eso, el joven «Niccoló Antonino Vespucci», así llamado por los dos mejores amigos de su padre, se fue a ver mundo, embarcándose de aquí para allá, a veces como miembro de la tripulación, en otras ocasiones como despreocupado polizón, aprendió muchas lenguas, adquirió las más diversas habilidades, no todas ellas dentro de los límites de la ley, y acumuló sus propias historias que contar, historias de fugitivos del canibalismo en Sumatra y de perlas de Brunei del tamaño de huevos y de su huida de las garras del Gran Turco por el Volga hasta Moscú en invierno, y de cuando cruzó el Mar Rojo en un *dhow* que se mantenía unido con cuerdas, y de la poliandria de esa parte del *Mundus Novus* donde las mujeres tenían siete u ocho maridos y no se permitía a ningún hombre casarse con una virgen, y de cuando hizo la peregrinación a La Meca fingiéndose musulmán, y de cuando naufragó con el gran poeta Camoens cerca de la desembocadura del río Mekong donde salvó las *Luísíadas* nadando hasta la costa desnudo con las hojas del poema de Camoens en alto por encima de la cabeza.

En cuanto a sí mismo, solo diría a los hombres y mujeres que conocía en sus viajes que su propia historia era con diferencia mucho más extraña que cualquiera de esos otros relatos, pero que solo podía dársela a conocer a un hombre en el mundo, ante el que se hallaría algún día con la esperanza de recibir lo que le correspondía por derecho propio, y que estaba protegido por un poderoso hechizo que bendecía a cuantos lo ayudaban y maldecía a cuantos le causaban algún mal.

—Refugio del Mundo, el simple hecho es que en virtud de la variabilidad de las condiciones cronológicas en el *Mundus Novus* —dijo al emperador Akbar junto a las aguas del Anup Talao—, o lo que es lo mismo, en virtud del carácter inestable del tiempo en esos pagos, mi madre la hechicera pudo prolongar su juventud, y habría podido vivir trescientos años si no hubiese perdido el ánimo, si no hubiese perdido la fe en la posibilidad del regreso a casa y no se hubiese permitido contraer una enfermedad fatal para poder al menos reunirse con los miembros difuntos de su familia en el otro mundo. Un halcón entró por su ventana y se posó en su lecho de muerte cuando ella exhalaba el último aliento. Fue ese su hechizo final, la manifestación en el nuevo mundo de esta ave gloriosa del otro lado de la Mar Océano. Cuando el halcón salió por la ventana, todos comprendimos que era su alma. Yo contaba diecinueve años y medio en el momento de su muerte, y mientras ella dormía parecía mi hermana mayor más que mi madre. Pero mi padre y Espejo habían seguido envejeciendo con normalidad. La magia de ella no tenía ya fuerza suficiente para ayudarlos a

resistir las fuerzas temporales, igual que no tenía ya fuerza suficiente para alterar la geografía de la tierra. No se descubrió ningún paso intermedio, y ella quedó atrapada en el nuevo mundo hasta que decidió morir.

El emperador guardó silencio. Su ánimo era impenetrable. Las aguas del Anup Talao seguían agitadas.

—En suma, esto es lo que nos pedís que creamos —dijo a la postre el emperador, pesaroso—. Al final, y después de todo, esto. Que supo detener el tiempo.

—En su propio cuerpo —contestó el otro—, y solo para ella.

—Eso sería ciertamente una hazaña prodigiosa, si fuera posible —dijo Akbar, y se levantó, y entró.

* * *

Esa noche Akbar, a solas en la última planta del Panch Mahal, escuchó la oscuridad. No se creía la historia del forastero. Él se contaría a sí mismo una mejor. Era el emperador de los sueños. Podía arrancar la verdad de la oscuridad y traerla a la luz. Había perdido la paciencia con el forastero y al final se quedó, como siempre, sin más compañía que la suya. Envio su fantasía al otro lado del mundo como un ave mensajera y al final llegó la respuesta. Ahora esta era su historia.

Veinticuatro horas después emplazó otra vez a Vespucci en el Mejor de Todos los Estanques Posibles, cuyas aguas aún se agitaban en la perplejidad. Akbar tenía una expresión adusta.

—Señor Vespucci —preguntó—, ¿conocéis bien los camellos? ¿Habéis tenido ocasión de observar sus costumbres?

Su voz era como un trueno grave propagándose sobre las turbulentas aguas del estanque. El forastero no supo qué contestar.

—¿A qué viene esa pregunta, *Jahanpanah*? —quiso saber, y el emperador le lanzó una mirada de ira.

—No pretendáis interrogarnos, señor. Preguntaremos otra vez: ¿hay camellos en el nuevo mundo, camellos tales como los que tenemos aquí en el Indostán? ¿Se encuentran camellos entre todos esos grifos y dragones? —preguntó Akbar, y viendo que el otro negaba con la cabeza, alzó la mano para acallarlo y prosiguió, cobrando fuerza su voz a medida que hablaba—. La libertad física del camello, hemos pensado siempre, ofrece una lección de amoralidad a los simples seres humanos. Ya que entre los camellos nada está prohibido. Un joven camello macho, poco después de nacer, pretenderá fornicar con su madre. Un macho adulto no sentirá el menor escrúpulo en

dejar preñada a su hija. Los nietos, los abuelos, las hermanas, los abuelos, son todos blancos legítimos cuando un camello busca pareja. El término «incesto» no significa nada para este animal. Nosotros, sin embargo, no somos camellos, ¿no es así? Y contra el incesto hay tabús antiguos, y se aplican severas penas a las parejas que no los respetan, justamente aplicadas, como coincidiréis, esperamos.

Un hombre y una mujer, a bordo de un barco, entran en las brumas y se pierden en un nuevo mundo informe donde nadie los conoce. En todo el mundo solo se tienen el uno al otro, y a la joven a su servicio. El hombre también está al servicio, al servicio de la belleza, y el nombre de este viaje es amor. Llegan al lugar cuyo nombre no importa, como no importan los nombres de ellos. Pasan los años y sus esperanzas mueren. Alrededor de ellos todos son hombres enérgicos. Un mundo agreste al sur y otro al norte se domestican muy, muy lentamente. Lo que en su origen era inmutable recibe forma, ley, figura, pero el proceso será largo. Muy, muy lentamente, la conquista avanza. Hay un paso al frente, un paso atrás y otro paso al frente, pequeñas victorias, pequeñas derrotas, y luego otra vez logros mayores. Nadie pregunta si esto es un proceso bueno o malo. No es una duda legítima. Se lleva a cabo la obra de Dios, y también se extrae oro. Cuanto mayor es el alboroto alrededor, más espectaculares las victorias, más temibles las derrotas, más sanguinaria la venganza del viejo mundo sobre el nuevo, más quietas se quedan las tres personas insignificantes, el hombre, la mujer, la sirvienta. Día a día, mes a mes, año a año, se vuelven más pequeños y menos importantes. Luego la enfermedad azota y la mujer muere, pero deja atrás a una criatura, una niña recién nacida.

Al hombre no le queda nada en el mundo salvo la niña y la sirvienta, el espejo de su difunta esposa. Juntos crían a la niña. Angelica. La niña mágica. El nombre de la criada también ha pasado a ser Angelica. El hombre observa a la niña crecer y convertirse en un segundo espejo, la imagen de su madre, su vivo retrato. Con el paso de los años, la sirvienta ve el asombroso parecido en la niña, cada vez mayor, el renacer del pasado, y ve, además, el creciente deseo del padre. Qué solos están, los tres, en este mundo que todavía no ha tomado forma plenamente, en el que las palabras pueden significar lo que uno desea que signifiquen, y también las obras; en que las nuevas vidas deben forjarse de la mejor manera posible. Existe complicidad entre el hombre y la sirvienta, porque antiguamente yacían juntos, los tres, y ambos añoran a la tercera desaparecida. La nueva vida, la vida reencarnada, crece hasta llenar el vacío en el aire donde antes estaba la antigua vida.

Angelica, Angelica. Llego un momento en que el lenguaje que usan cambia, un momento pasado el cual ciertas palabras pierden su significado, la palabra padre, por ejemplo, se olvida, como también las palabras hija mía. Viven en un estado natural, un estado de gracia, un Edén en el que la fruta del árbol no se ha comido, de modo que el bien y

el mal no se conocen. La joven crece entre el hombre y la sirvienta, y lo que ocurre entre ellos ocurre con naturalidad, y parece puro, y ella es feliz. Es una princesa de la sangre real de la casa de Timur y Temijin y se llama Angelica, Angelica. Un día se descubrirá un paso y, junto con su amado marido, entrará en su reino. Hasta entonces, tienen su hogar invisible, sus vidas anónimas, y esta cama, en la que se mueven, tan tiernamente, tan a menudo, durante tanto tiempo, los tres, el hombre, la sirvienta y la muchacha. Entonces nace un hijo, su hijo, el vástago de los tres padres, un niño con el cabello amarillo como su padre. El hombre pone al niño los nombres de sus compañeros más cercanos. En un origen eran tres amigos. Al llevar sus nombres al otro lado de la Mar Océano, tiene la sensación de haberlos llevado también a ellos. Su hijo es sus amigos renacidos. Pasan los años. La muchacha enferma por causas desconocidas. Hay algo que va mal en su vida. Algo falla en su alma. Empieza a delirar. Quién es ella, pregunta. En su última conversación con su hijo, le dice que encuentre a su familia, que se reúna con ellos, que se mantenga siempre unido a lo que es y nunca lo abandone, que después de eso nunca parta en busca de amor o de aventura o de sí mismo. Es un príncipe de sangre real de la casa mogol. Debe ir a contar su historia. Un balcón entra por la ventana y se marcha con su alma. El joven del cabello amarillo se va al puerto a por un barco. El viejo y la sirvienta se quedan. Ya no cuentan. Han cumplido.

—No es eso no lo que sucedió —dijo Mogor dell'Amore—. Mi madre fue Qara Kóz, la hermana de vuestro abuelo, la gran hechicera, y aprendió a detener el tiempo.

—No —dijo el emperador Akbar—. No, no aprendió.

* * *

La señora Man Bai, sobrina de Mariam-uz-Zamani, hermana del rajá Man Singh, contrajo matrimonio con el príncipe heredero Salim, su amado desde hacía tiempo, en la fecha elegida por los astrólogos de la corte, el decimoquinto día de Isfandarmudh de ese año, según el nuevo calendario solar introducido por el emperador, o lo que es lo mismo, el trece de febrero, en el palacio fortaleza de su familia en Amer, en la graciosa presencia de Su Majestad el *padishah* Akbar, Refugio del Mundo. Cuando se quedó a solas con su marido la noche de la boda, después de la habitual aplicación de ungüentos y masajes en el miembro principesco, ella estableció dos condiciones antes de permitirle que la penetrara.

—En primer lugar, si alguna vez volvéis a visitar a esa ramera, Esqueleto, más os vale que os empecéis a dormir con el pene protegido por una armadura cada noche, porque nunca sabréis cuál será la noche de mi venganza. Y en

segundo lugar, tenéis que ocuparos del forastero del cabello amarillo, el condenado amante de Esqueleto, porque mientras esté en Sikri, vuestro padre sería capaz de cometer el disparate de darle a él lo que os corresponde a vos por derecho propio.

Después de la conversación en el Anup Talao, el emperador renunció a la idea de elevar a Niccoló Vespucci al rango defarzand o hijo honorario. Firmemente convencido de la exactitud de su propia versión de la historia del extranjero, y también un poco asqueado, llegó a la conclusión de que semejante hijo, el vástago de un enlace amoral, no podía admitirse como miembro de la familia real. Pese a la obvia inocencia del propio Vespucci en el asunto, y de hecho a su ignorancia de sus verdaderos orígenes, y al margen de lo grandes que fueran sus encantos o dotes, esa sola palabra, «incesto», lo excluía por completo. Sin duda podría encontrarse en Sikri un empleo para persona tan apta si él lo deseaba, y el emperador dio orden para que tal puesto se identificase y ofreciese, pero su propia intimidación con él debía llegar a su fin. Como para confirmar el acierto de estas decisiones, las aguas del Anup Talao recobraron su habitual serenidad. Omar el Ayyar informó a Niccoló Vespucci de que se le permitía quedarse en la capital, pero ya no debía hacerse llamar por el sobrenombre «Mogor dell'Amore». La facilidad de acceso a la persona del emperador de la que había disfrutado también era, debía hacerse cargo, agua pasada. «A partir de ahora —informó El Ayyar—, se os considerará un hombre corriente.»

El afán de venganza de los príncipes no tiene límites. Ni siquiera tan gran pérdida del favor como la padecida por Vespucci satisfizo a la señora Man Bai. «Si el ánimo del emperador puede pasar tan deprisa del afecto al rechazo —argumentó—, puede darse la vuelta en la otra dirección con la misma prontitud.» Mientras el extranjero permaneciera en la capital, la sucesión del príncipe Salim no estaba garantizada. Pero, para su gran irritación, el príncipe heredero no actuó contra su rival caído, que había rechazado el cargo burocrático encontrado para él por los funcionarios de Akbar, optando por quedarse en la Casa de Skanda con Esqueleto y Colchón, y dedicándose a complacer a los clientes. Man Bai se mostró desdeñosa. «Si pudisteis matar a un gran hombre como Abul Fazl sin el menor escrúpulo, ¿qué os impide ocupa—ros de ese proxeneta?», preguntó. Pero Salim temía disgustar a su padre, y se contuvo. Luego Man Bai le dio un hijo, el príncipe Jusrau, y eso cambió las cosas. «Ahora lo que tenéis que salvaguardar es el futuro de vuestro heredero, además del vuestro», dijo la señora Man Bai, y esta vez Salim no tuvo respuesta.

Y Tansen murió. La música de la vida se acalló.

El emperador llevó el cuerpo de su amigo de regreso a Gwalior, su pueblo, lo enterró junto al santuario de su maestro, el faquir Sheij Mohammed Ghaus, y volvió a Sikri desesperado. Una por una, se apagaban sus radiantes luces. Tal vez había sido injusto con su Mogol del Amor, reflexionó en el viaje de vuelta, y la muerte de Tansen era su castigo. Un hombre no era responsable de las malas acciones de sus progenitores. Asimismo, Vespucci había demostrado su lealtad al emperador negándose a marcharse. Así que no era un simple oportunista de paso. Había ido allí para quedarse. Habían pasado dos largos años. Quizá había llegado el momento de rehabilitarlo. Mientras la procesión del emperador dejaba atrás el Hiran Minar y ascendía por la cuesta del recinto palaciego, tomó una decisión, y mandó un mensajero a la Casa de Skanda para pedirle al forastero que se presentara en el patio del parchís a la mañana siguiente.

La señora Man Bai había creado una red de informantes en todos los barrios de la ciudad en previsión de tal eventualidad, y menos de una hora después de la llegada del mensajero a la Casa de Skanda, la esposa del príncipe heredero había sido informada del cambio de circunstancias. Acudió de inmediato a su marido y lo reprendió como una madre reprende a un niño descarriado. «Esta noche —dijo— es la noche para actuar como un hombre.»

El afán de venganza de los príncipes no tiene límites.

* * *

A medianoche el emperador, sentado en silencio en lo alto del Panch Mahal, recordó la famosa noche en que Tansen había cantado el *deepak raag* en la Casa de Skanda y encendido no solo los candiles, sino también a sí mismo. En el momento en que este recuerdo pasaba por su mente, una flor roja de llamas surgió en el borde del agua bajo él, y tras un opaco momento de incompreensión, cayó en la cuenta de que una casa se había incendiado en la oscuridad. Cuando poco después se enteró de que la Casa de Skanda había quedado reducida a cenizas, sintió un fugaz momento de alarma, preguntándose si el fuego en su imaginación había provocado de algún modo ese otro incendio, más letal. Lo embargó el dolor ante la idea de que Niccoló Vespucci debía de haber muerto. Pero cuando registraron los escombros humeantes, no se encontró ni rastro del cadáver del extranjero. Tampoco estaban los cuerpos de Esqueleto y Colchón entre los restos calcinados; de hecho, por lo visto, habían escapado todas las damas de la casa, y también sus clientes. La señora Man Bai no era la única persona en Fatehpur Sikri que tenía una precavida oreja pegada al suelo. Esqueleto temía desde hacía mucho

tiempo a su antigua ama.

Al conocer la desaparición del extranjero, su misteriosa desintegración en medio de una casa en llamas, motivo por el que muchos ciudadanos de la capital lo tuvieron por brujo, el emperador temió lo peor. «Ahora sabremos — reflexionó— si hay algo de realidad en toda esa palabrería sobre las maldiciones.»

En la mañana posterior al incendio, la embarcación de transporte de hielo de cubierta plana, el *Gunjayish*, apareció hundida en el extremo opuesto del lago, con un gran orificio en el casco abierto por un hacha colérica. Niccoló Vespucci, el Mogol del Amor, se había ido para siempre, escapando por medio de un barco, no de brujería, y se había llevado a sus dos damas. El cargamento de hielo llegó de Cachemira y no había barco para trasladarlo a través del lago hasta Sikri. Tuvieron que recurrir a los barcos de pasajeros reales, más lujosos, el *Asayish* y el *Arayish*, e incluso el pequeño esquife *Farmayish* se cargó hasta la línea de flotación de bloques de hielo. «Nos castiga con agua —pensó el emperador—. Ahora que se ha ido nos dejará sedientos de su presencia.» Cuando el príncipe Salim fue a verlo a instancias de la señora Man Bai para acusar al trío desaparecido de haber prendido fuego a su propia casa, el emperador vio brillar la culpabilidad en la frente de su hijo como una almenara, pero no dijo nada. Lo hecho, hecho estaba. Dio órdenes para que se permitiese marchar al extranjero y sus mujeres. No los perseguiría para traerlos de vuelta y hacerlos responder por el barco hundido. Ya podían irse. Les deseó suerte. Un hombre con un ropón de rombos de cuero multicolores, una mujer flaca como la hoja de un cuchillo y otra corno una pelota botadora. Si había justicia en el mundo, existiría un lugar apacible incluso para personas tan difíciles de acomodar como esas tres. La historia de Vespucci había terminado. Él había llegado a la página en blanco después de la última página, más allá de las orlas iluminadas del mundo existente, y había entrado en el universo de los no muertos, esas pobres almas cuyas vidas concluyen antes de que dejen de respirar. El emperador, a orillas del lago, deseó a Mogol del Amor una dulce vida en el otro mundo y un final indoloro; y dio media vuelta.

Man Bai aborreció el carácter incompleto de lo acontecido y clamó sangre en vano.

—Enviad a hombres tras ellos para matarlos —gritó a su marido, pero él la hizo callar, y por primera vez en su miserable vida dio indicios del excelente rey en que se convertiría al madurar. Los acontecimientos de los últimos días lo habían perturbado profundamente y cosas nuevas se agitaban dentro de él, las cosas que le permitirían dejar atrás su irascible juventud y convertirse en un hombre excelente y cultivado.

—Mis días de asesinatos se han acabado. De ahora en adelante consideraré que conservar una vida es un acto superior a destruirla. No vuelvas a pedirme que cometa tal fechoría.

El cambio de talante del príncipe heredero había llegado demasiado tarde. La destrucción de Fatehpur Sikri había comenzado. A la mañana siguiente, los sonidos del pánico se elevaron temprano hacia la alcoba del emperador, y cuando él mismo bajó al pie del cerro, más allá del alboroto junto a las obras hidráulicas y la cacofonía más estridente dentro y en torno al caravasar, vio que algo había ocurrido en el lago. Lentamente, momento a momento, retrocediendo al mismo paso que un hombre, el aguase retiraba. Hizo llamar a los principales ingenieros de la ciudad, pero no encontraron explicación al fenómeno. «El lago nos abandona», vociferaba la gente, el lago dorado dador de vida, que un día un viajero que llegaba al ponerse el sol había tomado por un estanque de oro fundido. Sin el lago, los bloques de hielo de Cachemira no llevarían al palacio agua fresca de montaña. Sin el lago, los ciudadanos que no podían permitirse hielo de Cachemira no tendrían nada que beber, nada con que lavar o guisar, y sus hijos pronto morirían. El calor del día arreciaba. Sin el lago, la ciudad era un cascarón reseco y encogido. El agua siguió menguando. La muerte del lago era también la muerte de Sikri.

Sin agua, nada somos. Hasta un emperador, privado de agua, se vería pronto reducido a polvo. El agua es el auténtico monarca y todos somos sus esclavos.

—Evacuad la ciudad —ordenó el emperador Akbar.

* * *

Durante el resto de su vida, el emperador creería que el inexplicable fenómeno de la desaparición del lago de Fatehpur Sikri fue obra del extranjero que él había desdeñado injustamente y a quien no había decidido aceptar de nuevo en su seno hasta que ya fue demasiado tarde. El Mogol del Amor había combatido el fuego con agua y había ganado. Fue la derrota más aplastante de Akbar; pero no fue un golpe fatal. Los mogoles ya antes habían sido nómadas y podían volver a ser nómadas. El ejército de tiendas de campaña ya estaba congregándose, aquellos artistas de la casa plegable, dos mil quinientos de ellos, y también sus camellos y elefantes, aprestándose para marchar adondequiera que él mandase y construir sus pabellones de tela dondequiera que él decidiese

descansar. Su imperio era demasiado inmenso, sus bolsillos demasiado profundos, su ejército demasiado fuerte para deshacerlo de un solo golpe, ni siquiera un golpe tan poderoso como aquel. En la cercana Agra, había palacios y un fuerte. En Lahore, otro. La riqueza de los mogoles era incalculable. El emperador debía abandonar Sikri, debía abandonar su amada ciudad roja de sombra y humo dejándola sola en un lugar repentinamente seco y sería eternamente símbolo de la fugacidad de las cosas, de lo súbitamente que un cambio puede sorprender incluso al más pujante de los pueblos y al más poderoso de los hombres. Sin embargo, sobreviviría. Eso era lo que significaba ser príncipe, ser capaz de superar las metamorfosis. Y como un príncipe no era más que la cara visible de sus súbditos, un hombre elevado a un rango semidivino, también eso era lo que significaba ser hombre. Superar las metamorfosis y seguir adelante. La corte se trasladaría y muchos de sus servidores y nobles lo acompañarían, pero para los campesinos no había lugar en esta última caravana que abandonarían el caravasar. Los campesinos tendrían lo que siempre habían tenido: nada. Se dispersarían por la inmensidad del Indostán y su supervivencia sería asunto suyo. «Aun así, no se sublevar ni nos matan —pensó el emperador—. Aceptan su mísero destino. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser? Nos ven abandonarlos y siguen sirviéndonos. También esto es un misterio.»

Tardaron dos días en preparar la gran emigración. Había agua suficiente para dos días. Transcurrido ese tiempo, el lago se había vaciado y solo quedaba una hondonada lodosa allí donde en otro tiempo resplandeció aquel agua dulce. Incluso el lodo se endurecería y secaría en otros dos días. Al tercer día, la familia real y sus cortesanos partieron por el camino de Agra, el emperador erguido a lomos de su corcel, las reinas rutilantes en sus palanquines. A la procesión real seguían los nobles, y detrás de ellos la inmensa cabalgata de criados y otras personas a su cargo. Cerrando la marcha iban las carretas de bueyes en las que los trabajadores cualificados habían cargado su género. Carniceros, panaderos, albañiles, ramerías. Para esa gente siempre había lugar. Las aptitudes profesionales podían transportarse. La tierra no. Los campesinos, atados como por cuerdas a una tierra árida y moribunda, observaron marcharse la gran procesión. Luego, resueltos aparentemente a disfrutar de una noche de placer antes del sufrimiento del resto de su vida, las masas abandonadas subieron por la pendiente hacia los palacios. Esa noche, esa única noche, la gente común podía jugar al parchís humano en el patio real y sentarse como el rey en lo alto del gran árbol de piedra en la Casa de la Audiencia Privada. Esa noche, un campesino podía sentarse en la última planta del Panch Mahal y ser el monarca de todo aquello hasta donde la vista alcanzaba. Esa noche, si lo deseaban,

podían dormir en las alcobas del rey.

Al otro día, sin embargo, tendrían que encontrar la forma de no morir.

* * *

Un miembro de la casa real no abandonó Fatehpur Sikri. Después del incendio en la Casa de Skandia, la señora Man Bai entró en un estado de confusión mental, al principio vociferando y clamando sangre, y después, cuando el príncipe Salim la repudió, sumiéndose en una profunda melancolía, un ruidoso dolor que calló de pronto. Mientras Sikri agonizaba, también terminaba la vida de la señora Man Bai. En la confusión de sus últimos días, quizá vencida por la culpabilidad, por su responsabilidad en la muerte de la capital del imperio mogol, encontró un momento de soledad, y en un rincón de su palacio, cuando ninguna de sus doncellas la veía, comió opio y murió. La última acción del príncipe Salim antes de reunirse con su padre en el dolor al frente del gran éxodo fue enterrar a su amada esposa. Fue así como llegó a su trágico final la historia de la larga enemistad entre Man Bai y Esqueleto.

Y mientras Akbar pasaba ante el cráter donde había estado el lago dador de vida de Sikri, comprendió la naturaleza de la maldición que había recaído sobre él. Era el futuro lo que se había maldecido, no el presente. En el presente era invencible. Podía construir diez nuevas Sikris si le venía en gana. Pero en cuanto él desapareciera, todo lo que él había pensado, todo aquello por lo que había trabajado, su filosofía y manera de ser, todo eso se evaporaría como el agua. El futuro no sería lo que él esperaba, sino un lugar hostil, inhóspito y seco donde la gente sobreviviría mal que bien y aborrecería a sus vecinos y destruiría sus lugares de culto y se matarían todos entre sí en el renovado calor de la gran pelea con la que él había pretendido acabar para siempre, la pelea por Dios. En el futuro se impondría la cruda realidad, no la civilización.

«Si esa es la lección que queráis darme, Mogol del Amor —dijo en silencio al extranjero ausente—, el título que os habéis atribuido es falso, ya que en esta versión del mundo no hay amor en ninguna parte.»

Pero esa noche, en su tienda de brocado, se acercó a él la princesa oculta, Qara Kóz, su belleza como una llama. No era la criatura masculina con el pelo cortado que había escapado de Florencia, sino la princesa oculta en todo su esplendor juvenil. La misma criatura irresistible que había fascinado al sha Ismail de Persia y a Argalia el Turco, el jenízaro florentino, el Portador de la Lanza Hechizada. Esa noche en que Akbar se retiró de Sikri, ella le habló por primera vez. «Hay algo en lo que os equivocasteis.»

Ella era estéril. Había sido la amante de un rey y de un gran guerrero y

no había dejado descendencia en ningún caso. Por tanto, no había dado a luz a una niña en el nuevo mundo. No tuvo ningún hijo.

¿Quién fue la madre del forastero, pues?, preguntó el emperador, perplejo. En las paredes de la tienda de brocado, los paneles de espejuelos reflejaron la luz de las velas y los destellos bailaron en sus ojos. Yo tenía un Espejo, dijo la Princesa Oculta. Se parecía tanto a mí como mi propio reflejo en el agua, como el eco de mi voz. Lo compartíamos todo, los hombres inclusive. Pero había algo que ella podía hacer y yo no. Yo era princesa pero ella fue madre.

El resto fue más o menos corno lo imaginasteis, dijo Qara Kóz. La hija de Espejo fue el espejo de su madre y de la mujer cuyo espejo había sido Espejo. Y hubo muertes, sí. La mujer que tenéis ahora ante vos, a quien habéis traído de regreso a la vida, fue la primera. Después de eso, Espejo crió a su hija haciéndola creer que era lo que no era, la mujer que la madre de la niña en otro tiempo había reflejado y también amado. El desdibuja—miento de las generaciones, la pérdida de las palabras «padre» e «hija», la sustitución de otras palabras incestuosas. Y lo que soñasteis que hizo su padre, sí, eso fue tal cual. Su padre, que se convirtió en su marido. Se perpetró el crimen contra la naturaleza, pero no fui yo, y ningún hijo mío se envileció de esa manera. Nacida del pecado, murió joven, sin saber quién era. Angelica, Angelica, sí. Ese era su nombre. Antes de morir, envió a su hijo a buscarlos para pedir lo que no le correspondía. Los criminales guardaron silencio junto a su lecho de muerte, pero cuando Espejo y su señor comparecieron ante su Dios, todos sus actos eran conocidos.

Así que la verdad es esta. Niccoló Vespucci, educado para creer que nació de una princesa, era hijo de una hija de Espejo. Tanto él como su madre eran inocentes de todo engaño. Eran los engañados.

El emperador quedó en silencio y reflexionó sobre la injusticia que había cometido, por la cual el castigo fue la ruina de su capital. La maldición de los inocentes había recaído en los culpables. Humillado, agachó la cabeza. La princesa oculta, Qara Kóz, la señora Ojos Negros, fue a sentarse a sus pies y le acarició tiernamente la mano. La noche huyó. Empezaba un nuevo día. El pasado carecía de sentido. Solo existía el presente, y los ojos de la princesa. Bajo su irresistible hechizo, las generaciones se desdibujaron, se fundieron, se disolvieron. Pero ella le estaba prohibida. No, no, no podía estarle prohibida. ¿Cómo podía ser lo que sentía un crimen contra natura? ¿Quién osaría prohibir al emperador lo que el emperador se permitía a sí mismo? Él era el árbitro de la ley, la encarnación de la ley, y en su corazón no había crimen.

La había resucitado de entre los muertos y concedido la libertad de los

vivos, la había liberado para elegir y ser elegida, y ella lo había elegido a él. Como si la vida fuese un río y los hombres sus piedras de paso, ella había cruzado los años líquidos y vuelto para regir sus sueños, usurpar el lugar de otra mujer en *su jayal*, su fantasía omnipotente y divina. Quizá no era ya su propio dueño. ¿Y si se cansaba de ella?... No, nunca se cansaría de ella... Pero podía ser desterrada a su vez, ¿o podía decidir por su cuenta si quedarse o marcharse?

—Después de todo, he vuelto a casa —dijo—. Me habéis permitido regresar, y por tanto aquí estoy, al final de mi viaje. Y ahora, Refugio del Mundo, soy vuestra.

«Hasta que dejéis de serlo —pensó el Soberano Universal—. Amor mío, hasta que dejéis de serlo.»

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

- Ady, Cecilia M., *Lorenzo de' Medici and Renaissance Italy*, The English University Press Ltd, Londres, 1960.
- Alberti, Leon Battista, *The Family in Renaissance Florence*, University of South Carolina Press, Columbia, S. C., 1969.
- Anglo, Sydney, *The Damned Art: Essays in the Literature of Witchcraft*, Routledge & Kegan Paul, Boston, 1977.
- Ariosto, Ludovico, *Orlando furioso*, trad. de Javier Roca, Lumen, Barcelona, 1988.
- Birbary, Elizabeth, *Dress in Italian Painting 1460—1500*, John Murray, Londres, 1975.
- Boiardo, Matteo, *Orlando Innamorato*, Parlor Press, West Lafayette, IN, 2004.
- Bondanella, Peter, ed. y trad. de Mark Musa, *The Portable Machiavelli*, Penguin, Nueva York, 1979.
- Brand, Michael y Glenn Lowry, eds., *Fatehpur—Sikri*, Marg Publications, Bombay, 1987.
- Brebner, John Bartlet, *The Explorers of North America: 1492-1806*, A. & C. Black, Londres, 1933.
- Brown, Judith y Robert Davis, *Gender and Society in Renaissance Italy*, Longman, Londres, Nueva York, 1998.
- Brucker, Gene., ed., *The Society of Renaissance Florence: A Documentary Study*, University of Toronto Press, Toronto, 2001.
- «Sorcery in Early Renaissance Florence», *Studies in the Renaissance*, vol. 10 (1963), pp. 7—24.
- *Renaissance Florence*. University of California Press, Berkeley, 1969.
- , *Giovanni and Lusanna: Love and Marriage in Renaissance Florence*, University of California Press, Berkeley, 1986 [*Giovanni y Lusanna: amor y matrimonio en el Renacimiento*, trad. de Fernando Villaverde, Nerea, San Sebastián, 1991].
- Burckhardt, Jacob, *The Civilization of the Renaissance in Italy*, vol 1, Harper & Row, Nueva York, 1958 [*La cultura del Renacimiento en Italia*, trad. de Jaime Ardal, Iberia, Barcelona, 1983].

- Burke, Peter, *The Italian Renaissance: Culture and Society in Italy*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1986 [*El renacimiento italiano: cultura y sociedad*, trad. de Antonio Feros, Alianza, 2001]. —, *The Renaissance*, Barnes & Noble, Nueva York, 1967 [*El Renacimiento*, Crítica, Barcelona, 1999].
- Burton, Sir Richard, *The Illustrated Kama Sutra*, Hamlyn Publishing Group, Middlesex, RU, 1987.
- Calvino, Italo, *Cuentos populares italianos*, trad. de Carlos Gardini, Siruela, Madrid, 2004.
- Camporesi, Piero, *The Magic Harvest: Food, Folklore and Society*, Polity Press, Cambridge, RU, 1993.
- Cassirer, Ernest, ed., *The Renaissance Philosophy of Man*, The University of Chicago Press, Chicago, 1948.
- Castiglione, Baldassare, *El cortesano*, trad. de Nieves Muniz, Cátedra, 1994.
- Cohen, Elizabeth S. y Thomas V. Cohen, *Daily Life in Renaissance Italy*, The Greenwood Press, Westport, CT, 2001. Collier—Frick, Carole, *Dressing Renaissance Florence*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2002.
- Creasy Sir Edward S., *History of the Ottoman Turks from the Beginning of Their Empire to the Present Time*, UMI, Out—of—Print Books en Demand, Ann Arbor, MI, 1991.
- Curton, Philip D., *Cross—Cultural Trade in World History*, Cambridge University Press, Nueva York, 1984.
- Dale, Stephen Frederic, *Indian Merchants and Eurasian Trade, 1600—1750*, Cambridge University Press, Nueva York, 1994. Dalu, Jones, ed., *A Mirror of Princes: The Mughals and the Medici*, Marg Publications, Bombay, 1987.
- Dash, Mike, *Tulipomania*, Random House, Nueva York, 2001. De Grazia, Sebastian, *Machiavelli in Hell*, Harvester Wheatsheaf, Hertfordshire, RU, 1989.
- Dempsey, C., *The Portrait of Love: Botticelli's Primavera and Humanist Culture at the Time of Lorenzo the Magnificent*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1992.
- Dubreton—Lucas, J., *Daily Life in Florence in the Time of the Medici*, The Macmillan Company, Nueva York, 1961.
- Eraly, Abraham, *Emperors of the Peacock Throne: The Age of the Great Mughals*, Penguin Books India, Nueva Delhi, 2000.
- Fernandez—Armesto, Felipe, *Amerigo: The Man Who Gave His Name to America*, Random House, Nueva York, 2007 [*Améri—*

- ca: *el hombre que dio su nombre a un continente*, trad. de Jesús Cuellar, Tusquets, Barcelona, 2008].
- Findly, Ellison B., «The Capture of Maryam—uz—Zamani's chip: Mughal women and European traders». *Journal of the American Oriental Society*, vol. 108, n.º 2 (abril de 1988).
- Finkel, Caroline, *Osman's Dream: The Story of the Ottoman Empire 1300—1923*, John Murray, Londres, 2005.
- Gallucci, Mary M., «Occult» Power: The Politics of Witchcraft and Superstition in Renaissance Florence», *Italica*, vol. 80 (primavera de 2003), pp. 1—21.
- Gascoigne, Bamber, *The Great Mughals: India's Most Flamboyant Rulers*, Constable & Robinson, Londres, 2002.
- Goodwin, Godfrey, *The Janissaries*, Saqi Books, Londres, 1997. Goswamy, B. N. y Smith, Caron, *Domains of Wonder: Selected Masterworks of Indian Painting*, San Diego Museum of Art, San Diego, CA, 2005.
- Grimassi, Rayen, *Italian Witchcraft: The Old Religion of Southern Europe*, Llewellyn Publications, Woodbury, Minnesota, 2006.
- Gupta, Ashin Das y M. N. Pearson, eds., *India and the Indian Ocean, 1500—1800*, Oxford University Press, Calcuta, 1987. Hale, J. R., *Florence and the Medici: The Pattern of Control*, Thames & Hudson, Londres, 1977.
- Horniker, Arthur Leen, «The Corps of the Janizaries», *Military Affairs*, vol. 8, n.º 3 (otoño de 1944), pp. 177—204.
- Imber, Colin, *The Ottoman Empire, 1300—1650: Structure of Power*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2002. [*El imperio otomano, 1300—1650*, trad. de Jordi Cotrina, Ediciones B, Barcelona, 2004].
- King, M., *Women of the Renaissance*, University of Chicago Press, Chicago, 1991.
- Klapisch—Zuber, Christine, *Women, Family and Ritual in Renaissance Italy*, University of Chicago Press, Chicago, 1985. Kristeller, Paul Oskar, *Renaissance Concepts of Man and Other Essays*, Harper & Row Publishers, Nueva York, 1973.
- Lal, Ruby, *Domesticity and Power in the Early Mughal World*, Cambridge University Press, Nueva York, 2005.
- Landucci, L. A., *Florentine Diary from 1450—1516*, Arno Press, Nueva York, 1969.
- Lawner, Lynne, *Lives of the Courtesans: Portraits of the Renaissance*, Rizzoli, Nueva York, 1987.
- Lorenzi, Lorenzo, trad. de Ursula Creagh, *Witches: Exploring the Iconography of the Sorceress and Enchantress*, Florencia, Centro Di, 2005.

- Manucci, Niccolao, trad. de William Irvine, *Mogul India 1653/1708 or Storia do Mogor*, vols. I y II, Low Price Publications, Nueva Delhi, 1996.
- Manucci, Niccolao, trad. de William Irvine, *Mogul India 1653/1708 or Storia do Mogor*, vols. III y IV, Low Price Publications, Nueva Delhi, 1996.
- Maquiavelo, Nicolás, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, trad. de Ana Martínez Arancón, Alianza, 1996.
- Masson, Georgina, *Courtesans of the Italian Renaissance*, Saint Martin's Press, 1976, Nueva York.
- McAlister, Lyle N., *Spain and Portugal in the New World: 1492—1700*, University of Minnesota, Minneapolis, 1984.
- Mee, Charles L., *Daily Life in Renaissance Italy*, American Heritage Publishing Co. Inc., Nueva York, 1975.
- Morgan, David, *Medieval Persia, 1040—1797*, Pearson Education Ltd, Essex, UK, 1988.
- Mukhia, Harbans, *The Mughals of India*, Blackwell Publishing, Malden, MA, 2004.
- Nath, R., *Private Life of the Mughals of India: 1526—1803*, Rupa & Co., Nueva Delhi, 2005.
- Origo, Iris, «The Domestic Enemy: Eastern Slaves in Tuscany in the 14' and 15' Centuries», *Speculum* 30 (1955), pp. 321-366.
- Pallis, Alexander, *In the Days of the Janissaries*, Hutchinson & Co., Londres, 1951.
- Penrose, Boles, *Travel and Discovery in the Renaissance 1420—1620*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1952.
- Pottinger, George, *The Court of the Medici*, Croom Helm Ltd, Londres, 1978.
- Raman, Rajee, *Ashoka the Great and Other Stories*, Vadapalani Press, Vadapalani, Chennai, s.f.
- Rizvi, Saiyid Athar Abbas y Flynn, Vincent John Adams, *Fath—pur—Sikrī*, Taraporevala Sons & Co., Mumbai India, 1975.
- Rogers, Mary y Paolo Tinagli, *Women in Italy, 1350—1650: Ideals and Reality*, Manchester University Press, 2005, Manchester, RU.
- Rosenberg, Louis Conrad, *The Davanzati Palace, Florence, Italy. A Restored Palace of the Fourteenth Century*, The Architectural Book Publishing Company, Nueva York, 1922.
- Ruggiero, Guido, *Binding Passions: Tales of Magic, Marriage, and Power at the End of the Renaissance*, Oxford University Press, Nueva York, 1993.
- Sachs, Hannelore, *The Renaissance Woman*, véase el capítulo: «Women Slaves, Beggars, Witches, Courtesans, Concubines», pp. 49—53, McGraw—Hill, Nueva York, 1971.
- Savory, Roger, *Iran Under the Safavids*, Cambridge University Press, Nueva York,

1980.

- Seed, Patricia, *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World: 1492—1640*, Cambridge University Press, Nueva York, 1995.
- Sen, Amartya, *The Argumentative Indian: Writings on Indian History, Culture and Identity*, Farrar, Straus & Giroux, Nueva York, 2005. [La argumentación india, trad. de Horacio Pons, Gedisa, Barcelona, 2007.]
- Seyller, John, *The Adventures of Hamza: Painting and Storytelling in Mughal India*, Freer Gallery of Art and Arthur M. Sackler Gallery, Smithsonian Institute, Washington, D.C., 2002.
- Sharma, Shashi S., *Caliphs and Sultans: Religious Ideology and Political Praxis*, Rupa & Co., Nueva Delhi, 2004.
- Symcox, Geoffrey, ed., *Italian Reports on America: 1493—1522*, Brepols, Turnhout, Bélgica, 2001.
- Thackston, Wheeler M., trad. y ed., *The Baburnama: Memoirs of Babur, Prince and Emperor*, Oxford University Press, Nueva York, 1996.
- Thackston, Wheeler M., trad. y ed., *The Jahangirnama: Memoirs of Jahangir, Emperor of India*, Oxford University Press, Nueva York, 1999.
- Treharne, R. E. y H. Fullard, eds., *Muir's Historical Atlas: Medieval and Modern*, 10.^a ed., Barnes & Noble Inc., Nueva York, 1964. Trexler, R., *Public Life in Renaissance Florence*, Academic Press, Nueva York, 1980.
- Trexler, Richard, *Dependence and Context in Renaissance Florence*, véase el capítulo: «Florentine Prostitution in the Fifteenth Century: Patrons and Clients», *Medieval and Renaissance Texts and Studies*, Binghamton, N.Y., 1994.
- Turnball, Stephen, *Essential Histories: The Ottoman Empire, 1326/1699*, Routledge, Oxford, RU, 2003.
- Viroli, Maurizio, *La sonrisa de Maquiavelo*, trad. de Atilio Pentimalli, Tusquets, Barcelona, 2002.
- Weinstein, D., *Savonarola and Florence: Prophecy and Patriotism in the Renaissance*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 1970.
- Welch, Evelyn, *Shopping in the Renaissance: Consumer Cultures in Italy, 1400—1600*, Yale University Press, New Haven, CT, 2005.

PÁGINAS WEB

- al—Fazl ibn Mubarak, Abu, trad. de H. Beveridge, *Akbar—namah* (*The Book of Akbar*). Packard Humanities Institute: *Persian Literature in Translation*. Disponible en línea: <http://persian.packhum.org/persian>
- al—Fazl ibn Mubarak, Abu, trad. de H. Blockhmann y coronel H.S. Jarrett. *Ain—i—Akbari* (*Akbar's Regulations*). Packard Humanities Institute: *Persian Literature in Translation*. Disponible en línea: <http://persian.packhum.org/persian>
- Bada'uni, Abd al—Qadir, trad. de Haig, W, Ranking. G., Lowe, W, *Muntakhab ut—tawarikh*, Packard Humanities Institute: *Persian Literature in Translation*. Disponible en línea: <http://persian.packhum.org/persian>
- Brehier, Louis, *The Catholic Encyclopedia*, vol. V; véase entrada: Andrea Doria. Nueva York, Robert Appleton Company, 1909. Disponible en línea: www.newadvent.org/cathen/05134b.htm.
- Cross, Suzanne, *Feminae Romanae: The Women of Ancient Rome*. 2001—2006. Disponible en línea: web.mac.com/heraklia/Dominae/imperial_women/index.html
- Encyclopaedia Britannica*, 2007; véase entrada: «Doria, Andrea». Disponible en línea: *Encyclopaedia Britannica Online*, 31 de oct. de 2007: <http://www.britannica.com/eb/article—9030969>
- Gardens of the Mughal Empire*; véase página: Silver, Brian Q. «Introduction to the Music of the Mughal Court». Smithsonian Productions. Disponible en línea: www.mughalgardens.org/html/musicoi.html
- Von Garbe, Richard, trad. de Lydia G. Robinson, *Akbar, Emperor of India*. Project Gutenberg eBook, 23 de nov. 2004. Disponible en línea: www.gutenberg.org.

NOTA

Esta no es una lista completa de las obras que he consultado. Pido disculpas si he omitido sin querer cualquier fuente de la que se ha empleado material en el texto. Cualquier omisión se rectificará en ediciones futuras si se me comunica.

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi gratitud a Vanessa Manko por su ayuda en la recopilación de la bibliografía, y también por su valiosa colaboración en las investigaciones necesarias para esta novela, que ha sido posible, en parte, gracias a una beca Hertog en el Unter College de Nueva York. Vaya mi agradecimiento también a mis editores Will Murphy, Dan Franklin e Ivan Nabokov; a la Emory University; y a Stefano Carboni, Frances Coady, Navina Haidar, Rebecca Kumar, Suketu Mehta, Harbans Mukhia and Elizabeth West. También a Ian McEwan, con quien, hace muchos años improvisé una canción titulada *My Sweet Polenta*.

En su nueva novela, Salman Rushdie vuelve con la suntuosa mezcla de historia y fábula de Hijos de la medianoche para reconstruir el apasionante período histórico, cargado de luchas e imperios magníficos, que finalmente dio lugar a la India.

A finales del siglo XVI, un extranjero llega a la corte de Akbar el Grande, empoerador del Imperio mogol, en la fastuosa ciudad de Fatehpur Sikri. Es el portador de un secreto que podría proporcionarle la mayor de las fortunas o constarle la vida. Un secreto digno solo de los oídos del emperador: la historia de una mujer misteriosa, dueña de una belleza cautivadora y versada en las artes del encantamiento y la brujería, y de su viaje imposible a la lejana Florencia.

La encantadora de Florencia es la historia de una princesa olvidada, su doble, un emperador poderosísimo enamorado de una mujer imaginaria, guerreros seducidos al final de cada batalla, un extranjero y su secreto, elefante que deciden el destino de los hombres, prostitutas arteras y una ciudad imposible.